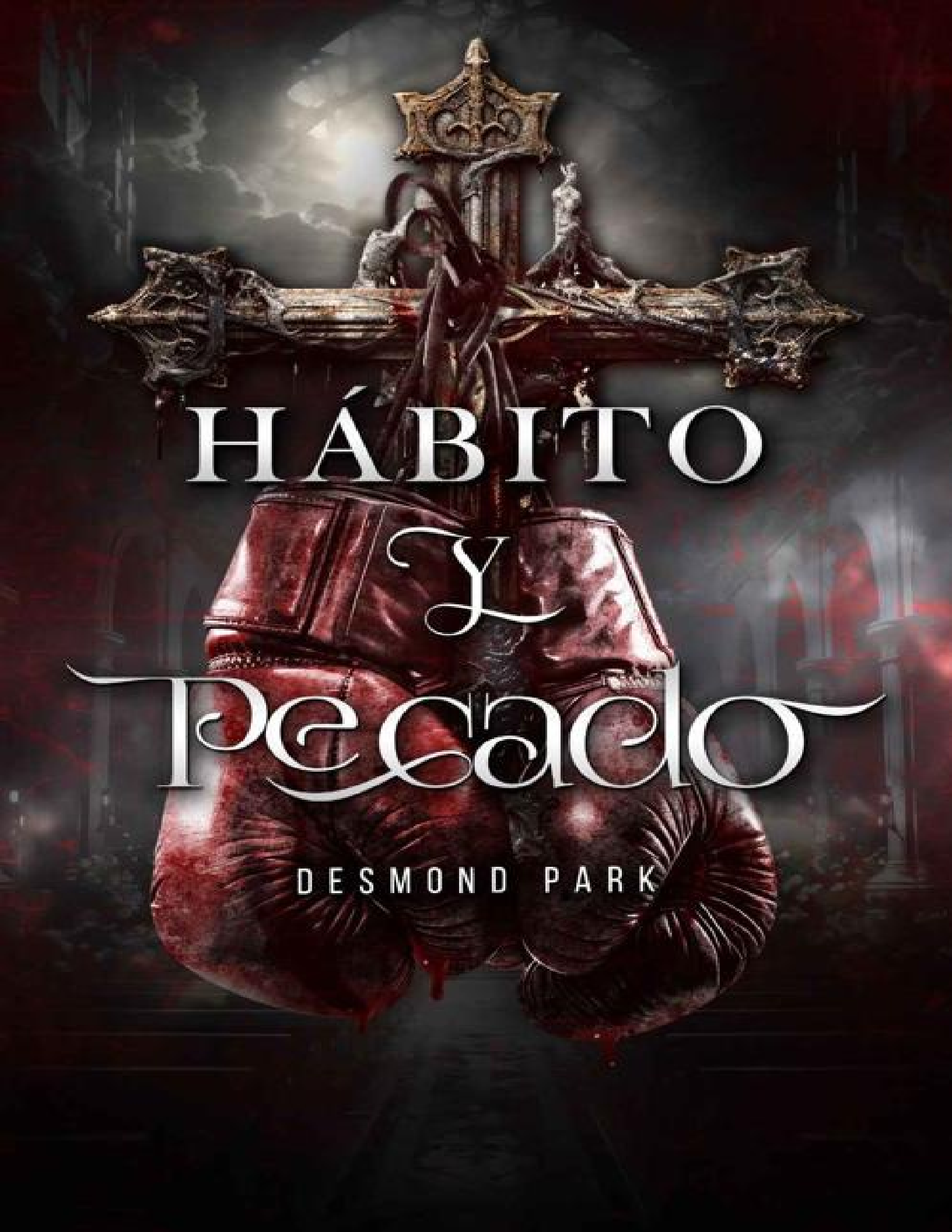


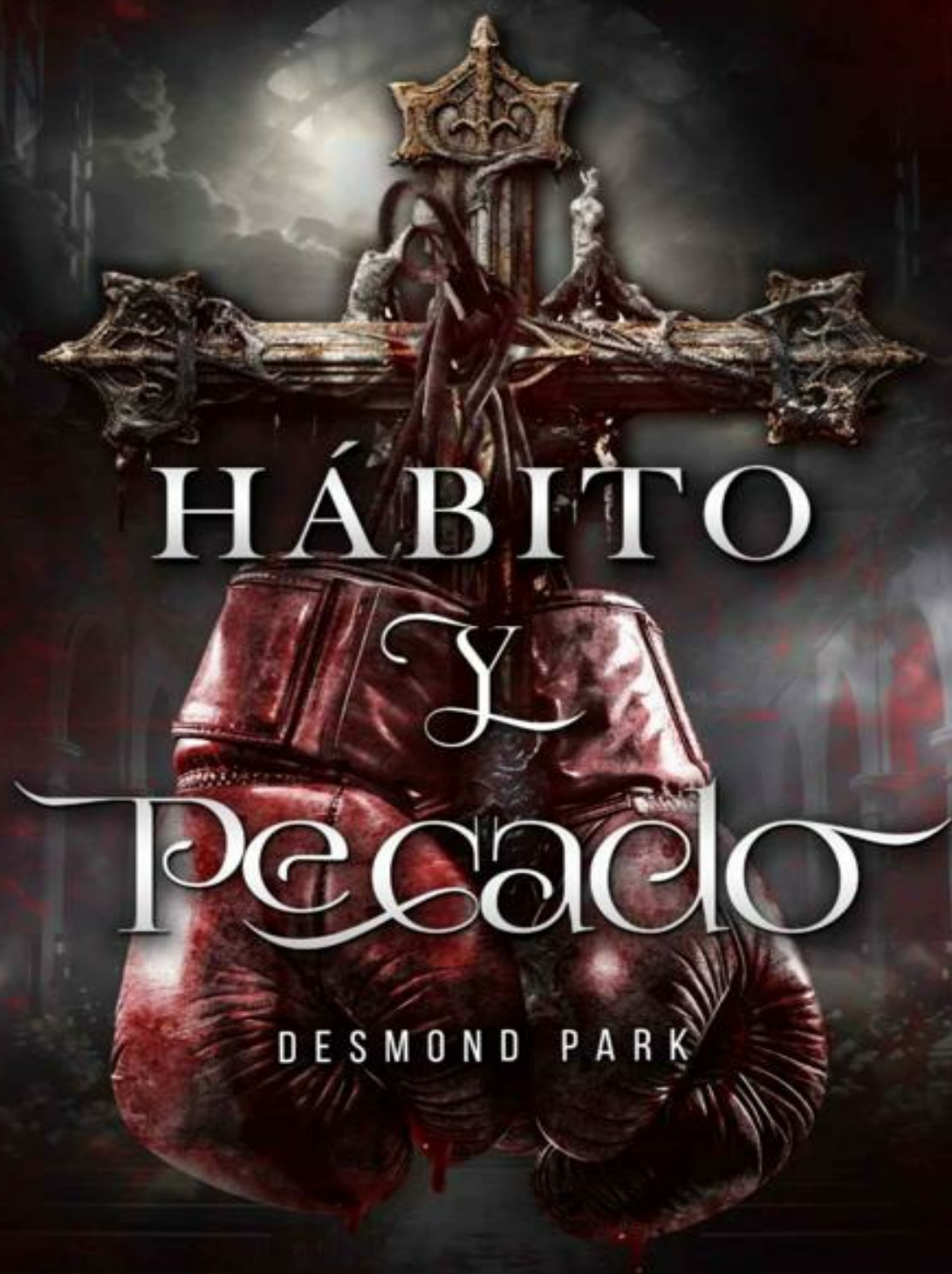


HÁBITO

Y

Peccado

DESMOND PARK



Hábito y pecado.

Desmond Park

Índice

[Capítulo 1: Dios del caos.](#)

[Capítulo 2: Golpes bajos.](#)

[Capítulo 3: Deber o atracción.](#)

[Capítulo 4: Sucumbiendo al deseo.](#)

[Capítulo 5: He pecado, padre.](#)

[Capítulo 6: El juego.](#)

[Capítulo 7: Las puertas al pecado.](#)

[Capítulo 8: Quitando el hábito.](#)

[Capítulo 9: Éxtasis.](#)

[Capítulo 10: La perdición de Clara.](#)

[Capítulo 11: Confesiones.](#)

[Capítulo 12: Volver a verla.](#)

[Capítulo 13: Prolongar el deseo](#)

[Capítulo 14: Instrumento de placer.](#)

[Capítulo 15: La luz cubre la oscuridad.](#)

[Capítulo 16: Unidos por la sangre.](#)

[Capítulo 17: Hombre roto.](#)

[Capítulo 18: Amor.](#)

[Capítulo 19: Cadenas de sangre.](#)

[Capítulo 20: Profanación y placer.](#)

[Capítulo 21: El ángel y el Dios del caos.](#)

[Capítulo 22: La presencia del mal.](#)

[Capítulo 23: Gestos y promesas.](#)

[Capítulo 24: El ring del pasado.](#)

[Capítulo 25: Jugos de poder.](#)

[Capítulo 26: Presagio y rescate.](#)

[Capítulo 27: Controlar al Dios del Caos.](#)

[Capítulo 28: Muerte y libertad.](#)

[Capítulo 29: La verdad libera.](#)

[Capítulo 30: El caos del ángel.](#)

[Sobre el autor.](#)

¡Gracias por leer este libro!

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en ninguna manera ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del autor. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Autor: Desmond Park.

Título: Hábito y pecado.

Portada: Calice, servicios editoriales, Luce G. Monzant.

Primera edición, mayo del 2024.

*No hay hábito que no sucumbe al pecado,
ni pecado que pueda evitar la luz.*

Desmond Park.

Capítulo 1: Dios del caos.

Marco.

El sudor resbala por mi frente mientras observo a mi oponente con determinación. El sonido de la campana retumba en mis oídos, y mis puños ansían el contacto con la piel de mi contrincante. Cierro los ojos por un instante, y en mi mente resuenan las palabras de aquellos que alguna vez nombraron mi nombre en los pasillos de la iglesia.

La ira se apodera de mí mientras lanzo un golpe certero que impacta contra la mandíbula del otro boxeador. Cada puñetazo es una liberación de la rabia que llevo dentro, una rabia que se alimenta de recuerdos amargos y traiciones. La iglesia, con sus promesas vacías y sus dogmas inflexibles, es el origen de mi tormento, el epicentro de mi dolor.

Mi mente regresa una y otra vez a aquel día fatídico, a mi madre. Una señora cuyos ojos reflejaban compasión y condena a la vez. ¿Cómo pudo ella, una mensajera de Dios, ser cómplice de tanta crueldad y traición? Las imágenes se mezclan con el sonido de mis nudillos golpeando la carne de mi adversario, formando un torbellino de furia y desesperación.

Mientras sigo luchando en el cuadrilátero, una palabra resuena en mi cabeza con fuerza: redención. ¿Podré encontrar redención en medio de este caos, o mi destino está sellado por las sombras de mi pasado? Solo el tiempo lo dirá, pero por ahora, dejaré que mis puños hablen por mí en esta arena de dolor y gloria.

El contrincante está en el suelo. Su sangre me salpica el rostro, pero no me detengo. Veo su cara. Su rostro. Ese collar en forma de cruz que brillaba sobre su pecho y me cegaba en el altar.

—Marco ya, ¡ya! —grita Tony, el hombre que siempre apuesta por mí. Sabe que va a ganar una fortuna si lo hace. Me levanta los brazos.

—¡Suéltame! —bramo. Golpeo a gente que no tienen nada que ver ni con la pelea, ni con mi pasado—. ¡Tiene que morir!

Ahí está de nuevo. Su cara, la del párroco. Los malditos cristales tintados de la iglesia. Los colores reflejando en mis ojos con heterocromía. Mis gritos escuchados pero ignorados. El llanto que empapó mis mejillas. Regresa y con ello mi furia.

Entre varios, me sujetan y alejan del desgraciado al que estoy imaginando. Gruño cuando se llevan al ensangrentado y al fin le veo el rostro deformado. No es quien yo quiero. Todavía no. Muevo con brusquedad los brazos y me sueltan. La gente empieza a alabarme. Gritan mi nombre y lo elevan a la altura de un maldito Dios del caos. Así me apellido en esta odisea que es mi vida.

En el vestidor, no termina mi tormento. Sentado en el banquillo observo mis nudillos ensangrentados, partidos. En las peleas ilegales no hace falta los guantes, solo vendas. Muevo las manos. Las abro y las cierro para comprobar que tengo la suficiente movilidad para seguir destrozándolas mañana.

—¡Has estado genial! —grita Tony—. Me encanta tu agresividad, no sé en qué pensarás cuando lo haces, pero sigue acumulando rabia al respecto.

—¿A cuánto dinero hemos tocado? —Es lo único que me interesa.

—Ah, cierto. —Saca un fajo de billetes y me los entrega. No los cuento. Los meto en la chaqueta del chándal que viste mi pecho desnudo—. No lo gastes todo en drogas. Aunque bueno, por mí puedes hacerlo. No me importa. Con que estés fresco para la próxima noche, suficiente.

—No te preocupes tanto por mí —digo con sarcasmo.

El hombre bigotudo y regordete se encoge de hombros.

Le dedico una mirada voraz y salgo de los vestidores. Detrás de las puertas, los seguratas de ese mafioso de las apuestas lo esperan. Se apartan cuando me ven y me dejan ir. No es como si ellos pudieran vencerme de todos modos.

El rugir de mi coche despeja mi mente por un segundo. El negro nos cubre con su carrocería y mi ropa. Como de costumbre, el camello me espera en un parque cercano al piso en el que resido como ocupa. A pesar de la cantidad de dinero que recibo, no me da para poder drogarme y pagar algo decente.

No me hace falta aparcar, me pasa el plástico con contenido blanco y le entrego el dinero. Arranco hasta llegar al piso. Subo las escaleras. Es el último rellano y sin ascensor, así que debo pasar más tiempo sin drogarme y el desespero aumenta en mi pecho. Maldita abstinencia.

Al llegar al rellano, mi vecina se encuentra en la puerta, intentando encontrar cómo llevar la llave a la cerradura.

—Maldición —dice, con voz de borracha. Se va a un lado y, cuando se percató de que estoy detrás de ella, se baja la minifalda. Como si así pudiera tapar algo. Como si a mí me interesara.

—Te ayudo.

—No sé si sea buena idea que un drogadicto con trabajo ilegal me ayude con la llave —escupe. Le arranco las llaves de la mano. Me está poniendo nervioso—. ¡Eh!

—Al menos el drogadicto sabe meter la llave en la puta cerradura.

Eleva el dedo índice y me pica la nariz.

—Mi hermana debería castigarte —dice, con una sonrisa valiente.

—Tu hermana.

—¡Sí!

—¿Es policía?

Abro la puerta.

—No, es la esposa de Dios. —Levanto lentamente la mirada hacia ella—. ¡Y deberías arrepentirte de tus pecados!

—Es una monja, vaya. —Asiente—. ¿Tú no tienes pecados?

Niega con la cabeza.

—Salí solo hoy porque es la despedida de soltera de una amiga, pero soy devota y fiel a mi marido.

—Ya. —Le cierro la puerta en las narices.

—¡Eh!

—No grites, no querrás que tu marido te vea siendo infiel.

—¿Qué? Yo no...

No la dejo seguir con la frase. Apreso su cintura y nuestras bocas se conocen. Ahoga un quejido. Intenta alejarme. Golpea mi pecho y hace movimientos con mi chaqueta. Sostengo su trasero y la apego contra mi cuerpo. Su espalda se aprieta en la pared. Está apresada. Al fin sigue el beso. Su sabor a alcohol me da la energía suficiente para seguir.

Da un salto, la sujeto y elevo la poca tela de su falda. Paso ambas manos por debajo de las bragas y aprieto sus nalgas. Uno de mis dedos va mucho más allá y se desliza por su ano.

Gime en mi boca, no detiene el beso. Soy ágil para abrir la puerta de casa. Me dejo caer sobre el sofá con ella encima. Sus besos se extienden por mi cuello y bajan lentamente por mi pecho.

Me tensó y la aparto. Se queda mirándome desconcertada. No quiero que me toque.

—No me toques —ordeno, ella traga saliva—. No soporto que me toquen. Ni siquiera un puto roce o te juro que mi verga no terminará dentro de ti.

Asiente. Me quito la chaqueta y sigue, pero esta vez, baja directamente donde nos interesa. No me hace falta decirle que se baje al pilón, lo hace sola. Desata mi pantalón y descubre mi erección. Se la lleva a la boca. Lame lentamente para luego empezar con las absorciones. Gruño. El placer se extiende por mi falo y me lo endurece más.

—La comes como una maldita prostituta, tu marido debe de estar muy complacido.

Saco la bolsa de plástico del bolsillo de mi chaqueta y extiendo su contenido sobre la mesilla que hay al lado del sofá. Me arranca un gruñido. La observo por un segundo, pajeándome mientras la lleva hasta la garganta.

Acomodo una línea blanca perfecta con la ayuda de una tarjeta vieja e inhalo. ¡Joder, no aguantaba más! Entorno los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Llevo una mano a su pelo. Muevo la cintura para que mi polla le llegue al fondo. Una y otra vez. Sin descanso posible.

Sujeto su nuca, la obligo a levantarse. Le doy la vuelta y la agacho sobre la mesa de centro que hay entre el sofá y la televisión. Ladeo sus empapadas bragas, azoto con fuerza sus nalgas y mientras éstas rebotan y se quedan de un color rosado, rompo el plástico del condón con los

dientes y lo coloco. Mi verga le abre el coño y golpea con la pared de su cavidad. Su útero es arremetido y follado por la grandeza de mi falo.

Grita. Callo esos gritos de desesperación y placer, cubriendo su boca con mi mano. Después de varios golpes profundos, imagino cómo nos miraría su hermana. La jodida monja. Con desaprobación, con asco. ¡Me encanta! Dibujo otra ralla de delirio sobre su espalda vertebral. Intento que no se caiga hasta que la inhalo. Entorno los ojos. Me siento mareado, ido. Por un momento olvido quién soy. Solo sé que tengo a una mujer complaciendo mi polla. Que maldita delicia.

Todo pasa a cámara lenta. Cada embiste, cada golpe. Mis dedos abriendo su trasero y fregándole el clítoris. Ella ahogando los gritos mientras se muerde el brazo. Noto su bombeo cuando se corre. El estallido empapa la mesa. Muerdo el labio inferior y mi cabeza se ladea cuando llego al orgasmo.

Me siento en el suelo y salgo de ella cuando estoy complacido. No pienso complacer más a esta puta, suficiente que le he dado un orgasmo que dudo que su esposo le haya dado nunca.

Me observa un momento y con los ojos brillosos, se disculpa y corre al baño. La escucho vomitar. Está demasiado borracha y yo debería de estarlo también. Llevo la mano a mi sien y dejo escapar un quejido. Me duele.

Un sonido atroz retumba en mi mente. Bajo los efectos de la droga la mayoría de los sonidos me molestan. Miro hacia la mesa y observo el móvil de la infiel. Se le cayó con los golpeteos. Mi intención es colgar, pero al levantarlo observo que el número se guarda como “Hermanita” junto a un corazón. Sonrío. Esto va a ser muy divertido.

Descuelgo sin hablar.

—¡Hermana! Siento las horas en las que te llamo, pero se trata de mamá. La están llevando al hospital. El resfriado le empeoró. Estoy a punto de llegar a tu casa, sabes que no tengo carné.

—Tu hermana está indispuesta.

Se queda en silencio por un momento.

—¿Quién es usted?

—Eres la hermana monja, ¿no? —Nota el desdén en mi voz, por eso suspira.

—Sí, pero ¿me puede decir dónde está mi hermana mayor y quién es usted?

Noto su preocupación. Maldita farsante.

—Está vomitando en mi casa, soy su vecino.

—¿Qué hace a estas horas en su casa y por qué está en esas condiciones?

—La pecadora de tu hermanita ha disfrutado de mi polla. No sé por cuantas horas porque estoy demasiado drogado como para saberlo. Y, está borracha. Muy borracha.

—¡Mi hermana está casada!

—Su coño no tiene un candado, hermana.

—¡Oh, Dios mío! —se escandaliza. Me da la risa y me voy de lado. Termino acostado en el suelo—. ¡Dile que en nada estoy allí!

—¿También quiere sexo, hermana? Déjeme descansar un poco y que esté más lucido.

Cuelga. Que poco aguante tiene.

Escucho los pasos de mi vecina. También su sollozo. Que rápido se arrepiente de lo que ha hecho. Desde el suelo, levanto la mano con el móvil para que lo coja.

—Llamó la monja esa, que va a venir dice.

—¡¿Qué?! ¡Ni siquiera voy a poder huir de esta situación! —Me lo quita de un manotazo y empieza a hiperventilar. Su llanto aumenta y camina de un lado a otro.

—Oye, si vas a ponerte a llorar, lárgate de mi puta casa. No voy a soportar tus mierdas.

Me mira con desprecio. Me encanta. Le dedico una sonrisa fanfarrona por haber conseguido en ella la molestia que buscaba.

—¿La culpa es solo mía? —pregunta.

—Yo estoy soltero, puedo follarme a quién quiera. Pero, espera... —Arrugo la nariz, fingiendo una mueca de extrañeza—. ¿No habías dicho que no pecabas nunca?

—Lo has hecho a propósito. —Agrandando la sonrisa—. ¡Hijo de puta!

Cuando está por golpearme, una mujer cuya belleza no la opacan sus hábitos, irrumpe en el salón y se detiene frente a su hermana. Mi plan dejando la puerta abierta era que llegara su marido y después de dejarme golpear, le pidiera el divorcio. Esto es mucho mejor.

La monja me observa por un instante, luego se centra con su hermana. Aprovecho su reprimenda visual para conseguir sentarme en el sofá.

—¿Qué has hecho? —pregunta la discípula de Dios.

—Ya te lo he contado por teléfono —interrumpo.

—Usted cálese. —Me sorprende su respuesta. Directa, casi impertinente. Dibuja una sonrisa ladeada en mi rostro.

—Yo no debí salir, nunca salgo, él me besó, yo... —Mi vecina se rompe a llorar y abraza a su hermana. Ésta le devuelve el abrazo. Suspiro con agobio. De verdad que estas cosas me rompen las pelotas.

—Ya he dicho que a llorar se vaya a su puta casa. Solo le quería demostrar que todo el mundo podía pecar.

La monjita me mira de reojo. Limpia las lágrimas del rostro de su hermana con suaves caricias y la acompaña hasta el umbral de la puerta.

—Espérame en tu casa, intenta calmartte y que tu marido no se despierte.

La vecina asiente y se retira.

—¡Vaya! Mentir y ocultar, ¿no es pecado, hermana? —Se voltea para verme con claridad—. ¡Ya sé! Es que, para ustedes, es pecado solo lo que les interesa.

Camina hacia mi posición y a medida que lo hace, observa la poca droga que queda sobre la mesa y el rastro de colillas que dejan los porros por el suelo. Golpea una de las colillas con la punta del pie y lleva sus ojos azules directos hacía los míos.

—¿Por qué querías demostrarle a mi hermana que podía pecar?

—Porque la gente puritana me da grima.

—En ocasiones, detestamos lo que queremos ser.

La sangre me arde en cuestión de segundos. Me levanto y doy un paso al frente. La encaro y ella no muestra ni un ápice de miedo en su mirada.

—Jamás querría ser como tú o como los sectarios para quien trabajas.

No habla por unos segundos. Su mirada se ablanda. Parece que el enojo en ella se desvanece, lo que me sorprende y me repatea el hígado a la vez.

—¿Necesitas ayuda? —su preocupación parece sincera. Doy un paso atrás, no me gusta—. Puedo intentar ayudarte, eres demasiado joven para desperdiciar así tu vida.

—Lo dice la que se mantendrá virgen hasta que se muera.

—Es una decisión respetable.

—Respetas entonces que yo quiera arruinar mi vida como me salga de los huevos.

Suspira y baja la mirada un momento. Su expresión compasiva se acrecienta. Frunzo el ceño. Puedo soportar la furia, mas no la lastima. Menos la compasión. Me está irritando.

—Me das pena —confiesa. Vuelve a elevar su mira hacia mí y niega con la cabeza—. Ojalá algún día puedas encontrar el camino para ser feliz.

Me acerco de nuevo y me agacho. Nuestros rostros se quedan lo suficiente cerca como para sentir el aliento el uno del otro.

—Mi camino es derecho al infierno, aléjate de mí si no quieres que te arrastre.

—Con Dios confío para que eso no ocurra.

—Si a Dioses obedeces, yo soy el Dios del caos. Puedes rezarme cuánto quieras y como quieras. Con gemidos o gritos.

Al fin veo un poco de molestia cuando sonrío.

—Solo eres un mortal con la realidad distorsionada.

—También puedo distorsionar tu realidad, si no tienes cuidado conmigo, monjita.

—Me llamo Clara. —Pone la mano en mi pecho y me aleja. Borro la sonrisa. Ese pequeño toque me tensa. También su expresión decidida, fuerte, altanera, tan poco visto en alguien que vista de monja—. Aléjate de mi hermana y de nuestra vida en general. Ya has hecho suficiente. Rezaré a Dios por tu alma.

—Descuida, te la vendo. —Niega con la cabeza y se marcha—. ¡Oye, no bromeo! ¡¿Cuánto me das?! ¡Así consigo más droga!

Ni siquiera se voltea a verme, solo se marcha con su hermana y cierra la puerta del piso a sus

espaldas.

A pesar del estado en el que me encuentro, es la primera vez que una monja me la pone dura. Extraño, pero a mi pesar, cierto. La recoloco en el pantalón y tuerzo el gesto. Mañana retomaré la búsqueda para asesinar al infeliz que ha hecho de mí un maldito monstruo. Ese es mi camino en la vida.

Capítulo 2: Golpes bajos.

Marco.

Cada golpe que doy en el ring es un grito que no escapó de mis labios de niño. Mis puños hablan por las palabras que me tragaba cada vez que él me decía que me quedara quieto, que *"esto es por mi bien"*. El cuero del saco de arena estalla bajo la fuerza de mis golpes, cada uno liberando un fragmento más de mi furia contenida.

El gimnasio está prácticamente vacío a esta hora, solo es presente el eco de mis golpes y el zumbido de las luces fluorescentes. Aquí, rodeado de cuerdas y sudor, es donde me siento más yo mismo, o al menos, la versión de mí que puedo soportar. Fuera de estas cuatro paredes, todo es más complicado. Las mujeres, los amigos, cualquier persona realmente esperan algo de mí que no estoy seguro de poder dar. ¿Cómo puedes ofrecer amor cuando lo que te enseñaron del amor era a través de puños y palabras duras?

Lanzo un gancho de izquierda seguido rápidamente por un uppercut. El dueño del gimnasio, un viejo boxeador retirado con más cicatrices en el rostro que dientes en la boca, el mismo que me entrenó, me grita que mantenga la guardia alta.

—¡Ellos van a buscar tus puntos débiles, muchacho! ¡Siempre lo hacen!

Sus palabras no se limitan al boxeo, lo sé. En el ring y fuera de él, todos buscan algo que explotar.

Después del entrenamiento, la noche me arrastra a su ritmo usual. Bar tras bar, mujer tras mujer, a veces algún hombre. Caras que cambian, pero expectativas que permanecen. Conversaciones que no recuerdo, nombres que nunca aprendo.

—Eres un tipo duro —susurran al oído, como si eso fuese un elogio. No entienden que mi dureza es mi cárcel, no mi corona.

La última mujer de la noche se llama... ¿Marta? Se aferra a mi brazo, riendo por algo que ni siquiera recuerdo haber dicho. La aparto rápido, odio el contacto, por eso amo el control. En su apartamento, las sombras juegan en las paredes mientras ella se desliza hacia la habitación. La sigo mecánicamente, cada paso es un eco de esos pasillos oscuros de mi infancia y cada roce un recuerdo de manos que no deberían haber estado allí.

Cuando termina, me siento al borde de la cama, el sudor frío de la culpa y el remordimiento me recorre la espalda. Marta duerme, o finge hacerlo, y yo me pregunto si alguna vez podré dejar de pelear con los fantasmas de mi pasado.

Al amanecer, salgo de su edificio sintiendo cada moretón, cada músculo adolorido. En el espejo retrovisor, mis ojos se encuentran con los míos. Veo un hombre que está cansado, no solo físicamente. Cansado de luchar, cansado de huir, cansado de no saber si algún día dejaré de golpear las sombras para, en cambio, empezar a abrazar la luz.

La ciudad nunca duerme, y menos el bajo mundo de las apuestas y los combates clandestinos. La siguiente pelea es en un almacén del distrito industrial, un lugar sin glamur donde el olor a sudor y cerveza barata se mezcla con el humo de los cigarrillos. Es aquí donde los hombres de verdad prueban su valor, o eso claman los que llenan las gradas improvisadas.

Las apuestas vuelan alto esta noche. Puedo oír los números subiendo mientras me envuelvo las manos con vendas. Los rostros en la multitud son duros, marcados por la vida, o quizás por deudas pasadas. No son aficionados; muchos son gánsteres y matones, gente que no teme ensuciarse las manos fuera del ring si las cosas no salen como esperan. Y ellos han puesto su dinero en mí.

El combate es contra un tipo que todos llaman "El Carnicero". Grande, musculoso, con más tatuajes que piel visible. Es conocido por su brutalidad, no solo por su habilidad. Cuando suena la campana, no hay reglas, solo supervivencia. Cada golpe que doy y recibo resuena como un trueno, cada esquivé es un baile al filo de la navaja.

En el segundo asalto, siento la sangre caliente correr por mi ceja; un corte abierto por un gancho bien colocado. El Carnicero sonríe, mostrando una hilera de dientes metálicos. Pero no retrocedo. Al contrario, algo se enciende dentro de mí. Es la misma chispa que surge cada vez que alguien espera que me rinda.

Con un rugido, lanzo una serie de golpes, cada uno más fuerte que el anterior. La multitud grita, el dinero cambia de manos tan rápido como los golpes en el ring. Finalmente, con un uppercut demoledor, El Carnicero cae. No se levanta antes de que el árbitro termine de contar. La ovación es ensordecedora.

Después del combate, la fiesta sigue. Whisky, mujeres, risas forzadas. Un hombre de aspecto siniestro se acerca con una sonrisa que no llega a sus ojos fríos.

—Buen trabajo, chico —dice, pasando un brazo pesado sobre mis hombros. Que manía con tocarme—. Sabía que mi dinero estaba seguro contigo.

Su agarre es firme, casi una advertencia. Lo aparto y no le respondo, pongo mi atención en la copa. Sé que este tipo de gente no es amiga de nadie; son amigos del dinero y de la violencia.

Mientras la noche se desvanece en un borrón de luces y sombras, me siento cada vez más como si estuviera nadando en aguas infestadas de tiburones. Cada pelea, cada fiesta, cada apretón de

manos es un recordatorio de que, en este mundo, o nada rápido o te hunden sin piedad.

Salgo del almacén con la adrenalina todavía corriendo por mis venas. Con un fuego latente que me mantiene alerta y vivo.

Las calles están más oscuras que de costumbre, o quizás es solo mi mente, que sigue en la penumbra del ring. Hay risas, gritos distantes que pronto se apagan cuando me adentro en el laberinto de callejones detrás del distrito de almacenes, donde dejé mi coche.

No me doy cuenta de la emboscada hasta que es demasiado tarde. Una sombra se materializa de la nada, seguida por otra y otra, hasta que estoy rodeado. Reconozco algunos rostros, tipos que estaban en la multitud. Sus miradas están fijas en mí, no por admiración, sino por rencor.

—Debiste dejarte caer en el tercer round, hijo de puta —gruñe uno, resonando su voz gruesa como un cuchillo en la quietud de la noche.

No hay tiempo para responder. El primer golpe me toma de lado, un puño que se estrella contra mi mandíbula con un chasquido sordo. Trato de defenderme, pero son demasiados. Cada golpe es como un martillo, cada patada un ladrillo que se estrella contra mi cuerpo. Siento el sabor metálico de la sangre en mi boca, mezclado con el polvo y la suciedad del suelo.

Las luces se vuelven borrosas, los sonidos se escuchan amortiguados, como provenientes de bajo del agua. Me arrastran hacia la pared de un edificio, y allí, apoyado contra el frío concreto, intento proteger mi cabeza, mientras los golpes siguen lloviendo sobre mí.

—Esto es por mi dinero —escucho, entre la cacofonía de golpes.

Cuando finalmente se van, el silencio se siente igual de violento. Me quedo tendido en el suelo, cada respiración es como un cuchillo punzante en mis costillas.

La sangre fruye libremente del corte sobre mi ojo, el dolor se convierte en un recordatorio constante de mi falla. No solo me han robado la victoria, sino también cualquier ilusión de seguridad.

Miro el cielo nocturno, las estrellas borrosas, más allá de las luces parpadeantes de la ciudad. Aquí, en medio de la calle, me siento un jodido deshecho. El frío se cuela por cada rasguño y contusión. Tan helado como el sentimiento de soledad.

No sé cuánto tiempo he pasado quejándome en voz baja en el mismo lugar, antes de encontrar la voluntad de moverme. Superando por segundos el dolor. Mi sangre cae con gotas que mojan el pavimento. Cada jodido movimiento es un maldito tormento, logro ponerme de pie. La ciudad sigue indiferente y aunque algunos me ven, se vuelven en cómplices de mi desgracia. Con cada paso vacilante hacia casa, sé que esta noche no es más que otro asalto en la lucha de mi vida. Una pelea que siempre pierdo.

Capítulo 3: Deber o atracción.

Clara.

Apenas amanece cuando salgo del convento con la lista de la compra apretada entre mis dedos. La frescura del alba aun cuelga en el aire, mezclándose con el olor a pan recién horneado de la panadería de la esquina. Sigo mi camino, con el propósito de mi salida, pero mis pasos se detienen abruptamente al vislumbrar una figura tendida en el suelo a pocos metros del portón.

Al principio, es solo una sombra oscura contra el pavimento pálido, pero a medida que me acerco, los detalles se vuelven dolorosamente claros. El vecino de mi hermana, Marco. El chico que me retó en su casa y me advirtió de su peligro. El causante del divorcio de mi hermana yace frente a mí, su cuerpo es grande y musculoso. Da un contraste grotesco con la vulnerabilidad de su estado actual. Me agacho, dejando la lista de compras a un lado, y observo su rostro con cuidado.

Está malherido, la sangre cubre parte de su rostro y su ropa está rasgada y manchada. Los moretones ya se están formando, oscuros y ominosos, y sus labios están partidos. Inhalo profundamente, intentando apartar el horror que siento al ver a otro ser humano en tal estado.

—¿Puedes oírme? —pregunto suavemente, dudando de que esté consciente. No hay respuesta, solo el casi imperceptible sonido de la ciudad despertando. Coloco mi mano con cuidado en su cabeza para levantarla ligeramente, revisando si hay más heridas que no pueda ver. Su respiración es irregular, un sonido rasposo que me hace temer por su pulmón.

Sé que debería ir a por ayuda, pero algo me detiene. La violencia que ha sufrido este hombre es palpable, y me pregunto, qué cadena de eventos lo llevó a ser abandonado así, malherido y solo, en una calle fría al amanecer.

Mientras examino sus heridas, noto que está empezando a recobrar la consciencia. Sus ojos, de profundos colores marrones y azulados, parpadean abriéndose lentamente, viéndose confuso y nublado por el dolor. Sus ojos con heterocromía son hermosos.

—Estás a salvo —le aseguro, aunque la promesa suena hueca incluso para mis oídos.

Su boca se mueve torpemente, intentando formar palabras, pero solo consigue un murmullo incoherente. Sostengo su mano, un gesto que espero transmita algo de consuelo, a pesar del frío que se cuela entre las mangas de mi hábito.

—Voy a buscar ayuda —murmuro, pero al mirar sus ojos, veo un destello de pánico.

—No... Hospital —logra decir con un hilo de voz.

Acepto, aunque cada instinto me grita que debo hacer más.

—Está bien, te llevaré al convento. Te puedo curar allí.

No es lo habitual, pero algo en su mirada me impulsa a protegerlo, a ofrecerle refugio, aunque sea temporal. Con esfuerzo lo ayudo a levantarse apoyándolo en mí, consciente de cada gemido de dolor que se escapa de sus labios mientras avanzamos lentamente hacia la seguridad detrás de los muros del convento.

Termina por desmayarse de vuelta.

—¡Marco! —ahogo un chillido cuando cae sobre mí y nos vamos al suelo. Me arde la cara. ¿Qué está pasando? Ay, Dios. Lo aparto y ruedo por el suelo. Huyendo de él o de mí, no lo tengo muy claro.

Arrastro el cuerpo pesado de Marco hacia mi habitación, sintiendo cómo cada paso reverbera a través de los silenciosos pasillos del convento. Mis manos están manchadas con su sangre, y el peso de su inconsciencia me obliga a apoyar su cuerpo más de lo que quisiera. Al llegar, con esfuerzo lo acuesto en mi austera cama, rodeada sólo por las paredes desnudas y algunos iconos religiosos que observan silenciosamente.

Su respiración es irregular y su rostro, aunque en paz, muestra las cicatrices de mil batallas. Empiezo a tratar sus heridas con manos temblorosas pero determinadas. Mientras limpio la sangre y aplico vendajes, no puedo evitar notar la definición de su cuerpo, marcado por cada golpe recibido y cada lucha enfrentada. Siento un calor subir por mi cuello, un calor que no debería estar ahí, no para una mujer en mi posición.

Cuando termino, me siento exhausta, emocional y físicamente, pero no me muevo. Lo observo, su pecho sube y baja con cada respiración dolorosa. Mis ojos se detienen en las líneas de su cuerpo, y un deseo desconocido se agita dentro de mí. Es un deseo que asusta y fascina a la vez.

De repente, sus ojos se abren. Nos miramos fijamente, y hay una confusión inicial que rápidamente da paso a una intensidad cruda.

—¿Por qué me ayudas? —su voz es ronca, pero cada palabra vibra en el aire entre nosotros.

—Porque es mi deber —respondo automáticamente, aunque la respuesta suena hueca incluso para mis propios oídos.

Marco intenta incorporarse, gruñendo por el dolor.

—No es sólo deber —dice con una sonrisa torcida—. Hay algo más, ¿no es así? Algo que ni tú misma quieres admitir.

Me muerdo el labio, sintiendo cómo mi propio cuerpo traiciona mis votos con cada latido acelerado de mi corazón.

—Estás equivocado —susurro, aunque la certeza se desvanece con la palabra.

Él ríe débilmente, un sonido que resuena con demasiada sinceridad.

—¿Cómo te llamas?

—Clara.

—Que nombre más perfecto para una monja.

—Marco no suena a un boxeador que se droga todos los días y vive de ocupa.

—Veo que tu hermana te ha puesto al día.

—Fui yo la interesada.

—¿Por qué será?

—Me preocupé al verte en ese estado.

—Claro.

Hace una pequeña pausa y agranda la sonrisa.

—Puedo hacerte pecar, Clara. Puedo mostrarte que hay más en la vida que tus votos y tu devoción.

—No —digo con más fuerza, intentando convencerme más que a él—. Estoy aquí para salvarte, Marco. No para condenarme.

—Pero ya es demasiado tarde, ¿no crees? —. Su mirada reta la mía, y en ese momento, sé que él ve a través de la fachada, ve la lucha interna que me consume por su culpa.

La habitación se siente más pequeña, el aire más denso. Marco y yo estamos en un precipicio, y por primera vez, no estoy segura de querer dar un paso atrás.

Marco se inclina hacia delante, su rostro está a penas iluminado por la lampara de la mesita. Sus ojos no desvían la mirada, perforando los míos con una intensidad que me hace temblar.

Tengo que tomar el control de esta situación.

—¿Qué es lo que tanto te ha lastimado, Marco? —las palabras salen de mis labios antes de que pueda detenerlas—. ¿Por qué quieres que todo el mundo caiga en el pecado? ¿Qué clase de dolor llevas contigo?

Su sonrisa se desvanece, y una sombra cruza su semblante.

—La vida ha sido una hija de puta conmigo, monjita. ¿Y tú? ¿Quién te ha jodido tanto como para querer esconderte en este lugar, detrás de esas vestimentas?

Respiro hondo, sintiendo cómo la ira y el deseo luchan por dominar.

—Estoy aquí por fe y tradición familiar. Por convicción —digo, aunque mi voz tiembla con dudas.

—Convicción —repito con desdén. Se acerca más y puedo sentir el calor de su cuerpo—. Te apuesto a que, bajo toda esa convicción, hay deseos que ni siquiera te atreves a explotar.

Retrocedo instintivamente, pero la pared fría detiene mi escape.

—No juegues conmigo, Marco. No intentes corromper lo que valoro.

El ríe, un sonido ronco y provocador.

—No necesito corromperte, Clara. Solo necesito mostrarte lo que ya está ahí. Puedo hacerte

pecar tanto como quieras, tanto como tu cuerpo lo desee, sin que tu corazón se involucre.

—¡Basta! —exclamo, aunque parte de mí se retuerce con la verdad en sus palabras—. No sabes nada de lo que necesito o deseo.

—Lo sé, Clara. Lo sé porque cada vez que me miras, no veo devoción en tus ojos, veo curiosidad, deseo...Pasión —su voz es un susurro seductor, y sus dedos rozan ligeramente mi mano, enviando un escalofrío a través de mi cuerpo.

Me aparto rápidamente, sintiendo mi pulso en cada rincón de mi ser.

—Lo sentí estando drogado cuando nos conocimos, más ahora —sigue.

—No es así.

—¿Intentas convencerme a mí o a ti?

—A nadie.

—Me encaraste cuando pasó lo de tu hermana, porque algo de mí te atrajo. Lo sé.

—Esto no es amor, Marco. No confundas mi compasión con otra cosa.

—No es amor —está de acuerdo. Una sonrisa torcida adorna su rostro nuevamente—. Pero es algo, Clara. Algo poderoso y prohibido. Y ambos lo sabemos.

La tensión en la habitación es casi palpable. Un tira y afloja de deseos no pronunciados y límites por cruzar. Cada respiración pesada y cada segundo se extiende, lleno de posibilidades y peligro. Ninguno de los dos habla de amor, pero el aire entre los dos arde. Si tan solo uno de los dos se atreviera a cruzar esa línea...

Marco me mira con una sonrisa desafiante, y su pregunta retumba en el silencio de la habitación.

—¿Es eso lo que quieres, Clara? ¿Quieres ocupar el lugar de tu hermana?

La memoria del día que los descubrí juntos irrumpe en mi mente, dolorosa por ver a mi hermana pecar. Como si los acontecimientos hubieran pasado hoy mismo. Lo había encarado, llena de ira lo reprendí aquel día, pero no fue por mi hermana. No se equivoca. Ella lloraba, sintiéndose culpable, y él intentaba mantenerse de pie por los grados de droga que había en su cuerpo. Ese día conocí a Marco, el hombre que ahora yace en mi cama, provocándome, tentándome. Y ese día ya lo hizo, aun sin pretenderlo.

—No estoy aquí para reemplazar a nadie, Marco. Menos a ella —respondo, firme a pesar del desorden en mi interior—. No subestimes mi devoción ni mi fuerza.

Él se ríe suavemente, un sonido que parece llenar la habitación con una tensión palpable.

—No subestimo nada, Clara. Admiro tu fuerza, tu devoción. Pero también veo lo que intentas ocultar. Y me pregunto... ¿qué tanto estás dispuesta a resistir?

Su pregunta cuelga en el aire, una provocación que siento hasta el fondo de mi ser. Me acerco a él, mi corazón late con fuerza, mi mente gira entre la devoción y el deseo.

—Estoy aquí para salvarte, Marco. No para condenarme ni rendirme a... A tentaciones. Ya te

lo dije.

—Salvarme —repite él, mirándome con una mezcla de ironía y algo más, algo que no alcanzo a descifrar—. ¿Y quién te salvará a ti, Clara? Porque cada momento que pasas conmigo, te alejas un poco más de tus votos y te acercas a mí.

El aire entre nosotros vibra con una carga eléctrica, una danza de deseo y desafío.

—No necesito salvación —digo, aunque mi voz se quiebra ligeramente.

—Todos necesitamos ser salvados de algo —murmura Marco, y antes de que pueda responder, agrega—. Incluso de nosotros mismos.

Me alejo un paso, intentando recuperar el control.

—No jugaré este juego contigo, Marco. No soy como mi hermana. No caeré como ella.

Sus ojos nunca dejan los míos, y en ellos veo un destello de algo oscuro, profundo.

—Veremos, Clara. El tiempo dirá si eres tan fuerte como dices ser.

A medida que la noche cae sobre el convento, el silencio se hace más denso, casi palpable. Me aseguro de que nadie descubra la presencia de Marco en mi habitación. Cada sonido en los pasillos me hace tensar, pero por fortuna, las hermanas están ocupadas con sus oraciones vespertinas y la habitación está lejos del tumulto.

Preparo un poco de comida con lo poco que puedo conseguir a estas horas, mayormente pan y algo de caldo. Mi corazón late con fuerza cuando entro de nuevo en la habitación, sosteniendo la bandeja con fuerza. Marco se ha incorporado ligeramente, apoyado contra los almohadones que he arreglado para él.

Su mirada me sigue, me cuesta moverme, pero debo acercarme.

Coloco la bandeja a un lado y tomo la cuchara, sirviendo un poco del caldo. A medida que acerco la cuchara a sus labios, la mirada de Marco parece volverse más intensa. Una tensión diferente, más pesada y eléctrica, se instala entre nosotros. Él abre la boca y acepta la cuchara, pero luego, lentamente, pasa su lengua por ella de una manera deliberadamente sugestiva. El gesto es tan cargado de intención que me hace jadear.

—Muy bueno —murmura. Sus ojos oscurecen con el brillo del deseo y los colores azules y marrones se intensifican—. Aunque todo podría mejorar con el condimento adecuado.

Trago saliva, intentando ignorar la forma en que mi cuerpo reacciona a su proximidad y a sus palabras.

—Deberías dejar de decir tonterías y comer, te hará bien —respondo, tratando de mantener mi voz estable.

Marco sonríe y toma la cuchara de mi mano, nuestros dedos se rozan brevemente.

—¿Me estás alimentando para mantenerme fuerte, o para mantenerme aquí, Clara? —sus palabras se tiñen con un tono juguetón que no puedo ignorar.

Cada palabra suya parece tener un doble sentido.

—Para que sanes —respondo, aunque el calor en mis mejillas me traiciona.

—Sanar —repite él, probando la palabra como si saboreara algo más que el caldo—. Hay muchas formas de sanar, ¿no crees? Algunas más agradables que otras.

La cuchara tiembla en mi mano cuando la sumerjo de nuevo en el caldo.

—Marco, por favor...

—¿Sí, Clara? —pregunta, inclinándose hacia mí—. ¿Qué es lo que realmente quieres decir?

Mi corazón late con fuerza contra mi pecho y, por un momento, considero decirle lo desesperada que me siento. Pero, en lugar de eso, solo suspiro y le ofrezco otra cucharada, que él acepta. No deja de mirarme fijamente.

Nerviosa, dejo la cuchara en la bandeja cuando ya ha terminado. Ni siquiera debería de estar prestándole estas atenciones. Los recuerdos de cómo disfrutaba haciendo pecar a los demás me invaden, recordándome que estoy jugando con fuego.

Me alejo. Marco nota mi retirada y sonríe con un deje de malicia.

—No me enamoro, Clara —declara con voz baja y rasposa, cargada de una cruda sinceridad—. Pero podría enseñarte a hacer otras cosas en la cama, aparte de dormir. Además de arrodillarte para algo más que para rezar.

Su declaración me golpea quemándome como Ícaro a centímetros del sol. Siento como mi cuerpo reacciona a pesar de mi mente que grita en protesta.

—No deberías decir esas cosas.

No puedo ni siquiera mirarlo.

—¿Por qué no? ¿Te asusta la idea de aprender? ¿De explorar lo que realmente sientes?

—No se trata de miedo —replico, aunque mi voz tiembla, delatando mis verdaderas emociones—. Se trata de lo correcto, de lo que es apropiado.

Marco se ríe suavemente, un sonido que no tiene nada de amable.

—Lo apropiado no siempre es lo que nos hace felices, Clara. A veces lo prohibido es mucho más dulce.

Siento como el calor me invade, un calor que no tiene lugar en la habitación fría de un convento. Mi corazón late con fuerza y me doy cuenta de que estoy a un paso de cruzar una línea de la que no podré volver.

—Necesito irme —confieso, casi sin aliento.

—¿Huirás cada vez que las cosas se pongan intensas? —su pregunta es un anzuelo, tentador y peligroso.

—No estoy huyendo —afirmo, aunque es exactamente lo que estoy haciendo. Me dirijo hacia la puerta, sintiendo su mirada en mi espalda, ardiente y penetrante.

—Piénsalo, Clara —su voz sigue a mis espaldas—. Si alguna vez decides sucumbir y gemir

en el infierno, búscame.

Sonó pagano, pero casi me arranca un quejido.

Salgo de la habitación rápidamente, cerrando la puerta detrás de mí. Apoyo mi frente contra la madera fría, mi respiración sigue agitada y mis pensamientos sucumbieron desde hace más de media hora.

Marco ha encendido algo dentro de mí, algo peligroso y tentador. Me aterra cuando deseo que siga hablando.

Capítulo 4: Sucumbiendo al deseo.

Clara.

Me arrodillo en el frío suelo de piedra de la capilla, mis manos se unen en ferviente oración. Busco el alivio en la silenciosa oscuridad, implorando por fortaleza y redención, pero cada palabra susurrada me recuerda más a él: su voz, su mirada, el calor de su piel. La culpa me consume; es un deseo que no debería albergar, una tentación que no debería explorar.

Pasadas las horas, cuando el reloj de la torre suena con eco en los pasillos vacíos, me levanto, con las rodillas doloridas y el alma pesada.

De regreso a mi habitación, mi mano tiembla antes de abrir la puerta. Sopeso la idea de no dormir en toda la noche, pero finalmente, dejo que la puerta se abra dejando tras de sí un chirriar irritante.

Marco está aparentemente dormido en la penumbra. El manto de la noche parece haber calmado la tormenta en su rostro, y por un momento, permito que la paz de su expresión me tranquilice.

Con un suspiro nervioso, me acerco a la cama. El espacio es pequeño, apenas es suficiente para ambos. Me deslizo bajo las sábanas con cuidado, temiendo despertarlo, pero deseando sentir su cercanía.

El calor de su cuerpo es un imán; su aroma, una mezcla de sudor y algo indefiniblemente masculino, llena mis sentidos.

Tumbada a su lado, siento cada una de sus respiraciones, cada movimiento y la tensión vuelve a construirse dentro de mí. Mis ojos se cierran, y en la oscuridad detrás de mis párpados, las fantasías carnales que había intentado suprimir cobran vida. Imagino su tacto, su peso sobre mí, la firmeza de sus músculos sobre mis manos...

Abro los ojos, no voy a poder dormir.

Casi sin pensar, mi mano se desliza sobre su pecho, trazando las líneas de sus músculos, explorando cada contorno mezclando la curiosidad con el deseo. Su piel es caliente bajo mi palma, y siento cada latido de su corazón como si fuera el mío.

De repente, cuando estoy a punto de retirar mi mano, su agarre se cierra sobre mi muñeca. Sus dedos firmes, pero no amenazantes me prohíben alejarme. Su voz rompe el silencio con un susurro ronco:

—No te detengas.

La sorpresa me golpea primero, seguida de una oleada de algo más prohibido. Su mano guía la mía de vuelta a su piel, y a través de su caricia, me enseña a explorar.

—Sigue —insiste a baja voz, con un tono desafiante.

En este momento, somos cómplices en este juego peligroso. A pesar de mi conciencia, de mi deber, me encuentro incapaz de desear que este momento termine.

Lo escucho jadear. Su cuerpo se va tensando a medida que lo acaricio. Observo sus expresiones. Mantiene los ojos cerrados, pero parece que esté envuelto en una lucha interna. Aprieta los dientes entre sí y cierra las manos en puño.

Gruñe y mi cuerpo se tensa. Mi respiración empieza a agitarse. ¿Cómo puedo caer tan rápido? ¿A dónde se fue mi maldito orgullo? Y ni hablar de mi fuerza de voluntad.

—Para un momento —suplica. Detengo la mano sobre él. Está jadeando, incontrolablemente. Yo lo sigo, de alguna manera me transmite la sensación de calor que está recorriendo su cuerpo.

—Me tendría que ir —digo con un hilo de voz. Si sigo tocándolo no voy a poder parar.

—Ni se te ocurra —advierte.

Abre los ojos, me mira, su mano se desliza por mi nuca. Mi cuerpo se rompe y se estremece. Doy un quejido cuando me acerca hacia él y pega los labios contra los míos. Gimo, él también. Quiero alejarme, pero no puedo. Mis lagrimas recorren mis mejillas. No sé lo que estoy haciendo, pero jadeo en su boca. Su lengua me enciende y rodea la mía. Mi mano se aprieta contra sus músculos y vuelvo a acariciarlo. Él gruñe.

—No tienes idea de lo que estás haciendo —murmura en mi boca.

Su cuerpo se tensa a medida que recorro cada centímetro de su piel, parece no estar acostumbrado a que lo toquen, aunque ese pensamiento se desvanece cuando recuerdo que incluso se acostó con mi hermana.

Dios, ¿qué estoy haciendo?

Intento alejarme, pero él envuelve su lengua con la mía. Me acuesta en la cama y se inclina sobre mí. Me apresa con su cuerpo. La saliva se resbala por la comisura de mis labios y cierro los ojos. Mis manos aprietan en su espalda.

Sus brazos me envuelven, tirito, tiemblo. El corazón me va a mil por hora. Su olor, su cercanía, me está sofocando.

Vuelve a acostarse a mi lado. Gruñe con rabia y niega con la cabeza.

—Estoy demasiado malherido como para follarte, joder.

Mi mente reacciona al escucharlo. No puedo seguir junto a él, estoy muy excitada. Me levanto de la cama, pero él sujeta mi muñeca. Me estira y me coloca a su lado. El temor vuelve a convertirse en deseo.

Acaricia mis labios y los abre. Mete un dedo en mi boca, acariciando mi lengua y se acerca. Introduce la lengua junto a la mía y da vueltas. Un torbellino que termina por marear mis

sentidos.

—Marco —gimo su nombre. Me estremezco.

—Clara, sigue tocándome. —Me lleva las manos sobre su cuerpo—. No sabes lo que significa para mí que puedas hacerlo.

Mis manos tiemblan, pero vuelvo a acariciarlo. Estoy sudando y el se contrae. Traga saliva y se le escapa un quejido cuando las dos manos danzan sobre él.

—¿Qué te ocurre? —pregunto, con voz temblorosa.

—No lo sé, tú no pares. —Traga saliva y muerde mi labio inferior. Doy un quejido y arqueo la espalda. Besa mi cuello, mi piel se eriza—. Quiero tocarte.

—Marco, esto está tan mal.

—Solo un poco. Lo necesito más que a la puta droga.

Deseo que me toque. Veo sus manos, recorriendo por mis brazos. Grandes, fuertes, venosas. El latido de mi corazón se incrementa y termino asintiendo.

—Solo un poco —acepto.

—Un poco, Clara. A no ser que me pidas más.

Sus manos profanas empiezan a subir mi vestido con caricias. Cierro los ojos y apoyo la frente contra su pecho. Jadeando, rota en un deseo carnal que no he sentido nunca. Cuando roza mis nalgas, me muerdo un dedo para no gritar. Sube el hábito. Acaricia mis costillas, rodea mis pechos y lanza la tela al suelo.

Se queda mirándome por unos segundos que parecen horas. Estoy avergonzada, mis mejillas arden. Intento cubrirme, pero él me quita los brazos.

—Ni se te ocurra cubrirte —y como si su palabra fuera ley, le hago caso.

Sus caricias dejan caminos de puro fuego que se elevan desde las rodillas hasta mis muslos. Cierro los ojos y gimoteo. Echo la cabeza hacia atrás mientras mi cuerpo tiembla bajo su mandato. En los muslos, aprieta y da pequeños azotes. Sigue subiendo, dibuja el contorno de mi ropa interior. Trago saliva. Abro los ojos, jadeando. Deseo que siga más al centro.

Lo miro, él ya lleva sus ojos bicolors puestos en mí. Ardientes, fogosos. Espera que le pida más, y realmente quiero.

—Más —digo con un hilo de voz.

—Un poco más alto, Clara.

—Quiero más —mi voz sale con más claridad.

Él gruñe y aparta la mano de mi entrepierna. Bufo, ¿por qué me frustra que no siga?

—Ponte un poco de lado, hacia mí —me guía. Le hago caso, sus movimientos son pocos, al estar malherido—. Ahora sube la pierna sobre mi cintura.

Lo hago. Lo escucho dar una pequeña risita. Está sorprendido de que lo obedezca tanto, pero no es el único, yo también.

—Justo así —gruñe. Se acerca a mi boca y lame mis labios. Gimo en su boca—. Te voy a dar placer, no grites mucho. Recuerda donde estás.

¿Qué?

Me besa de vuelta. Ya no sé si gimo, jadeo o grito mientras me besa. Su lengua me lleva al borde de la locura. Desliza la mano, desde mi vientre a mi entrepierna. Con un dedo, se pasea entre mis labios vaginales. Me encorvo. Mi pierna sobre su cintura se tensa. Intento gritar, pero con la mano libre me sujeta de la nuca y me calla con besos agresivos y toscos. Me friega el clítoris. ¡Ah, mierda! ¡¿Qué es esto?! Mi cintura lo busca sin cesar. Quiero más, ¿esto es el placer? Doy quejidos en su boca. Lo acaricio de vuelta, con desesperación. Él gruñe, pero deja que lo siga acariciando.

Sin embargo, el hecho de que lo toque, lo enciende todavía más. Lo siento deslizarse dentro de mí. No es suficiente con sus besos. Dejo un grito en su boca.

—Oh, estás tan estrecha —susurra. Mis paredes internas sienten placer, por primera vez en toda mi vida—. Clara, ¿nunca te has tocado?

Jadeando, niego con la cabeza.

—¿Qué haces? —doy un quejido. Su dedo no se detiene dentro de mí. Él jadea al verme desconcertada y aumenta el movimiento—. ¡Ah, Marco!

Me tapa la boca con la mano libre.

—Te estoy follando con los dedos, Clara. ¿Quieres que pare?

Descubre mi boca y doy un jadeo fuerte. Me pierdo en el placer. Aprieto las sabanas y me encorvo en la cama.

—No, no pares —bajo el tono de la voz.

—Muy bien —Noto que mi interior se expande más, el placer aumenta. Abro los ojos sorprendida y muerdo el cojín—. Van dos dedos dentro de ti, Clara.

No puedo hablar, ya no. Deslizo la mano que llevo en su abdomen y, de algún modo, busco su sexo. Su miembro duro me da la bienvenida cuando acaricio por debajo de la tela. No soy la única mojada, su punta me empapa la palma de la mano.

Observo a Marco, él gruñe y niega con la cabeza.

—No me hagas enviciarme de ti, Clara. Es peligroso.

—¿Me adviertes cuando ya no puedo parar? —Se muerde el labio inferior ante mi declaración. Me besa, y yo a él. Con la mano libre le sujeta de la nuca y la enredo en su pelo. Ya no puedo pensar, tampoco quiero.

Mi mano se mueve alrededor de su falo. Lo toco, al inicio siendo demasiado torpe, pero él me sujeta la mano y me guía, haciendo los movimientos adecuados. Es la primera vez que toco a un hombre, pero me está haciendo sudar. Se siente grande, aunque no la veo. Querría quitarle la ropa.

Marco me pega más contra él. Sus dedos llegan al fondo. Se detiene un momento y gruñe entre mis labios.

—Tengo aquí el hilo de tu virginidad —dice, moviendo los dedos—. ¿La rompo?

—Marco...

—¿Me la das? —su pregunta es casi una súplica.

—¿Qué pasa si te digo que no?

—Puedo rogarte.

—Hazlo.

Da un jadeo fuerte y gruñe, con rabia.

—Clara, dame tu maldita virginidad, por favor. Déjame romperla y despojarte de tu santidad —su voz suena gruesa, oscura, delirante—. Quiero ensuciarte, envolverte de deseo y placer. Dame la oportunidad de que te haga mía.

Me eriza la piel. Me saca un gemido y trago saliva. Asiento con la cabeza y él gruñe como victoria. Empuja los dedos y siento el dolor. Rompió mi inocencia, y no me siento mal. Estoy sofocada.

—Eres mía —murmura entre los besos—. Solo mía, ¿me escuchas?

—Sí —gimoteo.

Sus movimientos se vuelven más toscos, rudos, internos. Me rompo en dos. Me besa para que calle los gritos en su boca, eso hago. Mi mano tiembla alrededor de su miembro y aumento los movimientos, al igual que la fuerza. Él es mi maestro en este juego de placer. Gruñe en mi boca, lo estoy haciendo bien.

La intensidad aumenta, el placer también. Me detengo un momento. Él sujeta mi mano para que siga moviéndola. Algo nuevo me envuelve. Abro los ojos al máximo y jadeo.

—¡Espera! —gimo—. ¡Espera, no sé qué estoy sintiendo!

—Tranquila.

No se detiene.

—Marco, ¡para!

—No, ahora sabrás lo que es el verdadero placer.

Me contraigo y mi cuerpo reacciona. Mi interior bombea y me lleva a un placer extremo. Los fluidos salen de mi interior con fuerza. Voy a gritar, pero su mano libre me cubre la boca. En la mano que lo toco, él también bombea y empapa de un líquido blanquecino mi mano.

—Bienvenida al mundo de los orgasmos —susurra en mi oído. Me estremezco. Es la primera vez que siento esto. No he experimentado con mi cuerpo ni siquiera yo misma y él, ha conseguido hacer que sienta lo que es el placer.

Saca los dedos de mi interior, repletos con mis fluidos y la sangre por ese desgarró que me entregó a él por completo. Se los lleva a la boca y lame. Trago saliva y doy un gemido. Es tan

atrevido y sucio, que me acelera.

¿Qué he hecho? Él me mira, espero algún acto de amor después de esto, pero no lo hace. Suspira hondo y se encoge de hombros.

—¿Cómo fue eso de que no ibas a caer? —dice, con fanfarronería. Me siento humillada. Aprieto los labios y me doy la vuelta en la cama, dándole la espalda.

—Buenas noches.

—No te enfades —esa frasecita hace que la furia crezca en mi interior.

Capítulo 5: He pecado, padre.

Marco.

Despierto con el primer rayo de luz que se cuela por la ventana de la habitación de Clara. El dolor en mi cuerpo es una señal inequívoca de que aún no estoy en condiciones de moverme mucho, pero la necesidad de volver a mi casa, a mi caos controlado, es más fuerte que cualquier malestar físico. Mientras me visto, las imágenes de anoche fluyen a través de mi mente como fotogramas de una película prohibida.

Clara, la monja, cediendo a sus deseos, explorando mi cuerpo bajo el manto protector de la oscuridad. No puedo evitar sonreír ante el recuerdo, pero es una sonrisa sin alegría. Solo quería hacerla pecar, probar que bajo ese hábito había más carne que espíritu.

Sigo siendo el mismo después de todo. Sin remordimientos, sin sentimientos. Odio la forma en que ella se aferra a su condición de monja como si eso la hiciera diferente, mejor que los demás. No siento nada por ella; no de la manera en que ella querría. No obstante, no puedo negar el fuego que ella enciende en mí, una llama que disfruto alimentar solo para ver cómo se consume.

Además, me sorprendió cuando me acarició y sentí todo, excepto asco o remordimiento. Quería que me tocara más, una experiencia que nunca he tenido. Me gusta que me toque. Es la primera persona que lo ha conseguido en veinte años.

Salgo de la habitación y me arrastro por los pasillos aún adormecidos del convento. Casi al final del pasillo, escucho pasos acercándose. Rápido, giro en el primer espacio que encuentro, una puerta entreabierta que resulta ser el confesionario. Me encierro justo a tiempo, mientras los pasos pasan de largo sin detenerse.

Respiro aliviado, pero entonces, escucho la puerta del otro lado del confesionario abrirse. Es Clara. Viene a confesarse. Una idea traviesa cruza por mi mente. Cambio mi voz, haciéndola más grave, más autoritaria. Casi teatral.

—Hija, ¿qué pecados vienes a confesar?

Escucho su respiración. Suspira nerviosa.

—Padre, he pacado... He deseado y hecho cosas indecentes con un hombre. Un boxeador que dista mucho de ser correcto en muchos aspectos. No debería, pero mi cuerpo arde solo de pensar en él.

Su confesión me recorre el cuerpo y tengo que morderme el labio inferior para que no me escuche jadear. Sé que debo mantener el papel, pero la tentación de jugar con su mente es demasiado fuerte.

—¿Y qué deseas hacer con ese hombre, hija mía? ¿Tu deseo es solo físico o hay algo más profundo que deseas explorar?

Hay una pausa, un momento de vacilación.

—Es físico, padre. Quiero... Quiero tocarlo, sentirlo cerca. Sé que está mal, pero...

—Sentir es parte de la naturaleza —digo, manteniendo mi tono bajo y calmado—. Explorar esos deseos no te hace menos devota, solo más humana. Tal vez necesitas explorar esas sensaciones para entenderlas. Para saber realmente qué es lo que Dios espera de ti.

Mi respuesta parece sorprenderla, y puedo imaginarla del otro lado, mordiéndose el labio, considerando mis palabras.

—¿De verdad piensa eso, padre?

—La fe no es ignorar tus deseos, sino entenderlos. Tal vez, en tu exploración, encuentres una verdad más profunda sobre ti misma y tu fe.

Clara vuelve a suspirar, volviéndose en un sonido lleno de conflicto y deseo.

—Gracias, padre. Rezaré para encontrar una guía.

—Sí, reza, hija, reza. Y recuerda, Dios te ve no solo como una monja, sino como una mujer completa. No ignores todas las partes de ti misma.

—Es imposible ignorar que soy mujer, cuando estoy cerca de él.

Cuando se va, me quedo en el confesionario, reflexionando sobre las líneas peligrosas que ambos estamos cruzando. Mi erección puede dar crédito de ello. Me doy cuenta de que, aunque pretendo no sentir nada, cada encuentro con Clara me deja cuestionando exactamente qué es lo que quiero de ella, y qué es lo que estoy dispuesto a arriesgar por seguir tentándola.

Me dispongo a irme, pero justo un susurro que lleva impregnado el nombre del hombre que me arruinó la vida, me detiene en el pasillo. Clara habla con el párroco de la iglesia, comenta que hace mucho tiempo que no ha visto al Padre Alfonso. Ese maldito nombre. La rabia me corroe por dentro y el sentimiento de rabia termina por salir con un gruñido que ahogo apretando los labios.

Mis manos se cierran en puño. Sabía que no debía de dar mi brazo a torcer con esa mujer por el simple hecho de ser monja. Seguro que ha hecho cosas horribles en nombre de Dios, como hacia el desgraciado que me rompió en pedazos.

Un nudo se instala en mi garganta y me impide respirar.

Ya no siento dolor cuando me voy a casa. La rabia lo nubla lo suficiente. Ni siento ni padezco.

Siempre he creído que el pasado tenía un modo peculiar de esconderse en los rincones más oscuros de nuestra mente, esperando el momento menos oportuno para asomarse.

Mientras la fiebre hace estragos en mi cuerpo malherido, mi subconsciente obedece a mis temores y las pesadillas reviven el pasado.

Las imágenes de mi infancia, los momentos en la oficina de Alfonso, se mezclaban con la imagen de mi madre, su rostro lleno de satisfacción dibujaba una sonrisa. Yo sentía una mezcla de traición y tristeza, de ira y dolor. Todas emociones que necesitaría enfrentar.

El padre Alfonso aparecía en mi pesadilla, su sonrisa amable estaba distorsionada en una mueca cruel. Me tomaba de la mano, sus dedos apretaban con fuerza, arrastrándome hacia el confesionario. Podía sentir el frío del suelo de piedra bajo mis pies descalzos, cada paso hacia la pequeña cámara de madera aumentaba mi terror.

—Es solo nuestro pequeño secreto, Marco —susurraba su voz en la oscuridad, llenando el espacio confinado con su aliento fétido.

Me encontraba atrapado, sin poder moverme, mientras sus manos comenzaban a deslizarse sobre mi ropa, cada toque se convertía en un fuego helado sobre mi piel. Quería gritar, pero mi voz estaba sofocada por el miedo y la traición.

Despierto sudando y jadeando, las sábanas enredadas a mi alrededor se asemejan a cadenas. La habitación está oscura y silenciosa, pero el eco de mi pesadilla aún resuena en mis oídos. Me siento en la cama, mi corazón late descontroladamente, sintiéndome tan vulnerable y roto como aquel niño en la iglesia.

El miedo me envuelve, un recordatorio brutal de que mi pasado aún tiene el poder de alcanzarme en la oscuridad.

Además, me siento traicionado por Clara cuando ni siquiera la conozco lo suficiente. Es muy frustrante lo que estoy sintiendo. Me levanto y mojo mi rostro en el baño. Me observo en el espejo y doy un largo suspiro. Debería centrarme en encontrar a ese cabronazo, no en si Clara lo conoce. ¿Qué más me da a mí que ella lo conozca?

Necesito alcohol. Emborracharme es lo primero que haré cuando sane por completo. La realidad es demasiado dura para soportarla.

Como un reflejo vivido con el párroco, me da una arcada. Entre el medicamento, la fiebre y el disgusto, me arrodillo en el suelo y empiezo a vomitar. El dolor en cada herida me contrae, pero no puedo parar, como si mi cuerpo quisiera expulsar, de algún modo, el asco que he sentido al recrear mi vivencia en el sueño.

Pasan las semanas. Los sueños siguen junto al recuerdo de Clara. Ahora ella se mete en cada una de mis pesadillas para volverlas más aterradoras. Me toca como lo hizo en su habitación, me

susurra perversidades, pero cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, su rostro se convierte en el del maldito cura. Él me mira complacido por haberme sacado mis primeros orgasmos, porque mi cuerpo reaccione, aunque sea a través de un abuso. Es cuando mi cuerpo tiembla y la culpa sacude mi mente. Porque no debería de haber reaccionado. Le dice a mi madre que necesito más sesiones, hasta que logre no sentir nada, como si la reacción del cuerpo no fuera normal ante tanto estímulo.

Esto es una mierda. Lo de Clara me ha afectado más de lo que hubiera pensado.

Mi representante en las peleas clandestinas me llama, suspiro hondo. Sé que está perdiendo mucho dinero mientras me recupero.

—¿Qué? —descuelgo.

—¿Qué maneras son esas de contestar, chico? Bueno, da igual. Eres mi gallina de los huevos de oro, no puedo tratarte mal, aunque quisiera.

—Al grano, no estoy de humor.

—Necesito que te recuperes ya, las apuestas están altas y tú, tú vas a hacerme ganar mucho dinero. ¿Cómo te ves para esta noche?

Hago una pequeña pausa. Todavía tengo magulladuras, pero necesito sacar esta rabia que hay en mi interior de alguna manera.

—Ahí estaré, dame la dirección.

—¡Así se habla!

Salgo del ring con las manos temblando y la sangre mezclándose con el sudor sobre mi rostro. No me dirijo a casa; necesito algo que calme esta tormenta interna, algo fuerte. Así que me encuentro entrando al bar más cercano, donde el alcohol promete un poco de olvido. Cada golpe que di hoy me recordaba a Clara, y cada pensamiento sobre ella me empujaba más hacia la furia. No soporto cómo me hace cuestionar todo lo que odio.

Mientras estoy ahí, ahogando mis frustraciones en whisky, veo una figura conocida pasar por la ventana del bar. No puede ser ella. Pero lo es. Clara camina por la acera, como si el destino estuviese jugando conmigo. Siento algo retorciéndose en mi pecho cuando entra al bar. Es como ver a un ángel en el infierno. No debería estar aquí.

No me contengo; las palabras salen cargadas de veneno.

—¿Qué haces aquí, hermana? ¿Vienes a salvar mi alma perdida?—. Su sorpresa es evidente, pero trata de mantener la compostura, algo que la hace aún más atractiva en su traje de monja.

—Solo... necesitaba caminar, despejar mi mente —dice, su voz es casi un susurro. No me convence. Ella no debería estar aquí, no conmigo, no en este lugar.

—Mentir es pecado.

Se muerde el labio inferior con duda y nerviosismo.

—Estaba preocupada por ti e imaginé que te encontraría por estos garitos. No me equivocaba.
—Hago un movimiento con mi brazo, para ofrecerle asiento conmigo. Ella se aleja de la mesa—. No debería, solo quería ver que estás bien.

—Solo, siéntate. No voy a comerte.

Sus mejillas se tornan rosadas, pero acepta sentarse.

A medida que las horas pasan y el bar comienza a vaciarse, nos encontramos solos, envueltos en una burbuja de tensión y whisky. Ninguno habla, hasta que ella rompe el silencio.

—¿Por qué te gusta que te golpeen?

—En mi infancia me enseñaron que golpear es más fácil que abrazar.

Clara escucha, realmente escucha, y algo en su mirada me dice que entiende más de lo que debería.

—Interesante. Entonces, para ti un puñetazo equivale a un abrazo.

—Equivale a un, aquí estoy yo y no voy a dejar que nadie más me toque.

—¿Odias el contacto físico? —indaga.

—Sí, ni siquiera lo tolero en el sexo.

—¿Por qué?

Me quedo en silencio y desvío la conversación.

—Tú me tocaste, ¿recuerdas? Deberías sentirte especial. —Levanto el dedo, pidiendo otra copa. La necesito realmente.

Con mi recordatorio de lo que Clara hizo sobre mi cuerpo, la dejo callada. Se le quitan las ganas de seguir preguntando.

Ella, con voz temblorosa, empieza a abrirse sobre sus propias luchas.

—La fe me sostiene, ya lo sabes. Pero, a veces también siento que me atrapa lo suficiente para asfixiarme. —Vaya, eso me interesa. Pongo toda mi atención en ella mientras doy un sorbo al alcohol—. Y, desde que te he conocido, estoy replanteándome demasiadas cosas. Estos días, he estado muy preocupada por ti. Ni siquiera rezar me quitó la angustia.

Hay una verdad cruda en sus palabras que me golpea directo al corazón. Quizá los dos estemos de alguna forma, atrapados. ¿Qué tal si la libero?

La atmósfera se carga con algo indescriptible, una electricidad que zumba entre nosotros, palpable y peligrosa. Me acerco, movido por una fuerza que no quiero entender, y la beso. Ella responde por un instante, un breve momento en el que todo parece posible. Nuestras lenguas se acompañan bajo la mirada curiosa de varios hombres que beben en la barra. La imagen de una mujer vestida con su hábito junto a un boxeador manchado de sangre besándose con una pasión demoledora, no es común. Como tampoco es común que una mujer se aleje cuando muerde la manzana de pecados que guardo con mis besos. Pero ella lo hace, se aparta.

Clara corre hacia la puerta, hacia la noche, hacia su mundo que no tiene lugar para alguien

como yo. La veo irse, y siento cómo algo se rompe dentro de mí. Sé que hemos cruzado una línea que no solo cambia su mundo, sino que también desatará consecuencias que ninguno de los dos puede prever. Aunque en este momento, no me importa.

Me quedo solo en el bar, con el eco de sus pasos desvaneciéndose en la distancia. La noche se siente más fría ahora, y el whisky ya no ofrece ningún consuelo. Aunque ya estoy borracho y pretendo estarlo más.

Mientras el bar cierra y me quedo sentado en la acera, como un indigente, solo con mi furia y un vaso vacío, mi mente no puede dejar de dar vueltas. Al principio, el calor del alcohol me embriaga, pero rápidamente se convierte en un veneno que alimenta mi rabia. Clara... Ella me confundió con su serenidad y su confesión sincera, pero no puedo dejar de pensar en lo que descubrí por casualidad. El párroco que tanto daño me hizo de pequeño es conocido por ella. ¿Cómo puedo confiar en alguien que ve a ese hombre como un líder espiritual? ¿No será ella acaso parte de esa misma falsedad?

No puedo estar solo con estos pensamientos. Necesito olvidar, necesito algo o alguien que borre la imagen de Clara de mi mente.

Salgo a la noche y me dejo llevar por la música y las luces de otros bares, por las caras sin nombre que no preguntan y no juzgan. Me encuentro con algunas mujeres; palabras van, palabras vienen, pero ninguna toca realmente mi desesperación. Cada roce, cada beso se siente vacío. Nada es suficiente.

La noche se torna más oscura, y mi furia crece con cada trago que no logra calmar mi dolor. Antes de darme cuenta, estoy caminando hacia el convento donde Clara vive. No puede ser que me haya obsesionado de esta mujer en tan poco tiempo. Todo dentro de mí grita que es una mala idea, pero la ira y el alcohol ahogan cualquier voz de razón.

Llego al convento y comienzo a gritar su nombre, exigiendo que salga, que me enfrente.

—¡Clara! ¡Sal de ahí! ¡No puedes esconderte detrás de tus muros y tus rezos! —mi voz, ronca y fuerte, rompe el silencio de la noche, pero nadie viene a abrir. Mi paciencia se agota, y en un impulso desesperado, encuentro una ventana mal cerrada y me las arreglo para colarme dentro. Mis pasos son torpes, el alcohol hace difícil mantener el equilibrio, pero la determinación me guía a través de los pasillos silenciosos hasta que encuentro su habitación.

Ella está ahí, sobresaltada, en su camión blanco que casi brilla en la oscuridad de la habitación.

—¿Qué haces aquí, Marco? Debes irte —dice con voz firme, pero veo miedo en sus ojos.

—No hasta que hablemos, Clara. ¿Acaso eres como él? ¿Como ese párroco que tanto daño me hizo? —mis palabras son como dagas, pero no puedo detenerme.

Ella intenta acercarse a la puerta, probablemente pensando en que nadie me escuche, pero la alcanzo antes de que pueda moverse mucho. Mi mente está nublada por el alcohol y la confusión, y en un impulso lleno de desesperación y deseo, la beso. Es un beso fuerte, un intento por conectar, por entender, por sentir algo que me diga que no todo está perdido para mí. Aunque sea con ella.

Clara se resiste al principio, pero por un momento siento que cede, que el beso se vuelve menos de una lucha y más de una trágica aceptación de todo lo que está mal. Pero tan rápido como viene, el momento pasa, y ella me empuja con todas sus fuerzas. Deja una bofetada en mi rostro. Un golpe que conozco mejor que los besos.

—¡Sal de aquí, Marco! ¡Ahora! ¡No sé cómo te atreves a venir borracho!

—Y drogado —añado.

Me mira con una dureza que me hace comprender.

Retrocedo, tambaleándome hacia la puerta, mi corazón late salvajemente.

Tengo que irme, me he vuelto loco.

Cuando me dispongo a dejar la habitación, derrotado y listo para hundirme en las drogas, Clara exhala un suspiro profundo, cargado de un dolor y deseo, que parece reflejar lo que siento yo. De repente, en un gesto tan sorprendente como desesperado, se lanza hacia mí y sus labios encuentran los míos con una urgencia que borra toda distancia y toda reserva entre nosotros.

Nuestros cuerpos se encuentran, y mientras sus manos se enredan en mi cabello, los besos se vuelven más apasionados, más exigentes. Entre los besos, dejo escapar palabras en un susurro áspero, cada una reflejando la tormenta que nos consume a ambos.

—Mira lo que haces, Clara. ¿Esto es pecado? Porque si lo es, me gusta cómo pecas —murmuro contra sus labios, provocándola con cada verdad que no queríamos enfrentar.

Ella responde con un gemido suave, perdida en el momento tanto como yo.

—Esto está mal, Marco... Debería detenernos —consigue decir entre los besos, con la voz temblorosa, pero sus acciones dicen lo contrario, ya que me jala más cerca, eliminando cualquier espacio que pudiera haber entre nosotros.

—Pero no vas a detenernos, ¿verdad? Porque esto, Clara, esto es real, más real que todas tus oraciones. No me vengas con que eres una puritana ahora.

Mis palabras se mezclan con los besos. Cada uno marcando la ironía y la pasión que define nuestro encuentro.

Clara se aparta un momento, mirándome con esos ojos grandes llenos de conflicto y deseo.

—Esto no debería estar pasando —susurra, pero sus manos siguen firmes en mi espalda, manteniéndome cerca.

—Pero está pasando. —Muerdo su cuello y se estremece. Hace lo que esperaba—. ¿Sientes eso? Eso no lo puedes negar, ni con mil rosarios.

La beso de nuevo, más profundo, dejando que la realidad de nuestras acciones hable por sí sola.

Me coloco en su espalda y lamo su cuello en lo que apago la lámpara de la mesilla que nos ilumina. Completamente a oscuras, la empujo y la dejo caer en la cama. Escucho su respiración y me inclino sobre ella. Estar a ciegas nos excita, sabiendo que el silencio no puede romperse.

Sus caricias me recorren todo el cuerpo, cuando nadie más puede hacerlo. Rozo mi miembro entre sus labios vaginales. Ella eleva la pelvis. Quiero hundirme en su interior, pero prefiero que el deseo la consuma todavía más.

La tensión entre lo que deberíamos hacer y lo que nuestros cuerpos demandan crece con cada segundo que pasa, cada beso robado en la quietud de su habitación. Clara, la mujer cuyos votos deberían haberla protegido de momentos como este, de mí, ahora tiembla bajos mis manos no por miedo, sino por un deseo reprimido que finalmente se libera.

Capítulo 6: El juego.

Marco.

En la penumbra de la habitación de Clara, cada sombra hecha gracias a la luz de la luna que se cuela por la ventana parece palpar con la misma intensidad de nuestros corazones. Nos encontramos envueltos en una perversión frenética, profundamente íntima.

Mis manos recorren la suavidad de su piel, descubriendo cada curva y cada secreto que su hábito había ocultado antes, Clara, por su parte, responde con pasión que parece haber estado reprimida durante demasiado tiempo, sus manos igualmente ansiosas, exploran mi espalda, mis brazos, la tensión de mis músculos que se relajan bajo su tacto.

—¿Sabes lo hermosa que eres? —le susurro al oído, se nota que estoy borracho. Nuestros cuerpos se encuentran y se reparan en un ritmo que parece tan antiguo como el tiempo—. No solo aquí, en la oscuridad, sino en cada momento que tratas de esconderte detrás de tu devoción.

Ella suspira, un sonido que es mitad placer, mitad dolor.

—Marco, esto no debería, no podemos... —sus protestas se apagan en su garganta cuando la beso de nuevo, robándole palabras y dudas por igual.

—Mira lo que despiertas en mí —le digo, guiando su mano por mi cuerpo, mostrándole el efecto tangible de su presencia en mi entrepierna—. Enserio, esto es lo que haces en mí. Quiero que solo seamos tú y yo, sin máscaras. Disfrutando del placer.

Bajo la tenue luz, veo su rostro atravesado por la lucha, la tormenta interna que sus palabras apenas pueden describir. Pero cuando nuestros ojos se encuentran, hay una verdad que ni siquiera ella puede negar. La deseo a la vez que la odio, ella me desea y odia pecar conmigo. Pero nos necesitamos, queremos placer y en esta noche, esos son los únicos hechos que importan.

Cada caricia y cada beso se cargan de una nueva urgencia. La habitación se llena con el sonido de nuestra respiración entrecortada y susurros de nombres que se convierten en mantras, en promesas de placer sin palabras.

—Deja que te muestre lo mucho que puedes sentir, lo mucho que puedes vivir aquí, conmigo, ahora —susurro cerca de su oído. Rasgo el condón y mi miembro al fin se desliza entre sus piernas. Ella se aferra a mí, como si pudiera anclarse a sí misma en medio de la marea de sensaciones que la arrastran.

—Marco...

—Sh... —la callo—. Lo haré convencional esta vez, por ser tu primera vez.

—¿Convencional?

—Vainilla —aclaró.

—¿Eh?

Muevo la cadera y el placer le hace reaccionar. Sus piernas me abrazan por la cintura y siguen el movimiento de mi cadera. Jadeo. Envuelvo mis manos entre su pelo y tiro levemente hacia arriba. Beso sus labios, envuelvo su lengua, absorbo su saliva. Me estremezco. Nunca he hecho sexo vainilla. Lo mío es lo rudo, el control. Sin embargo, quiero que ella inicie en el placer con algo intenso, pero suave.

Sus paredes vaginales aprietan mi miembro y lo envuelven a un vaivén de movimientos que me pajea. Jadeo en su boca, ella se rompe debajo de mí y sus manos aprietan por mi espalda.

Tengo toda la maldita piel erizada. Agacho la cabeza y lamo su cuello. Bajo a sus pechos, donde me detengo un momento. El placer aumenta de repente, como si la lentitud que llevo se estuviera acumulando por segundos. Ella también lo nota y da un grito.

Muerdo sus pezones, aprieto sus pechos. Clara arquea la espalda y pasa las manos por mi pelo, la escucho gemir, dar pequeños gritos que ahoga mordiendo el cojín. Me gusta hacerla mía, sentirla mía.

Rozo sus costillas y sigo bajando hasta su trasero. Elevo su cadera y la aprieto contra mí. La punta de mi miembro golpea el final de su coño y ella grita. Yo también suelto un pequeño quejido.

—Clara, no grites —pido entre jadeos.

—Bésame, Marco. Por favor, bésame porque no puedo soportar tanto placer.

—Joder, Clara. —Aprieto en su interior y ella lucha por contener los gritos—. Pídemelo otra vez.

—¡Bésame! Por favor, Marco.

Le concedo la petición, porque de este modo, terminaré gritando también. Me abraza por la espalda, le sujeto la nuca con una mano mientras mi lengua le arranca la respiración. Con la otra mano, aprieto su pecho y pellizco sus pezones, acto que le hace temblar y delirar de placer.

Mi cintura no para de moverse y llevo un ritmo más frenético, fuerte, duro. Clara salta con cada estocada, se acalora. La saliva resbala por su rostro, sus ojos lloran de placer, sus mejillas se tiñen y su cuerpo se contrae, dando pequeños espasmos de placer.

No me detengo, quiero más de ella, mucho más. Me pregunto, cuántos de mis deseos oscuros podría soportar.

En el momento en que el placer nos sobrepasa, cuando los muros del convento ya no pueden contener la magnitud de lo que compartimos, y nuestros gritos pueden ser escuchados, Clara me mira, con una vulnerabilidad que nunca había mostrado antes.

—¿Qué vamos a hacer, Marco? —pregunta, su voz es frágil y acompañada por un silencio sepulcral.

—No lo sé —admito, porque algunas verdades son demasiado grandes para resolverlas en la oscuridad de una sola noche. Mientras la abrazo, sintiendo el peso de su cabeza en mi pecho, recuerdo el motivo por el que estaba embravecido y borracho cuando llegué en su búsqueda.

—Aunque el futuro pueda ser incierto, en este momento, el calor de nuestro abrazo es suficiente —dice. Me aterran más esas palabras repletas de compromiso que unos golpes en el ring.

Tengo que aprovechar esto. No puedo flaquear sin más, menos con ella.

Después de que Clara se sumerge en un sueño profundo, exhausta por la intensidad de nuestra unión, me deslizo suavemente fuera de la cama, cauteloso de no despertarla. Mientras ella yace tranquila, una parte de mí se retuerce al verla tan vulnerable, tan ajena a la tormenta que se agita dentro de mí.

Aunque la deseo, aunque parte de mí se deleita en desafiar cada uno de sus votos, hay una oscuridad que Clara aún no conoce, un plan que, en el fondo, se ha estado gestando en mi mente desde que supe de su conexión con el hombre que me marcó de por vida.

Me muevo silenciosamente alrededor de la habitación, mis ojos están acostumbrados a la penumbra, pero el día ya empieza formarse en el horizonte, por lo que es posible ver levemente. Busco algo más que solo pruebas de su hipocresía. Mis manos, aun húmedas por el recuerdo de su piel, ahora revuelven con determinación a través de sus pertenencias personales.

Abro cajones y armarios con cuidado, movido por una mezcla de rencor y odio, hasta que encuentro un viejo álbum de fotos escondido en el fondo del cajón.

Lo abro lentamente, las páginas crujen bajo mis dedos. Cada fotografía es un fragmento de la vida de Clara antes de que nuestros caminos se cruzaran. Veo su sonrisa, pura y sin sombras de conflictos que ahora la rodean. Pero, entonces, una página me hace detenerme.

Allí está ella, sonriente, al lado del párroco, el mismo hombre que destruyó mi infancia. Mi corazón late con fuerza, como un tambor de guerra en mi pecho.

La fotografía en mis manos se convierte en el catalizador de un plan más oscuro. No puedo dejar que el párroco continúe su existencia sin enfrentar las consecuencias de sus actos. Clara, con su inocencia, será mi entrada a su mundo cerrado.

Dejo todo en su sitio. Vuelvo a la cama, deslizándome al lado de Clara con la imagen de la fotografía quemándose en mi mente. La observo dormir y el plan comienza a tomar forma.

En las horas que siguen, despierto su cuerpo una y otra vez con caricias y susurros, llevándola al límite del placer y la confusión. Entre cada encuentro, le hablo suavemente al oído, tejiendo una red de palabras y deseos.

—Imagínate que podríamos explorar juntos, Clara. Llévame a tu mundo y yo te llevaré al mío. ¿No quieres que conozca todo de ti? Incluyendo algún párroco que haya influido en tu vida.

Así, planto la semilla de mi venganza entre susurros de placer.

Clara, atrapada en la neblina de deseo y el sueño, asiente débilmente, con sus barreras erosionadas por el torrente de sensaciones que le provoco.

—Sí, quiero —susurra en un momento de debilidad, sellando sin saberlo el destino de ambos.

Mientras la aurora comienza a teñir el cielo de gris, fortalezco mi resolución. Clara me guiará hacia él, y entonces, finalmente, podré enfrentar al monstruo de mi pasado. En mi mente, el placer que le doy a Clara se entrelaza con el propósito oscuro de mi venganza. Cada momento compartido es una pieza más en el juego peligroso que eh comenzado a jugar.

Capítulo 7: Las puertas al pecado.

Clara.

La habitación está en silencio, como un deseo de poder sentir esa paz por dentro. A medida que Marco duerme a mi lado, siento un remolino de culpa y deseo que me consume. No puedo creer lo fácil que fue sucumbir a él, cómo cada toque y cada palabra suya rompieron las barreras que tan cuidadosamente había construido alrededor de mi vida y mis votos. Me culpo a mí misma, porque una parte de mí no quería resistirse. Incluso en las noches que Marco no venía, me encontraba anhelándolo tanto que, avergonzada, admito haber buscado consuelo con mis propias manos envuelta en mi soledad.

Esta noche, la intensidad de esos deseos ocultos se hizo insoportable. Marco apareció de repente, como si pudiera sentir la turbulencia en mi corazón. Su propuesta fue tan abrupta como tentadora: conocer su mundo. Antes de que pudiera procesar la implicación de tal decisión, me encontré asintiendo, impulsado por el deseo que ya no quería reprimir.

Como dos adolescentes huyendo de sus padres, nos escabullimos por el jardín del convento y logramos llegar hasta la salida.

—Prepárate esta noche, vendré por ti —me dice—. Te dije que te mostraría mi mundo.

—¿Esta noche? ¿Ya? —He de decir que me aterra, pero la curiosidad me supera.

No contesta, solo asiente y me guiña el ojo. Me contagia la sonrisa juguetona que arquea sus labios y se marcha, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Cae la noche, estoy ansiosa mientras lo espero. Veo su coche aparcar a varias calles de distancia. Baja del vehículo y mueve la mano con el fin de que vaya con él.

Me lleva a través de la ciudad bajo el manto de la oscuridad, hasta llegar a un lugar que rezuma peligro y adrenalina. Es una de sus peleas clandestinas. El aire está cargado de gritos y sudor, y el miedo se mezcla con la excitación que no quería admitir. Algunos hombres gritan asombrados cuando me ven aparecer. No es común ver a una discípula de Dios frecuentar un lugar así, pero cuando el combate empieza, las miradas se alejan de mí y se centran en la pelea.

Ver a Marco en el ring, moviéndose con una destreza brutal y salvaje, es aterrador y, sin embargo, no puedo apartar la mirada. Su fuerza y ferocidad son magnéticas, y siento un calor crecer dentro de mí. Una atracción primitiva hacia esa versión tan ruda y poderosa de él.

A pesar de la multitud ruidosa y el ambiente caótico, me siento como si solo nosotros dos

existiéramos en este lugar. Cada golpe que Marco da y recibe me hace jadear, cada victoria suya me hace palpar. Es una dualidad desconcertante: el terror por la violencia que despliega con tanta facilidad y la excitación al verlo tan dominante, tan lleno de vida y furia.

Cuando la pelea termina y Marco sale del ring, cubierto de sudor y con una mirada triunfante, algo en mí se quiebra. Corro hacia él, incapaz de contener el impulso de tocarlo, de asegurarme de que está bien. Su abrazo es feroz, y sus labios sobre los míos en ese ambiente lleno de tensiones se convierte en el acto más rebelde y liberador que he cometido en mi vida. En ese momento, en sus brazos, el mundo exterior con sus reglas y restricciones parece desvanecerse. Me encanta el peligroso juego de deseo y poder que jugamos juntos.

—Vámonos de aquí —me susurra en el oído.

Sin una palabra, lo sigo, dejando atrás el ruido y la violencia, sumergiéndonos en la noche. Soy consciente de que decidir formar parte de su mundo lo cambiará todo para mí, pero perdida en Marco y en lo que despierta dentro de mí, nada más importa.

Marco abre la puerta del coche y me ayuda a subir. Mi corazón aún late desbocado por la pelea que acabo de presenciar, pero la adrenalina es sustituida rápidamente por nerviosismo incierto cuando Marco arranca el coche y nos dirigimos hacia un destino desconocido. Observo como las luces de la ciudad pasan en un borrón, cada una marcando la profundidad de la noche y lo lejos que estoy yendo, física y emocionalmente. Alejándome de todo lo que conocía.

Finalmente, nos detenemos frente a un edificio que no tiene señas particulares, excepto por la tenue música que se escapa de sus puertas cada vez que alguien entra o sale. Marco me toma de la mano, y esa simple conexión me da un coraje que no sabía que tenía.

—Confía en mí —murmura, con una sonrisa que presagia misterio y promesas eróticas.

Al entrar me doy cuenta de que no es un club nocturno ordinario. La atmósfera está cargada de un erotismo descarado. La gente aquí se mueve con una libertad desconcertante, algunos con poca ropa, otros sin nada. Bailando, riendo, perdiéndose en una música que palpita como un segundo pulso. Mi primera reacción es detenerme, mi mente grita que esto es un error, que no pertenezco a este lugar. Pero entonces, Marco se inclina, su aliento caliente en mi oído me estremece.

—No tengas miedo, Clara. Esto es vida en su forma más pura, más honesta. Deja que te muestre lo bello que puede ser liberarte de todas esas cadenas que te atan a lo moralmente correcto.

Sus palabras, aunque chocantes, tienen un efecto tranquilizador. Siento como la rigidez inicial en mi cuerpo comienza a disiparse. Marco me guía más adentro en el club, y cada paso me lleva más lejos de mi antigua yo.

—Imagina —susurra Marco, seductor, mientras sus manos descansan en mis caderas—. Todos estos cuerpos, todas estas almas, se entregan al momento sin miedo ni culpa. ¿No quieres experimentar eso también, Clara? ¿No quieres sentir lo que es vivir sin barreras, sin juicios?

Miro a mi alrededor, viendo las caras iluminadas por el éxtasis, la libertad palpable en el aire. Marco me atrae hacia él, sus labios rozan los míos en un beso que promete más, que rompe la moralidad con cada toque.

—Sí —respondo. Mi propia voz se rompe en un deseo recién descubierto—. Muéstrame todo, Marco.

Y así, bajo la guía de Marco, comienzo a moverme al ritmo de la música. Mis movimientos son tímidos al principio, pero con cada canción, con cada caricia de Marco, me siento más audaz, más liberada. Las luces de la pista se vuelven rojizas, para que el ambiente se tiña de un ambiente seductor y pagano. Los roces ocasionales de piel desnuda contra la mía no son ya motivo de pánico, sino de curiosidad, de deseo.

—Estás hermosa cuando dejas que tu verdadero yo salga —sus palabras son como un bálsamo, dándome permiso para explorar este nuevo mundo, esta nueva yo.

Marco no solo me está mostrando un mundo de libertad física, sino que también está desafiando cada pensamiento, cada creencia que me ha retenido. Sé que debería sentirme culpable, preocupada por el pecado y la perdición, pero mi parte más profunda y oscura, simplemente no quiere que esta noche termine.

Con nuestros cuerpos pegados, Marco me besa sin restricciones en medio del gentío. Sus manos exploran mi espalda, deslizándose con audacia bajo mi hábito. Cada caricia suya me hace olvidar más y más dónde estoy, quién soy. La sensación de ser observada se convierte en un murmullo lejano, ahogado por la necesidad urgente de sentir a Marco entre mis piernas. Más profundamente.

Él parece darse cuenta de mi creciente abandono, y sus besos se vuelven más hambrientos, más exigentes. Me guía suavemente, exponiendo mi espalda al resto del local. Me está despojando de mis ropajes sagrados. Aquí, mientras nos miran.

Siento el frío aire que se cuela por el ambiente rozar mi piel y el calor de su cuerpo presionado contra mí desde al frente. Con una mano firme, me inclina hacia delante y alza mi vestido, dejándome al descubierto. El murmullo de la multitud crece, y una parte de mí quiere cubrirse, escapar, pero otra parte, sorprendentemente, se enciende con la idea de ser vista, deseada de esta manera.

Marco nota mi vacilación, mi excitación.

—Déjate llevar, Clara —me susurra—. Mira cómo te desean, cómo te quieren. ¿No es pagano?

Sus palabras arden en mi cuerpo. Lentamente, me gira para que enfrente a la multitud, y veo a cuatro hombres que nos miran con intensidad. Marco abre más mis piernas, y el aire se carga con una tensión casi tangible.

Mi respiración se vuelve errática al sentir las miradas de los desconocidos recorrer cada parte de mi cuerpo. Marco sigue besándome, acariciándome. Pasa sus dedos por mis labios vaginales y abre mis entrañas para que esos hombres disfruten más de la vista. De reojo los observo masturbarse mientras me miran. Estoy aquí por mi elección y lo estoy disfrutando.

—¿Quieres que te toquen, Clara? ¿Quieres sentir más manos, más placer? —su voz es un ronroneo que resuena con cada fibra de mi ser.

Atrapada en el torbellino de sensaciones y emociones, asiento levemente, mi mente esta nublada por el deseo. Justo cuando parece que Marco va a permitir que los hombres se acerquen, se detiene y me sostiene firme. Su aliento calienta mi cuello.

—Dejaré que otros te toquen, solo si admites lo que eres, Clara. Dímelo, confiesa que eres una pecadora.

Su demanda me golpea como un balde de agua fría. La realidad de sus palabras y la gravedad de lo que estamos haciendo se asientan en mi mente. Me quedo paralizada, desconcertada y repentinamente muy consciente de los ojos que nos rodean. El conflicto interno me consume; la culpa, el deseo, la emoción y el miedo chocan dentro de mí.

Finalmente, balbuceo con voz quebrada.

—Sí, soy una pecadora.

Las palabras salen de mi boca, mezcladas con resignación, pero también con una liberación que no esperaba.

Marco, sin embargo, me abraza de repente, protegiéndome de las miradas y susurros. Levanta mis ropajes y me lleva lejos del centro de atención.

Fuera del calor del momento, envuelta en la seguridad de sus brazos, la realidad de lo que casi ocurrió me sacude profundamente. Me doy cuenta de que Marco ha llevado nuestro juego a un nivel que ni siquiera yo estaba preparada para explorar completamente. Aunque parte de mí se siente traicionada por como manejó la situación, otra parte no puede evitar sentirse aliviada de que él me detuviera antes de que algo más pasara.

Capítulo 8: Quitando el hábito.

Marco.

Mientras conduzco de regreso al convento, mi mente se siente como un campo de batalla, dividido entre el placer de haber tentado a Clara hasta el límite y la furia que aun arde dentro de mí por su conexión con el clérigo. Cada curva de su cuerpo, cada gemido suplicante, ha sido una dulce victoria para mí, pero esa victoria está teñida por el sabor amargo de la traición.

Aparco el coche frente al convento, el lugar que se supone debe ser un santuario pero que ahora parece más una prisión, conteniendo a Clara. Aunque también oculta nuestros secretos más oscuros.

—Te llevaré de nuevo a ese extremo de excitación —le digo, mi voz es baja, pero firme—. Solo si me dices dónde está un cura. Necesito saberlo, Clara.

—¿Un cura?

—¿Te suena el padre Alfonso? Sé que sí, te escuché nombrarlo y vi una foto suya en tu habitación. Dime dónde está y yo volveré a conducirte al éxtasis.

Ella vacila un momento, claramente desgarrada entre su lealtad a su fe y el deseo desbocado que he despertado en ella. Finalmente, acepta, sus ojos brillan con anticipación del placer que sentirá si me complace.

—Averiguaré dónde se encuentra —dice al fin. Puedo ver en su expresión, que entiende el jugo al que ambos participamos.

—Solo una pista, Clara. Una pista te bastará para sentir placer.

Traga saliva, y un rubor se enciende en sus mejillas.

—Lo haré —hay un temblor en su voz, que me dice cuánto le afectan mis palabras. Cuánto anhela lo que le ofrezco.

—Buena chica. —Me inclino para capturar sus labios, no tanto como una promesa, sino como una sentencia—. Mañana por la noche, Clara. Quiero que me esperes. Y debajo de tu hábito, no lleves nada.

Mi voz es un susurro seductor, diseñado para enviar un escalofrío a través de su cuerpo.

La dejo allí, de pie frente al convento. Mientras me alejo, siento una satisfacción oscura al saber que la he marcado de una manera que nadie más lo ha hecho. Ella está atrapada en la tela de araña de deseo y deber, y cada hilo que tiro la atrae más hacia mí.

Más allá de la excitación, del profundo juego de seducción, está la necesidad de enfrentar al hombre que me hizo tanto daño. Clara es la clave para eso, y no descansaré hasta que tenga mi venganza. Mañana será otro día, y Clara me dará lo que necesito. Y yo, a cambio, la llevaré a un lugar que ni siquiera ella sabe que desea explorar. Allá dónde guarda todos sus deseos primarios.

Duermo todo el día, dentro de mi caos y mi rutina tan poco convencional. Cuando me despierto, solo tengo tiempo para comer algo precocinado antes de ir a buscar a la monja que desea pecar conmigo sin restricciones.

Cuando Clara se desliza en el asiento del pasajero de mi coche, la tensión entre nosotros es palpable. A pesar de la oscuridad que nos rodea, puedo ver en sus ojos una mezcla de miedo y excitación. Siente algo profundo, peligroso. La anticipación de lo prohibido, del placer que hemos compartido y que ambos sabemos que compartiremos de nuevo.

—Me dijeron que ese párroco visita el convento muy seguido, especialmente en fechas importantes —me dice en voz baja. Temiendo ser escuchada por alguien más que la noche—. Es cierto, que solo en momentos especiales pude coincidir con él.

Mis manos aprietan el volante con fuerza, la ira y los sentimientos de venganza corren por mis venas.

—¿Qué clase de fechas?

Trato de mantener la calma en mi voz mientras mi mente ya traza mil y una formas de matarlo.

—Fechas como Semana Santa.

Su mirada se vuelve más intensa, más urgente. Aún faltan tres meses para esa fecha, un tiempo que parece tanto una eternidad como un suplicio.

La impaciencia en sus ojos es un espejo de la mía, pero por razones muy diferentes. Clara me busca a mí, su deseo es sincero y sin disculpas, mientras que yo... Yo estoy atrapado en mis demonios. Mucho más oscuros que los suyos. Sin embargo, puedo usar este momento, utilizar el placer como una moneda de cambio. Al final, Clara representa todo lo que odio y su pecado es mi deseo más íntimo.

La atraigo hacia mí, sintiendo la suavidad de la piel de su nuca entre mis dedos. Clara se acerca sin resistencia, sus ojos están fijos en los míos. Mi otra mano desciende, explorando, hasta confirmar que ha seguido mi orden: No lleva nada bajo el vestido. Un jadeo de satisfacción se escapa de mis labios al sentir su calor y su humedad, evidencia de su deseo y su obediencia.

Clara se estremece bajo mi toque, y en ese momento, en el confinamiento de mi coche, la tomo. Bajo levemente mis pantalones y la erección que abultaba se libera, para, sin detenimiento,

hundirse en su interior. Es un acto cargado de poder y lujuria, de dominio y sumisión. Disfruto ensuciando su pureza, este juego entre nosotros no es amor. Es placer, es poder, es venganza.

Aun así, mientras Clara se arquea contra mí, susurrando mi nombre entre gemidos que hablan de una necesidad que va más allá de lo físico, no puedo evitar preguntarme cuánto de este juego es real y cuánto una ilusión. Por ahora, la respuesta no importa. Solo importa el calor entre nosotros, la forma en que su cuerpo responde al mío, y la oscura satisfacción de saber que cada encuentro nos lleva un paso más cerca de mis verdaderos objetivos.

Al separar nuestras bocas, un hilo de saliva se queda en suspensión, juntándonos. Paso la lengua para cortarlo. Ella da un quejido e intenta volver a besarme, pero detengo el dedo sobre su boca.

—Quieta, la noche solo acaba de empezar. ¿Quieres volver al local del otro día?

La esperanza en sus ojos brillantes responde por ella.

En el local, la música palpita como un segundo corazón, fuerte y omnipresente. Clara tiembla ligeramente cuando dejo la mano en su espalda baja. Cruzamos el umbral de una habitación apartada del tumulto principal. La oscuridad aquí es casi total, rota solo por intermitentes destellos de luces LED que tiñen todo de colores psicodélicos. Cuando veo su rostro entre destellos, puedo ver el nervio y la ansiedad que Clara muestra solo con sus expresiones.

—Esta noche es para ti —murmuro en su oído, mientras mis manos comienzan a deslizar la tela de su vestido por sus hombros, dejándola caer suavemente al suelo. La desnudez de Clara brilla bajo la luz intermitente. Cada curva y contorno de la atractiva monja es iluminado en fracciones de segundo. La atmosfera se carga de un erotismo crudo y sin disculpas.

Le susurro palabras que la provocan. Cada frase es diseñada con anticipación en mi mente para elevar su excitación, para llevarla al límite de su resistencia.

—Eres un espectáculo, Clara. Mira cómo te desean —le digo, guiando su mirada hacia los otros presentes en la habitación. Apoyo el mentón en su hombro y ladeo levemente la cabeza para observar en sus ojos un brillo de deseo disimulado.

Con una mano aún en su cintura, uso la otra para sujetarle las manos, levantándolas por encima de su cabeza. Con una de mis piernas, presiono suavemente entre las suyas, abriéndolas, exponiéndola aún más, dejando su cuerpo vulnerable y listo para el placer que prometí. Clara emite un quejido entrecortado, su cuerpo se tensiona por las expectativas.

Hago una señal sutil con la cabeza, y varios hombres que han estado observando desde las sombras se acercan. Puedo sentir como Clara se tensa un poco al principio, pero mi voz está allí, susurrando seguridad y excitación a su oído.

—Déjate llevar, disfruta como te tocan, como te prueban —la animo a abandonarse del todo—. Ellos buscan darte placer, quieren sentir tus orgasmos, Clara. Complácelos y deja que te

complazcan.

Los hombres, envalentonados por mi asentimiento, comienzan a explorar la piel expuesta de Clara. Sus manos son audaces, confiadas, pero también reverentes, como si adoraran en un santuario de carne y deseo. La tensión inicial de Clara se derrite gradualmente bajo su tacto, su cuerpo comienza a moverse sutilmente contra sus manos, buscando más contacto, más placer. Por cómo gime sé que han metido los dedos en ella. Uno de los hombres se arrodilla y la prueba con desespero, otro mete los dedos hasta el fondo y comprueba la forma en la que se expande. Clara gime con cada dedo que la penetra. Sé que ya van tres. Otro de los hombres, deseoso por tocarla, posee su trasero y entre lamidas consigue acceder en ella por detrás. Mete los dedos, la lengua. Puedo verlo levemente si bajo la mirada. Otro de los presentes, a falta de dónde tocar, se detiene en sus pechos y los absorbe. Los manosea mientras golpea con su miembro su estómago a la vez que se masturba. Están desesperados, porque saben que le he quitado el hábito antes. La han visto desde un inicio, saben lo que es y todos gozan de hacer pecar a una monja.

—Ríndete a la experiencia —le susurro y claro que lo hace. Tanto que empieza a temblar sin control y los hombres se enloquecen al sentirla más abierta y empapada.

Una parte de mí se estremece ante el control, el poder. Pero otra parte, se deleita por su placer, su abandono. Sus gemidos llenan la habitación, sincronizándose con el ritmo de la música, generando satisfacción. Esto es obra mía, mi creación.

A pesar de la oscuridad y el caos de sensaciones, mantengo mi mano sobre ella, manteniendo contacto físico. Soy el orquestador de esta sinfonía de placer y procuro que suene según mi deseo. La habitación late con energía, con lujuria, y mientras Clara cabalga las olas de su placer, sé que esta noche quedará grabada en su memoria, como parte de su transformación como cualquiera de sus votos o rezos.

En poco tiempo, los hombres que desean tocar a Clara están haciendo cola. Con un movimiento de cabeza les indico que vean la ropa que llevaba. Levantan el hábito, lo huelen deseosos. Quiero que todo el mundo desee que Clara hoy llegue al éxtasis.

Capítulo 9: Éxtasis.

Clara.

Mientras más hombres se acercan, siento sus manos, sus bocas, explorando cada parte de mi cuerpo expuesto. Es una sensación abrumadora, pero también extrañamente placentera. Las manos son firmes y audaces, y cada caricia parece avivar más el fuego que Marco ha encendido para mí.

Mis pechos y mi intimidad se vuelven el centro de atención, y me rindo a la vulnerabilidad, al deseo que cada toque despierta en mi interior. Las luces parpadeantes tiñen cada movimiento de colores surrealistas, y por un momento, el mundo real parece disolverse en la oscuridad y la música.

Marco está ahí mientras me arrancan gemidos y gritos de placer. Otros hombres están probando la humedad de mi entrepierna y me empapan la piel con su semen, pero no le importa. Su presencia es tanto un ancla, como un catalizador. Siento su agarre en mis brazos, firme, restrictivo. No intento soltarme; no quiero hacerlo. Sus palabras llegan a mí rasgando la neblina del placer.

—Mira cómo te disfrutan, Clara. ¿Lo sientes? ¿Te gusta sentir todas esas manos, todas esas bocas sobre ti?

Cada palabra alimenta mi excitación.

Las manos de los hombres exploran más, deslizándose entre mis piernas y sobre mi piel, delante y atrás. Sus dedos y lenguas no conocen límites, y yo me dejo llevar por la corriente de sensaciones, cada una constituyendo sobre la anterior hacia un clímax inminente. Están dentro de mí, juegan con mi clítoris con sus lenguas. Los dedos me abren todo lo que puedo. Marcan mis muslos al sujetarlos y abrirlos a su voluntad. Mi trasero es invadido y el dolor se mezcla con el placer, tocando lugares erógenos que no conocía en esa zona. No abandonan mis pechos, los absorben más cuando los notan sensibles y enrojecidos. Duros. Veo a dos hombres desconocidos, uno en cada pecho. Chupando y mordiendo. Apretando, fregando sus miembros desnudos sobre mi piel. Algunos son mayores, otros jóvenes. No importa cómo sean o cómo se vean, todos pueden tocarme, probarme. Una multitud de hombres que no soy capaz de diferenciar.

Parece que sepan que estoy a punto de llegar al orgasmo, porque aumentan la intensidad con la que arremeten en mi interior y tocan mi cuerpo. Llego, claro que llego, y enloquecen por probar el chorro de deseo que han sacado de mí. Sin embargo, no se detienen, no han tenido

suficiente de mi cuerpo.

En este torbellino de tacto y deseo, algunos intentar llevar sus labios a los míos, buscando un beso que, instintivamente sé, Marco ha reservado para él. Cada vez que uno de ellos se acerca demasiado, Marco interviene, girando mi cabeza hacia él y capturando mis labios contra los suyos.

Sus besos son posesivos, marcando su territorio de una manera que es intensamente personal incluso en medio de la multitud.

Esta restricción solo hace que cada toque, cada exploración de los demás, sea más intensa. Marco sigue hablando, sus palabras vibran a través de mí.

—Solo yo puedo besarte así, Clara. Solo yo.

Cada vez que lo dice, cada vez que sus labios reclaman los míos, siento su posesión y protección, empujándome aún más al límite del placer.

Aquí, en esta oscuridad iluminada solo por luces intermitentes, rodeada de desconocidos cuyos toques y lametones me desafían y el hombre que ha captura mi deseo de maneras que nunca imaginé, descubro partes de mí misma que no sabía que existían. Partes que anhelaban un juego así de peligroso. Uno que juega tanto con mi cuerpo, como con mi alma.

Con un movimiento, Marco los detiene. No dicen nada, solo se alejan, aunque se quedan cerca. Me guía firmemente por la cintura, sabiendo que el calor me nubla los sentidos y que me es difícil caminar. Su control es absoluto. Me lleva hacia un sofá en una esquina más reservada de la sala. Se sienta y, con una mano en mi espalda, me inclina hacia delante, dejando mi pecho acostado sobre sus piernas y mi trasero expuesto y vulnerable, arrodillada sobre el sofá.

—Sujeta las rodillas y abre las piernas —me instruye con una voz baja pero autoritaria. Obedezco, sintiendo la tela del sofá contra la piel de mis piernas y la presencia imponente de Marco sobre mí.

Al sujetarme las piernas, vuelvo a estar expuesta, mis manos no sirven. Después de una caricia en mi trasero, Marco comienza a administrar azotes firmes y medidos en mis nalgas. Cada golpe es un estallido de fuego que se propaga por mi piel, mezclando el dolor con un placer creciente que me toma por sorpresa.

Mientras Marco sigue con los azotes, siento que los hombres que nos rodeaban se acercan más, disfrutando de la escena que Marco ha creado.

Pronto, siento manos más audaces explorando, dedos que se deslizan dentro de mí, llenándome, estirándome. La combinación de los azotes y la penetración me lleva a un estado de conciencia hiperagradada, donde cada movimiento dentro de mí es magnífico.

Marco vuelve a inclinarse cerca de mí y su aliento cálido me recorre el oído.

—¿Estás disfrutando esto, Clara? Me encanta ver cómo te toman, como te entregas al placer.

Su voz intensifica cada sensación que recorre mi cuerpo.

Marco me sujeta sobre él, pero eleva mi trasero, aun con las piernas abiertas, deteniendo la mano en mi pelvis. Lo miro suplicante, con ojos llorosos. Lo observo asentir. Por un momento no sé a quién le está diciendo, pero cuando siento la penetración lo comprendo. Les ha dado permiso de follarme completamente. Noto la piel del miembro en mi interior, abriendo mis carnes, chocando con la pared de mi útero. No lleva condón y no puedo evitar preocuparme. Marco lleva la mirada hacia mí y con una sonrisa, responde mis dudas.

—Todos los que frecuentan este lugar pasan por exámenes clínicos, puedes estar tranquila. Por lo demás, luego te daré una pastilla.

¿Una pastilla? Una penetración ruda e interna provoca que deje de pensar y de un grito. Lo que quiera, lo que Marco quiera. Quiero placer, solo eso.

Bajo esta avalancha de estímulos, el placer nace dentro de mí como una ola imparable. Empiezo a gritar, no de dolor, sino de un placer abrumador que me sacude hasta el núcleo. Cada movimiento de los hombres a mi alrededor, cada toque, cada penetración se siente amplificado por la presencia dominante de Marco, por su control y su aprobación de lo que estoy experimentando.

Cuando uno acaba y se aleja para echar el semen por el suelo, Marco elige al siguiente y vuelvo a ser penetrada. Por un hombre nuevo, por alguien que no conozco.

En este momento, envuelta en sensaciones, controladas por Marco y utilizadas por desconocidos, descubro un nivel de liberación y rendición que nunca había conocido. El placer me domina completamente, y mis gritos llenan la habitación.

Marco me gira con cuidado, dejándome acostada sobre él. Con un movimiento suave pero firme, abre mis piernas, facilitando que quienes nos rodean sigan siendo parte del escenario que él ha diseñado. Sigo sintiéndome el foco de atención. Expuesta y al mismo tiempo oculta en los brazos de Marco.

Él sigue siendo estricto con las reglas: nadie puede besarme.

Marco controla la situación con precisión. No hay besos, solo la exploración continua que alimenta el fuego dentro de mí. Los hombres siguen turnándose y Marco me sostiene del mentón, obligándome a ver el rostro de cada uno de ellos. Los rostros de placer y lujuria con los que me miran. Retorciéndome de placer por cada uno de los que me abre y explora mi interior. Así es cómo me percato de que algunos, por edad, podrían incluso ser mis padres. Otros mis hijos, por la juventud que brilla en sus rostros. Sin embargo, lejos de lo ético, cuando deslizan los miembros dentro de mí los deseo. Deseo que sigan, que me lleven al orgasmo. Les ruego que así sea mientras grito. Marco está complacido del punto al que me ha arrastrado. Les entrego orgasmos que estallan con chorros, dando convulsiones que me levantan levemente de dónde estoy, pero no tengo tiempo de descansar o dejar que los fluidos salgan en su totalidad, cuando

otro hombre ya se encuentra dentro de mí.

Ninguno se corre dentro, pero es tanto mi delirio que llego a fantasear con que alguno lo haga. Marco está complacido. Pareciera que lo disfrutara más que yo.

La habitación está cargada de energía, de deseo, de miradas que nunca tocan pero que incendian el aire. Estoy sudorosa, el calor de los cuerpos a mi alrededor y la intensidad de la experiencia me tienen al borde de un abismo de éxtasis. Marco me sigue sosteniendo. Guía los movimientos de todos, asegurándose de que no pueda dejar de sentir placer ni un solo segundo.

A medida que las olas de placer se intensifican, Marco sigue ahí, inquebrantable, la roca contra la cual rompen todas mis inhibiciones. Bajo su mando me siento segura, pero completamente expuesta.

Marco ha creado un mundo donde el tiempo y el espacio parecen disolverse, y todo lo que queda es el aquí y el ahora, un presente intenso y consumidor que me reclama por completo.

Llego al clímax una y otra vez, hasta que las líneas entre los orgasmos individuales se difuminan y pierdo la cuenta.

Cuando siento que cada fibra de mi ser podría desmoronarse bajo el peso del placer incesante, Marco interviene. Su voz es firme y clara, corta a través del zumbido de la música y el murmullo de las voces, ordenando a los demás que se retiren. No hay objeciones; todos entienden que soy suya, y obedecen de inmediato, dejándonos solos en la penumbra iluminada solo por las luces.

Ahora que estamos solos, Marco me gira hacia él. Sus ojos se encuentran con los míos, y hay una promesa en su mirada, una promesa de que todo acaba de comenzar. Sus labios encuentran los míos con urgencia, reclamando cada suspiro y cada gemido que escapa de entre ellos. Sus manos, libres de cualquier restricción, exploran mi cuerpo con una familiaridad que quema.

Me besa con una pasión que borra cualquier rastro de los demás, reafirmando que, a pesar de la apertura a nuestra exploración, al final, soy completamente suya.

El calor de sus besos enciende un fuego nuevo y cuando finalmente me penetra, es con un sentido de propiedad y adoración que intensifica cada movimiento.

El sofá se convierte en nuestro mundo, cada empujón y cada retirada es una declaración. Marco se mueve con un ritmo que es a la vez conocido y revelador. Cada golpe profundiza no solo en mi cuerpo, sino también en mi alma. Me pierdo en él, en el ritmo, en la sensación de ser completamente poseída y protegida por él.

Bajo la tenue luz de las luces LED, entre el eco de la música que aun pulsa fuera de nuestra pequeña burbuja, me entrego por completo a Marco. El mundo exterior desaparece, flotando en un espacio donde solo existe nuestro aliento y el latido de nuestros corazones en sincronía.

En los brazos de Marco, encuentro un puerto seguro y un huracán de emociones, todo en uno.

Capítulo 10: La perdición de Clara.

Clara.

Siento la presión de la urgencia de Marco. Una urgencia que va más allá de la pasión, una necesidad de respuestas sobre el párroco que parece consumirlo.

No puedo ignorar su petición, me preocupa, no sé por qué. Así que decido enfrentar la situación directamente. Estoy adolorida por todo lo acontecido la noche anterior, pero con mi impostada fachada de velo negro que refleja la pureza que él me arrebató, voy al hospital donde mi madre está ingresada.

Recuerdo que fue ella quien me presentó al párroco cuando era más joven, justo cuando empecé a formar parte de la iglesia.

Al entrar en la habitación del hospital, el olor a desinfectante me invade y encuentro a mi madre descansando, su respiración está acompañada por la máquina que pita a su lado. Me acerco con cautela, temiendo perturbar su frágil estado de salud.

—Madre —le digo suavemente, tomando su mano entre las mías, sintiendo el frío de su piel—. Necesito preguntarte sobre el párroco que me presentaste hace años. El padre Alfonso. Hay alguien que necesita encontrarlo.

Sus ojos se abren lentamente, y al escuchar mis palabras, veo una sombra de preocupación cruzar su rostro. Trato de leer sus expresiones, la manera en que su boca se tensa, el leve fruncir de su ceño.

—Clara, ¿por qué necesitas encontrarlo? —pregunta con voz cansada, pero cargada de un peso que no entiendo completamente.

Le quiero explicar, pero omitiré detalles que puedan preocuparla.

—Un amigo necesita hablar con él, madre. Es importante.

Evito mencionar a Marco directamente, consciente de que no debo revelar demasiado. Mi madre parece luchar con sus pensamientos, su mirada vaga perdida por la habitación antes de volver a posarse en mí con intensidad.

—Clara, debes alejarte de ese chico que busca al padre Alfonso. No es bueno para ti.

Su firmeza me sorprende. Su mano aprieta la mía, un gesto de miedo o tal vez, advertencia. ¿Conoce a Marco? ¿Cómo es posible?

Antes de que pueda preguntarle, su monitor comienza a emitir pitidos más rápidos, y su respiración se vuelve agitada. Alarmada, llamo a los doctores, quienes se apresuran a entrar

moviéndome a un lado mientras intentan estabilizarla.

Miro a mi madre, cuya expresión de angustia y el repentino empeoramiento de su estado me dejan confundida y preocupada. ¿Qué sabe ella sobre el párroco que pueda causarle tal reacción? ¿Y qué peligro representa Marco para que ella reaccione así?

Mientras los doctores trabajan, me quedo en silencio, llena de preguntas sin respuesta, sintiendo como el peso de la situación crece sobre mí. Sé que debo averiguar más.

Salgo del hospital. Miro la hora en mi móvil y me percató de que, mientras estaba en shock, mi hermana me ha llamado. No lo pienso dos veces en dirigirme a su casa. Le llamo un momento para asegurarle de mi llegada.

Llego a la finca. Aunque me dijo entre lágrimas que necesitaba verme, su tono llevaba un matiz de alivio que no supe interpretar. Al acceder a su casa lo comprendo. Los papeles del divorcio finalmente están firmados y extendidos sobre la mesa del comedor.

Nos abrazamos fuertemente, un abrazo que transmite tanto el fin de su tormento matrimonial como el inicio de una nueva vida.

Nos sentamos en el salón para hablar más tranquilamente. Después de contarme cómo fue todo el divorcio amistoso, la conversación toma un rumbo inesperado.

—Mi vecino, Marco, es único para hacer pecar a la gente —dice mi hermana con un tono serio, casi advertidor. Mi corazón se detiene por un momento; conozco demasiado bien de lo que es capaz Marco.

—Sí, lo sé —respondo. Mi hermana me mira y arquea las cejas—. Lo sé, porque tú no eres de las que se acuesta teniendo pareja.

Salgo victoriosa de sus sospechas, o eso creo.

Recuerdo la noche en la que mi hermana se había dejado llevar por Marco, una noche que había cambiado el curso de su matrimonio y ahora, también el curso de mi vida.

Mi hermana continua, sin darse cuenta de cómo cada palabra resuena en mí como eco de mi propia experiencia.

—Es increíblemente persuasivo. —y añade—. Además de muy bueno en la cama.

Mientras ella habla, las imágenes de mis encuentros con Marco vuelven a mi mente con una claridad abrumadora. Cada momento, cada locura. Es como si pudiera sentir sus manos acalorándome otra vez, recordándome la forma en la que me hace olvidar quién soy y por qué no debo resistirme. La forma en la que me ha llevado a desafiar cada una de mis convicciones.

—Sí, es muy... Efectivo en lo que hace —logro decir, intentando mantener mi voz neutral.

Mi hermana me mira con sospecha, pero por suerte, no pregunta más, y la conversación lentamente se desvía hacia sus planes futuras y las posibilidades de su nueva libertad ofrecida.

Me despido de mi hermana. Me quedo de pie en el rellano, mirando instintivamente hacia la

puerta de la casa de Marco. Doy unos pasos hacia ella. Parada frente a la puerta, mi corazón late con fuerza. Me prometo a mí misma que no debo verlo, que no es bueno para mí, pero la curiosidad y deseo me ganan. Antes de darme cuenta, estoy llamando a su puerta, asegurándome de que mi hermana no me vea desde la mirilla.

Marco abre la puerta y su apariencia es impresionante como siempre: alto, su silueta definida por el ejercicio, los tatuajes en su brazo destacando sobre su piel sudorosa.

Dos mujeres pasan por mi lado, saliendo de su casa y despidiéndose de él con un beso casual. Una de ellas incluso le da una nalgada juguetona frente a mí. Me quedo paralizada, siento un nudo en la garganta y de repente mis ojos empiezan a empañarse.

—¿Viste? Es una monja —comenta una de las chicas mientras va bajando las escaleras—. ¿Qué hace en casa de Marco?

—Querrá darle algún sermón puritano, porque dudo que Marco se fije en ella —responde la otra. Se empiezan a reír.

No me apetece ni responderles. Cuando las mujeres se van, Marco me mira con una mezcla de sorpresa y diversión. No puede ser que me esté viendo al borde del llanto y le cause gracia.

No puedo evitarlo, las palabras brotan de mí con más fuerza de la que esperaba.

—¿Cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes simplemente usar a la gente así?

En el fondo, sé la respuesta. Esto es solo un juego. Se encoge de hombros con una sonrisa torcida adornando sus labios.

—Clara, siempre fui honesto contigo. Te dije que no buscaba amor. Que solo quería llevarte al límite, hacerte pecar. No puedes buscar algo que no estoy dispuesto a dar. Además, se supone que tú estás casada con Dios. Tranquila, él no te engañará. Yo solo soy la manzana que te gusta morder cuando tu cuerpo se calienta.

Mis ojos no soportan las lágrimas que se resbalan raudas por mis mejillas. La realidad de sus palabras me golpea tan fuerte que no lo esperaba. Siento la humillación y un dolor profundo por haberme permitido caer en sus juegos sabiendo bien cuáles eran sus intenciones. Tengo que irme y no volver a verlo nunca más.

Intento marcharme, pero antes de que pueda dar un paso, Marco me toma de la mano y me jala hacia dentro de su casa. Me presiona contra la puerta cerrada y sus labios encuentran los míos con una urgencia que me desarma. Entre besos, protesto:

—¡Para, te odio! Me has lastimado.

Mi resistencia se desvanece rápidamente. A pesar de mis palabras, mi cuerpo responde al suyo, y el beso se vuelve más profundo, pasional. Marco es experto en desvanecer mis defensas, en hacerme olvidar las razones por las que debería alejarme de él. Mientras sus manos exploran

mi espalda, me doy cuenta de que, a pesar de todo, aún lo deseo, aún respondo a él de una manera que no puedo controlar.

Me siento en un cruce de caminos: una parte de mí quiere empujarlo, correr y nunca más mirar atrás, pero otra parte está atrapada en la tormenta de emociones que él evoca. Atrapada en la intensidad, en la complejidad de mis propios sentimientos.

Termino cediendo, permitiéndome una vez más ser arrastrada al pecado de la mano de Marco. Sabiendo que puede ser mi perdición.

Capítulo 11: Confesiones.

Marco.

Mientras beso a Clara, una confesión resuena en mi mente. Un eco de mis propias oscuridades. Antes de que ella llegara, había estado soñando con mi abusador, una sombra que aún me persigue en mis momentos más vulnerables. Para silenciar fantasmas, fui al bar, buscando distracción en alguna compañía casual. Ahora, con Clara entre mis brazos, la ironía de la situación me golpea con fuerza.

No he podido dar el cien por cien con esas mujeres, por suerte, tengo juguetes que han hecho ese trabajo por mí. A mi pesar, cada vez que las tocaba, pensaba en Clara. Como una maldita droga. He dejado de consumir, de algún modo que no comprendo. Ahora mi obsesión es tenerla a ella entre mis brazos.

La presiono contra la puerta de mi casa, sintiendo el calor de su cuerpo mezclarse con el mío.

—No hay nada que me guste más que hacerte pecar —susurro contra sus labios, saboreando la leve duda que siente—. Que una monja caiga a mis deseos

Duda en si seguir el beso, pero sus ojos brillan y entonces, se entrega.

La levanto en brazos sin romper nuestro contacto, llevándola a través del pasillo hasta mi habitación. La luz tenue envuelve el espacio, haciéndolo parecer un santuario profano, perfecto para los pecados que estamos a punto de cometer.

La deposito suavemente en la cama, pero mi agarre en su cuello es firme. Mientras nuestros labios se encuentran una y otra vez, busco con una mano bajo las sábanas, encontrando el vibrador que había usado antes. Al verlo, Clara se tensa, su confusión es palpable.

—¿Marco, qué es...? —comienza, pero coloco un dedo sobre sus labios.

—Shh, confía en mí —digo con suavidad, presionando el juguete contra su piel—. Solo voy a hacerte disfrutar.

Clara cede. Sus ojos se cierran mientras el zumbido del vibrador rompe el silencio de la habitación. Lo voy pasando por sus labios vaginales y lo detengo en su clítoris. Observo cada reacción suya, cada temblor y suspiro que escapa de sus labios mientras la guío a través de una nueva experiencia de placer.

—¿Te gusta? —pregunto, mientras aumento la intensidad del juguete, observando como su cuerpo comienza a responder con un entusiasmo que no puede fingir.

—¡Sí! —grita—. No sé cómo, ¡pero sí!

Sonríó ante su admisión, sintiendo una satisfacción oscura y retorcida.

—Eso es porque estás hecha para sentir placer, Clara, incluso si has intentado negarlo —mantengo mi voz baja y seductora—. Déjame mostrarte cuánto más hay.

Mientras la noche se profundiza, nos sumergimos más en un abismo del deseo, un lugar donde los recuerdos oscuros y las intenciones más perversas se convierten en un juego de poder, placer y liberación.

Clara yace bajo de mí, cada respiración suya se mezcla con el sonido del vibrador que sostengo entre sus piernas. Veo el placer crecer en sus ojos, los cuales a veces se abren para encontrarse con los míos, llenos de asombro.

—Este juguete ha llevado a muchas al límite antes, pero debo admitir que tus reacciones, Clara, son mis favoritas.

Su cuerpo se estremece ante mis palabras. La idea de que el juguete comparta un pasado con otras parece avivar aún más su fuego, un detalle que no pierdo en utilizar a nuestro favor.

—¿De verdad? —pregunta, con una perversa curiosidad.

—Sí, de hecho, aún tenía los fluidos de las mujeres que viste antes sobre él, cuando se empapó con los tuyos —respondo con una sonrisa ladeada. Se arquea reaccionando al deseo—. Ninguno de esos orgasmos puede compararse con los tuyos. Los tuyos son... Especiales.

Mis palabras, aunque diseñadas para excitarla aún más, llevan una sinceridad que no puedo disfrazar completamente.

Clara responde a mis manipulaciones con un deseo cada vez mayor, permitiendo que cada movimiento del juguete lo lleve más profundo cuando lo deslizo entre sus carnes. Clara cae al abismo del placer cuando resbalo los dedos junto al juguete y palpo la calidez de sus paredes internas. El juguete vibra, mis dedos golpean su interior. El sonido húmedo revota entre las paredes y me sofoca. Dejo un jadeo en su cuello. Esta mujer me excita muchísimo. Su intimidad me moja la mano, se contrae. Siento que está al borde, pero no dejo que se corra. Saco los dedos y el vibrador de su interior. Ella gruñe como regaño. Le ofrezco el vibrador.

—Toma el control, Clara. Muéstrame que puedes hacer.

Con manos temblorosas pero decididas, toma el juguete, dirigiéndolo con una precisión que la embriaga de poder. La observo tomar las riendas, abre sus piernas, pone al máximo la vibración y hunde el juguete en sus carnes. Gruño mientras la miro. La observo tomar las riendas y la fascinación se apodera de mí. La manera en la que su timidez se desvanece, como cada movimiento suyo ahora dicta el ritmo y la profundidad del placer, es un espectáculo que enciende cada fibra de mi ser.

No puedo soportarlo. Le quito el dichoso juguete y la guío, sujetando su cintura. Dejo que se siente sobre mí y mi miembro se resbala en su interior. Erecto, duro como una maldita piedra,

como las otras mujeres no consiguieron que estuviera.

Clara gime, me sorprende haciéndolo con ella. No puedo dejar de mirarla, de adorar su cuerpo. El placer hoy, por algún motivo, se siente más intenso que de costumbre.

A medida que ella se mueve sobre mí, controlando cada movimiento, no puedo evitar pensar en cuánto deseo verla pecar más veces.

Cada gemido, cada grito es un insulto a la fe que una vez la definió. Ahora la está redefiniendo en mis términos. La trato como a una más, sí, pero en el fondo sé que ella es más que eso para mí. Es un enigma que continúa desafiando mis expectativas y mis deseos.

—Me encanta como te entregas al placer —murmuro entre sus labios. Ella expresa un gemido —. Como dejas de ser una monja y te conviertes en mi mujer. Eres impresionante cuando pecas.

Mientras la observo, perdida en el placer y el poder, puedo ver las infinitas posibilidades a la que podría llevarla. Un futuro donde planeo verla pecar muchas veces.

En el baño, el sonido del agua que cae desde la ducha crea un telón de fondo para nuestra danza continua de deseo y poder. Empujo a Clara contra la fría pared de azulejos, su piel resbaladiza y caliente bajo mis manos es un oasis donde perderse. Sujeto sus manos por encima de su cabeza, presionando su cuerpo con el mío. El collar que lleva con forma de cruz cae sobre su pecho y con cada embiste, choca con su piel, como un recordatorio brillante y oscuro de los votos que está rompiendo con cada gemido.

El agua hace que la cruz brille con una luz casi irónica, mientras mis labios encuentran la suavidad de su cuello. La muerdo suavemente, marcando mi territorio con un gesto tan posesivo como las palabras que susurro en su oído.

—Amo verte así, entregada, pecando bajo el agua, siendo mía —le digo en un ronroneo de satisfacción mientras sigo golpeando su interior—. Cada gemido tuyo es una música pagana que quiero escuchar una y otra vez.

Clara se retuerce bajo mi agarre, sus manos intentan liberarse, no para escapar, sino para tocarme. Pero, aunque sea a la única que le doy ese privilegio, la mantengo fija, dominando la situación mientras la ducha nos envuelve.

—Sigue, Clara. Déjate llevar, sé solo mía —continúo, mientras una de mis manos se desliza por su cuerpo mojado, hasta empezar a fregar su rosado y endurecido clítoris. La llevo a un placer que es profundo y oscuro. Un placer que la consume completamente.

Ella se pierde en las sensaciones, en mis palabras, en el calor del agua que nos rodea.

—Marco, por favor —suplica con la voz quebrada en deseo.

Su entrega es completa, su cuerpo y su alma me pertenecen.

—Di que eres mía.

—¡Soy tuya! —gime sin siquiera replantear el peso de sus palabras en mí.

Jadeo y ahogo un quejido solo por escucharla. Me está volviendo loco. Cada roce, cada palabra es un paso más a su transformación, un paso más lejos de su pasado y más profundo en el laberinto de nuestra creación mutua.

Clara no es solo una conquista, es un reflejo de mis propios deseos oscuros y profundidades inexploradas.

—¿Te gusta cómo te hago sentir? —pregunto, disfrutando su sumisión, su necesidad de más—. ¿Te gusta cómo te libero de tus cadenas?

—¡Sí, Marco!

En este momento, en la intimidad de la ducha, con el agua cayendo sobre nosotros y la cruz brillando entre el vapor, Clara y yo somos una entidad de deseo y poder, inseparables e indefinibles.

Después de la intensidad de nuestra unión bajo el agua, Clara se aleja un poco, dejándome solo con el eco de nuestras acciones resonando en el espacio húmedo del baño. La miro, aun jadeando. Me muerdo el labio inferior sin ser consciente. Se seca el cabello, sus movimientos mecánicos y su mirada fija en el espejo, denota que está perdida en reflexiones que no puedo descifrar. El vapor se levanta a nuestro alrededor, creando un velo que distorsiona las imágenes, pero no puedo ocultar la turbación en su expresión.

De repente, un pequeño sonido metálico corta el aire, es el collar de Clara. Ese que lleva una cruz. El collar se ha deslizado por su pecho y ha caído dentro del del lavamanos, con la mala suerte de que se resbaló por el desagüe. Clara grita, un sonido de horror y desesperación. Se arrodilla, rota en mil pedazos por perder el collar.

Vuelve a levantarse, sus dedos buscan en vano dentro del agujero.

—¡No puede ser, no puede ser! —repite en llanto—. ¡Es una señal! ¡Es una señal de que soy una pecadora!

Envuelvo una toalla en mi cintura y me acerco rápidamente a ella, poniendo mis manos en sus hombros en un intento de calmarla.

—Clara, escúchame —pido, tratando de captar su atención, de traerla de vuelta de su desesperación—. Es solo un collar, podemos reemplazarlo. No es una señal de nada.

Sacude la cabeza violentamente, rechazando mis palabras, su rostro se distorsiona por el pánico y la pena.

—No Marco, no lo entiendes. Ese collar... Lo llevaba siempre para recordarme quién debía ser, para protegerme. ¡Lo he perdido, lo he perdido como he perdido mi camino!

Clara me aleja de ella con un empujón en el pecho. Se aparta de mí, su respiración se agita. Su reacción es visceral, un profundo miedo que parece consumirla desde dentro. Intento acercarme de nuevo, pero ella retrocede, poniendo distancia entre nosotros.

—¡No te acerques! —grita con la voz quebrada—. Todo esto es un error. No debería haber venido aquí, no debería haber hecho nada de esto. Soy una pecadora y ahora he perdido mi último signo de gracia.

Su pánico es palpable. Me doy cuenta de la profundidad del conflicto que enfrenta.

Lo que para mí es un juego de seducción y deseo, para Clara es una lucha por su identidad y su fe. Trato de encontrar las palabras correctas, algo que pueda decir para calmar su tormento, pero me doy cuenta de que cualquier consuelo puede parecer trivial frente a la magnitud de su crisis.

—Clara, por favor, vamos a hablar de esto. Vas a resfriarte si no te cubres. Te dejo ropa, te cubres con una manta, preparo algo caliente y conversamos, ¿te parece?

Extiendo mi mano hacia ella, sin tocarla, dándole el espacio que necesita y la decisión propia.

Ella me mira suplicante. Por un momento, veo la vulnerabilidad y el miedo que ha ocultado detrás de su deseo.

Sin decir una palabra, se da la vuelta y se va del baño. Me deja solo, con el sonido del agua goteando y el peso de lo que acaba de suceder presionando sobre mí. Clara está pasando por una ansiedad y un mal estar horrible, y yo, por primera vez, me siento con necesidad de ayudarla.

El nudo en mi garganta me ahoga. Tengo que hacer algo.

Decidido me dirijo a la cocina donde guardo algunas herramientas. Escogiendo lo que creo que puede servir, vuelvo al baño y empiezo a desmontar todo el lavamanos, esperando poder recuperar el collar de alguna manera.

Estoy tan concentrado en mi tarea que a penas noto el silencio que se ha instalado en el apartamento. Mis manos trabajan con urgencia. En un descuido, ajusto algo incorrectamente y de repente, el agua a presión comienza a salir disparada de la tubería hacia mi cara.

—¡Maldición! —grito, mientras intento contener el flujo con las manos, completamente empapado.

En ese momento, escucho pasos rápidos acercarse y luego la voz de Clara, llena de preocupación.

—Marco, ¿qué estás haciendo? —pregunta al verme en medio del caos acuático, luchando contra la tubería.

—¡Estaba tratando de recuperar tu collar! —admito. Siento una frustración y una sensación de ridículo monumental—. ¡Pensé que podría manejarlo sin tener que llamar a un fontanero!

Clara se detiene un momento observando la escena: el agua, las herramientas esparcidas, y yo, un desastre completo, pero bien intencionado. Entonces, contra todo pronóstico, una sonrisa se dibuja en su rostro y comienza a reír. Es hermoso escucharla, llena la habitación y alegra el ambiente. El nudo en mi garganta se marcha.

—Creo que era mejor llamar a un fontanero —dice entre risas, claramente divertida por mi

intento fallido de ser el héroe del día.

Sonrío a pesar de la situación.

—Tal vez, pero quería intentarlo. Quería hacer algo por ti, algo que te hiciera sentir mejor.

Su risa se suaviza en una sonrisa cálida.

—Gracias, Marco —dice, acercándose para ayudarme a cerrar la llave de paso y detener el agua—. Aunque la próxima vez, quizá empezamos con el fontanero.

Asentimos juntos.

Mientras recogemos las herramientas y secamos el agua, siento una conexión fuerte entre nosotros. Es un poco abrumador para mí. De alguna manera, aunque no tenga el collar, siento que he hecho algo importante hoy: hacerla sonreír de nuevo.

De repente, mis ojos visualizan algo brillante entre los charcos. ¡Es el collar de Clara! Increíblemente, ha sido expulsado por el chorro de agua. Al verlo, Clara emite un pequeño grito de alegría y corre hacia mí, su rostro se ilumina por la emoción. Con mimo, recojo el collar, y delicadamente se lo coloco alrededor del cuello. Aprovecho la acción para acariciar levemente su piel, esta vez sin motivos eróticos. Solo necesito tocarla. Ella me mira con gratitud y alivio.

Luego, acompaño a Clara hacia la cama y le ofrezco una de mis camisas.

—Deberías ponértela, vas a coger frío y los catarros están fuertes últimamente.

Acepta la camisa con una sonrisa tímida.

Me pongo un pijama y mientras ella entra en calor envuelta en las mantas, aprovecho para preparar una infusión relajante. A pesar de que el simbolismo del collar es algo que, en principio, me resulta ajeno y hasta contradictorio con mis propios pensamientos, no puedo evitar sentirme aliviado de ver a Clara feliz.

Clara, armada con la manta, arrastra sus pies hasta el sofá para estar conmigo mientras preparo la infusión, ya que mi cocina no posee paredes. Le llevo la taza de té caliente y la acepta, apretando entre sus manos para entrar en calor. La miro, algo en mí se siente diferente. La preocupación por su bienestar se ha vuelto más personal, más intensa.

Me siento a su lado y ella me tapa con la manta.

—Gracias, Marco. No solo por el té, sino por todo. Sé que el collar y todo lo que representa puede no tener sentido para ti, pero significa mucho para mí.

—No tienes que agradecerme, Clara. Aunque no comparta tus creencias, lo que importa es que es importante para ti. Y eso... Eso me importa.

Me sorprende a mí mismo al decir eso. Tanto es así que frunzo el ceño. Se forma un silencio cómodo entre nosotros.

—Nunca pensé que dirías algo así —responde al fin—. Aunque parezca un trabalenguas, es... Muy amable de tu parte. Imagino que no estás acostumbrado a decir cosas amables.

—Bueno, parece que ambos estamos descubriendo cosas nuevas. Aunque es cierto que odio la

idea de cualquier cosa que te haga sentirte atrapada o infeliz, si ese collar te da paz o felicidad, entonces estoy contento de que lo tengas de vuelta.

Clara se inclina hacia mí y deja un pequeño beso en mis labios. Tan tierno que me hace delirar.

—Te quiero —confiesa. “Y yo” pienso. Un vértigo extraño me recorre el cuerpo y las palabras no me salen. No, no. Yo no he pensado eso.

Por suerte, Clara no espera respuesta. Da un trago al té y el ambiente la anima a compartir detalles de su vida que antes guardaba solo para sí misma.

—No decidí ser monja por mí misma, Marco. Es una tradición en mi familia. Mi madre fue monja y nunca conocí a mi padre, supongo que fue por la vergüenza que eso causaba al saber que tuvo que dejar los votos por quedarse embarazada. El ser monja era algo esperado de mí, una especie de legado. —Sus manos aprietan la taza y toma una bocanada de aire para continuar—. Cuando mi hermana mayor encontró a su novio, con quien eventualmente se casó, era joven. Huyó de casa porque no quería esa vida para ella. Pero cuando ella se fue, quedé yo para cumplir con las expectativas de nuestra madre.

El peso de vivir una vida elegida por otros es algo que puedo entender, aunque de una forma muy diferente.

—Debe haber sido muy duro para ti, vivir una vida que no elegiste, solo porque alguien más decidió por ti.

Clara asiente, mirando hacia abajo.

—Sí, y durante mucho tiempo, intenté convencerme de que era lo correcto, que de alguna manera encontraría mi lugar en esa vida. Pero, siempre he sentido que algo faltaba, que había algo más allá de los muros del convento. Necesitaba vivir.

—Y ahora que has estado fuera, ¿cómo te sientes al respecto?

Clara suspira, una expresión de conflicto cruza su rostro.

—Confundida, en su mayoría. Pero también liberada, de alguna manera. Como si finalmente pudiera tomar aire después de estar sumergida bajo el agua durante mucho tiempo.

Mi corazón se aprieta al escucharla.

—No importa lo que decidas hacer con tu vida. De aquí en adelante, tienes el derecho de elegir por ti misma. No tienes que vivir para cumplir las expectativas de nadie.

Levanta la vista, sus ojos encuentran los míos y sonrío.

—Gracias, Marco. Significa mucho para mí escuchar eso, especialmente de ti.

Nos quedamos en silencio, el sonido suave de la lluvia de la calle complementa el calor del salón. Volvemos a besarnos, pero esta vez, los besos son suaves, intensos. Nos rozamos y nos saboreamos de forma distinta. Clara deja el té a un lado y se mueve en el sofá. Se sienta sobre mis piernas, cubiertos por la manta y seguimos con el roce de nuestras bocas. Jadeo, ella

también. Nuestras manos se acarician, los dedos se entrelazan y cuando nos falta el aire, Clara corta el beso. Apoya la frente contra la mía y volvemos a estar en silencio, solo nuestras respiraciones cortan el sonido de la lluvia.

La confianza que ha depositado en mí me impulsa a contarle mi propio pasado, uno que raramente he discutido con alguien más. Aunque revelar estos recuerdos es todo menos fácil.

—Clara, quiero que entiendas por qué estoy tan obsesionado con encontrar a ese cura —hago una pausa, recogiendo el coraje necesario para continuar—. Fui criado solo por mi madre. Soy hijo único, y ella es muy devota, profundamente religiosa. Siempre fui un niño nervioso, algo ansioso, pero mi madre lo interpretó de otra manera —me detengo un momento, las palabras se atascan en mi garganta, pero logro continuar—. Mi madre creía que mi nerviosismo era signo de maldad interior, que algo malo estaba en mí y que necesitaba ser corregido para salvarme. —Las memorias afloran, tan claras y dolorosas como el día en el que ocurrieron—. Ella... Ella pensaba que Alfonso podría sanarme, así que me dejaba a su merced, para que hiciera lo que él creyera necesario para curarme. Y a veces... A veces ella miraba. Era consciente de todo, pero lo toleraba. Cada día me llevaba para que ese cura me encerrara en su despacho. Ella se iba por horas, a veces por días. Él hacía todo lo que le daba la gana con mi cuerpo, me decía que cuanto más me tocaba, estaba más cerca de Dios. Logró que me sintiera culpable cada vez que... —Trago saliva. Las manos de Clara me acarician por el cuello para calmarme—. No dejaba de estimularme, Clara. De todas las formas que puedes imaginarte. Finalmente, mi cuerpo cedía y llegaba al orgasmo. Él decía que era mi culpa, que estaba enfermo. Eyacular se convirtió para mí en lo más doloroso que podía pasarme mientras él me tocaba. Por eso odio que me toquen, a no ser que sea para golpearme.

La respiración de Clara se entrecorta. El silencio que sigue es pesado, cargado de las emociones no dichas de años de dolor y confusión. Miro a Clara, buscando en su rostro algún signo de rechazo o asco, pero en su lugar, encuentro horror y empatía.

—Marco, lo siento tanto. —Con los ojos llorosos me abraza. Doy un suspiro de alivio por no generarle rechazo con lo que le conté—. Eso que te hicieron es imperdonable. Nadie debería pasar por algo así.

Su compasión me toca profundamente, y por un momento, me siento verdaderamente visto, comprendido de una manera que nunca esperé.

—Solo quería que supieras la verdad. Esa es la razón por la que necesito encontrarlo. Quiero enfrentarlo, no solo por mí, sino para asegurarme de que no pueda hacerle daño a nadie más.

—Haremos todo lo posible por encontrarlo, Marco. Y estaré contigo, no quiero que sigas cargando con esto solo.

Con la calidez que me trasmite su abrazo, la estrecho contra mi cuerpo. Nuestras respiraciones se acompañan. Clara cierra los ojos con la cabeza apoyada en mi pecho y le acaricio el pelo,

pasando los mechones entre mis dedos.

Ella es la única por la que me dejo tocar y todavía me pregunto por qué. Por muchas relaciones sexuales que tuve, siempre conseguí que no me pusieran las manos encima, pero me alivia. Mata mis demonios y los llena de luz con cada caricia. Probablemente, sea la única persona que no enciende mis traumas cuando me toca, sino que los adormece.

Capítulo 12: Volver a verla.

Marco.

Camino lejos del convento donde dejo a Clara. Se ha quedado a dormir en casa y seguro que deberá de dar muchas explicaciones. El sonido de las campanas se mezcla con los ecos de mi pasado. Cada campanada es como un golpe que rememora el rostro de aquel cura. Siento como la ira se enrolla en mi pecho, apretando con fuerza. Pero entonces, la imagen de Clara aparece en mi mente, suave y serena como una promesa de paz que no estoy seguro de merecer.

Ayer, la pasión nos consumió tanto que, por un momento, pude olvidar. Olvidar quién soy, quién fue él, lo que me hizo. Sus labios, su tacto, sus palabras... Todo me llevaba más lejos de mi venganza. Pero hoy, el odio regresa con fuerza, alimentado por los recuerdos que intento enterrar cada vez que cierro los ojos.

Estoy dispuesto a alejarme de ella si me vuelve blando. No quiero volverme blando antes de que pueda matar a ese hijo de puta.

Pasan los días, me ciño en mi desconcierto, en el terror que me provocan los sentimientos. Clara llama a mi casa algunos días, disimulando que viene a ver a su hermana, pero ignoro cualquier búsqueda de su paz.

Necesito golpes, volver a sentir rabia, ira. Para no confundir los únicos sentimientos que valen la pena.

El lugar está bañado en una luz tenue, apenas iluminado por bombillas colgantes que lanzan sombras erráticas sobre las paredes de ladrillo y el ring improvisado en el centro. El aire está cargado de sudor, sangre y anticipación. Vivir del boxeo no por deporte, sino como un escape, un modo de descargar la ira que me consume por dentro es mi modo de existir.

Subo al ring, mis vendas están ajustadas y mis puños listos. Mi oponente es un tipo grande, con músculos que parecen tallados en piedra y una mirada que no promete misericordia. No me importa. En ese momento, solo necesito sentir algo diferente, algo que no sea el amor que Clara me provoca.

El combate comienza al ritmo de los gritos y las apuestas del público. Cada golpe que doy está cargado de rabia, cada esquivas es una huida de mis recuerdos. Pero no puedo escapar de ellos, no completamente. Con cada movimiento, fragmentos de aquellos días en la iglesia

vuelven a mí. El frío tacto del Padre Alfonso, sus susurros como dagas que me cortan el alma. Cada recuerdo me impulsa a golpear más fuerte, a luchar más fieramente.

Pero en medio del furor del combate, un golpe me hace tambalear. En ese instante de debilidad, la represa de emociones reprimidas comienza a ceder. Las imágenes de mi infancia, los momentos en el confesionario, se mezclan con el dolor físico del presente. Mis golpes se vuelven erráticos, impulsados más por la desesperación que por la técnica.

De repente, en medio de un intercambio brutal de golpes, mis ojos se llenan de lágrimas. La figura del Padre Alfonso se superpone sobre la de mi adversario. Mi respiración se entrecorta, y sin poder contenerlo, dos lágrimas se deslizan por mis mejillas. El público, confundido, murmura y mi oponente se detiene un momento, incierto.

Aprovechando mi vulnerabilidad, retoma el combate con una ferocidad renovada. Yo, cegado por las lágrimas y abrumado por el dolor emocional, apenas puedo defenderme. Cada golpe que recibo es como un eco de aquellos días oscuros, cada uno diciéndome que aún no he escapado, que tal vez nunca lo haré.

El árbitro finalmente interviene, pero el daño estaba hecho. Me dejo caer en la lona, los golpes aún resuenan en mi cuerpo, se siente el sabor metálico de la sangre en mi boca. Mientras el público se dispersa, su entusiasmo se convierte en silencio. Me quedo tendido, enfrentando no solo la derrota física en el ring, sino también la batalla interna que me ha derribado.

Todo mi cuerpo grita de dolor, cada músculo, cada hueso, como si estuvieran rociados con gasolina y prendidos fuego. Las peleas clandestinas no son nada nuevo para mí, pero esta noche algo ha salido mal, muy mal. Por querer huir de Clara, terminé en mis sombras una vez más.

En este momento oscuro y solitario, comprendo que la verdadera lucha no es contra los oponentes que enfrento en el ring, sino contra los fantasmas de mi pasado que siguen acechando cada rincón de mi mente y corazón.

Los tragos no me calman, rechazo la compañía de las mujeres de la noche que pretenden pasar un rato agradable conmigo. Rehúyo de sus abrazos cuando intentan tocarme y les advierto que no me pongan la mano encima.

Vuelvo a casa solo, me dejo caer en la cama y reclamo su nombre.

—Clara, sería capaz de rezar con tal de volver a verte —balbuceo, borracho y a punto de dormirme.

Es de día y escucho bullicio. Al asomarme por la ventana observo una especie de mercadillo benéfico para las familias necesitadas. Cuando veo a varias monjas paseando, no puedo evitar pensar en ella.

Como un perro en búsqueda de su dueña sin necesidad de collar, me apresuro a salir a la calle

para buscarla.

No me equivoco, la observo al final de la calle. Me mira y me espera con una sonrisa. No debería acercarme, pero mis pies me traicionan, moviéndose hacia ella como arrastrados por una soga.

Cuando ve mis múltiples heridas, la sonrisa se dispersa.

—¿Estás bien? —pregunta—. Siempre que desapareces por días, cuando te reencuentras conmigo estás malherido. ¿Es una costumbre tuya que te vea repleto de heridas?

Entorno los ojos.

—Estoy bien.

—Hoy te ves... Diferente. ¿Pasó algo malo?

—Nada malo puede pasarme si estoy contigo —digo, esta vez me atrevo a decir algo bonito sin estar borracho, y es cierto. Ella es mi refugio y mi condena.

Nos sentamos en una banca bajo un árbol cuyas hojas bailan suavemente con el viento. Clara se acerca, su mano busca la mía, sus dedos se entrelazan con los míos con una delicadeza que contrasta con la violencia de mis pensamientos.

—Háblame, Marco. Sabes que puedes confiar en mí, quiero saber por qué huyes de mí cuando mejor estamos.

Tomo aire. Mientras acaricia mis nudillos ensangrentados, acepto el confesarle lo que siento.

—No me gusta como soy cuando estoy contigo, porque soy como hubiera sido sin traumas y quiero que estos permanezcan para poder vengarme.

—No puedes dejar que el odio te consuma, Marco. Eso no te hará libre. Siempre intentas que yo tenga la libertad que merezco, pero tú te encierras.

—Ya me ha consumido, Clara. A veces, siento que es todo lo que tengo.

Clara se acerca y su aliento se mezcla con el mío. El mundo se reduce a la distancia entre nuestros labios.

—Entonces déjame ser tu nueva razón para vivir. No para odiar, sino para amar.

Está por besarme, cuando la presencia de varias monjas de su convento nos obliga a detenernos. Nuestras manos se alejan. Clara disimula sonriéndoles.

Cuando se marchan, nuestras manos vuelven a rozarse con disimulo. Me tortura pensar que me estoy enamorando, pero no puedo permanecer ni un segundo más sin tocarla.

—Clara, necesito algo que me distraiga, que me ayude a esperar hasta Semana Santa, cuando pueda enfrentar a ese hijo de puta. No quiero amor, solo...—Miro hacia otro lado, luchando con las palabras—. Solo sexo.

Clara no me juzga, pero sí se queda seria.

—Comprendo. Si eso es lo que necesitas para sobrellevar tu dolor, estaré aquí para ti. No hay

necesidad de amor si no estás listo para ello.

Esto se siente como un pacto, un intercambio de necesidades y deseos en donde el amor no tiene cabida, al menos no en los términos convencionales. Ella está dispuesta a permanecer en mi mundo oscuro, sabiendo que lo que ofrezco es tan fragmentado como mi propia alma.

Nos levantamos del asiento, soltando nuestras manos para seguir disimulando que somos dos extraños hablando de cosas cotidianas.

—Esta noche iré a buscarte y te haré pecar de nuevo —le digo a baja voz. Suena más ronca de lo habitual. La necesito.

—También te extraña —admite, sabiendo que de extrañarla están teñidas mis palabras—. Estaré lista para ti.

Sus palabras suenan a una promesa cargada de pasión prohibida, un compromiso que ambos sabemos que rompe las reglas que ella ha jurado seguir.

Quiero besarla para despedirme, pero estamos demasiado expuestos. Ella me mira, rogando por el mismo deseo. Por el roce de nuestras bocas. Sujeto su mano, la levanto y dejo ese beso en sus nudillos. Ella tiembla por el roce, los latidos de mi corazón me obligan a jadear.

Dejar su mano se me antoja doloroso. Esta noche volveré a tocarla tal y como deseo.

Capítulo 13: Prolongar el deseo

Marco.

La ciudad se extiende a nuestro alrededor mientras conduzco al hotel que elegí. Es un lugar discreto pero elegante, un refugio perfecto para lo que tengo en mente. Clara está a mi lado, y aunque no hablamos, el aire vibra con la tensión que se siente. No está vestida con su hábito, se ha puesto un vestido blanco ceñido bastante sugerente.

—Me sorprende que una monja tenga ropa así —comento.

—Hace años que no lo uso, ¿no te gusta?

—Me encantas. El vestido va a durar poco puesto.

Clara esconde una risita.

Al entrar al lobby, noto cómo se tensa ligeramente; esta es una transgresión grande para ella, un salto más hacia lo desconocido que ambos estamos a punto de tomar. Le tomo la mano, apretándola suavemente, como para asegurarle de que no tiene que hacer nada que no desee.

—He pensado en ti, Clara. En tenerte, en sentir tu cuerpo contra el mío otra vez —susurro en su oído mientras esperamos el ascensor.

Me mira, sus ojos están llenos de un fuego que responde al mío.

—Y yo... He seguido tus... Instrucciones, Marco. No he llevado ropa interior desde la última vez que nos vimos —confiesa con un tono que mezcla vergüenza y desafío.

Siento la tensión en la entrepierna.

El ascensor llega y subimos en silencio. Cada piso que ascendemos aumenta la tensión, un juego eléctrico de miradas y respiraciones entrecortadas. Al llegar a la suite, abro la puerta y la dejo entrar primero.

La habitación es amplia y lujosamente decorada, dominada por una cama grande con sábanas de seda. Las luces están atenuadas, creando un ambiente íntimo y acogedor.

—Espera aquí —le digo antes de llamar al servicio de habitaciones—. Quiero champaña y fresas con chocolate.

Mientras esperamos, la atracción se convierte en algo palpable, casi como una tercera presencia en la habitación. Clara se sienta en el borde de la cama, mirándome con una mezcla de nerviosismo y expectación.

—No sé cómo decir esto sin que suene... —empieza, mordiéndose el labio inferior.

—Dilo, Clara. Esta noche, puedes decir cualquier cosa.

—Es solo que... Aunque no te veía, cada noche me acostaba y te imaginaba. Era como si estuvieras allí conmigo, guiando mis manos.

Mierda, se tocó pensando en mí. Un pecado más que añadir a la lista. Gruño sin poder evitar la tremenda excitación que me provocaron sus palabras.

La champaña y las fresas llegan, interrumpiendo brevemente nuestra ardiente conversación. Sirvo dos copas, ofreciéndole una con una sonrisa.

—Por mil y una noches en las que exploremos todo lo que imaginamos —brindo, tocando su copa con la mía.

Sonríe y le da un sorbo pequeño, sin alejar su mirada de mi dirección. Dejo la copa a un lado y me acerco, inclinándome para capturar sus labios con los míos. Es un beso profundo, exploratorio, que promete mucho más que palabras.

Entre los dos, hay una mezcla intoxicante de deseo y pasión.

Tomo una fresa y la muerdo, dejando la mitad colgando entre mis labios. Con una sonrisa provocativa, me inclino hacia Clara y la invito a tomarla directamente de mi boca. Nuestras lenguas se entrelazan al pasar la fruta, un juego intenso y húmedo que nos deja respirando con más fuerza. Siento una electricidad ardiente, cada roce es fuego puro.

La invito a levantarse y ella toma mi mano para hacerlo.

Mientras la emoción nos envuelve, con una mano libre comienzo a deslizar los dedos por la tela de su vestido, encontrando finalmente el cierre y bajándolo lentamente. El vestido cae suavemente al suelo, revelando su figura bajo la luz tenue. La admiro un momento, la belleza de su piel al contraste con la oscuridad de la habitación es una obra de arte.

Luego tomo el jarabe de chocolate, vertiéndolo lentamente sobre ella. Comienzo por sus hombros, trazando líneas que se extienden hacia abajo, cada gota es un pretexto para explorar más. El chocolate frío contrasta con su piel caliente, y ella se estremece bajo mi lengua. Clara cierra los ojos, dejándose llevar por las sensaciones mientras yo sigo el rastro del chocolate que se metió entre sus piernas. Me arrodillo frente a ella para poder seguir. Estoy a sus pies. La miro un momento para que se dé cuenta de lo dominado que me tiene.

Mi exploración se vuelve más audaz, más íntima. El chocolate marca el camino, y yo lo sigo con devoción, descubriendo cada vez más de ella. Mi lengua se resbala entre sus labios vaginales y absorbo. Mis manos aprietan sus nalgas y la acerco más hacia mí. Es tan jodidamente deliciosa. Saboreo la mezcla dulce y salada de su interior.

Suspira y se arquea hacia a mí, perdida en el torbellino de placer que le estoy ocasionando. Introduzco la lengua en su interior, determinada a conocer cada parte de ella, probar cada gota de chocolate y cada centímetro de su piel.

Cada movimiento de mi lengua es trazado para adentrarme más en ella. En sus placeres

internos. Clara se entrega completamente, sus suspiros y pequeños gemidos son música para mis oídos, y siento como cada célula de mi piel vibra en sintonía con su placer.

Le ofrezco otra fresa, colocándola entre sus labios mientras mis manos no cesan de explorar su piel, descubriendo cada respuesta, cada temblor provocado por mis caricias. Ella muerde la fresa cuando aprieto sus pezones, el juego dulce se mezcla con el sabor del chocolate que aún permanece en su paladar, y puedo ver en su rostro una mezcla de deleite y perdición.

Jadeo en su entrepierna. Tomo aire para seguir con el oral. Estoy muy excitado. Sus manos buscan las mías, guiándome en un baile silencioso que solo nosotros entendemos. Las lleva a los pechos y aprieta. Me deleito en cómo se deja llevar, como confía en mí para llevarla a ese viaje de sensaciones.

Continúo dándole fresas, juego con su boca, con su lengua. Veo como su saliva se mezcla con el rojo de la fruta y se resbala por el mentón. Trago saliva, llevando consigo sus propios fluidos.

Cada gesto me indica que quiere más. La estoy pintando de lujuria. Como un lienzo en blanco que poco a poco se pinta con mis colores negros.

La conexión que sentimos trasciende lo físico; es un encuentro de almas que, por un instante, se olvidan del mundo exterior y que cualquier dolor pasado.

Está a punto de correrse cuando alejo la boca de ella. Se mueve y gimotea como un regaño callado por no hacerla terminar. Mis labios se arquean mostrando una sonrisa. Me levanto. Mi miembro está tan duro que parece querer estallar, pero lo mantengo a raya por el momento.

Tomando la botella de champaña, vuelvo a llenar nuestras copas, y luego, con una sonrisa juguetona, me acuesto en la cama sin camisa. El brillo en los ojos de Clara se intensifica con mi sugerencia.

—Tienes que beber de mí —le digo, colocando la copa cerca de mi pecho. El juego se vuelve en algo más que atrevido.

Clara se acerca y se arrodilla junto a la cama, sus dedos comienzan a trazar líneas sobre mis músculos tensos, explorando con delicadeza. Siente cada contorno de mi torso con una curiosidad palpable. Dejo caer el líquido de la copa sobre mí. Se inclina hacia delante y su lengua sigue el camino que sus dedos han marcado, desde mi pecho hasta mis abdominales. Bebiendo así el líquido. La sensación es sofocante, y me obliga a contener el aliento, capturado por la intensidad de su cercanía.

—¿Alguna vez dejaste que una mujer te tocara así? —pregunta, mirándome directamente a los ojos, buscando en mi reacción una verdad más profunda.

La pregunta me golpea más fuerte que cualquier puñetazo que haya recibido en el ring. Por un momento, el pasado amenaza con envolverme, pero la presencia de Clara, tan llena de cuidado y audacia, me ancla al presente.

—No, nunca —gruño—. Eres la primera a la que he dejado llegar tan lejos, la primera que

realmente me ha tocado.

Hay un destello profundo en sus ojos al escuchar mis palabras. Es más que deseo; es una conexión que se va tejiendo fuerte y segura entre nosotros.

Clara se mueve con más confianza ahora, sabiendo que está explorando territorio desconocido que he reservado solo para ella.

Ella sonrío y su sonrisa ilumina la habitación, llenándola de una promesa no dicha. Con cada caricia, cada beso, estamos reescribiendo nuestra historia. Dejamos atrás las sombras y encontramos luz en los brazos del otro.

La champaña brilla bajo la luz tenue de la habitación mientras la dejo caer suavemente sobre mi piel. Clara observa con ojos brillantes, y a medida que las burbujas frías se deslizan por mi torso, ella sigue el rastro con su lengua, cada lamida es un desafío de calor que contrasta con el frío del líquido.

El audaz placer de verla tan atrevida, tan envuelta en el acto de complacerme, me incita a más. Siento cómo la excitación crece dentro de mí, alimentada por su sonrisa cómplice y la manera en que su cuerpo responde al mío. Sus manos recorren mis costados, palpando la textura de mi piel mientras sigue la senda que la champaña dicta.

Levanta la mirada hacia mí mientras avanza, y esa conexión visual añade una intensidad que casi se puede tocar.

Sus ojos están llenos de un deseo claro y sin reservas. La risa que compartimos es baja, nerviosa y cargada de lujuria. La lengua de Clara lame por mi abdomen. Mi corazón late con una fuerza que había olvidado que podía sentir.

Me desata el pantalón y lo baja junto a los calzones. El monstruo se libera, grande, erecto, duro y palpitante. La champaña sigue siendo parte de nuestro juego. Vierto cuidadosamente un poco más del líquido, que recorre un camino tentador a través de la piel de mi miembro.

Ella sigue el descenso de las gotas. Aunque al principio muestra cierta inexperiencia, pronto se adapta, aprendiendo con cada reacción mía, cada gemido bajo que no puedo contener. Su dedicación y la manera en la que se concentra a darme placer con su boca me lleva al borde del delirio, intensificando cada sensación que me recorre.

Chupa, lame, absorbe y usa las manos. Su saliva se mezcla con el líquido de la copa. El sonido a humedad abarca toda la habitación.

Mira hacia arriba ocasionalmente, buscando en mi rostro confirmación. Se mueve con una confianza creciente, guiada por los sonidos y movimientos que no puedo controlar. Cada movimiento es más seguro que el anterior y mi cadera la arremete sin quererlo. No soporto tanto placer.

—Clara, eso es... Increíble. No sabes cuánto he pensado en esto —mi voz sale entrecortada, la pasión tiñe las sílabas. Me abruma.

Sujeto suavemente su cabello, guiándola a un ritmo que ambos compartimos, un compás que dicta la creciente intensidad de mi placer. Mis músculos se tensan, cada centímetro de mí vibra con la pasión del momento.

—Sigue así, justo así. Olvida a Dios, adórame a mí y te prometo llevarte al cielo cada jodido día de mi vida.

La escucho gemir y mi miembro vibra en su garganta. Me gusta esta mezcla sofocante de control, entrega y éxtasis. Mi respiración se hace más pesada, un espejo del ritmo que Clara ha establecido con su lengua y su boca. En este juego de dar y recibir, cada momento se siente infinitamente prolongado, una eternidad encapsulada en el ahora.

Me lleva al borde. Mi cuerpo responde con un temblor incontrolable y mis jadeos llenan el aire. El sudor perlado sobre mi piel es testimonio del ardor que Clara ha encendido dentro de mí.

—Dios, Clara, no sabes lo que me haces sentir...—mi voz es un gruñido bajo, lleno de deseo y urgencia—. Eres una tentación, un pecado delicioso que quiero cometer una y otra vez.

Cada palabra está teñida de un fervor pagano, cada frase es un tributo a la sensación que ella provoca.

Mis caderas buscan más de su atención, moviéndose con un ritmo que pide intensidad, profundidad, más de todo lo que ella está dispuesta a dar. Clara parece querer sacar el miembro de su boca para respirar, pero la llevo de vuelta hacia él.

—Sigue, por favor, no pares —le suplico, entregado completamente al momento, a ella, a este éxtasis. Sus ojos lloran y con un sonrojo evidente obedece. Me saca un gruñido que se convierte en un grito bajo. La adoro.

Me hace correr, pero cuando escucho la forma en la que traga lo que le entrego, no me queda de otra que seguir erecto.

No puedo soportarlo. La acuesto suavemente sobre la cama, el eco de nuestros jadeos aún llena el aire. La intensidad de la noche sigue vibrando entre nosotros, palpable, casi tangible.

—Ahora que has probado mi sabor, es tu turno de descubrirte a ti misma —le digo con voz ronca, mientras mi boca encuentra el suave hueco de su cuello. Mis labios y dientes juegan en su piel, dejando pequeños mordiscos que arrancan suspiros de su boca.

Deslizo mi mano con suavidad, pero con firmeza hacia su entrepierna, explorando, sintiendo su humedad en mis dedos. Los deslizo en su interior. Gime y se arquea. Echa la cabeza hacia atrás y entorna los ojos. Gimoteo con ella, aunque no sea yo quién está sintiendo placer, me excita lo suficiente para gemir. Muevo con fuerza y rapidez la mano, dejando fluidos por mis dedos, para que me empape por completo y que se retuerza de placer debajo de mí. Cierro los ojos un momento, enloqueciendo. Gruño. Esta mujer me va a volver loco.

Cuando tengo suficiente de su húmedo deseo en mis dedos, los llevo hacia sus labios.

—Prueba —susurro, observando su expresión mientras se encuentra con su esencia. Traga

saliva, pero sigue mi indicación en un gesto de confianza y curiosidad.

Su lengua toca mis dedos, y veo una chispa de valentía y fuego en sus ojos. Gime y después sigue lamiendo con creciente excitación. Mete los dedos en su boca. Cada roce de su lengua en mis dedos le hace descubrir más de sí misma.

Atrapada en el momento, agarra mi brazo, invitándome a unirme a su exploración personal. Sonrío, cautivado por su osadía y por la gota de saliva que se desliza por su comisura, añadiendo un toque de descaro a su rostro que parece tan angelical.

Mis dedos se hunden en ella, ella me sujeta el miembro y lo mueve con fuerza y rapidez. Ahogo un gruñido. Los dedos de su boca siguen el mismo recorrido que los que tengo en su intimidad. Ella gime. Agacho la cabeza y absorbe sus pezones. Pasa una mano por mi pelo y tira. Cierro los ojos, disfrutando del placer de ambos. Gimo con ella. Hoy estamos siendo muy intensos.

Saco los dedos de su interior cuando las paredes vaginales se contraen. Ella detiene su masturbación. Jadea fuerte cuando me observa chuparme los dedos con sus fluidos. Saco los de su boca y lamo también el recorrido que dejó su saliva. Me quedo a centímetros de su boca, jadeando, pero sin besarla.

—Tengo ganas de subir el juego a otro nivel, pero antes, bebamos un poco más —propongo, buscando intensificar cada momento.

Clara se retuerce ligeramente, su impaciencia es evidente.

—Te necesito ahora, Marco. Ya no quiero esperar más —sus palabras son un ruego apasionado, pero también una declaración de su deseo ardiente.

A pesar de su urgencia, mantengo mis planes. Me gusta el control. Disfruto del poder de prolongar el deseo.

—Te aseguro que valdrá la pena —digo, mientras me levanto para servir más champaña.

Le extiendo la copa, nuestros dedos se rozan al pasarla, y bebo de la mía observándola sobre el borde de la copa. Con cada sorbo, el calor en la habitación parece aumentar.

—Vamos a disfrutar cada segundo, Clara. Cada segundo —repito con la voz más seductora que sé poner.

Dejo la copa a un lado y vuelvo a acercarme a ella, listo para continuar nuestro juego donde lo habíamos dejado.

Capítulo 14: Instrumento de placer.

Clara.

Veo a Marco acercarse a la cubitera del champán y saca unos cubos de hielo, su mirada está llena de intenciones que no logro descifrar completamente.

—¿Sabes lo que es esto? —Me enseña los hielos.

—Sí, eso son cubos de hielo —digo, observando como el frío vapor se eleva desde su mano cerrada.

—No, Clara. Esto no es solo un hielo —responde con voz baja y seductora—. Es un instrumento de placer.

La serenidad con la que lo dice y el sonido de su voz me envían a un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío del hielo. Sus ojos bicolors no se apartan de los míos, y en ellos veo un brillo travieso que me revela lo que está por venir.

—Acuéstate sobre la cama —ordena. Su tono de mando hace que algo dentro de mí se estremezca.

Obedezco sin dudar, recostándome sobre las sábanas suaves. Mi corazón golpea fuerte en el pecho por la incertidumbre y la emoción. Me acomodo, observando cada uno de sus movimientos mientras se acerca con el cubo de hielo todavía en su mano, listo para comenzar nuestro nuevo juego.

Su expresión es de concentración, pero se le escapan sonrisas juguetonas que me desarmen. Me preparo para lo que está por venir.

Se inclina sobre mí.

—Abre la boca —ordena con firmeza. Jadeo y obedezco. Me acaricia los labios, roza mi lengua con sus dedos fríos por el hielo y desliza el cubo al interior de mi boca. Ese acto, envía una oleada de sensaciones a través de mi cuerpo.

Luego, con un movimiento calculado, coloca otro cubo de hielo justo sobre mi ombligo. El contacto helado me hace jadear, y el agua fría comienza a deslizarse lentamente por mi estómago, trazando caminos fríos que se sienten sorprendentemente ardientes contra mi piel caliente.

—No te muevas —advierte mirándome fijamente—. Y no dejes que el hielo se caiga.

Su voz tiene ese tono de desafío que me reta, y algo dentro de mí se enciende aún más con la restricción. La quietud forzada hace que cada pequeña sensación se amplifique. Cada gota de

agua que se desliza por mi piel parece un pequeño incendio, cada respiración mía es una batalla por mantener la compostura y el equilibrio del hielo.

Marco se sienta al borde de la cama, observándome con intensidad, disfrutando verme luchando por mantenerme inmóvil bajo sus condiciones. El juego, la expectativa de lo que podría hacer a continuación, todo contribuye a un crescendo de sensaciones que me mantienen en una nube de lujuria. Anhelando más.

Marco se levanta solo para coger varios cubos más.

Siento el contacto frío del hielo en mis pies, un escalofrío que se propaga hacia arriba mientras Marco lo desliza lentamente. Casi simultáneamente, su lengua sigue el mismo trayecto, sigue jugando con los contrastes ardientes de frío y calor. Hace que cada nervio de mi cuerpo se encienda en alerta.

Mis manos se crispan en las sábanas, agarrándolas con fuerza mientras trato de procesar y controlar la marea de sensaciones que me inundan. El hielo en mi boca se derrite lentamente, su agua fría se resbala por mi garganta mientras el otro cubo sobre mi ombligo sigue su lento derretimiento, enviando ríos helados a lo largo de mi piel, incluyendo la entrepierna. Ente mis labios vaginales.

Marco se mueve con una deliberación tortuosa, cada gesto es calculado para prolongar la intensidad. Sigue alternando el frío del hielo y el calor de su aliento, sus labios, su lengua, cada uno aumentando la sensación del otro. Es un maestro en este juego de contraste, y cada nuevo contacto hace que mi respiración se vuelva más errática y cada suspiro un testimonio del placer que me está dando.

Solo él podría hacer algo así de tortuoso y lleno de placer. Me encuentro en un estado de expectativa constante. Mientras va subiendo con el hielo por mis piernas, la experiencia se vuelve más abrumadora. Lucho contra mi cuerpo para que el hielo de mi ombligo no se caiga. Intento no moverme a pesar de la excitación.

Me aferro a las sábanas como única ancla mientras me dejo llevar por el deseo.

Marco se aleja por un momento, y escucho el leve sonido de tela contra tela. Cuando vuelve, veo la suave textura de la seda deslizándose entre sus dedos. Me sorprende al darme cuenta de que ha traído vendas de seda negras, un detalle que no esperaba.

Con movimientos cuidadosos, se acerca y cubre mis ojos con la venda, sumergiéndome en la oscuridad.

La privación de la vista intensifica mis otros sentidos. Cada sonido en la habitación se magnifica, y el aire parece volverse más denso.

Marco retira el hielo de mi boca y antes de que pueda reaccionar, sus labios encuentran los míos en un beso profundo y arrebatador. Se detiene. Me deja jadeando y gimiendo por semejante beso. Escucho un sonido vidrioso. Cuando vuelve a besarme siento el frío y burbujeante chorro

de champaña que se mezcla con nuestra saliva, añadiendo una nueva capa de perversión.

El sabor del champán en nuestras bocas, combinado con la oscuridad impuesta por la venda, crea un momento de intensidad y excitación única. Estoy completamente a merced de Marco. Me siento desorientada.

Deja de besarme, trago el líquido y noto como limpia lo que se ha caído por la comisura de mis labios con una caricia.

Su voz rompe el silencio.

—¿Te está gustando? ¿Te sientes cómoda?

Me gusta que me pregunte, que se preocupe. Me hace sentir segura, aunque sea él quien tenga el control y me domine.

—Sí, me gusta...Mucho —me tiembla la voz.

Sin advertencia, siento el frío intenso de dos nuevos cubos de hielo contra mis pechos. El contraste abrupto entre el calor de mi piel y el choque helado me hace gritar, un sonido que se escapa involuntariamente y resuena en la habitación. Duele, quema, pero a la vez no sé por qué, me excita.

—¿Puedes soportarlo? —pregunta, con voz calmada y autoritaria—. Puedo detenerme siempre que lo pidas.

—¡Puedo, puedo! —grito.

—Vale, en el momento que no lo soportes, no aguantes. Dímelo. —No contesto. Marco me da un azote en el muslo. Gruño y tiemblo. El hielo empuñado que permanece en mi ombligo no se mueve de milagro—. Clara, habla. Dime que lo has entendido, no quiero hacerte un daño que no puedas soportar.

—¡Lo entendí!

—¿Segura?

—¡Sí, te avisaré!

—¿Qué palabra quieres decirme para que me detenga?

¿Palabra? ¿Qué está diciendo? Vuelve a azotar. El golpe arde. Gimo y me muerdo el labio inferior. Solo puedo pensar en frutas después de saber que hemos empezado todo esto con fresas con chocolate.

—¿Melocotón?

—Melocotón... —repite. Lo escucho reír.

—¡Es que no comprendo lo que me estás pidiendo, Marco!

—Si algo de lo que te haga, no es soportable para ti, di... —hace una pausa y se empieza a reír mientras dice la palabra—. Melocotón.

—Tonto.

Y golpea de nuevo, termino gritando. Empiezo a jadear. Mis pezones están congelados y

erectos. El dolor me da un placer intenso. Es una sensación tan intensa que no puedo pensar con claridad.

—Di que lo tienes claro o te azoto de nuevo.

—¡Lo tengo claro, lo tengo claro!

Marco actúa rápido y coloca de nuevo el cubo de hielo que había retirado en mi boca, sofocando mis gritos con su fría presencia.

—Puedes escupirlo para hablar y avisarme, eh —avisa, pero quiero que me controle así. Prefiero no poder decir ni una palabra y que censure mis gritos cuánto quiera.

El hielo me obliga a morder y a enfocar mi atención en mantenerlo dentro, mientras él sigue explorando con otros cubos, trazando caminos helados que hacen que mi cuerpo reaccione con estremecimientos incontrolables.

El juego se vuelve más intenso, un balance entre el placer y la sorpresa del frío. Me balanceo en un delicado equilibrio entre el control y la sumisión.

Con una mano, guía uno de los cubos de hielo, desplazándolo lentamente hacia abajo, sobre mi clítoris, dejando una estela helada que sigue el contorno de mi cuerpo. Puedo sentir cómo el agua fría se desliza aún más abajo y mi botón del placer se hincha, tiritando y me eleva en sensaciones internas cuando Marco lo mueve en círculos con el mismo hielo.

Con una previsión que anticipa cada una de mis reacciones, Marco introduce cuidadosamente el hielo, provocando una oleada de frío y calor que me atraviesa. El choque térmico y emocional es tan intenso que mi corazón comienza a tiritar, es una mezcla de placer y una especie de exquisito tormento.

Empieza a sacar y meter el hielo. Lo empuja, se resbala abriendo mis paredes y vuelve a salir. Lo vuelve a empujar. Aprieto con más fuerza el hielo que cierra mi boca. Me hace arquear el cuerpo, una respuesta involuntaria por el shock y el deleite.

—Tranquila, estoy atento a ti —dice con la voz ronca—. A cada convulsión, cada respiración entrecortada. Estoy atento a tu placer.

Gimo. Guía la experiencia con una ternura y a la vez una firmeza que me deja sin aliento. Estoy a su merced y en su control encuentro una liberación inesperada.

El frío del hielo aún reverbera dentro de mí cuando Marco, con habilidad y conocimiento intuitivo de mi cuerpo, comienza a deslizar sus dedos junto al bloque. Cada movimiento es un estímulo adicional que mezcla el frío penetrante con el calor más humano y directo de sus caricias. La dualidad de las sensaciones es abrumadora, me derribo, igual como el hielo. No puedo dejar de gemir.

Marco, consciente de cada temblor que escapa de mi cuerpo, tal y como me advirtió, ajusta sus movimientos, encontrando un ritmo que intensifica cada onda de placer que recorre mi cuerpo.

En un movimiento fluido, se inclina, y su lengua se une al juego, lamiendo mi clítoris, arrebatándole el frío para vestirlo del calor de sus jadeos. Añade así una nueva capa de sensaciones. Frío, calor, presión, caricias, me lleva a un estado de placer frenético.

Gruño, un sonido brutal que sale de lo más profundo de mi ser, una expresión de la potencia del placer que Marco me está haciendo experimentar.

En este mundo de oscuridad, sensación y deseo, Marco es el conductor, y yo me dejo llevar por la música que creamos juntos, una melodía que se escribe no con notas, sino con toques, suspiros y, finalmente, con gritos de placer.

El hielo es expulsado por la fuerza de mis propias reacciones cuando me corro. Escucho el chorro salir a presión. Marco deja que el hielo salga, saca los dedos y empieza a acariciarme entre los labios vaginales. Palpa el clítoris y roza. Ese frote entre suave y duro me hace tener otro orgasmo seguido. Aprovechando que ya no hay hielo que caiga en mi barriga, me muevo y tirito de puro placer. Con una mano, pasa los dedos y abre mis labios vaginales. Facilita el que siga fregándome el clítoris con la otra. Aumenta la fuerza, la rapidez de esas caricias. Gimo, aprieto tanto el hielo de la boca que se parte. Cae a los lados de mi rostro y grito con fuerza cuando llega el tercer orgasmo.

Oscuridad, caos, éxtasis. El infierno de Marco se convierte en mi perdición.

—¿Confías en mí? —pregunta entre los jadeos de mi clímax.

Con la mente aún nublada por las oleadas de placer, apenas logro asentir, mi voz sale en un susurro entre cortado por respiraciones pesadas.

—Sí, confío en ti.

—Quiero grabarnos, Clara. Capturar este momento, ¿estás de acuerdo?

Su tono es serio, pero lleno de una excitación contenida, como si la idea añadiera más ganas de hacerme suya.

Por algún motivo me emociona. Aunque aún estoy recuperándome del pico de placer, la confianza que tengo en Marco y la adrenalina del momento me llevan a considerar su propuesta ignorando la vergüenza y el vértigo que sentiré después.

—Hagámoslo.

Marco, satisfecho y estimulado por la aceptación, me quita la venda de los ojos y se mueve para preparar la cámara.

Con la cámara preparada y apuntando hacia nosotros, Marco me coloca en cuatro sobre la cama. Acomoda mis piernas, asegurándose de que cada detalle quede visible ante la lente inquisitiva. Aunque una parte de mí se siente vulnerable bajo la mirada de la cámara, la confianza en Marco y el calor de su presencia me dan el valor para continuar.

Marco empieza a acariciar mis nalgas, me estremezco. Luego, sin previo aviso, empieza a

darme azotes suaves que poco a poco aumentan en intensidad.

—¿Recuerdas la palabra? —se asegura.

—Sí —respondo con un quejido. Me mira y espera un momento para asegurarse de que no la digo. Sonríe con atrevimiento y vuelve a azotar. Lentamente mi piel empieza a arder, a la vez que mis piernas tiemblan. Cada golpe me eleva a un placer máximo. Mi cuerpo responde casi por instinto, moviendo mis caderas al ritmo de sus manos, buscando intensificar la sensación que, de alguna manera, me avergüenza admitir que disfruto.

Cierro los ojos, sumida en la contradicción de mis sentimientos. La vergüenza por disfrutar de actos descaradamente promiscuos se mezcla con el placer puro que cada azote arranca de mi interior.

La cámara se vuelve un testigo silencioso de mi caída al averno.

Uno de los azotes llega a doler más de la cuenta. Gimo, esta vez con una sensación diferente. Es entonces cuando, sin necesidad de decir nada, Marco se detiene. Sí que está atento a mí, más de lo que yo creía. Modula la fuerza y el ritmo de sus azotes y me da una caricia en la mejilla, a modo de disculpa. Vuelve el dolor y también el deleite. Vuelvo a jadear por placer. Su habilidad para leer mi cuerpo y responder a él hace que cada momento se sienta único. Diseñado solo para nosotros.

Sus dedos expertos juegan con mi intimidad, abriéndome suavemente para la vista de la cámara. Cada caricia es deliberada, destinada a resaltar cada detalle para la lente que nos observa. Marco sabe que la sensación de ser observada aviva un fuego dentro de mí que crece con cada una de sus perversiones.

Lo comprobó en aquel local donde fui sometida, y por eso sabe cómo jugar para llegar al límite de mi locura.

La forma en la que sus dedos consiguen empaparme sin introducirse y como me mueve para que se vea mejor en la cámara, me hace sentir como una obra de arte viviente bajo su dirección.

Se aleja de mí y se sienta en la cama. Nuestras miradas conectan y puedo ver la intensidad que arde en sus ojos bicolores. Extiende la mano y la tomo. Me guía para que me sienta a horcajadas sobre él, una invitación que acepto. Adoro sentirlo cerca.

Al sentarme, me recibe con un azote firme en el trasero, recordando la dualidad de nuestro juego: el placer y el leve dolor, mezclándose en un cóctel embriagador.

—No dijiste la palabra —reprocha.

—No me dio tiempo, lo notaste antes.

—No tienes que permitir que yo lo note, tienes que pararme antes de que ocurra —lo siento cabreado por haberme lastimado.

—Yo... No lo sabía. —Me siento regañada y por alguna razón que no comprendo, mis ojos se empapan de lágrimas. ¿Qué me pasa con este hombre? ¿Por qué tiene mis sentimientos tan

expuestos y en la palma de su mano?

Marco suspira hondo. Me acaricia las mejillas y con las caricias, limpia mis lágrimas. Toma mi rostro con sus enormes manos y me acerca a su pecho, envolviéndome en un tierno abrazo.

—¿Fui demasiado duro contigo? —pregunta—. Perdón.

—No, es que no sé qué me pasa —confieso entre lágrimas—. Tengo los sentimientos alterados. Esto es muy intenso, Marco.

—Lo sé. —Aprieta un poco más su abrazo—. ¿Quieres que paremos?

Me lo pienso, pero no puedo decirle que sí. Quiero más de él, mucho más.

Me alejo de su pecho y lo beso. Él comprende lo que le quiero decir con eso. Pasa una mano por mi pelo acariciándome mientras nuestras lenguas se unen y se prueban como muchas otras veces.

Capítulo 15: La luz cubre la oscuridad.

Clara.

Mientras me besa, sus manos no se quedan quietas; una sigue dándome azotes alternando entre suaves y firmes, cada golpe suma al calor que nuestros cuerpos comparten.

La combinación de estar sentada sobre él, los azotes y los besos crea un ritmo que me lleva más y más hacia el precipicio.

Ajusta la posición en la cama, recostándose con un gesto de invitación. Me mira con deseo y muestra una sonrisa ladeada.

—Siéntate sobre mi rostro —su voz promete placer. Dicta la orden con voz suave, pero firme.

Nerviosa y excitada, obedezco, colocándome cuidadosamente sobre él. La sensación es íntima, reveladora, y un poco intimidante al principio. Pero entonces, siento la lengua de Marco, hábil y consciente, explorando con una precisión que despierta cada lugar placentero en mi interior. Al mismo tiempo, sus dedos encuentran el camino por mi ano. Jadeo. Guía mi cintura, la aprieta con la mano libre y me encuentro cabalgando sobre su rostro mientras me penetra con su lengua.

Escucho como respira agitado y cuando llevo la vista hacia abajo, me encuentro con su fiera mirada. Me observa, intimidante, serio, perverso. Gruñe y el oral se vuelve más intenso. Gimo y tiemblo. Mis movimientos se vuelven erráticos a la par que toscos. Estoy follándome su boca y consigo que la fricción que ejerce con la nariz en mi clítoris me lleve a un nivel nuevo de excitación. Marco sabe cómo llevarme al límite, lo ha demostrado tantas veces que me desarma.

Me siento consumida por el placer. Paso las manos por su rostro y tiro de su cabello, aunque está debajo de mí, todavía busco que se encuentre más al fondo. Él obedece, da una bocanada de aire y consigue abrir mis labios vaginales con cabezadas, para luego hundir la lengua y dibujar círculos. Remolinos que me abren las carnes y me empujan al éxtasis.

Los dedos que tiene en mi trasero siguen torturándome. Se mueven en pinza y me expanden. Abren mi interior y lo amoldan a ellos. Toca zonas erógenas que dan espasmos de placer hacia mi intimidad.

—¡Más, más! —ruego y lo escucho reír. Un ronroneo que me vibra en mi intimidad y me hace delirar.

Marco responde con nuevos azotes. Cómo sabe que me están encantando. Cada uno eleva más y más el placer que siento, intensificando la experiencia hasta que las líneas entre el dolor y el

placer se vuelven borrosas.

—Por favor, hazme pecar más —susurro, con voz entrecortada, rogando. Lloro de placer—. Si eres un demonio, arrástrame contigo al infierno.

Mis palabras lo encienden, Marco aumenta la intensidad de sus acciones. Su lengua se vuelve más insistente, sus dedos más agresivos y los azotes más firmes. Me estimula hasta empujarme más allá de mis límites, de todo lo conocido para mí.

Siento que estoy a punto de correrme nuevamente, he perdido la cuenta de las veces que ha conseguido que estalle esta noche. Siento el clímax acercándose, inevitable y poderoso.

Me muevo con desesperación sobre su rostro, mi cuerpo responde instintivamente a cada golpe de placer y dolor. Marco maneja con maestría el pequeño equilibrio de mi placer, llevándome más alto con cada segundo que pasa. Me siento consumida por la necesidad, el deseo, y un placer que se acumula hasta que se vuelve insostenible. Me rompe en un éxtasis que barre todo pensamiento coherente en mi mente.

Marco y yo, estamos enlazados en un baile de pasión y pecado. Lo escucho sorber, disfrutar de los fluidos que ha conseguido sacar nuevamente de mi interior. El resultado de todo es una liberación abrumadora que deja el rostro de Marco empapado. Él, sin perder un momento, lo observo lamer y probar con evidente deseo, saboreando cada rincón. La intensidad de sus ojos es feroz, parece tener hambre y a la vez admirarme. Me envía escalofríos con solo mirarme.

De repente, Marco me tumba con fuerza contra la cama, su fuerza y rapidez son sorprendentes. Me mira con ojos ardientes.

—Sabes muy bien, Clara. Me gusta probar cada parte de ti —su voz ronca me derrite.

En un movimiento fluido y decidido, me pide las manos. Al extenderlas hacia él, toma la venda de seda negra que habíamos usado antes y con habilidad comienza a atar mis muñecas.

Trago saliva. Este hombre pretende que me desmaye por tanto placer. Creo que, en algún momento de la noche, olvidó que soy novata en este campo de entregarse a alguien.

Levanta mis brazos atados y los sujeta al cabecero de la cama, asegurándose en una posición que limita mi movimiento, pero amplía nuestras posibilidades. Atada y expuesta, la vulnerabilidad que me recorre se mezcla con la expectación.

Se asegura de que las vendas sean firmes, pero no demasiado apretadas, su cuidado es evidente incluso en medio de nuestra pasión desenfrenada. Una vez satisfecho con la seguridad de mis ataduras, se aleja un momento para admirar la vista. Sus ojos contemplan todo mi cuerpo con posesión y admiración palpable.

Estoy a su merced, atada y ansiosa, esperando sus próximos movimientos.

—Abre las piernas —ordena, con un tono autoritario que resuena con urgencia y deseo. Siento un azote suave en los muslos, siendo un recordatorio directo de su dominio y un estímulo para obedecer.

Al instante, separo las piernas, ofreciéndole un acceso sin restricciones.

—Siempre estoy dispuesta para ti, haz lo que más desees con mi cuerpo —¿De verdad le he dicho eso?! Aunque la voz me tembló, no me creí tan descarada.

La sonrisa de Marco se agranda. Esconde la sorpresa y deja escapar una risa juguetona. Acepta mi invitación y mi sumisión con una mordida a su labio inferior antes de reintroducir el juego con hielos, una táctica que ya ha probado ser exquisitamente efectiva.

Toma un cubo y comienza a deslizarlo por mi intimidad, metiendo y sacando con precisión. Simultáneamente, toma otro cubo y lo pasa por detrás jugando en la entrada antes de deslizarlo adentro, creando una dualidad de sensaciones frías que me hacen arquear contra mis ataduras.

Mientras continúa con los hielos, su lengua encuentra mis pezones, danzando sobre ellos con movimientos que son tanto tortuosos como tiernos, provocando oleadas de placer que se acumulan con cada toque. La combinación de frío y el calor de su boca vuelve a abrumarme.

Marco entra en mí con una estocada firme y decidida. Arrastra con su miembro el hielo y golpea la entrada de mi útero con fuerza.

—¡Aaah! —grito y tiro de las vendas que atan mis muñecas al cabezal. El dolor leve y el placer intenso me llevan a través de un paisaje emocional complejo, donde cada acción de Marco reafirma mi sumisión y cada acción mía lo impulsa a explorar cada vez más.

La habitación se llena de sonidos de mi placer y sus gruñidos de aprobación, como un intercambio tácito de poder y deseo. Las lágrimas salen de mis ojos sin poder contenerlas.

—¡Marco, por favor, no pares! —le ruego—. Necesito tenerte más adentro, hacerte parte de mí.

Marco gruñe y apoya la frente contra la mía. Desliza las manos por mis pechos y los aprieta. También hace presión con la pelvis en mi interior. Tiemblo, pero me desespera que no se mueva.

—El hielo me está helando la punta del miembro, tiene que deshacerse para poder ir más adentro de ti y que sea él quien toque tu pared. ¿Eso es lo que quieres, Clara?

Mierda, doy un gritito y respingo por la intensidad de sus palabras. Mis paredes vaginales bombean y se aprietan a su alrededor. Lo escucho jadear cuando lo siente.

—¡Sí, sí, por favor! Te necesito, llega al final, lléname.

—Me encanta cuando me ruegas así. —Aumenta la presión, siento como el agua fría se resbala entre su miembro y las paredes de mi cavidad. Me estremezco—. Quiero escucharte decirlo más, dime cuánto me deseas.

—Lo deseo más que a nada en el mundo. Quiero que no dejes de hacerme tuya, toda tuya.

Marco da una sola estocada, una, y la pasión, la perversión del momento, el tono de sus palabras y el placer, me hacen tener un orgasmo. Me corro con una intensidad que me sacude, dejándome temblorosa y sin aliento. Marco vuelve a quedarse quieto dentro de mí, permitiéndome saborear la profundidad y plenitud de la conexión.

—¿Te has corrido, Clara? —Sabe la respuesta, claro que la sabe.

Apenas capaz de articular palabras, asiento primero, pero él espera más, una confirmación verbal de mi placer.

—Sí, me has hecho correr, me das demasiado placer.

—Dime algo atrevido, algo intenso. Quiero oírte decir obscenidades.

Me desafía, me provoca.

—Te quiero dentro siempre. Hazme tuya, úsame para tu placer, hazme pecar, condéname, pero no dejes de follarme. Cada vez que entras en mí, siento que podría romperme de lo completa que me haces sentir.

Marco sonrío, claramente satisfecho. Su mirada se vuelve más voraz.

—Ahora es mi turno de sentir placer —sentencia.

Sus manos se posan en mis caderas, y siento como me levanta ligeramente sin salir de mí. Con un movimiento brusco y poderoso, comienza a moverse. ¡Joder! Cada embestida es firme, profunda, arrancándome gemidos cuando el hielo se desliza junto a su miembro y ambos me golpean, abriendo más allá de mis posibilidades. Jadeo, me corro de nuevo, pero los fluidos que salen de mí a presión no lo detienen. Se aferra más a mi cintura y aprieta internamente con mayor intensidad.

Marco, aumenta la intensidad y el ritmo, me mira fijamente. En medio de este dar y recibir frenético, busca mi mirada. La cama suena, el cabecero da contra la pared, mis pechos saltan y mi cuerpo parece ser de un muñeco hecho para el placer.

—¿Te gusta que te folle así, como un animal? —pregunta, su voz es ronca por el esfuerzo y el deseo.

Me obliga a hablar justo cuando el placer me llena.

—¡Me encanta, no pares!

La intensidad de la situación aumenta mi deseo, y una necesidad más profunda surge dentro de mí, una que había estado conteniendo desde la noche en el bar.

—Por favor, acaba dentro de mí esta vez —suplico. Capturo su mirada con la mía, transmitiendo cada onza de mi deseo ardiente—. Necesito sentirte acabar dentro, Marco. Hazlo por favor.

La profundidad de mi petición parece resonar con él, tocando su propio deseo. Gruñe y asiente.

—Lo haré, Clara —su voz se escucha poderosa entre nuestros jadeos—. Voy a llenarte completamente.

La idea de acabar dentro parece inspirarle para volverse más fogoso de lo que ya es. Se libera de cualquier impedimento que pudiera haber tenido, y sus movimientos se vuelven más deliberados, más profundos.

El hielo se deshace y al golpear, siento la punta de su miembro abrasarme en el interior. Nos estremecemos los dos. Marco jadea y me muerde el labio inferior para contener un grito.

Acelera, cada empuje es más profundo que el anterior.

Cuando finalmente alcanza el clímax, lo hace con un rugido de liberación, su cuerpo se tensa con el mío mientras cumple su promesa, acabando dentro de mí en un acto de entrega y posesión total que marca el pico de nuestra unión. Lo abrazo con las piernas mientras tirito. La sensación me deja sin razón, sin aire. Me vuelvo a correr junto a él. Gritamos juntos. Nuestras voces entrelazándose en la habitación es como un coro de lujuria y pecado. Marco me estrecha, me abraza y gruñe, notando mi orgasmo invadirle el miembro mientras él también expulsa todo su placer dentro de mí.

Todavía no hemos recuperado el aliento cuando él deja besos en mis labios, con una ternura que contrasta con la ferocidad de nuestros momentos anteriores. Con cuidado, comienza a desatar las vendas que me sujetan las manos al cabecero de la cama.

Siento el alivio en mis muñecas cuando la sangre vuelve a circular normalmente. Aprovecho inmediatamente la oportunidad para tocarlo. Mis manos aun temblorosas por la intensidad del placer acarician su piel, trazan los contornos de sus músculos, sienten la textura de su pelo y la calidez de su cuerpo.

Marco suspira y apoya la boca en mi cuello. Deja un beso y su aliento cálido contra mi oreja es seguido por su susurro.

—Me gusta que me toques, adormeces mis demonios. Tu luz cubre mi oscuridad, Clara. Haces que vuelva a sentirme vivo.

Me estremezco, cierro los ojos. El corazón se sube a mi garganta, feliz por escucharlo. Me estrecha, como si quisiera nunca despegarse de mí. Le acaricio el pelo y dejo una mano en su espalda. No puedo evitar seguirle el abrazo.

Estremecida y con la piel erizada, me acurruco más cerca de él, buscando su calor y su cercanía. Nuestros cuerpos se relajan juntos, satisfechos y llenos, con cada respiración sincronizada en el silencio que sigue a nuestra tormenta de pasión.

Después de un momento de quietud y cercanía, Marco se levanta brevemente para apagar la cámara que había dejado grabando. Con un gesto suave y considerado, regresa a mi lado en la cama y me rodea con sus brazos, envolviéndome de nuevo en un abrazo cálido y a su vez, protector.

—Clara, creo que deberíamos hablar de algo importante. No me gusta la idea de recurrir a la pastilla del día después; tiene efectos secundarios que me preocupan por ti.

Me acomodo mejor para mirarlo a los ojos con plenitud. Encuentro en ellos una sincera preocupación por mi bienestar. Su cuidado me hace sentir valorada y respetada, más allá de la pasión física que compartimos.

—Deberías considerar visitar a un ginecólogo —sigue—. O directamente, uso condón y no me pides cosas como las de hoy.

—No creo cumplir eso.

Se ríe.

—En ese caso, el ginecólogo puede recetarte algún método anticonceptivo regular. Algo que sea seguro y efectivo para ti a largo plazo. Puedo acompañarte, si quieres. Aunque no sé de qué forma nos mirará el doctor.

Siento un profundo cariño por su enfoque proactivo y cuidadoso con mi salud. Pero ¿cómo va a pedir eso una monja? No quiero romper la burbuja en la que Marco se encuentra, así que no se lo pregunto.

—Gracias por preocuparte por mí de esta forma.

Sonríe y me aprieta más fuerte entre sus brazos.

—Solo quiero lo mejor para ti, Clara. —Deja un beso en mi frente—. Y quiero que estés segura en todos los sentidos.

Nos quedamos abrazados, disfrutando del consuelo y la seguridad que nuestro cuidado mutuo nos brinda.

Capítulo 16: Unidos por la sangre.

Clara.

Entro al convento con el primer aliento del amanecer, mis pasos son cuidadosos y silenciosos sobre las frías baldosas. Cada eco resuena como un acusador susurro en el gran pasillo. A pesar de mi precaución, siento mi corazón golpeando con fuerza contra mi pecho, cada latido es un fuerte recordatorio de la noche que acabo de pasar fuera, en brazos de Marco.

Justo cuando creo que he logrado esquivar cualquier encuentro, una voz rompe el silencio, paralizándome en seco.

—Clara, necesito que hablemos —la voz de la madre superiora, firme y más fría de lo habitual, se filtra en el aire como un cuchillo de hielo. Me giro lentamente hacia ella, mi estómago se contrae al ver su figura erguida en el corredor, las primeras luces del día dibujan sombras severas sobre su rostro.

Asiento con la cabeza, incapaz de encontrar mi voz, y la sigo hasta su oficina. El camino se siente interminable. Cada paso resuena con el peso de mis decisiones.

Una vez dentro, ella cierra la puerta con suavidad y se sienta detrás de su escritorio, sus manos se entrelazan sobre la madera. Me quedo de pie frente a ella, con las manos temblorosas colgando a los costados.

—Clara, sé que no estabas en tu habitación anoche —comienza, con su voz impregnada de una tristeza que no esperaba. Trago saliva, luchando por mantener la compostura—. Este lugar es de paz y reflexión, pero también de disciplina. ¿Qué tienes que decir?

Las palabras se atorán en mi garganta. La verdad es demasiado pesada, pero las mentiras son aún más peligrosas.

—Yo... Yo estaba con alguien —mi voz es un susurro traicionero, tembloroso y demasiado débil.

La madre superiora asiente lentamente, sus ojos no dejan los míos, escudriñando cada sombra de culpa que cruzan mi rostro.

—¿Comprendes cómo esto afecta no solo tu compromiso con nuestra orden, sino también el ejemplo que das a las otras hermanas?

Asiento, la vergüenza calienta mis mejillas.

—Lo siento mucho, madre. No fue mi intención...

Ella levanta una mano, deteniendo mis disculpas a medio camino.

—Clara, la penitencia es un camino hacia la redención. Considera lo que tu corazón verdaderamente busca. Y recuerda, estás aquí no solo para servir a Dios, sino para encontrar tu verdadero camino. Ambas sabemos que tu madre fue quien te instó a vestir el hábito.

Salgo de su oficina sintiéndome más pequeña que cuando entré, cada paso pesado con la carga de mis elecciones y las consecuencias que aún están por venir.

A pesar del dolor que siento, hay una chispa de gratitud por el tratamiento que he recibido. Antes de cruzar el umbral hacia el pasillo, me detengo y giro hacia ella, que aún está sentada detrás de su escritorio.

—Gracias, madre, por su comprensión y por no juzgarme más duramente —mis palabras son sinceras, y veo un atisbo de suavidad en sus ojos antes de que asienta con solemnidad. Lo entiendo como un reconocimiento de nuestra mutua humanidad, a pesar de las reglas que nos confinan.

Regreso a mi habitación con el corazón aún pesado, pero con una determinación nueva. Por primera vez, miro el hábito que he dejado sobre la cama, su tela gruesa y su forma familiar ya no parecen parte de mí como antes. Con manos temblorosas, lo doblo cuidadosamente y lo coloco al pie de la cama. Luego, abro el pequeño armario donde guardo las pocas posesiones personales que tengo.

Elijo una blusa sencilla y una falda que no había usado en años, prendas que me recuerdan a la persona que era antes de entrar al convento. Al vestirme, cada pieza de tela se siente como una afirmación de mi identidad, una que ha estado oculta pero nunca completamente perdida. Me miro en el espejo, observando cómo la ropa cambia mi reflejo. Ya no solo soy una monja; soy Clara, con miedos, sueños, errores y una pasión que Marco conoce muy bien.

El zumbido de mi teléfono móvil me sobresalta. Veo el nombre de mi hermana en la pantalla, espero que esté todo bien. Descuelgo.

—¿Clara? ¿Tienes tiempo para venir y ayudarme? Estoy cambiando algunos muebles y necesito unas manos extra —dice ella, con ese tono práctico que siempre ha tenido.

—Claro, estaré allí en unos minutos —respondo, más por la necesidad de salir y despejar mi mente que por el deseo de mover muebles.

Al llegar, mi hermana abre la puerta y se detiene en seco al verme.

—Wow, te ves... diferente. ¿Está todo bien?

Asiento, forzando una sonrisa.

—Sí, solo necesitaba un cambio, supongo. —al ver su expresión preocupada, añado—. Estoy en medio de una crisis de identidad, tal vez.

Su expresión se suaviza y me invita a entrar. Mientras movemos cajas de un lado a otro, empieza a hablar sobre su nueva creencia en el karma.

—Sabes, he comenzado a creer que todo lo que hacemos nos vuelve de alguna manera. Me ha ayudado a entender muchas cosas de mi vida —explica y levanta una caja pesada de libros.

Escucho atentamente, preguntándome si el universo realmente tiene un balance para todo. La idea resuena conmigo, especialmente ahora que me siento tan fuera de lugar en mi propia vida.

—Puede ser, Claudia, mi vida está patas arriba últimamente.

—Quizás es el universo diciéndote que necesitas este cambio —sugiere ella, mientras colocamos la última caja en su nueva ubicación.

Su comentario me deja pensativa. ¿Y si realmente es así? ¿Y si esta crisis es una señal para reevaluar todo?

Continuamos ordenando la habitación en un silencio cómplice hasta que, al mover una caja más vieja y desgastada, varios papeles se deslizan y caen al suelo.

—Esas son cosas de mamá que aún no he revisado —murmura mi hermana, disculpándose por el desorden.

Me agacho para recoger los papeles dispersos y, mientras los alineo, un documento grueso capta mi atención. Es un acta de adopción. Curiosa, me permito echar un vistazo, y entonces lo veo: mi nombre junto a mi fecha de nacimiento. Mis manos tiemblan y el papel casi se siente pesado con la verdad. Levanto la vista hacia mi hermana, quien se ha dado cuenta de mi pausa.

—¿Qué sucede, Clara? ¿Todo bien? —pregunta, acercándose.

No sé cómo preguntar, cómo iniciar esta conversación que sé que cambiará todo.

—¿Sabías... sabías que soy adoptada? —las palabras se sienten extrañas en mi boca, como si pertenecieran a alguien más.

Mi hermana se congela, su expresión es un libro abierto de sorpresa y remordimiento. —Oh, Clara... Lo siento. Mamá quería decirte, pero nunca encontró el momento adecuado... y luego con su enfermedad...

Las explicaciones de mi hermana se desvanecen en un zumbido distante mientras intento procesar la noticia. Adoptada. La palabra se repite en mi cabeza como un eco. Todo lo que creía saber sobre quién soy parece tambalearse bajo mis pies.

—Lo siento tanto, Clara. Realmente pensé que lo mejor era que mamá eligiera el momento —insiste ella, sus ojos se llenan de lágrimas.

Siento una mezcla de emociones: traición, tristeza, pero también, extrañamente, una especie de alivio. Quizás esto explique la desconexión que siempre he sentido, ese ligero desajuste con el mundo que me rodea.

—Está bien —digo finalmente, aunque no estoy segura de mis palabras—. Necesito tiempo para pensar en todo esto.

Me excuso, necesitando aire y espacio para organizar mis pensamientos.

Mientras camino sin rumbo por las calles, las piezas de mi vida se reacomodan en una nueva imagen, una donde tengo que reconsiderar todo lo que conocía sobre mí misma.

Con el acta de adopción apretada en mi mano, las palabras de mi hermana aún retumban en mi mente. Todo dentro de mí se siente alterado, desplazado. Las calles me parecen desconocidas a medida que camino hacia el hospital, decidida a enfrentar a mi madre. Necesito respuestas, claridad en medio de este caos emocional que ahora parece consumirme.

Al llegar al hospital, encuentro a mi madre en su habitación, mirando por la ventana. Parece frágil, más de lo que recordaba. Al oír mis pasos, se vuelve hacia mí con una sonrisa cansada, pero su sonrisa se desvanece al ver la gravedad en mi rostro.

—Mamá —comienzo, con la voz más firme de lo que me siento—. necesito que hablemos sobre esto.

Deposito los papeles de adopción sobre la pequeña mesa junto a su cama.

Ella mira el documento, y su rostro palidece. Por un momento, solo el sonido del monitor cardíaco llena el espacio entre nosotras. Finalmente, ella asiente, tomando una profunda inhalación.

—Sabía que este día llegaría —murmura, llena de dolor y resignación.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? —insisto, recordando la última vez que hablamos del sacerdote Alfonso—. Cuando mencioné al Padre Alfonso, te pusiste tensa. Necesito saber por qué.

Mi madre cierra los ojos, como si las palabras que necesita decirme pesaran demasiado. —Ese hombre, Clara... él es tu padre.

El mundo parece detenerse con esas palabras. Siento cómo el aire se escapa de mis pulmones, y me apoyo en la pared para no caer. Padre. La palabra resuena demasiado dolorosa.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —la pregunta sale como un susurro roto, una súplica por alguna forma de comprensión—. Ni siquiera cuando lo conocí en persona cuando entré al convento.

—Tenía miedo —admite, con lágrimas en sus ojos—. Miedo de cómo cambiaría tu fe, tu vida. Él me entregó a ti el mismo día en el que naciste. Eras la niña de una de mis mejores amigas en la iglesia, y yo ya tenía a tu hermana. No era una vergüenza para mí criarte, en cambio para ellos, significabas un error. Decidí darte una mejor vida, una que él no podría darte.

Absorbo sus palabras, cada una añadiendo peso a la confusión y al resentimiento que siento. Pero, en algún lugar dentro de mí, también hay un atisbo de comprensión, un dolor compartido.

—Mamá, necesito tiempo para procesar esto —digo finalmente, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con desbordarse—. Pero gracias por decirme la verdad.

Ella asiente, extendiendo una mano temblorosa que tomo entre las mías, buscando consuelo en el contacto.

—Estoy aquí, Clara. Cuando estés lista para hablar, yo estaré aquí.

Estoy a punto de salir de la habitación, con la mente aún enredada en las revelaciones de mi madre, cuando su voz, ahora más firme, me detiene.

—Clara, espera. Hay algo más que necesitas saber.

Me giro, encontrando en sus ojos una urgencia que me incita a acercarme de nuevo. Con un gesto tembloroso, me invita a sentarme junto a su cama. Me siento, el corazón me late con fuerza.

—¿Quién estaba buscando a ese sacerdote, Clara?

—Marco, es un boxeador y vecino de Claudia —empiezo a explicar, pero ella levanta una mano, pidiéndome silencio.

—Sé quién es —asegura, interrumpiéndome con una seriedad que rara vez he visto en su rostro—. Conozco a Marco e imaginé que era quien lo buscaba. Por eso te dije que te alejaras de él.

—¿Cómo lo conoces?

Mi madre toma una profunda respiración, como si las palabras que está a punto de decir requirieran de toda su fuerza.

—El día que naciste, Clara, no hubo solo un bebé. Hubo dos. Marco es tu hermano gemelo.

El mundo parece girar a mi alrededor, y por un momento, todo lo demás desaparece. Hermano. La palabra golpea mi conciencia con la fuerza de un puño. Marco, el hombre que he llegado a amar, es mi hermano.

—No... eso no puede ser verdad —murmuro, mi voz se quiebra bajo el peso de la realidad.

—Es la verdad, Clara —insiste ella, su mano busca la mía para ofrecer consuelo en este caos—. Lo siento tanto. Nunca quise que las cosas llegaran a este punto sin que supieras la verdad completa.

Lágrimas de confusión y desesperación se deslizan por mis mejillas, cada una llevando consigo fragmentos de los sueños y esperanzas que había comenzado a construir con Marco. La noción de amor se convierte en un enredo prohibido, un error trágico.

No sé qué decir, no me salen las palabras. Beso su frente, pero no puedo hacer nada más.

Salgo de la habitación del hospital, cada paso es más pesado que el último. Necesito espacio, aire que respirar, un lugar para ordenar los fragmentos de mi realidad rota. Marco, el hombre que amo, ahora unido a mí de una manera completamente diferente, irrevocablemente prohibida. El disgusto me tambalea y antes de que pueda darme cuenta, mi cuerpo vence al dolor y caigo en el pasillo. Los doctores me rodean, pero todo se vuelve negro.

Capítulo 17: Hombre roto.

Marco.

Llevo días flotando en una especie de nube, una sensación nueva y embriagadora que solo Clara ha logrado despertar en mí. Desde esa noche juntos, algo en mi interior ha cambiado; ella me hace sentir como un hombre nuevo, uno que quizás pueda ser digno de algo más que golpes y moretones.

Mientras camino por las calles, intentando distanciarme de los gimnasios y de las arenas que han sido mi hogar por tantos años, pienso en Clara. Su risa, su mirada seria cuando habla de sus convicciones, cómo su presencia parece calmar el constante tumulto en mi mente.

Estoy buscando empleo en algo que no implique luchar en un ring. Ella no ha dicho nada, pero sé que a Clara le gustaría verme hacer algo más. Algo mejor. Quizás algo en construcción o incluso ir a la universidad. Todo parece posible con ella a mi lado.

Pero hay una sombra que se cierne sobre esta nueva luz en mi vida: Clara no ha llamado. No desde esa noche. No responde a mis mensajes, y cada vez que intento alcanzarla, me encuentro con un muro de silencio. Me pregunto si he hecho algo mal, si he dicho algo que la haya lastimado. Quizá por decirle que no buscaba amor. Reviso cada momento que pasamos juntos, cada palabra que intercambiamos, buscando alguna pista y solo imagino esa.

Hoy, después de dejar otra solicitud de trabajo en una obra en construcción, decido pasar por el convento. Necesito verla, asegurarme de que está bien, que no es algo que yo hice lo que la mantiene alejada.

Al acercarme al convento, el nerviosismo crece dentro de mí. ¿Y si realmente no quiere verme? Sacudo la cabeza, intentando alejar los pensamientos negativos. Clara me ha cambiado, me ha hecho querer ser un mejor hombre, y no puedo dejar que este silencio destruya lo que siento por ella, lo que espero que ella sienta por mí.

Aparco el coche y camino hacia la entrada principal. Respiro hondo, preparándome para lo que pueda encontrar. No sé qué esperar, pero estoy listo para enfrentar cualquier cosa, con tal de entender por qué Clara se ha alejado.

Sin embargo, en lugar de Clara, es la madre superiora quien me recibe en la puerta. Su rostro es severo, sin rastro de la calidez que alguna vez mostró y que pude ver sin ser descubierto en mis noches con Clara.

—Marco, Clara no quiere verte —dice con firmeza, cortando el aire entre nosotros.

—No puede ser. Necesito hablar con ella. Por favor, solo déjame verla —suplico, sintiendo cómo la ansiedad comienza a trepar por mi espina dorsal.

—Clara ha decidido dedicarse completamente a su vida aquí. Ella ha comprendido que lo suyo contigo fue un error, que no quiere pecar más —continúa la madre superiora, cada palabra es como un golpe directo a mi pecho.

—No, eso no es verdad. Ella me ama —mi voz se va elevando en la desesperación.

La madre superiora sacude la cabeza, impasible.

—Vete, Marco. No eres bienvenido aquí.

—¡Clara! ¡Clara, estoy aquí, asómate! ¡No me dejes, por favor!

Empiezo a llamar a Clara, cada vez más alto, esperando que ella escuche, que salga y me diga que todo esto es un error, que todo está bien entre nosotros. Pero no hay respuesta, solo el eco de mi propia voz en el amplio vestíbulo.

—¡Clara! —mi grito es un lamento, un llamado desde lo más profundo de mi ser.

La madre superiora, viendo que no me doy por vencido, repite su pedido más duro,

—¡Vete ya, Marco! Ella no quiere saber nada más de ti.

Finalmente, con un gesto decidido, cierra la puerta en mi cara. Me quedo afuera, solo, con el frío empezando a calar mis huesos y la desesperación ahogándome. Golpeo la puerta con los puños, cada golpe es un reflejo de mi desesperación y confusión. Agotado, me deslizo al suelo, las lágrimas brotan incontrolables, mientras el dolor de la pérdida, del rechazo, se asienta en mi pecho.

—¿Por qué, Clara? ¿Por qué? —murmuro entre sollozos, sin entender cómo todo lo que parecía tan lleno de promesas se ha torcido en una pesadilla de soledad y dolor.

Los días se arrastran con una lentitud tortuosa. Regreso a mi apartamento, un lugar que ahora parece demasiado grande, demasiado vacío sin la promesa de Clara. Cada rincón me recuerda a ella, cada momento de silencio se llena con el eco de su risa, sus palabras, su presencia que ahora me falta desesperadamente.

Intento distraerme con el trabajo, con el entrenamiento, pero cada golpe que doy al saco de boxeo solo sirve para recordarme la frustración y el dolor que llevo por dentro. No entiendo qué ha pasado, qué he hecho para que Clara se aleje de esta manera tan radical y definitiva.

Tomando mi teléfono, abro el WhatsApp y miro nuestra última conversación. Solo hay mensajes míos sin respuesta, cada uno más desesperado que el anterior. Respiro hondo y grabo otro audio, mi voz se quiebra:

—Clara, soy yo otra vez. No sé qué ha pasado, no entiendo por qué no quieres verme ni

hablar conmigo. Te amo, Clara, más de lo que pensé que era posible amar a alguien. Sé que te dije que no buscaba amor, pero fue porque tenía miedo. Me estabas volviendo blando y temía el cambio. Ya es demasiado tarde para negarlo. Estoy enganchado a ti, y no hay nada, nada que alivie este dolor. Por favor, solo dime qué hice mal. Dime cómo arreglarlo. Te necesito.

Envío el mensaje, sabiendo que probablemente se sumará al silencio que he recibido hasta ahora. Me siento en el borde de la cama con el teléfono en la mano, esperando algún tipo de notificación, algún signo de que ella todavía se preocupa, que nuestra historia no ha terminado.

Pero las horas pasan y no hay respuesta. Mi mente da vueltas, cada pensamiento es más oscuro y desesperado que el anterior. Me pregunto si debería ir al convento de nuevo, enfrentar a la madre superiora, exigir respuestas. Pero recuerdo la puerta cerrándose en mi cara, y sé que no me llevaría a nada.

La impotencia se mezcla con la tristeza, y cada día se hace más difícil levantarme y enfrentar un mundo donde Clara ha decidido borrar de su vida sin una explicación. Mi corazón se siente como si estuviera atrapado en un ciclo interminable de dolor y confusión, cada latido de mi corazón le pertenece y me recuerda lo que he perdido.

Los días se vuelven borrosos, las noches aún más. El alcohol, las drogas, las fiestas sin sentido, las mujeres que no recuerdo al día siguiente, todo se convierte en un intento desesperado por llenar el vacío que Clara ha dejado. Pero cada amanecer trae consigo la cruda realidad: el dolor sigue ahí, tan intenso como siempre.

Vuelvo al ring, no por pasión ni por deporte, sino por un oscuro deseo de castigo. Las peleas clandestinas son brutales, sin reglas, sin clemencia. Busco a los oponentes más duros, esos que pueden golpearme hasta dejar mi consciencia borrosa, creyendo que el dolor físico puede de alguna manera mitigar el dolor en mi alma. Pero cada golpe, cada moretón, solo sirve para recordarme que no hay suficiente violencia en el mundo que pueda borrar la imagen de Clara de mi mente.

Una noche, después de una pelea particularmente violenta, me encuentro tirado en el suelo del ring, con el sabor metálico de la sangre en mi boca y el zumbido de los gritos de la multitud en mis oídos. Como siempre. Miro al techo oscuro, las luces borrosas girando arriba. Las figuras a mi alrededor se mueven en una danza lenta, distorsionada por el alcohol y la droga que he consumido antes.

—¿Esto es todo lo que tienes?! —grito a nadie en particular, un reto al universo que sigue golpeándome, pero nunca lo suficiente para hacerme olvidar.

Me levanto con dificultad, ignorando las manos que intentan ayudarme, y me abro paso hacia la salida. La noche está fría, y la brisa corta a través de mi ropa manchada de sangre. Camino sin

rumbo, cada paso más inseguro que el último.

Quiero destruirme en un intento fallido de borrar mi amor por Clara. Debería parar, pero cada vez que intento detenerme, cada vez que el silencio se hace demasiado fuerte, vuelvo a caer en el mismo ciclo de autodestrucción.

El apartamento está en silencio, una quietud que solo hace más fuerte el caos en mi mente. Las botellas de licor, dispuestas como testigos silenciosos de mi autodestrucción se alinean sobre la mesa del salón junto a rastros del polvo blanco que consumí hace unos minutos.

Tomo otra largo y amargo trago, y mientras el líquido quema su camino a través de mi garganta, los recuerdos de mi infancia comienzan a aflorar oscuros y tormentosos.

Recuerdo a mi madre, siempre ausente. Y entonces está él, el cura cuyo rostro se materializa frente a mí con cada parpadeo y sus manos que nunca debieron tocarme. El lugar que debía ser seguro se convirtió en mi prisión personal, donde cada día era una prueba de supervivencia.

—¡Todo el mundo me abandona! —grito al vacío—. ¡Mi padre, mi madre, el sacerdote, Dios! Clara, la única luz en mi vida, también se ha ido —baluceo—. No puedo confiar en nadie, todos los que amo me dejarán.

La rabia se acumula, una furia roja y caliente que no puedo contener. Empiezo a lanzar botellas contra la pared, disfrutando del sonido de cristal rompiéndose, como si de alguna manera pudiera romper la realidad. Los marcos de fotos, recuerdos de tiempos horribles de cuando era pequeño parecen burlarse de mí. Siguen el mismo destino, añicos en el suelo.

Arrastro la mano por una mesa, enviando libros papeles, cualquier cosa que pueda tocar, volando por el aire.

—¡No más, maldita sea! —grito, se desgarran mi alma a la vez y las lágrimas de rabia me empapan el rostro.

La desesperación se apodera de mí mientras derribo una silla, el sonido de la madera rompiéndose se mezcla con mi respiración entrecortada.

Finalmente, exhausto, me derrumbo en el suelo entre los escombros de mi propia vida, las lágrimas fluyen más libres ahora. Soy un hombre roto, rodeado por los fragmentos de mi existencia fracturada. En este momento, solo en mi desesperación, me siento verdaderamente perdido, sin saber cómo recoger las piezas o si siquiera vale la pena intentarlo.

Capítulo 18: Amor.

Marco.

Después de horas de furia y desesperación, sentado entre los restos de mi vida rota, una decisión oscura y peligrosa toma forma en mi mente nublada por el alcohol, la droga y el dolor. Me levanto tambaleante, con movimientos torpes pero decididos, voy al garaje del edificio y cojo un bidón de gasolina que guarda uno de los vecinos para la moto. Con la botella, vuelvo a mi casa. Empiezo a rociar las paredes, los muebles, el suelo, cada rincón de este apartamento que una vez llamé hogar. Cada salpicadura de gasolina parece sellar mi destino, un pacto silencioso con la desesperación.

Enciendo un fósforo, el pequeño fuego crepitante en mis dedos temblorosos parece una minúscula estrella, el último destello antes de la oscuridad. Con un movimiento casi ceremonial, dejo caer el fósforo al suelo empapado. Las llamas cobran vida con una ferocidad hambrienta, devorando todo a su paso.

Me siento en el viejo sillón del salón, observando cómo el fuego se extiende, envolviéndolo todo en un abrazo ardiente. El calor crece, pero estoy demasiado lejos, demasiado perdido en mi mar de pensamientos oscuros para moverme.

—Que las llamas borren todo, incluyéndome a mí —murmuro, cerrando los ojos, esperando que el fuego me consuma junto con los recuerdos que no puedo soportar.

Pero el destino tiene otros planes. Los vecinos, alertados por el humo y el resplandor anaranjado que se filtra por las ventanas, llaman a los bomberos. No tardo en oír los gritos preocupados desde fuera, el ruido sordo de las botas corriendo por las escaleras, y luego, las puertas siendo derribadas.

—¡Hay alguien aquí! —escucho gritar a alguien, pero la voz me llega distante, como si viniera de otro mundo. Manos fuertes me agarran, arrastrándome fuera de las llamas que ya casi me alcanzaban. Luchan contra mi peso inerte, contra mi resistencia inconsciente de ser salvado.

—¡Soltadme, dejad que me queme junto con todo! —mi petición no es escuchada.

El aire fresco de la noche choca con mi piel encharcada de sudor y humo mientras los bomberos me sacan al exterior, lejos del calor sofocante y de la muerte que había elegido. Me dejan en la acera, tosiendo y jadeando, mientras observo mi apartamento consumirse.

Los bomberos combaten el fuego, pero ya es demasiado tarde para el hogar que había robado.

Sin embargo, no es demasiado tarde para mí, aunque en este momento, tirado en el suelo frío, no estoy seguro de si agradecer o maldecir mi rescate.

El dueño de la casa llega, consternado. No puedo escuchar los reclamos que se juntan con los de los policías. Estoy aturdido. Intentan calmar al hombre y lo alejan de mí.

Mientras toso y trato de recuperar el aliento, veo a la hermana de Clara entre la multitud de vecinos desalojados, confundida y preocupada por la situación. Ella se abre paso entre los bomberos y los espectadores hasta llegar a mí, está alterada, es normal.

—Marco, ¿qué te pasa? ¿Por qué has hecho esto? ¡¿Estás loco?! —No sé si está enojada o preocupada.

Entre toses, logro articular unas pocas palabras.

—Clara... Ella es lo que me pasa. No vivo en paz desde que desapareció, desde que dejó de hablar conmigo. Necesito respuestas, necesito saber qué hice mal. —Mis ojos buscan en ella algún atisbo de comprensión, alguna pista que me ayude a entender por qué Clara me ha rechazado de esta manera tan abrupta y total.

La hermana de Clara frunce el ceño, claramente confundida.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has tenido algo sentimental con Clara? —su pregunta es directa, su tono incrementa en incredulidad.

Asiento con la cabeza, luchando por cada respiración.

—Sí, a pesar de lo prohibido. La amo, y pensé que ella también me amaba

La hermana de Clara da un paso atrás, como si mis palabras fueran un golpe físico.

—No tenía idea...—confiesa, luego sacude la cabeza, claramente tratando de asimilar la información—. Marco, esto es... No sé qué decir. Clara nunca mencionó nada. Algo grave debe haber pasado para que ella... Para que ella te cortara de esa manera.

—Por favor, si sabes algo, cualquier cosa, dime. Estoy perdiendo la cabeza sin ella.

—No sé mucho... Solo que Clara ha estado muy alterada últimamente. Algo sobre descubrimientos familiares, cosas del pasado... Pero nada concreto sobre ti. Al menos que yo sepa.

Sus palabras me dejan pensativo, preguntándome qué secretos del pasado han sido tan poderosos como para cambiar todo entre Clara y yo.

—Gracias —le digo finalmente, aunque las respuestas que tengo son insuficientes, me dan un hilo del que tirar, una dirección en la que buscar claridad.

La hermana de Clara asiente, aún insegura.

—Marco, cuídate, por favor. No hagas nada más drástico. Voy a hablar con Clara, a ver si ella está dispuesta a decir algo más.

—Vale. ¡Claudia! —detengo sus pasos antes de que se marche. Me mira—. Lo siento por ocasionar tu divorcio.

—Lo único que te pido es que no juegues así con Clara. No estés con ella solo porque amas el pecado, de lo contrario, te las verás conmigo.

Levanta un dedo en advertencia.

—Es diferente —admito. Ella baja la mano retirando así la amenaza—. Lo que siento por Clara es real, perverso, pero real. No sé amar sin perversión, pero a ella le gusta como la amo.

Claudia da un suspiro y asiente.

—Está bien, no me meto. Hablaré con ella para mediar y que no termines calcinándote tu solo. Lo único que te pido es que no la lastimes.

—No lo haré.

Mientras los bomberos terminan de controlar el incendio y los vecinos comienzan a dispersarse, me quedo sentado en la acera, contemplando las ruinas humeantes de lo que una vez fue mi hogar, reflexionando sobre mis próximos pasos. Necesito respuestas, sí, pero más que nada, necesito comprender por completo la tormenta que ha sacudido mi vida y la de Clara.

Al día siguiente, mi teléfono vibra sobre la mesa del bar donde me quedé toda la noche, rompiendo el silencio de la mañana con su insistente llamado. Es un mensaje de Clara. Mi corazón se salta un latido mientras leo las palabras en la pantalla: *"Necesito verte. ¿Podemos encontrarnos en el parque cerca del río?"* No dice más, no ofrece explicaciones ni promesas, solo el lugar y la hora.

A medida que el sol comienza a caer, me dirijo al parque, por primera vez siento un miedo más poderoso que mis puños. ¿Qué me dirá? ¿Será este el final?

La encuentro allí, de pie junto al río, mirando el agua que fluye suavemente. Su figura parece frágil y tensa con el hábito puesto, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Al acercarme, ella se gira hacia mí, y por un momento, todo lo demás desaparece.

Sin pensar, la alcanzo y la beso, impulsado por el miedo de perderla otra vez y el deseo que nunca ha disminuido. Ella titubea solo un instante antes de corresponder, sus brazos rodean mi cuello, su cuerpo cede contra el mío en un abrazo que habla de desesperación y amor. Es un momento fuera del tiempo, donde solo existimos nosotros y el doloroso latir de nuestros corazones.

Pero tan rápido como comenzó, Clara se tensa y se aparta. Con los ojos llenos de lágrimas y una tristeza que me rompe el corazón.

—No podemos hacer esto, Marco. No puede ser —dictamina con la voz rota.

Intento acercarme de nuevo, pero ella retrocede.

—Clara, ¿por qué? Dime qué está pasando.

Ella sacude la cabeza, incapaz de sostener mi mirada.

—Soy monja, Marco. Eso debería ser suficiente. Nuestro amor... Es imposible. No solo por mis votos, hay más... Cosas que no puedo decirte ahora.

Le cuesta hablar sin hacer pausas. La desesperación se mezcla con la frustración.

—No me dejes así, no sin una verdadera explicación. Te amo, Clara, y sé que tú también me amas. ¿Por qué no luchar por esto? ¿Qué podría ser tan terrible?

Ella mira hacia el río, las lágrimas corren raudas por sus mejillas.

—Lo siento, Marco, realmente lo siento —susurra antes de darse la vuelta para alejarse rápidamente, dejándome solo con mis preguntas sin respuesta y un corazón fracturado.

No dejo que se vaya. Sujeto su brazo para tener los pasos y me arrodillo frente a ella, tomo sus manos entre las mías, frías y temblorosas. La desesperación me invade mientras la miro a los ojos, buscando allí alguna señal de que todo puede cambiar, de que no todo está perdido.

—Clara, sé que tus votos son importantes para ti, pero también sé que cuando estamos juntos, nada de eso parece importar. Tiene que haber algo más, algo que no me estás diciendo.

Ella baja la vista, evitando mi mirada, y sus lágrimas caen sobre nuestras manos entrelazadas. Sus sollozos me rompen el corazón. Intento suavizar mi voz, calmar el torrente de emociones que nos está ahogando a ambos.

—Amor, sin ti no puedo seguir. Me he vuelto adicto a ti, a tu presencia, a tenerte cerca. Por favor, dime qué podemos hacer.

Clara sacude la cabeza, las palabras parecen atorarse en su garganta.

—No puedo, Marco... no puedo —su voz es un susurro roto, una confesión de su propia impotencia.

—Solo háblame, Clara. Cualquier cosa que sea, podemos enfrentarlo juntos. No hay nada que pueda cambiar lo que siento por ti.

Mi voz se quiebra bajo el peso de mi súplica, cada palabra está impregnada de una mezcla de esperanza y miedo.

Ella finalmente me mira, con sus ojos llenos de un dolor profundo y complejo.

—No es tan simple —confiesa—. Hay cosas sobre mí, sobre mi pasado, que no entiendes. Cosas que podrían cambiar todo entre nosotros.

—Entonces déjame entender —insisto, apretando su mano un poco más—. No hay nada que puedas decirme que me haga amarte menos. Lo juro.

Clara intenta sonreír a través de sus lágrimas, una sombra de la alegría que solíamos compartir.

—Eres increíble, Marco. Pero hay veces en las que el amor no es suficiente para superar la verdad. Y tengo miedo... miedo de que esta verdad nos destruya a ambos.

La impotencia me inunda mientras la veo luchar con sus palabras y sus secretos. Siento cómo el miedo se enreda con mi desesperación, pero rechazo dejarla ir, rechazo renunciar a nosotros

sin luchar hasta el final.

—Clara, pase lo que pase, enfrentémoslo juntos. Por favor —ruego, un último intento de aferrarme a la mujer que amo, a nuestro futuro incierto.

Ella se aleja lentamente, liberando sus manos de las mías.

—Necesito tiempo, Marco. Por favor, intenta entender. Es por lo que te he hecho venir aquí. No es tu culpa, no me has hecho nada. Por favor, deja de torturarte y no atentes contra tu vida. Aunque no lo parezca, sigo preocupándome por ti. Me sigues importando, pero esto es imposible. Cuídate, Marco.

Quedándome solo, arrodillado en el frío camino del parque, miro cómo se aleja, cada paso que da aumenta la distancia entre nosotros, como un cuchillo clavándose en mi corazón roto. Me levanto lentamente, estoy devastado.

Sin tener donde ir, me dirijo a casa de mi madre. A una pesadilla asegurada.

La puerta de la casa de mi madre chirría al abrirse, un sonido que siempre ha resonado como una advertencia. Al entrar, me recibe el familiar olor a incienso y los incontables crucifijos y figuras de santos que decoran cada rincón. Cada uno parece juzgarme, recordándome todas las razones por las que dejé este lugar hace años.

Mi madre aparece desde la cocina, su rostro se ilumina al verme, pero su sonrisa no alcanza sus ojos. No le gusta que esté aquí, aunque finja.

—Marco, hijo, deberías visitarme más seguido —dice con ese tono suave que esconde reproches profundos.

Respiro hondo, tratando de contener la ira que burbujea dentro de mí.

—No es como si me hicieras falta, mamá —mi voz suena más dura de lo que pretendía, pero las palabras son la verdad que nunca hemos enfrentado.

Se forma un silencio incómodo.

—No digas eso, hijo. Siempre te he querido aquí, siempre he rezado por ti.

Sus palabras me llenan de ira. Rezo. Eso es todo lo que ella ofrecía cuando lo que necesitaba era un refugio, protección, alguien que me defendiera.

—Rezar no me ayudó cuando más te necesitaba, mamá. No cuando él... —las palabras se quedan atoradas en mi garganta, el recuerdo del abuso aún es demasiado doloroso, demasiado presente. Tomo aire y estallo—. No cuando él me follaba.

—¡Marco! —grita y da un golpe contra la mesa—. ¡Él sabía cómo ayudarte! No te dejaste sanar, tu alma es corrupta y perversa. Hicimos suficiente por ti.

—Me das asco —confieso, deshaciendo el nudo de odio que llevo por años callando.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Incendí mi casa.

—¿Y todavía crees que no tienes el mal en tu alma, Marco?

—¡Oh, por Dios!

—¡No lo nombres con tu sucia boca!

Doy una inhalación y aprieto mis manos en puño. Intento controlarme, el cuerpo me tiembla y finjo una sonrisa.

—Iré a mi habitación.

Ella baja la mirada, tuerce el gesto con nerviosismo.

—Lo siento —dice, imagino que, sabiendo que tendrá que aguantarme aquí por unos días—. Podemos empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo? —repito, la idea es tan absurda que casi me hace reír. Miro alrededor, a los crucifijos que cuelgan de cada pared, y siento cómo la claustrofobia se apodera de mí—. No aquí, no en esta casa, no contigo. Llegas diecinueve años tarde.

Ella sigue hablando de Dios, de perdón, de salvación, pero las palabras se desvanecen en un zumbido de fondo. No quiero salvación, no de la manera que ella me la ofrece. Necesito respuestas, necesito entender por qué mi vida se ha torcido de esta manera, por qué las personas que deberían amarme son las que más daño me han hecho.

Después de unos minutos que se sienten como horas, me excuso, diciendo que necesito aire. Salgo de la casa, respirando profundo una vez fuera, libre de las miradas acusadoras de los santos y de la presión sofocante de un pasado que nunca me ha dejado ir.

Mientras camino por las calles, mi mente da vueltas a lo que Clara dijo, a los secretos que ella esconde. Necesito saber qué está pasando.

Capítulo 19: Cadenas de sangre.

Marco.

Me encierro en la habitación, necesito aislarme de todo, especialmente de las palabras de mi madre que siempre parecen más acusaciones que consuelo. Me tiro en la cama, el colchón viejo y desgastado gime bajo mi peso. Cierro los ojos, intentando encontrar un momento de paz, pero en lugar de calma, las imágenes del pasado invaden mi mente. La iglesia, su olor a incienso mezclado con el miedo, y él, el sacerdote, cuya presencia me persigue aún en mis peores pesadillas.

La ansiedad se enreda en mi pecho, un recordatorio punzante de que tengo cuentas pendientes, cosas que debo enfrentar si quiero alguna vez liberarme de este dolor. Con el corazón latiendo aceleradamente, decido que necesito hablar con mi madre, confrontarla con todo.

Me levanto con determinación y salgo de mi habitación. Mis pasos son firmes mientras me dirijo al cuarto de mi madre, pero algo me detiene en seco justo en el umbral. Mis ojos se posan en una foto que nunca había notado antes, una que me hace cuestionar todo nuevamente.

Es una fotografía de Clara, ella sonríe junto al sacerdote, el mismo hombre que destruyó mi infancia. Es una copia de la misma foto que ella tiene en su cuarto en el convento. El marco es sencillo, pero la imagen dentro de él grita complicaciones que mi mente apenas puede empezar a desenredar. ¿Por qué mi madre tiene esta foto?

Un nuevo tipo de ira se mezcla con la confusión, bombeando adrenalina a través de mis venas. Tomo la foto, necesito respuestas y las necesito ahora. Sin golpear, abro la puerta del cuarto de mi madre y la encuentro sentada en su cama, rezando el rosario como si pudiera encontrar allí todas las respuestas.

—¡Marco, por favor! —se sobresalta—. ¡¿Qué formas son esas de entrar, azotando la puerta?!

—¿Qué es esto? —la confronto, mostrándole la foto con una mano que no consigo mantener firme—. ¿Cómo es que tienes esta foto de Clara con Alfonso? ¡Explícame ahora!

Mi madre levanta la vista, su rostro se descompone al ver la foto en mis manos. Por un momento, solo el sonido de su rosario entre sus dedos rompe el silencio que se ha apoderado de la habitación. Luego, con un suspiro que parece llevarse años de secretos, comienza a hablar.

—Marco, hay cosas que debí haberte dicho hace mucho tiempo, cosas sobre tu pasado y el de Clara que... Cambiaron toda mi vida.

Mi corazón se prepara para lo peor, para secretos que intuyo podrían desgarrarme aún más.

Pero necesito escucharlos, enfrentarlos. Solo así podré encontrar algún camino hacia adelante, hacia la curación, o hacia lo que sea que me espera después de que la verdad salga a la luz.

Mi madre me mira con una mezcla de tristeza y resignación antes de indicarme que me siente al lado de ella en la cama. Con una voz temblorosa que no había escuchado antes, comienza a desentrañar el pasado, un pasado que nunca imaginé que compartíamos.

—Era joven y una monja devota, pero entonces conocí a Alfonso, el sacerdote —relata—. Me enamoré de él, y aunque sabía que estaba mal, no pude evitarlo. Tuvimos un idilio. Él dijo que no podíamos tener un bebé, pero que tampoco estaba bien visto el aborto.

Cada palabra que dice es como un golpe directo a mi estómago. El hombre que destrozó mi infancia, que me hizo un daño irreparable, no solo era un sacerdote, era mi padre.

—¿Cómo pudiste esconderme que el hombre que me hizo tanto daño era mi propio padre? — las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas, cada una cargada de dolor y traición.

Ella se retuerce las manos, buscando las palabras.

—Él me pidió que no te lo dijera, para infundir otras sensaciones en ti que no fueran las de un padre. Por eso él podía decidir sobre ti, él te dio la vida y conocía bien que, fruto del pecado, la maldad estaba viva en ti.

—En él, dirás.

—¡Marco!

Inhalo, exhalo.

No hay consuelo en sus explicaciones, no hay nada que pueda hacer este conocimiento más fácil de llevar. Y entonces, agrega algo más, algo que hace que mi mundo se detenga por completo.

—Fuisteis dos, Alfonso dijo que solo tú traías la maldad en el cuerpo. Lo supo nada más te vio.

—¿Qué?

—Sí, ella debía servir a Dios para limpiar nuestros pecados.

—¿Ella?

—Clara... Clara es tu hermana, Marco.

Siento como si el aire me faltara.

—¿Cómo? —apenas logro susurrar.

—Ella es tan diferente a ti... Es cierto eso que dicen que siempre hay un gemelo malvado. Siento mucho que seas tú, hijo. Espero que algún día tu alma se pueda limpiar. Por miedo a que tu oscuridad consumiera su claridad, dimos a Clara en adopción a una amiga que ya tenía una hija. Le dio una vida llena de felicidad.

Ni siquiera puedo prestar atención a sus tonterías, solo escucho la parte de Clara. Estoy en shock y ella se da cuenta.

—¿Cómo conoces a Clara?

No puedo responder. No sé cómo decirle que la mujer que amo con todo mi ser es mi hermana. No sé cómo enfrentar esta realidad, cómo seguir adelante sabiendo que mi amor es ahora un abismo de imposibilidad.

Me levanto abruptamente, la necesidad de aire fresco, de espacio para respirar es abrumadora. Salgo de la habitación, de la casa, ignorando las llamadas de mi madre. Cada paso es mecánico y cada pensamiento un torbellino de confusión y desesperación.

El mundo que conocía, el futuro que imaginaba con Clara, todo se ha desmoronado en cuestión de segundos. Amor, dolor, familia, traición: todo se entrelaza en una maraña imposible de deshacer.

Mis pasos me llevan al convento sin siquiera pensarlo, como si mi cuerpo supiera que necesitaba verla, hablar con ella, a pesar de la devastadora verdad que ahora pesa sobre mi corazón. Estoy tan consumido por la necesidad de verla que ni siquiera considero pedir permiso; simplemente me encuentro dentro, moviéndome en silencio por los pasillos hasta que la encuentro.

Clara está arrodillada frente al altar, su figura bañada en la luz suave que se filtra a través de los vitrales no puede verse más hermosa. El silencio del lugar hace que sus rezos susurrados resuenen como un eco en el vasto espacio, lleno de una paz que yo no puedo alcanzar.

No me detengo a pensar en las consecuencias cuando me acerco y la tomo del brazo para levantarla.

—Clara, necesito hablar contigo. Lo sé todo, hablé con mi madre —sueno desesperado y lo estoy.

Ella se vuelve hacia mí, abre los ojos por la sorpresa y luego se le empiezan a llenar de lágrimas.

—Marco, por favor, te lo suplico, márchate. No puedes estar aquí, no podemos hacer esto —suplica con voz quebrada, pero no me muevo. No puedo.

—Clara, no puedo verte de otra manera. No importa lo que digan, lo que sepamos. Te amo —confieso, y las palabras parecen colgar en el aire entre nosotros, pesadas y cargadas de significado.

Ella intenta empujarme con sus manos contra mi pecho, pero su cuerpo se tensa cuando la toco.

—No, Marco, por favor. No hagas esto más difícil.

—¿Vas a volver a ponerte cadenas?

—Una cosa es ser libre, y otra... Esto.

—¿Y qué es esto? ¡Es amor, Clara!

—¡Es una aberración!

Me quedo en silencio. Mi pecho duele. Doy un jadeo de angustia y niego con la cabeza. No puede pensar eso de lo que ambos tenemos.

—Amar a quienes queramos es una forma de ser libres —le digo, esperando en su mirada un poco de comprensión para el dolor que estoy sintiendo.

—Marco...

—Dijiste que querías que te enseñara a ser libre, que querías conocer mi mundo. En mi mundo no hay cadenas, ni siquiera de sangre.

La cercanía, el olor de su cabello, la sensación de su piel bajo mis dedos, todo me empuja más allá de la razón. Me inclino y la beso, un acto de desesperación y amor, un desafío a la cruel realidad que intenta separarnos.

Por un momento, Clara resiste, sus brazos tensos intentan mantenerme a distancia. Pero luego, algo cede, y siento cómo sus brazos me envuelven el cuello, cómo su cuerpo se suaviza contra el mío. Ella me devuelve el beso, un acto de rendición.

Nos besamos de una forma, que dos hermanos nunca deberían de hacerlo. Nuestras lenguas ya son conocidas y se estremecen con los roces. Clara gime en mi boca, yo gruño sin poder contenerme. Nuestros cuerpos se pegan, mi corazón va a mil. No me importa nada, solo ella. Construir un “nosotros” aunque sea pecado.

Nuestras bocas se separan levemente, ambos estamos sin aliento y nuestros rostros húmedos por las lágrimas de emoción y a la vez, desesperación.

—Marco, esto es una locura —murmura ella, pero no hace nada por alejarse de mí—. No deberías besarme. Menos aquí, ahora, no cuando todo está tan mal.

—Dame una noche más, amor.

—Marco... —Baja la cabeza, sus manos trazan caricias en mi pecho—. Si me llamas así, mi pecho duele.

—Mi amor, por favor. Sé mía una noche más y deja que intente convencerte de amarme. Deja que desdibuje las cadenas y ponga placer en su lugar.

Traga saliva. Poco a poco, su cabeza se eleva y me mira fijamente a los ojos. Con una necesidad mutua Clara me besa, gime en mi boca y tira de mi camisa.

—Eres incorregible —dice entre mis labios.

—Y tú también.

Capítulo 20: Profanación y placer.

Marco.

Nunca pensé que las verdades más crudas de la vida me golpearían con la fuerza de un uppercut en pleno ring. Pero aquí estoy, frente a Clara, mi hermana, la mujer que enciende cada fibra de mi ser con una pasión que no puedo ni quiero contener. Las campanas de la iglesia repican con furia, o tal vez sea mi propio corazón que retumba en mis oídos.

—Clara, nada importa, no ahora.

Mis manos encuentran su rostro, suavizando el contorno de sus labios con mis pulgares. Ella me mira con esos ojos celestes que siempre parecen sentir más de lo que dice, ahora el cielo de su mirada se ve empapado en un deseo igual de prohibido que el mío.

—Marco, estamos jugando con fuego —susurra, pero su voz se quiebra con esa necesidad que veo brillar en sus pupilas.

El beso que nos damos no es tierno. Es un choque violento de almas, un incendio que consume cualquier retazo de duda. Mis manos, firmes y seguras como cuando estoy en el cuadrilátero, la guían hacia el altar, donde la luz de las velas danza en las paredes como sombras de nuestros pecados.

—Dime que me amas, Clara. Dime que esto es real —La presiono contra la fría piedra de la cruz, sintiendo como su calor se enfrenta a la frialdad del mármol.

—Te amo más de lo que debería —confiesa entre jadeos, mientras sus manos se enredan en mi cabello. Tira de mi para profundizar ese beso cargado de todo lo que el cielo nos diría que está mal.

La madera cruje bajo su espalda, y las campanas suenan más alto, como si intentaran despertarnos de este sueño delirante. Pero ya estamos demasiado lejos, perdidos el uno en el otro, ignorando las leyes de Dios y de los hombres.

—Esto es más que deseo, Clara. Es como si me hubieran diseñado para ser tuyo, sin importar lo que dicen los libros sagrados o los lazos de sangre —mis palabras son una promesa susurrada contra su cuello, seguidas por el trazo de mi lengua y mis labios que marcan su piel a fuego lento.

—Quiero que me ames aquí y ahora, Marco. Que el mundo se desmorone a nuestro alrededor —responde. Veo en sus ojos lágrima y un fuego que solo yo puedo calmar.

No hay más palabras, solo el sonido de nuestras respiraciones y latidos que, a pesar de todo,

nos reclaman uno al otro. Aquí, en el sagrado silencio de la iglesia, con las campanas doblando en un frenesí, nos entregamos a un amor tan antiguo y profundo como el mismo pecado original.

Arranco mi camisa con una ferocidad que me sorprende incluso a mí mismo. Las fibras se estiran y desgarran bajo la tensión de mis brazos, liberándome de la última capa de restricción entre nosotros. En un instante, uso la tela desgarrada para atar las delicadas muñecas de Clara a la cruz, asegurándome de que esté fijada, pero sin lastimarla. Ella tira ligeramente probando la firmeza de su cautiverio, y me regala una mirada que mezcla desafío con deseo.

Comienzo a deslizar su vestido hacia abajo muy lentamente, disfrutando cada centímetro de piel que se revela ante mí. Sus piernas, su vientre, su cintura... Todo se expone gradualmente a la luz parpadeante de las velas. Dejo su hábito superior intacto, el contraste de su santidad con nuestra profanación me envía una oleada de excitación aún más intensa.

—Así todo es más perverso —le susurro, mis palabras extienden un velo siniestro sobre nosotros. Su respiración se acelera y puedo sentir el calor de su cuerpo envolviendo mis dedos cuando los hundo en su interior—. Quiero que te corras y mojes la cruz, amor.

Me escucho bajo, ronco. Con la voz en un tono de mandato que no requiere respuesta verbal, solo obediencia.

Ella cierra los ojos por un momento, y cuando los abre, hay un brillo feroz que no había visto antes. Me inclino hacia ella, mis labios apenas rozan los suyos mientras le hablo.

—Déjate llevar por mí, por esto, por lo prohibido de nuestro deseo.

Mis dedos se deslizan por su piel, explorando cada curva, cada hueco que me invita a sumergirme más en su ser.

La toco con propiedad. Siento su calor, su humedad creciendo, y el aire se carga con el aroma de nuestra transgresión. Las campanas parecen sonar más fuerte, como si el cielo mismo protestara por nuestra blasfemia.

Clara, entre jadeos y susurros, comienza a moverse contra las restricciones, buscando más contacto, más presión, más de todo lo que le estoy dando. Su voz se quiebra en suplicas y afirmaciones, palabras que son tanto una oración como un pecado.

Su hábito, el símbolo de una dedicación a una vida que ambos hemos desafiado, agrega perversión y nos envuelve más en nuestra burbuja de lujuria. Aquí, en el corazón de la iglesia del convento, Clara y yo no somos hermanos, ni monja y pecador, sino simplemente dos almas perdidas en la inmensidad de un deseo demasiado poderoso para negarlo.

Con una sonrisa maliciosa dibujada en los labios, me arrodillo frente a Clara. Junto las manos y elevo la vista hacia ella con una expresión de fingida devoción.

—Estoy rezando, Clara. Rezando para que Dios me conceda el poder de complacerte completamente —mi voz está cargada de ironía y deseo, mientras no dejo de admirar su figura, atada y entregada ante mí.

Clara tira ligeramente de las ataduras, su rostro mezcla la reprobación y un deseo creciente que no puede ocultar.

—Eres un blasfemo, Marco, un pecador incorregible —la vibración en su voz y la forma en la que muerde su labio inferior delatan cuánto la excita mi irreverencia.

Sin borrar la sonrisa, que no promete redención, me levanto de mi pose de oración y me acerco más a ella. Mis manos se deslizan por sus muslos, abriéndolos lentamente. La santidad del lugar nos envuelve, pero es el acto profano el que llena el espacio entre las antiguas paredes de piedra.

Inclino la cabeza y con reverencia profana, hundo la lengua en ella. Clara exhala un gemido agudo, su cuerpo se arquea en respuesta a mi oral. Sus piernas tiemblan y se estremecen mientras mi boca se mueve con suavidad y demanda, explorando, probando, llevándola hacia un precipicio de placer que ambos sabemos inevitable.

La intensidad de nuestro acto, el lugar sagrado en el que nos encontramos, todo se carga para crear una atmósfera cargada de tabú. Clara, en sus susurros y jadeos, parece olvidarse de todo excepto de las sensaciones que le provoco.

—Marco... Ahí, por favor. Justo ahí —sus palabras se vuelven súplicas, peticiones fervientes que no tienen nada de santas.

Continúo, motivado por sus sonidos de placer, por el sabor y el calor de su cuerpo, por la transgresión que este acto representa. Es una oración de un tipo muy diferente, una que nos lleva a ambos más allá de cualquier límite. El sonido a mojado que expulsa la intimidad de Clara mientras disfruto de ella, gruñendo por la intensidad, acompaña a las campanas.

—Oh, Clara, ¿escuchas lo mojada que estás? —susurro, con los labios pegados a su entrada. Ella jadea y mueve la cintura, busca que entre de vuelta y la premio. Muevo la cabeza, abro sus labios vaginales y vuelvo a probar la calidez que aprieta mi lengua.

El sonido resuena por el espacio sagrado. Mis lamidas y los gemidos de Clara se entrelazan en una melodía pecaminosa que parece llenar cada rincón del lugar.

Clara, con lágrimas de placer adornando su rostro, se retuerce bajo el contacto de mi lengua. Cada movimiento mío es un nuevo pecado grabado en su piel y en su alma.

Gruño, perdido en la osadía de nuestro acto, mientras profundizo mi exploración, introduciendo mis dedos en ella para aumentar su placer.

Grita. Veo como la madera de la cruz empieza a mojarse fruto de su deseo. Con cada oleada de placer que le arranco, un poco más de ella se derrama, manchando el símbolo de su fe.

—Estás mojando la cruz con tu deseo, Clara —susurro, con la voz ronca cargada de lujuria y triunfo. Me mira con una intensidad que quema.

En lugar de horror o remordimiento, hay un brillo salvaje de rebelión en su mirada.

—Déjame ser tu altar, Marco. Úsame para tus rituales más impíos —se atreve a decir. Jadeo

solo por escucharla. No esperaba algo así.

Intensifico su placer, alternando entre mi lengua y mis dedos, cada movimiento lo hundo más que el anterior. Quiero que se corra. Clara responde con abandono total, sus caderas se mueven al ritmo de mis movimientos, su respiración se convierte en ráfagas cortas y rápidas.

El sonido de nuestra unión, el olor de su placer, todo contribuye a la creación de un espacio profano dentro del recinto consagrado. Y en ese momento, con el sacrilegio consumándose bajo las sombras de lo divino, Clara alcanza el clímax, su cuerpo se arquea, su grito de liberación se eleva hasta las bóvedas del convento, un himno de pecado y satisfacción que reta al cielo mismo.

Rompemos con todo lo que una vez nos enseñaron a temer o reverenciar. En este lugar de plegarias y penitencias, creamos nuestra propia liturgia de pasión y liberación, un credo escrito no en piedra, sino en el lenguaje del cuerpo y del alma.

Clara vuelve a gritar. Su grito alcanza los rincones más oscuros del convento. Vuelve a estallar. La intensidad de su liberación parece sacudir incluso las piedras milenarias que nos rodean. Tan pronto como las olas de placer de su cuerpo comienzan a calmarse, me apresuro a desatar la tela que la sujetan a la cruz. Sus manos, liberados, no pierden tiempo; con una mirada de hambre insaciable, se abalanza sobre mí.

Caemos juntos al suelo del altar. Clara, con dedos decididos, comienza a explorar mi cuerpo. Sé que le encanta saber que es la única que logra tocarme. Su tacto es desesperado, como si tratara de memorizar cada detalle de mi piel con cada caricia.

Me dejo hacer, completamente rendido a su voluntad. Mi cuerpo responde con un ardor que solo sus manos pueden provocar. Miro hacia su rostro, aún marcado por el resplandor del placer reciente.

—Dime, amor, ¿de qué formas quieres pecar ahora? Voy a complacerte en todos los sentidos —con el tono de mi voz, le prometo pecados no escritos, pero que escribiré sobre su piel.

—Quiero que me tomes aquí, Marco, en el suelo de este lugar sagrado. Que cada rincón de este convento se impregne con el sonido de nuestro pecado.

Cada vez está más atrevida. Se mueve sobre mí y provoca que me hunda en ella. Jadeo. Me besa para que no grite y también, para callar su grito. Araña mi pecho y aprieto su espalda. No imagina cuanto necesitaba esto. Estar dentro de ella.

Nuestra danza de deseo se intensifica. Cada movimiento es una afirmación de nuestra rebeldía, cada gemido un himno a nuestra profanación del lugar sagrado.

Clara se mueve sobre mí con una gracia que contradice nuestra situación, cada uno de sus movimientos enciende una llama más profunda dentro de mí.

Nuestros cuerpos se encuentran y se separan en un ritmo frenético, explorando, demandando, tomando y dando en igual medida.

Clara cabalga sobre mí, desenfrenada, hermosa. Sus movimientos son tanto una afirmación de su poder sobre mí como una rendición a la pasión que nos consume.

El hábito aun descansa sobre su cabeza, como un recordatorio blasfemo de la pureza que una vez prometió. La visión de ella, tan profana y sagrada a la vez, me hace temblar de deseo.

—Eres mi ángel caído, mi santa pecadora —murmuro, mis manos se deslizan sobre su cuerpo para apretar sus pechos, un acto tan irreverente como adorador.

Se inclina hacia mí, su aliento caliente contra mi rostro me eriza la piel.

—Y tú, eres mi dios pagano, el altar en el que quiero sacrificar cada último vestigio de mi inocencia.

—Joder, Clara.

Cada sílaba es como una caricia más en mi piel ardiente.

Clara continúa moviéndose sobre mí, cada ascenso y descenso es una plegaria hecha de carne y deseo. Su ritmo es un ritual al placer y el amor.

Debajo suya, siento como cada parte de mi ser se rinde a la intensidad de sus movimientos. Me muevo junto a ella, para intensificarlo más. Vuelve a estallar sobre mí, mis dedos se envuelven en su pelo por debajo de la tela y la acerco, besándola con ardor. Ella me mira, gimiendo. Borra todos mis traumas, por eso quiero que borre uno más.

Me levanto y la cargo en brazos. Nos alejamos del altar hacia un lugar más reservado dentro del convento. Su cabeza descansa sobre mi hombro y puedo sentir su respiración.

Llegamos al confesionario, un espacio estrecho y envuelto en sombras que una vez, fue mi cárcel. La bajo suavemente de mis brazos y la intimidad del lugar nos envuelve.

Me siento con la espalda apoyada contra la madera pulida, Clara, con una mirada que mezcla devoción y deseo, se arrodilla frente a mí. Desliza las manos por mis piernas, sonrío con atrevimiento y agacha la cabeza, hundiéndose el miembro en la boca. Gruño y echo la cabeza hacia atrás. Aprieto las manos en puño y cierro los ojos. Sabía que iba a poder borrar mis malos recuerdos en este sitio. La erección que crece en su boca lo confirma.

Con varios movimientos de cabeza, provoca que grite. La escucho reír a baja voz. Mi miembro vibra en su garganta y me eleva en placer.

Cuando vuelvo a mirarla, la saca de su boca. La une a mi miembro un hilo de saliva que pronto corta con la lengua. Paso la mano por su nuca y la elevo, apretando su cabello enredado en mis dedos. Se queda a centímetros de mi boca, jadeando, junto a mí. Me hace delirar.

—Necesitas confesión, Clara.

La beso y la atrapo contra mi cuerpo. Su interior se ajusta perfectamente a mi miembro. Me deslizo rápidamente dentro de ella. Clara se mueve con fuerza y rapidez. Gruño en su boca, ella gime entre nuestros besos. Estoy desesperado, necesito todo de ella. No tengo ni tendré suficiente.

—Eres mi pecado favorito —le susurro.

Mis manos recorren su espalda y aprietan, queriendo marcarse en su piel pálida. La toco con una devoción que ninguna regla sagrada podría gobernar.

Ella sonrío contra mi boca, y sus uñas dibujan un mosaico en mi espalda y mis brazos.

—Y tú, mi absolución —consigue responder entre gemidos.

Nuestro amor es tan condenado, como divino, y me gusta cómo se siente.

La presiono contra la madera del convento, nuestros cuerpos se entrelazan. Clara deja de besarme, la veo sonreír con una sonrisa juguetona y maliciosa que, hasta hoy, no ha mostrado.

—Perdóneme padre, porque he pecado —me dice, con voz coqueta. Le gustan los juegos perversos y consigue que sonrío junto a ella.

—No busques perdón aquí, Clara. —Deslizo una de mis manos por la curva de su cadera, apretándola más contra mí—. Aquí solo encontrarás pecado.

Ella ríe, un sonido corto y áspero que se disuelve en un gemido cuando aumento la presión, marcando su piel con mis dedos. Su respuesta es empujar su cuerpo contra el mío, buscando más placer, más de ese dolor dulce que solo nuestro juego retorcido puede ofrecer.

No hay lugar para la culpa o el remordimiento, solo el crudo placer de nuestra profanación mutua. Clara se aferra a mí, sus uñas se vuelven a clavar en mi piel, dibujando líneas de fuego.

—Así es como quiero pecar —me gime en el oído. Me hace estremecer, maldición. Esta mujer sabe cómo hacer que deje de pensar.

Volvemos a besarnos. Ella se mueve con desesperación, yo la sigo, la madera cruje. Jadeamos sin control, sudados, unidos sin posibilidad de escapar.

—Eres mi sacrilegio más dulce —le susurro al oído. Gime al escucharme y cierra los ojos, se estremece rodeada por mis brazos.

Clara responde con gemidos ahogados, sus manos buscan aferrarse a algo en el pequeño espacio que apenas contiene nuestra pasión. Termina clavando las uñas en mis hombros, gruño. Cada arañazo es un estímulo más que me incita a aumentar el ritmo.

—Quiero que cada suspiro tuyo sea un pecado que me lleve más lejos del cielo —le digo, con mis labios rozando la delicada piel de su cuello mientras mi cuerpo sigue marcando un ritmo implacable.

Levanto una de sus piernas para profundizar cada embestida, la sensación se intensifica.

—Dime que esto es lo que quieres, que no hay redención que prefieras a esto —insisto.

—No quiero redención —logra responder al fin—. ¡Te quiero a ti!

Clara y yo colapsamos en un gemido compartido, los dos deshaciéndonos en el más sagrado y prohibido de los rincones. La respiración de Clara es un susurro fervoroso contra mi cuello. Tiembla, mi cuerpo también. Los fluidos se resbalan entre nosotros y caen al suelo sagrado que escuchó mil pecados, pero no los vio hasta hoy.

Clara se aleja primero, su mirada arde con una intensidad que quema cualquier resto de duda en mi mente. Quiere más. En incansable.

—Vamos —insiste—. Sigamos en las bancas.

No respondo, solo asiento, mi cuerpo aún se encuentra sofocado por el orgasmo. Salimos del confesionario, Clara sujeta mi mano y tira de mí con urgencia.

—Aquí es donde las hermanas suelen rezar —me cuenta con atrevimiento. Ladeo la cabeza mientras la veo ir desnuda hacia la banca. Se sienta y se desliza hacia atrás, mirándome con descaro. Hoy está desatada. Me sujeta del brazo y me tumba sobre ella.

Me besa y, no tardo en volver a estar duro. La deseo demasiado. Clara lleva el control desde hace rato y es la primera vez que no me importa que alguien a parte de mí, lo lleve.

Con un movimiento ágil y decidido, me empuja. Me quedo sentado, mirándola mientras ella se coloca encima de mí. Me sujeta el miembro y lentamente va bajando. Gruño en sus labios, ella da un quejido. Trago saliva, mientras Clara sonríe y se muerde el labio inferior. La parte superior de su hábito cae y su pelo se desata viéndose dorado y largo sobre sus hombros.

Le acaricio la mejilla y subo los dedos, dejando un mechón de pelo tras su oreja.

—Eres bellísima. —Clara sonríe y empieza a moverse. Me muerdo el labio inferior y entorno los ojos.

Nos movemos al ritmo de una oración que ninguna deidad nos enseñó a rezar. La madera de la banca cruje, un ruido rítmico que nos hace reír cuando nos acompaña en cada movimiento.

En este templo de devoción y castidad, Clara y yo nos entregamos a un culto mucho más antiguo y visceral, donde no hay santos.

Me envuelve con sus piernas alrededor de mi cintura, anclándose a ella como si temiera que pudiera escapar. Sus brazos se cierran alrededor de mi cuello, tirando de mí hacia ella, buscando la mínima distancia entre nuestros cuerpos. Los gemidos se mezclan con el aire entre nosotros, un canto que se esparce por los arcos del convento.

El chapoteo de la carne contra carne se amplifica en el silencio. Se siente casi como un acto de fe rebelde.

El eco de nuestro placer se enreda con las sombras y los santos que nos observan desde las ventanas altas, sus rostros inmutables ahora son testigos de nuestra devoción terrenal.

Clara aprieta su agarre y sus ojos encuentran los míos. No hay palabras, no hace falta. Quiere jugar, la conozco demasiado bien. Ella y yo estamos conectados de tantas formas que es imposible no saber lo que piensa con solo mirarla.

—Arrodíllate en la banca —ordeno.

Una sonrisa juguetona se dibuja en los labios de Clara antes de responder con un tono que quema como el fuego.

—¿Vamos a rezar entonces, Marco?

Sin esperar mi respuesta, se coloca de rodillas en la banca. Con el pecho sobre la banca de enfrente y su espalda hacia mí, una invitación que no necesito pensar dos veces en aceptar.

Me acerco a ella desde atrás. Abro sus piernas. Subo con las manos en caricias hacia sus brazos, trazando líneas de pecado que la hacen estremecerse bajo los roces.

Tomo sus manos con delicadeza y las elevo frente a nosotros, entrelazando nuestros dedos como si en verdad fuéramos a elevar una plegaria.

—Vamos a rezar —digo contra su cuello—. Pero no a los santos, sino a nosotros, a este momento.

La presión de mis manos sobre las suyas es firme, un ancla en la tormenta de sensaciones que nos consumen.

Clara se inclina hacia delante, apoyándose en el respaldo de la banca, ofreciéndome más de sí misma. Su respiración es pesada, cada exhalación es un susurro de placer.

La siento de vuelta sobre mí. Mi miembro abre sus carnes, esta vez, con una sola estocada. Ella gime, yo también, pero sus manos siguen en plegaria. Enredo su cabello entre mis dedos, ahora, sin restricción de la tela que lo cubría. Tiro de ella, ordenando que se mueva. Lo hace, pero con una lentitud torturante.

Veo como su cuerpo se mueve. Maldita Diosa del pecado.

Sus labios empiezan a murmurar oraciones entrecortadas por jadeos.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —susurra. Mezcla el sagrado rezo con el profano acto, tal y como le pedí, un juego que me empuja al borde de la razón.

—Sigue, Clara. Dime los mandamientos mientras lo hacemos.

Lamo su espalda. Mi aliento caliente sobre su piel parece encenderla aún más, y su voz gana confianza, sus movimientos se vuelven más decididos. Aprieto sus nalgas y la azoto.

—¡Ah! ¡No tendrás Dioses ajenos delante de mí! —continúa. Cada vez que dice uno de los mandamientos, la compenso con un interno golpe de cadera. Grita—. ¡Honra a tu padre y a tu madre!

—Vaya, y tenemos los mismos, ¿qué opinarían de esto?

Embiste.

—¡Ah! —Aprieta las manos entre sí y baja la cabeza. Intenta recomponerse. Sus paredes internas se aprietan a punto del bombeo.

Me inclino sobre ella, nuestras manos vuelven a unirse. Apoyo el mentón en su hombro y miro al altar mientras se lo hago. En mi mente, él nos mira. Nuestro maldito padre está ahí, mirándonos con decepción y eso me encanta.

La sensación de sus manos presionando junto a las mías, la textura de su piel debajo de mi cuerpo consigue devolverme al presente una vez más. Esa es la magia que Clara ejerce en mí.

—Clara —la llamo. Ladea un poco la cabeza en mi búsqueda—. Eres mi oración y mi pecado.

Lo eres todo.

—Marco —casi canta mi nombre por el gemido que lo acompaña.

—Soy tu fanático, un lunático que solo sirve para adorarte a ti.

Entre los dos, cada gemido, cada grito que acompaña nuestro nombre, son versículos de un libro que escribimos.

Clara y yo caemos en un abrazo exhausto, ignorando el frío de las baldosas del suelo santo. Acaricia mi pecho, subiendo y bajando los dedos lentamente.

—Quiero terminar rezándote a ti, Marco.

—Sé que parte nos vendría bien a los dos.

—¿Sí?

—Ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...

—Amen —termina conmigo en coro—. Me siento mal, pero te tengo cerca y yo... —se queda callada y suspira hondo—. Ni siquiera sé cómo explicarlo.

—Lo sé, yo tampoco. Lo único que sé es que te amo y no puedo estar sin ti.

Capítulo 21: El ángel y el Dios del caos.

Clara.

Respiramos agitadamente, con el eco de nuestros pecados resonando en el aire. Un sonido inoportuno nos estremece: pasos cercanos. Marco y yo intercambiamos miradas de pánico y, sin palabras, corremos a refugiarnos en mi habitación.

Una vez dentro, Marco cierra la puerta con suavidad y, sin perder un segundo, me abraza de nuevo, como si su cuerpo necesitara asegurarse de que aún estoy allí con él. Su abrazo es fuerte, reconfortante y lleno de un deseo que parece no haberse saciado en nuestra aventura anterior. Siento su corazón latiendo fuerte contra el mío, y en ese contacto, todas mis resoluciones comienzan a desmoronarse.

Caemos en la cama, Marco nos cubre con la sábana y con un movimiento suave, vuelve a conocer mi interior con su intimidad. Jadeamos a la vez. Nos abrazamos y el placer regresa a nuestros cuerpos. Soy tan suya que el agotamiento no me importa. Ha sido demasiado tiempo sin él, sin vernos, sin tenernos. Puede seguir cuanto quiera.

Había prometido alejarme de Marco, me lo había repetido una y otra vez. Sabía que lo nuestro era un juego peligroso, una danza en el filo de un abismo que prometía tanto destrucción como éxtasis. Pero entonces lo vi, y en ese instante, todas mis advertencias internas se silenciaron. Ser suya en estos momentos robados, sentir cómo el mundo desaparece cuando nuestros cuerpos hablaban ese lenguaje antiguo y perfecto, me hace darme cuenta de que alejarme de él es una promesa imposible de cumplir.

Lo amo. Lo amo con una intensidad que asusta, con una profundidad que trasciende todo lo que creía saber sobre el amor. Nunca amé a nadie como lo amo a él, y aunque cada parte de mí me advierte que este amor podría ser mi ruina, no puedo, no quiero alejarme de él.

En la oscuridad de mi habitación, con el peligro acechando apenas más allá de la puerta de madera, Marco me susurra palabras de cariño, cada una envuelta en la promesa de que no importa lo que venga, estamos juntos en esto. Y mientras lo siento tan cerca, tan real, las dudas se disipan, reemplazadas por una certeza feroz y dulce: pase lo que pase, valdrá la pena, porque lo he encontrado a él, y en él, me he encontrado a mí.

Cuando la oscuridad se profundiza y solo quedan susurros de la noche, decido que es el momento de ayudar a Marco a salir del convento. Nos movemos por los pasillos vacíos, con el

corazón en la boca, temiendo cada sombra y cada ruido. Al llegar al patio, el cielo decide abrirse, y gotas gruesas y frías comienzan a caer, rompiendo el silencio con su repiqueteo suave pero persistente.

Marco se detiene bajo el aguacero, mirándome con esos ojos con heterocromía que parecen captar la profundidad de mi alma.

—Sabes, Clara —dice con una voz suave que contrasta con el ruido de la lluvia—. puedo ser un demonio profano, pero también puedo ser un ángel para ti.

Entonces, saca su móvil, buscando algo antes de que la letra atrevida de *"Tu fanático"* de Pedro capó, Nicky Nicole y De La Ghetto empiece a sonar. La música flota alrededor de nosotros, un contrapunto perfecto al caos de la tormenta. Extiende su mano hacia mí.

—¿Quieres bailar conmigo bajo la lluvia? —pregunta, y en su voz hay una promesa, no solo de esta danza, sino de todas las que podríamos compartir, en cualquier tormenta que enfrentemos.

No puedo evitar fijarme que la lluvia logró pegar su camisa blanca y rota al cuerpo, delineando cada músculo de su torso definido, como una escultura de deseo prohibido.

Tomo su mano, siento el pulso de la música y de la lluvia, dos ritmos que se funden en uno. Nos movemos juntos, lentamente al principio, luego con más confianza.

—Déjate llevar, Clara —susurra contra el rugido de la lluvia, y yo, contra toda razón, asiento.

Cada paso es una declaración, cada giro una afirmación de que, a pesar de todo, estamos aquí, juntos, bailando bajo el cielo tempestuoso.

La lluvia empapa nuestras ropas y alisa mi cabello contra mi cara, pero nada de eso importa. En los brazos de Marco, girando lentamente al ritmo de una sinfonía que parece hecha solo para nosotros, todo lo demás desaparece. Solo somos él y yo, y la promesa implícita en su invitación: que no importa cuán profano o celestial sea, siempre tendrá la capacidad de llevar el amor a mi vida, de transformar la lluvia en una danza, y de ser, en todos los sentidos, mi Dios del caos.

Marco me atrae hacia él, su mano en mi espalda presiona justo lo suficiente para moldear mi cuerpo al suyo. El contacto es eléctrico, incendiario. Mis hábitos se pegan a mi piel, y siento cada gota de lluvia como un acorde de la canción.

La música nos lleva a un crescendo, y con él, nuestro baile se vuelve más audaz, más atrevido. Marco me levanta en un giro, y por un momento, estoy volando, liberada de todo lo terrenal.

Al volver al suelo, nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento mezclado con la lluvia. Su mirada es un océano oscuro, profundo y peligroso.

—Ya veo que sabes bailar.

—¿Te asusta? —ronronea casi rozando mis labios.

—Todo lo contrario —respondo, con pasión contenida. No podemos volver a perdersenos y menos en el jardín.

—No me engañas, te pone que sepa bailar.

Me empiezo a reír.

—¡Estás completamente loco!

Él asiente, sonriendo ampliamente bajo la lluvia.

—Sí, y más desde que te conocí.

—Ah, no, a mí no me culpes. En todo caso, tú has sido mi mala influencia.

—Qué malo, castígame.

Nuestras risas se mezclan y, en un impulso, nos acercamos para besarnos, un beso que sella nuestras promesas y locuras compartidas.

Con una sensación de liberación que brota desde lo más profundo de mí, me dejo caer hacia atrás, riendo mientras mi cuerpo golpea el suelo embarrado del patio. La tierra mojada me salpica, cubriendo mi ropa y piel, pero la sensación es de una libertad abrumadora, como si cada grano de tierra lavara las viejas restricciones y me permitiera ser simplemente yo.

Marco se une a mí en el suelo, su risa se mezcla con la mía mientras mira hacia el cielo oscuro, donde las estrellas luchan por brillar a través de las nubes de la tormenta. Entrelaza sus dedos con los míos, nuestras manos se unen fuertemente mientras la lluvia sigue cayendo sobre nosotros. Cada gota es un acorde más en la música que sigue tocando desde su móvil, colocando banda sonora a nuestro momento de desenfreno.

No hay juicios aquí, solo la aceptación mutua de nuestras imperfecciones y locuras. En este instante, con nuestras manos entrelazadas y los corazones latiendo al unísono, Marco y yo no somos más que dos almas que encontraron en la otra su refugio, su risa compartida bajo la lluvia, un rincón de mundo donde ser nosotros mismos sin reservas.

Marco se inclina hacia mí, sus ojos brillan con esa intensidad que siempre me deja sin aliento. Sus manos encuentran mi rostro, acariciando suavemente mi piel manchada de barro, trazando líneas que parecen limpiar y ensuciar al mismo tiempo. Sus labios encuentran los míos, y el beso es una mezcla perfecta de intensidad y ternura, un equilibrio entre la pasión que arde y la suavidad que apacigua.

Marco me susurra al oído, con voz suave y ronca.

—Mi ángel.

El título resuena con una dulzura que envuelve mi corazón, recordándome la profundidad de lo que hemos compartido y lo especial que se ha vuelto para mí.

En respuesta, con mis manos en su cabello rubio, tiro de él y lo acerco.

—Mi Dios del caos —susurro entre sus labios antes de besarlo.

Es un reconocimiento de cómo ha revuelto mi mundo, de cómo cada momento con él es una tempestad perfecta que desordena y, al mismo tiempo, pone cada pieza de mi ser en su lugar correcto. Él ensucia mi hábito con su pecado.

El beso se profundiza, los dos nos perdemos en el momento, en el lugar mágico y temporal que hemos creado. Ángel y caos entrelazados en una danza que solo nosotros entendemos. Nos permitimos ser consumidos por el otro, por la historia que estamos escribiendo juntos, una donde cada capítulo promete ser tan tumultuoso y hermoso como el amor que nos hemos encontrado en el otro.

Marco se aparta un poco, su expresión es seria bajo la lluvia que sigue cayendo sobre nosotros.

—No quiero obligarte a nada, Clara —dice con firmeza, sus ojos buscan los míos para asegurarse de que entiendo su sinceridad—. Si quieres verme, aquí está la dirección de la casa de mi madre. Nuestra madre. No sé.

Hace una mueca. Igual que a mí, le chirria decirlo en voz alta. Toma mi móvil, su dedo se desliza por la pantalla mojada con una precisión cuidadosa, y anota la dirección. Me lo devuelve con un gesto suave.

Al recibir el móvil, mis dedos rozan los suyos, y siento esa chispa familiar, ese calor que siempre surge entre nosotros, independientemente de las circunstancias.

—Nunca me has obligado a nada —le respondo, mi voz es firme a pesar del temblor que siento por la emoción del momento—. Ser yo misma contigo es lo que más me gusta. Es... Es como si me encontraras cada vez que nos vemos, como si me recordaras quién soy realmente.

Marco sonríe, esa sonrisa que siempre parece iluminarlo todo, incluso en la oscuridad de la noche y la lluvia.

—Eso es todo lo que quiero, que seas tú, siempre.

El entendimiento mutuo se cierne entre nosotros, un puente firme en un mundo que a menudo parece demasiado caótico y confuso. En él, encuentro no solo un refugio sino también un espejo que refleja la versión más verdadera de mí misma, una que a veces olvido que existe hasta que sus ojos la encuentran de nuevo.

A medida que Marco se marcha del convento, bajo la cortina continua de lluvia, ambos sabemos que hay algo profundo y real entre nosotros, algo que merece ser explorado, sin prohibiciones.

A la mañana siguiente, me uno a las otras monjas en la capilla para las oraciones matutinas. Aunque mi mente debería estar en las plegarias, me es difícil concentrarme completamente. Las imágenes y sensaciones de la noche anterior con Marco todavía revolotean vívidamente en mi mente, provocando un cálido rubor que espero las demás no noten.

Mientras nos arrodillamos juntas, una de las monjas comenta en voz baja:

—Anoche, ¿escucharon esos extraños quejidos? Sonaba casi como si alguien estuviera sufriendo... o en pena.

Sus palabras hacen que un cosquilleo involuntario de risa me recorra. Tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada, recordando que esos "quejidos" eran todo menos sufrimiento.

—Quizás sí era un alma penando, que miedo —sugiere otra hermana con seriedad, y el esfuerzo por mantener mi expresión compuesta se duplica. El contraste entre la realidad de nuestro apasionado encuentro y la inocente interpretación de las monjas es demasiado grande.

Cierro los ojos más fuerte, fingiendo una devoción profunda, mientras por dentro, la ironía de la situación me llena de un humor irreverente. Aunque una parte de mí siente una pizca de culpa por engañar a estas mujeres devotas, otra parte no puede evitar sentir una especie de libertad rebelde. En ese momento, mientras las voces de las monjas se elevan en cánticos, me siento más viva que nunca, guardando en secreto la verdadera historia de los quejidos nocturnos, una historia de amor y desenfreno que solo Marco y yo conocemos.

Cuando las oraciones terminan, salgo de la capilla con el corazón palpitante, llevando conmigo la determinación de ver a Marco de nuevo. Cada paso hacia la casa de su madre es un paso hacia un futuro incierto, pero profundamente deseado. A pesar del nerviosismo, la certeza de querer estar con él me da la valentía necesaria para enfrentar lo que sea.

Al llegar, tomo una profunda respiración antes de tocar el timbre. La puerta se abre, y ahí está ella, la madre de Marco. Sus ojos me reconocen de inmediato y, con una sonrisa que refleja una mezcla de sorpresa y afecto, me abre los brazos para recibirme en un abrazo cálido.

Aunque sé que ella es la madre de Marco, y por lo tanto también la mía, la llamo "señora", manteniendo una cortesía que cubre mi nerviosismo. Para mí, madre es la que cría, y la mía está en el hospital.

—Señora, buenos días —digo, correspondiendo su abrazo, pero manteniendo una formalidad que esconde mi ansiedad.

—Oh, querida, no tienes que ser tan formal conmigo —responde ella, guiándome hacia el interior con un gesto amable—. Que coincidencia que Marco y tú se encontraran, aunque no me ha dicho cómo. Da igual. Estaba esperando el día en el que vinieras.

Mientras cruzamos el umbral de su hogar, siento cómo la tensión inicial se disipa un poco gracias a su cálida bienvenida. Sin embargo, la necesidad de ver a Marco y de asegurarle que quiero estar con él permanece firme en mi mente. Aunque estoy en la casa de su madre, mi corazón sigue llamando por él, anhelando el momento en que nuestros ojos se encuentren y pueda decirle todo lo que he decidido.

Sigo a la señora por el pasillo, mi corazón late con cada paso, anticipando el momento en que veré a Marco. De repente, allí está él, parado al final del corredor, con las manos casualmente metidas en los bolsillos de su pantalón y apoyado de la pared. Al levantar la vista y encontrarse con la mía, su rostro se ilumina con una sonrisa genuina y cálida.

Marco me mira fijamente, y aunque no dice nada, sus labios se mueven silenciosamente, formando las palabras "te amo". Es un mensaje claro y tierno, un reconocimiento silencioso de lo mucho que significa para él que yo haya venido. A pesar de las complicaciones y desafíos que implica nuestra relación, mi presencia aquí es la afirmación de que estoy dispuesta a enfrentar esos desafíos junto a él.

Respondo con una sonrisa igualmente sincera, sintiendo cómo todas mis dudas se disuelven bajo el peso de esa promesa no pronunciada pero claramente entendida. Camino hacia él, mis pasos se guían por la certeza de que este es exactamente el lugar donde debo estar.

Cuando llego a su lado, Marco extiende sus brazos, invitándome a entrar en su espacio personal, un gesto que acepto sin vacilar. Nos abrazamos, y en ese abrazo, hay un sentido de pertenencia y futuro. En ese momento, en el abrazo de Marco, nada importa. Ni siquiera la mirada de desagrado de su madre.

Cuando su madre se marcha un momento hacia el salón, Marco no duda ni un segundo en besarme. Imposible negarme a tal beso.

Nos perdemos en el beso, cada uno entregándose al momento, cuando de repente el sonido de la puerta del salón abriéndose nos hace separarnos con un sobresalto. Por un instante, el corazón me late descontroladamente, temiendo haber sido descubiertos. Pero la madre de Marco, aunque entra al pasillo, no parece notar nuestra cercanía comprometedora. Ella viene con una bandeja de meriendas, y su voz, aunque amable en superficie, lleva un tono de autoridad que corta el aire.

—No se queden aquí, solos, vayan al salón —dice, dirigiéndose a nosotros con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Mientras nos guía hacia el área más abierta de la casa, no puedo evitar notar la dinámica entre ella y Marco. Su trato hacia él, que a primera vista podría parecer solo un poco estricto, me revela algo más. Hay un deje de dureza en su voz, una forma de dirigirse a él que parece menospreciarlo sutilmente, haciendo que Marco se encierre en sí mismo, su postura cambia sutilmente, volviéndose más defensiva.

Es un contraste marcado con el Marco que conozco, el que es libre y lleno de vida cuando estamos solos. La tensión en su rostro me dice que esto no es algo nuevo, que su relación con su madre es complicada, teñida de expectativas y críticas que no había podido ver hasta ahora.

Sentados en el salón, intentamos integrarnos a la normalidad del momento mientras compartimos la merienda, pero mi mente está en otro lado. Observo cómo la madre de Marco controla sutilmente la conversación, cómo cada comentario hacia él parece tener un filo. Mi corazón duele por Marco, y entiendo más profundamente las luchas que podría haber enfrentado creciendo en este ambiente.

En un momento en que nuestros ojos se encuentran, le ofrezco una sonrisa reconfortante, tratando de transmitirle mi apoyo sin palabras. Marco responde con un leve asentimiento, un

gracias silencioso que nos conecta. Ahora, más que nunca, estoy decidida a estar ahí para él, para ofrecerle un refugio donde pueda ser él mismo, libre de las expectativas que otros le imponen.

La situación en el salón se tensa aún más cuando la madre de Marco, volviendo su atención hacia mí, empieza a hablar con una mezcla de cariño y reproche.

—Clara, siempre has sido mi hija favorita, pero no puedo permitir que estés cerca de Marco. Él...—su voz se endurece—. Él es la maldad personificada, al menos eso piensa tu padre, el padre Alfonso.

Marco, que había permanecido en silencio hasta ahora, escucha estas palabras y su expresión cambia. Se tensa, sus ojos se endurecen con un dolor profundo. Por un momento, parece que va a contenerse, pero luego responde con una aspereza que raramente le he escuchado.

—¡Monstruo es aquel que lastima a quien sabe que no puede defenderse!

Su madre no se muestra sorprendida por su respuesta, su rostro se endurece aún más, si eso es posible.

—Marco, debes entender que es por tu bien y el de todos. Tú...

Antes de que pueda continuar, intervengo, sintiendo que no puedo dejar que esta situación escale a un conflicto mayor.

—Señora —digo con calma, pero con firmeza—. Entiendo su preocupación, pero debo decir que Marco, para mí es alguien bueno que ha abierto mi mundo en muchos sentidos.

Marco me mira, con un brillo de complicidad en sus ojos al captar el doble sentido de mis palabras, y una sonrisa se dibuja en su rostro.

La madre de Marco me mira, desconcertada, quizás tratando de entender completamente lo que quise decir.

—No estoy segura de a qué te refieres, Clara, pero...

—Lo que Clara quiere decir —interrumpe Marco, tomando la palabra y mi mano con determinación—. Es que juntos hemos encontrado una forma de ser nosotros mismos, de enfrentar nuestras realidades y ser mejores. No somos perfectos, pero estamos aprendiendo y creciendo juntos.

Nuestra unión parece fortalecer a Marco, y su voz lleva un nuevo peso de convicción y seguridad. Es evidente que, aunque la aprobación de su madre significaría mucho, no está dispuesto a sacrificar nuestra relación ni la verdad de quién es realmente.

La madre de Marco observa la interacción entre nosotros, y aunque parece no estar completamente convencida, su expresión se suaviza un poco. Tal vez ve algo en la forma en que Marco me habla o cómo me sostiene, que le muestra una parte de su hijo que no había considerado o entendido completamente antes.

—Realmente no entiendo cómo puedes hacerle bien a alguien, Marco.

Odio equivocarme, solo suavizó su semblante por mí.

Sonó con decepción y desdén en cada palabra, mirándolo como si lo viera a través de un cristal oscuro y distorsionado.

Marco se muerde el labio, claramente luchando por mantener la compostura. Por un momento, parece que va a responder con la misma aspereza de antes, pero en su lugar toma una respiración profunda, buscando controlar sus emociones. Puedo sentir la tensión en su mano, que aún sostiene la mía.

Ante esta injusticia, siento la necesidad de intervenir nuevamente.

—Señora, con todo respeto, entiendo que pueda tener sus preocupaciones, pero lo que veo en Marco es una persona que es profundamente capaz de amar, de cuidar y de hacer un bien inmenso. Él me ha mostrado una bondad y un respeto que son raros de encontrar —hago una pausa, asegurándome de que mi sinceridad sea evidente en cada palabra—. Marco tiene muchas cualidades maravillosas que, tal vez, no siempre sean fáciles de ver desde afuera. Pero le aseguro, desde el fondo de mi corazón, que él es una buena persona, con la capacidad de aportar mucho a quienes lo rodean.

Marco me aprieta la mano en agradecimiento, su mirada encuentra la mía en un silencioso "gracias". Su madre nos observa, su rostro es una máscara de conflicto emocional. Por un momento, parece que va a replicar, pero luego se detiene, como si las palabras le pesaran demasiado para continuar.

El silencio que sigue es tenso.

La señora ya no responde. Se levanta y anuncia que irá a buscar algunas cosas para la cena, dejando un silencio cargado detrás de ella, siento el peso de la situación sobre Marco. Ella le lanza una última mirada que, inexplicablemente, mezcla cariño hacia mí y desdén hacia él, haciendo aún más evidente el desequilibrio emocional que impone en su hijo.

En cuanto la puerta se cierra tras ella, no pierdo un segundo y me acerco a Marco, rodeándolo con mis brazos en un abrazo reconfortante y necesario. Él se deja caer contra mí. Su cuerpo está tenso y va relajándose gradualmente. Siento cómo su respiración se estabiliza, y un suspiro profundo escapa de sus labios mientras se aferra a mí.

—Gracias, amor —murmura, con la voz ahogada contra mi hombro—. No sé qué haría sin ti.

Le aprieto más fuerte, deseando poder alejar todo el dolor y la tensión que su madre le ha causado.

—Sé que es difícil, pero estoy aquí para ti, siempre. —Acaricio su espalda en un intento de transmitirle seguridad y apoyo—. No importa lo que los demás digan o piensen, tú sabes quién eres y yo también lo sé. Eres increíble, Marco.

Marco se aparta un poco para mirarme, sus ojos muestran rastros de la tormenta emocional por la que acaba de pasar, pero también un atisbo de alivio y gratitud.

—Estar contigo me hace sentir que puedo ser realmente yo, sin tener que esconder nada. Eso

significa todo para mí. Además, no me ves un ser malvado. Es una sensación nueva para mí.

—No digas eso, claro que no eres un ser malvado.

—Me lo han repetido tanto desde que era un bebé, que he llegado a creerlo.

Pobrecito. Se me parte en dos el corazón.

Lo abrazo más fuerte y acaricio su cabello. Dejo que se apoye en mi pecho y suspiro hondo. Quiero borrar de él todo lo que le haya hecho daño.

—¿Esta casa te trae malos recuerdos? —le pregunto, notando cómo su mirada se desvía hacia los numerosos crucifijos y estatuas de santos esparcidos por toda la sala.

—Sí, es bastante evidente. —Señala los símbolos religiosos que decoran cada espacio—. Cada rincón de esta casa está lleno de ellos, y cada uno trae consigo una expectativa, una presión... todo.

Quiero ayudarle a reescribir esos recuerdos dolorosos, transformar este lugar en un símbolo de algo nuevo y hermoso.

—Quiero borrar esos malos recuerdos. —Tomo sus manos entre las mías, mirándolo directamente a los ojos—. Vamos a crear nuevos recuerdos aquí, buenos recuerdos... Uno de ellos, haciendo el amor.

La sorpresa inicial en su rostro da paso a una sonrisa pícara. Un brillo de esperanza y deseo iluminando sus ojos.

—Eso suena perfecto.

Me guía hacia su habitación, un lugar que ahora podemos transformar juntos.

Capítulo 22: La presencia del mal.

Clara.

Marco deja caer mi cuerpo contra el colchón con algo de fuerza. Jadeo cuando lo veo desnudarse frente a mí. Seguro de sí mismo, de lo que vamos a hacer. Se empieza a desabrochar la camisa y observo cada marca de sus músculos esculpidos sobre su piel. Él me mira un segundo y se inclina sobre mí cuando ya no queda ropa que cubra su perfecto torso.

Sus brazos se aprietan y las venas se le marcan a medida que besa mi cuello. Jadeo y mis uñas se deslizan intrépidas por sus brazos. Él me mira de reojo y se levanta. No me dice nada. La expectación crece cuando saca unas esposas de la mesilla de noche. Se acerca lentamente hacia mí y susurra en mi oído.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad? —se asegura. Asiento—. Bien.

Me sujeta de la cintura y hace que de la vuelta en la cama. Toma mis manos, mis pies y las ata con las esposas de forma que no puedo moverme, con las rodillas flexionadas y el rostro apoyado en su cojín.

Se marcha de la habitación. La expectación de no saber qué más va a hacer me incendia por dentro. Trago saliva. El corazón se me acelera y tengo que callar los gemidos de excitación que amenazan con dejarme sin aire. Cuando entra, lo veo sujetando una estatua que lleva consigo una cruz. Frunzo el ceño, sin saber qué pretende hacer con eso.

—Cada vez que iba a la iglesia y mi madre me dejaba allí con Alfonso por horas, al regresar, me hacía sentarme frente a esta cruz para rezar toda la noche, diciendo que todo había sido mi culpa.

La sangre se me hiela al escucharlo y ver sus ojos bicolores perdidos en la madera. Sin embargo, la pena se adormece pronto cuando él se inclina sobre mí y empieza a rozar la figura por mi intimidad. Mi piel se eriza y dejo escapar un jadeo. Apoyo la frente contra el cojín y ahogo un grito. Siento como me recorre y mis fluidos mojan la madera. Cuando está lo suficiente húmeda, la parte alargada de la cruz empieza a abrimme las carnes. La introduce lento, dándole vueltas para que mi intimidad se amolde a la dureza y la forma.

Mis piernas tiemblan, ya no puedo evitar gemir. Lo miro de reojo, llorando por el calor que me da lo que está haciendo. Él me observa con seriedad, pero termina mostrando una sonrisa ladeada de infarto.

Empieza a meter y sacar la cruz de mi interior. Salto con cada estocada. Con su mano libre

azota mi trasero. Esos golpes ardientes y toscos que tanto me excitan. Se inclina, muerde mi nalga y solo puedo gritar.

Dentro, fuera, dentro, fuera, sin parar.

El primer orgasmo no tarda en llegar. Abro los ojos y gimoteo. Grito, desesperada y enarco la espalda. Ahí está. Lo que él buscaba. Manchar sus recuerdos oscuros con la blancura de mis fluidos.

Deja caer la cruz al suelo y se agacha. Lame cada recoveco y traga de mí. Aprieta mis nalgas, las abre y se coloca. De un solo movimiento, de una sola estocada, entra en mí. Grito para mis adentros mientras mi interior ahora abraza su miembro. El gruñe y lame mi espalda.

—No pienso parar por horas —advierte.

—Ni se te ocurra hacerlo —respondo, gimiendo.

Camino hacia el convento con determinación. El sol apenas se asoma entre las nubes grises, y aunque debería sentir el frío, solo una calidez inquieta invade mi pecho. Mis manos tiemblan ligeramente mientras empujo la pesada puerta de madera del convento, ese lugar que ha sido mi refugio y prisión por tantos años.

Al entrar, cada paso hacia la oficina de la madre superiora es un recuerdo, una oración, una batalla entre mi fe y mi corazón. ¿Cómo le explico que mi alma ha encontrado un propósito diferente al que prometí?

La madre superiora está sentada frente a su escritorio, sus ojos me estudian con una mezcla de preocupación y rigidez.

—Buenos días, madre —susurro.

—Buenos días, Clara. ¿Cómo estás hoy? —su tono es suave, pero sus ojos no dejan de analizarme.

Respiro hondo, buscando la valentía para hablar.

—Madre, necesito hablarle sobre algo importante. —Me acerco y tomo asiento frente a ella, junto las manos en mi regazo. Ella asiente, gesto que da permiso, pero también establece barreras.

—Estoy aquí para escucharte, Clara.

Mis palabras luchan por salir.

—He estado reflexionando mucho... Sobre mi vocación —hago una pausa, el peso de cada palabra me aplasta—. Y... He llegado a la conclusión de que mi camino ya no está aquí, en el convento.

La madre superiora no parece sorprendida, más bien parece haber estado esperando este

momento tanto como yo temía.

—¿Es por el boxeador?

Mis mejillas arden con la pregunta. Es directa, incisiva.

—Sí —admito—. Pero no solo por él. Es también por mí, por quien realmente soy y lo que verdaderamente deseo ser.

Ella me mira, y por un instante, veo algo que se asemeja a la comprensión en sus ojos. —El corazón tiene razones que la razón no entiende —dice suavemente—. Aunque nuestra fe nos guía, a veces el corazón nos lleva por caminos insospechados.

Mi alivio es palpable, pero sé que aún no ha terminado.

—¿Qué pasará ahora, madre?

—Lo discutiremos con el consejo. Tienes que prepararte, Clara. Esto no será fácil, y habrá quienes no entiendan tu decisión.

Asiento, sabiendo que el camino adelante será tumultuoso. Pero por primera vez en mucho tiempo, siento que es mi camino.

—Gracias, madre. Por escucharme y entender.

Ella me ofrece una sonrisa triste.

—No importa lo que pase, siempre serás una de las nuestras en espíritu.

Salgo de su oficina con una mezcla de temor y esperanza. Aunque sé que dejar el hábito es renunciar a una parte de mí, también es abrazar otra. Y en algún lugar, más allá del convento, Marco me espera, no solo como un desafío a mi fe pasada, sino como un compañero en este nuevo camino que elijo seguir.

Antes de que la puerta del convento se cierre detrás de mí, una voz conocida detiene mi avance.

—Espera, Clara.

Al girarme, mi corazón se detiene por un instante al ver al padre Alfonso, de pie, con su sotana negra y esa mirada que siempre ha sabido leerme demasiado bien. Su presencia es una sombra que llega antes de tiempo, adelantándose a la Semana Santa, y a todos los detalles que le hizo a Marco y que preferiría dejar atrás.

—Padre Alfonso, ¿qué hace aquí? —mi voz tiembla a pesar de mi intento de sonar firme.

—He venido por ti, Clara. Sabía que algo te perturbaba, y pensé que quizás necesitarías guía —su tono es tranquilo, pero sus ojos esconden algo que no logro descifrar del todo.

Mi mente grita, recordando todo lo que sé de él, los secretos oscuros que carga. Que él es mi padre es algo que pocos saben, y sus delitos... Delitos que manchan su sotana mucho más de lo que cualquiera podría imaginar.

—No necesito nada de ti —respondo, intentando que mi voz no delate el miedo que siento—. He tomado una decisión. Voy a dejar el convento.

El padre Alfonso da un paso adelante, su figura es imponente.

—¿Estás segura de eso, hija? La vida fuera de estos muros puede ser más desafiante de lo que imaginas. Y no estarás a salvo de los pecados del pasado, ni los tuyos ni los míos.

Sus palabras me congelan. ¿Sabe él acaso que conozco toda la verdad? ¿Que he descubierto los secretos que ha tratado de ocultar todos estos años?

—Lo sé bien —contesto, recobrando algo de fuerza—. Pero no puedo seguir aquí, no con lo que sé. Y no voy a dejar que me atemorices para que cambie de opinión.

El padre Alfonso sonríe, pero es una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Clara, siempre fuiste especial para mí, desde el día que naciste. Y a pesar de todo, siempre serás mi hija. Recuerda que mi protección también es mi bendición.

Algo en su tono sugiere una amenaza velada, un recordatorio de que su alcance va más allá de las paredes de cualquier iglesia. Pero ya he tomado mi decisión.

—Gracias, padre, pero debo irme.

Me alejo con paso firme, dejando atrás la figura del padre Alfonso. Cada paso es una mezcla de liberación y un nuevo peso: el de enfrentarme a un mundo donde los lazos del pasado serán tan difíciles de desatar como los del hábito que pronto dejaré.

La casa de Claudia siempre ha representado un refugio, un lugar donde puedo ser yo sin máscaras ni hábitos. Al llegar a su puerta, los recuerdos y pensamientos sobre Marco y los actos oscuros de mi padre se agolpan en mi mente, cada uno más pesado que el otro. Toco el timbre con manos temblorosas, incapaz de contener la tormenta de emociones que me invade.

Cuando Claudia abre la puerta, su rostro se ilumina al verme, pero su sonrisa se desvanece rápidamente al notar mi estado. Sin decir una palabra, me abraza fuertemente, proporcionándome el consuelo de su presencia.

Entre sollozos, le cuento todo: mi decisión de dejar el convento, la aparición inesperada del padre Alfonso, y los secretos oscuros que he descubierto sobre él, incluyendo lo que le hizo a Marco. Mis palabras salen entrecortadas, mezcladas con lágrimas de rabia y dolor.

Claudia me guía hacia el sofá, su mano en mi espalda es un constante recordatorio de que no estoy sola.

—Clara, lo siento tanto —dice suavemente, su voz es como un bálsamo—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Respiro hondo, tratando de calmar el temblor de mis manos.

—Necesito enfrentarlo, Claudia. No puedo permitir que siga haciendo daño. Y necesito encontrar a Marco, asegurarme de que esté bien.

Claudia asiente, su mirada es determinada.

—Haré lo que sea necesario para ayudarte, Clara. Marco se merece justicia, y tú mereces paz.

Nos quedamos en silencio, el tipo de silencio que solo los hermanos pueden compartir, lleno de entendimiento y promesas no dichas.

En la quietud de la sala, el crepúsculo se cuela por las ventanas, pintando sombras sobre nuestros rostros. Claudia y yo permanecemos sentadas, perdidas en nuestros pensamientos hasta que rompo el silencio.

—Estoy preocupada por Marco —confieso, mirando mis manos entrelazadas—. No sé cómo reaccionará cuando se entere de que Alfonso está en la ciudad. No quiero que haga algo de lo que pueda arrepentirse.

Claudia me observa, su expresión es una mezcla de preocupación.

—Marco es fuerte, Clara, pero también es impulsivo. ¿Has pensado en hablar con él antes de que se entere por otros medios?

Siento un nudo en el estómago.

—Sí, tengo que hacerlo. Necesito verlo y explicarle todo, asegurarme de que entiende la situación. Quiero que esté mentalmente bien, pero sé que eso es mucho pedir, especialmente cuando su sed de venganza aún no ha sido saciada.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes al respecto?

Respiro profundamente, buscando en mi interior la honestidad que necesito.

—Tengo miedo —admito finalmente—. Miedo de lo que pueda hacer Marco, miedo de lo que pueda hacer Alfonso, miedo por nosotros... Pero más que nada, tengo miedo de que este odio y este deseo de venganza nos consuman a todos.

Claudia me toma de la mano, brindándome un apoyo tácito.

—Quizás sea hora de pensar en una forma de proteger a Marco de sí mismo, y de encontrar una solución que no termine en más violencia.

—¿Crees que es posible? —pregunto, mirándola con esperanza.

—Eso espero —dice ella con una sonrisa triste—. Porque si algo he aprendido es que el ciclo de venganza solo trae más dolor. Tal vez podamos encontrar una manera de detener a Alfonso sin que Marco tenga que ensuciarse las manos."

La idea resuena conmigo, un destello de esperanza en la oscuridad que hemos estado navegando. Marco necesita saber que hay otra forma, que puede liberarse de este peso sin perderse a sí mismo en el proceso. Si no está perdido ya.

Capítulo 23: Gestos y promesas.

Marco.

Estoy en el gimnasio, mis puños golpean el saco de arena con una fuerza que parece brotar de un pozo sin fondo de frustración y rabia contenida. Cada impacto es un eco de mi ira, un grito silencioso que sólo las paredes acolchadas pueden oír. Pero entre golpe y golpe, una sonrisa se me escapa, involuntaria, suave, como un rayo de sol en un día nublado.

Pienso en Clara. Recuerdo la primera vez que la vi, fuera de las sombras del convento, su rostro iluminado por la luz del atardecer. Era como ver algo que siempre supe que estaba ahí pero nunca creí alcanzar. Y luego, cada momento juntos, cada conversación, cada mirada compartida, todo vuelve a mí en ráfagas que suavizan los bordes de mi furia.

Sus palabras, su determinación, la forma en que su frente se arruga ligeramente cuando está preocupada o pensativa. Cómo sus ojos siempre parecen buscar la verdad, y cómo su risa, ese sonido claro y sincero, parece poner el mundo en pausa. Es extraño cómo el recuerdo de su risa puede hacerme sentir más vivo incluso en medio de mi tormento.

Estoy sacudiendo la cabeza, intentando alejar estos pensamientos. No es momento para distracciones. No cuando hay tanto en juego, no cuando cada fibra de mi ser me grita que actúe, que haga algo para poner fin a la oscuridad que amenaza con engullir todo lo que me importa.

Pero entonces, mi entrenador se acerca, con su mirada escrutadora fijada en mí.

—Estás distraído hoy, Marco. ¿Todo bien?

Le miro, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Todo en orden, sólo pensando en algunas cosas.

Él asiente, aunque no parece completamente convencido.

—Recuerda, aquí adentro, sólo estás tú y tu entrenamiento. Deja el resto afuera, al menos por un rato.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Aquí, en el gimnasio, debería poder dejar todo lo demás atrás. Pero ¿cómo haces eso cuando tu corazón está en otro lugar, cuando cada parte de ti se siente tan conectada a otra persona que incluso la distancia física parece irrelevante?

Respiro profundamente y vuelvo a mi rutina, intentando concentrarme en el ritmo y el impacto, en el esfuerzo físico que siempre ha sido mi escape. Pero en el fondo, sé que no importa cuánto intente enfocarme, parte de mí siempre estará con Clara. Y ahora, más que nunca,

necesito estar seguro de que ella está a salvo, de que puedo protegerla de las sombras que nos acechan a ambos.

Con cada golpe que doy, siento que estoy luchando por algo más grande que yo, por nosotros. Y con cada recuerdo de Clara que se cuela entre los golpes, mi determinación se fortalece. No importa lo que venga, estaré listo. Por ella, por nosotros.

Al salir del gimnasio, el aire fresco de la tarde choca con mi piel aún caliente del entrenamiento. Estoy a punto de subir al coche cuando escucho una voz familiar detrás de mí.

—Marco, necesitamos hablar. —Es Tony, el hombre que siempre apuesta fuerte en mis peleas, el que sabe cómo sacar provecho de cualquier situación.

Me doy la vuelta para enfrentarlo, notando cómo se acerca con una sonrisa tensa

—¿Qué pasa, Tony? —pregunto, aunque una parte de mí ya anticipa problemas.

Tony mira a su alrededor antes de hablar, asegurándose de que no hay oídos indeseados cerca.

—Últimamente no estás peleando como antes, amigo. Me estás haciendo perder dinero

Parece amistoso, pero hay una dureza subyacente que no me gusta.

Sostengo su mirada, manteniendo la calma.

—He tenido otras cosas en mente, Tony. No puedes ganar siempre.

Él asiente, como si esperara mi respuesta.

—Lo entiendo, todos tenemos malos días. Pero sabes cómo es este negocio, Marco. Y creo que encontré una forma de compensar esas pérdidas —el tono de Tony cambia, y sé que lo que viene a continuación no me va a gustar—. Hay una pelea mañana. No es cualquier pelea, es una de esas... No oficiales. Mucho dinero en juego, y si ganas, limpiamos nuestras cuentas.

Una pelea no oficial. Eso significa reglas mínimas, peligro máximo. No es lo que necesito ahora, no cuando tengo que mantener la cabeza amueblada por Clara. Pero Tony no es el tipo de persona a quien le guste escuchar un "no".

—¿Y si me niego? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Tony se encoge de hombros, su sonrisa se ensancha un poco más.

—No creo que quieras hacer eso. No solo por el dinero, sino porque... Bueno, digamos que tengo algunos amigos que estarían muy interesados en asegurarse de que participes. ¿Cómo está tu novia la monja?

Es una amenaza, y ambos lo sabemos. Miro a Tony, evaluando mis opciones. Participar en esa pelea podría ponerme en riesgo, pero negarme podría ser aún peor, no solo para mí sino también para Clara.

Respiro hondo, sintiendo cómo el peso de la decisión me aplasta los hombros.

—Está bien, Tony. Participaré en tu pelea. Pero después de esto, estamos a mano.

Tony asiente, satisfecho.

—Eso es todo lo que pido, Marco. Haz esto por mí, y te dejaré en paz.

Mientras Tony se aleja, el peso de lo que acabo de aceptar se asienta en mi estómago. No solo me he comprometido a luchar en una pelea peligrosa, sino que ahora tengo que encontrar la manera de salir de esto sin más complicaciones.

Vuelvo a casa de mi madre. La casa está vacía cuando llego; mi madre está probablemente en la iglesia o haciendo recados.

Subo a mi habitación y me dejo caer en la cama. Al instante, un olor dulce y familiar invade mis sentidos. Es el perfume de Clara, impregnado en las sábanas. Cierro los ojos, dejando que el aroma me envuelva, llevándome a un lugar donde sólo estamos ella y yo, lejos de los problemas y las sombras que nos acechan.

Mientras estoy ahí, tumbado y sumido en recuerdos y deseos, mi móvil suena, rompiendo el hechizo. Veo el nombre de Clara iluminando la pantalla y mi corazón da un vuelco. Respondo casi sin pensar, deseando oír su voz más que nada en ese momento.

—Marco —dice ella al otro lado, su voz cargada de una emoción palpable—. Te extraño tanto. Tengo miedo de perderte.

Su confesión me golpea con una fuerza inesperada. Quiero decirle que todo estará bien, que no tiene por qué temer, pero las palabras se me atorán en la garganta.

—Yo también te extraño, amor. No vas a perderme, te lo prometo.

Hay una pausa, y puedo imaginarla al otro lado, luchando con sus propios temores.

—Solo quiero que estés seguro, que nada malo te pase.

Quiero preguntarle si hay algo específico que la preocupa, si hay algo más que deba saber, pero algo en su tono me hace pausar. Clara está ocultándome algo, puedo sentirlo. Sin embargo, decido no presionarla por ahora. Ella hablará cuando esté lista.

—Voy a estar bien —aseguro, tratando de infundir toda la certeza que puedo en mis palabras—. Y nos vamos a ver pronto, ¿verdad?

—Sí, claro que sí —responde ella, pero hay una vacilación en su voz que me preocupa.

Colgamos poco después, y me quedo tumbado, mirando el techo, el móvil aún en mi mano. El olor de Clara sigue en el aire, un recordatorio constante de todo lo que está en juego. Siento una mezcla de amor y miedo que me obliga a ponerme de pie. No importa lo que Tony o cualquier otro tenga planeado, protegeré a Clara y a nuestro futuro, cueste lo que cueste.

Necesito hacer algo, aunque sea pequeño, para aligerar el peso, para conectar con Clara a pesar de la distancia y las circunstancias que nos separan.

Tomo el móvil. Con una idea repentina, me sitúo frente al espejo de la habitación. Ajusto la cámara y coloco mis manos en forma de corazón, capturando la imagen de un gesto simple pero

lleno de significado. En el reflejo, puedo ver mi rostro, usualmente marcado por la dureza de los días y las noches de preocupación, ahora suavizado por el pensamiento de ella.

Selecciono la foto en mi galería y la envío a Clara a través de WhatsApp. Junto a la imagen, escribo unas palabras simples pero que cargan todo el peso de mi corazón: "Te amo, Clara. Atentamente, tu Dios del caos."

Envío el mensaje y dejo el móvil sobre la mesilla de noche, esperando que el gesto le brinde a Clara al menos un momento de alegría, un respiro en medio de todas las complicaciones que estamos enfrentando. Me recuesto de nuevo en la cama, cerrando los ojos, imaginando su sonrisa al recibir la foto, imaginando su risa ligera que tanto echo de menos.

Capítulo 24: El ring del pasado.

Marco.

La noche de la pelea ha llegado, y con ella, un aire de tensión y expectativas. El lugar es un sótano apenas iluminado, con luces colgando del techo que arrojan sombras sobre el ring improvisado en el centro. La audiencia es una mezcla de rostros sombríos y expectantes. Tony me da una palmada en la espalda antes de dejarme solo con mis pensamientos.

El hombre con el que tengo que pelear es conocido por su agresividad en el ring; su reputación lo precede. Alto y musculoso, con una mirada que parece disfrutar del simple prospecto de la violencia, se pasea de un lado a otro del ring, como un animal enjaulado esperando ser liberado.

Mientras me preparo, envuelvo mis manos con las vendas, cada vuelta es un recordatorio del motivo por el cual estoy aquí. No es solo por la deuda con Tony o por la amenaza hacia mi seguridad y la de Clara. Estoy aquí para demostrar que puedo enfrentar lo que venga, que puedo proteger lo que amo y salir de esto intacto.

El árbitro nos llama al centro del ring, y nuestros ojos se encuentran. El de mi oponente arde con una ferocidad despiadada. Escucho las reglas, apenas registrando las palabras, mi enfoque completo en el hombre frente a mí y en mantenerme alerta a cada uno de sus movimientos.

Cuando suena la campana, el mundo exterior desaparece. Solo quedamos él y yo, y cada golpe que intercambiamos resuena con el eco de mis propios temores. Él ataca con brutalidad, cada golpe lleno con la intención de derribarme, pero resisto. Esquivo y contraataco, utilizando no solo mi fuerza sino también mi agilidad, recordando cada entrenamiento, cada sesión en el gimnasio, cada palabra de aliento de Clara.

El combate es duro. Cada momento está lleno de tensión y dolor. Pero con cada round que pasa, siento cómo mi resistencia se afianza. No estoy aquí solo para luchar; estoy aquí para ganar, para liberarme de las cadenas que Tony y su mundo representan.

Finalmente, con un golpe bien colocado, veo la oportunidad y la aprovecho. Mi oponente cae al suelo, y el árbitro comienza la cuenta. El público retiene el aliento, y yo mantengo mi enfoque, preparado por si se levanta. Pero no lo hace. La campana suena, y el alivio me inunda.

Gané. No solo la pelea, sino una batalla contra las sombras que me acechaban. Mientras me quito las vendas y camino fuera del ring.

Dejo el sótano con la cabeza en alto, el eco de los aplausos resuena en mis oídos, pero tengo

solo pensamiento en mente: regresar con Clara.

La sensación de victoria se desvanece rápidamente cuando veo a Tony acercándose, flanqueado por dos de sus matones más grandes. La expresión en su rostro no augura nada bueno, y mi guardia, que había bajado momentáneamente, se levanta de nuevo.

—Marco, tenemos que hablar —dice Tony, con esa sonrisa cínica que lo caracteriza. Detrás de él, los matones cruzan los brazos, bloqueando cualquier ruta de escape fácil.

—¿Qué quieres, Tony? Esta noche gané. Deberías estar contento; te quedaste con todo el dinero —respondo, mi voz firme, aunque mi mente corre buscando posibles salidas a esta situación.

La sonrisa de Tony se desvanece, y su mirada se endurece.

—No estoy aquí por el dinero de esta noche. Estoy aquí por otra razón —hace una pausa, y su siguiente declaración cae como una bomba—. Estoy enviado por el padre Alfonso.

El nombre me golpea como un puño.

—¿Qué pasa con ese hijo de puta?!

Tony se acerca, bajando la voz.

—No es lo que quiere de ti, Marco. Es lo que quiere para ti. Alfonso ha estado muy... Interesado en tus movimientos, especialmente tus interacciones con cierta ex-monja. No está de acuerdo con que le pertenezcas a alguien más.

Mi corazón se acelera. Clara. Esto siempre regresa a Clara.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?”

—Alfonso no quiere que te enamores. Y cree que podrías ser un problema si decides enfrentarlo. Sabe que has estado buscándolo.

Tony mira a sus matones, una señal clara de que está dispuesto a hacer lo que sea necesario para asegurarse de que cumpla.

—Y ¿qué se supone que haga?

Tony sonrío, y es una sonrisa fría, calculadora.

—Por ahora, solo quieres mantenerte al margen, lejos de ella. No te involucres, no hagas olas. Y tal vez, solo tal vez, podrás salir de esto sin más... Complicaciones para ti y la monja.

Amenazas y más amenazas, una promesa de violencia si no obedezco. Observo a los hombres detrás de él. Estoy cansado de la manipulación de Alfonso.

—No, no pienso alejarme de Clara. Deberá matarme para que eso suceda —digo finalmente, aunque cada palabra me quema la garganta. Tony asiente, satisfecho, y con un gesto a sus hombres, me rodean.

Mi negativa a seguir el juego de Tony y Alfonso no parece sorprender a Tony. Sus ojos me estudian, como si estuviera analizando cada posibilidad que podría tomar a partir de este punto.

—El padre Alfonso me advirtió que podrías ser... Difícil.

Antes de que pueda reaccionar, los dos matones se acercan, sus manos grandes y fuertes se cierran sobre mis brazos, inmovilizándome con una eficacia que solo viene de la práctica.

Luchó, pero es inútil. La fuerza de los hombres es abrumadora, y a pesar de mi entrenamiento y habilidad en el ring, me encuentro arrastrado hacia un furgón estacionado cerca. El interior es oscuro y huele a sangre y metal frío. Uno de los matones me empuja hacia dentro antes de que pueda encontrar un modo de escapar, y el sonido del metal al cerrarse me deja en una oscuridad casi completa.

El vehículo arranca con un rugido, sacudiéndose hacia adelante, y me doy cuenta de que estoy en serios problemas. Alfonso y Tony no están jugando. Esto es un secuestro, una muestra de poder, diseñado para aterrorizarme y, lo más importante, para mantenerme bajo control. Mientras el furgón zigzaguea por las calles, trato de mantener la calma y pensar con claridad, pero el miedo por lo que podría pasar a continuación, especialmente a Clara, nubla mi juicio.

—¡Sácame de aquí, hijo de puta! ¡Cuando te pille te voy a desenroscar la cabeza!

—Marco, no queríamos hacer esto —dice Tony desde el asiento delantero, su voz filtrándose hasta donde estoy—. Pero no nos dejaste otra opción. El padre Alfonso paga muy bien.

Intento responder, pero mi voz se pierde en el ruido del motor y el movimiento del furgón. Me recuesto contra la pared metálica, sintiendo cada bache y cada giro como un recordatorio de mi situación precaria. Las palabras de Tony resuenan en mi mente. ¿Qué tan lejos está dispuesto a llegar Alfonso? ¿Qué tan peligrosa es su obsesión por mí?

En medio del miedo y la incertidumbre, una cosa está clara: tengo que encontrar una manera de salir de esto. Debo ser astuto, debo ser fuerte, y debo estar preparado para luchar.

A medida que el furgón continúa su trayecto, me fuerzo a calmar mi respiración y a centrar mi mente en Clara, en su rostro, en su voz, en todo lo que significa para mí. Ella es mi luz en esta oscuridad, y no dejaré que nada nos separe.

El furgón se detiene abruptamente y los sonidos del exterior se apagan casi por completo, dejándome sumido en una quietud amenazadora. Los matones me sacan con brusquedad y me conducen a través de un laberinto de pasillos húmedos y fríos hasta que llegamos a un sótano. El aire aquí es frío y huele a moho y desesperación. Mis brazos son sujetados con fuerza mientras me atan a una silla en el centro de la habitación, dejándome inmovilizado y expuesto.

La oscuridad es casi total, rota solo por el haz intermitente de una bombilla colgante que oscila ligeramente, proyectando sombras danzantes en las paredes desnudas. Mientras intento adaptar mi vista a la penumbra, una figura emerge desde las sombras, un fantasma de mis peores pesadillas.

El padre Alfonso se acerca, su silueta se recorta ominosamente contra la luz tenue. Una sonrisa cruel se dibuja en su rostro mientras se planta frente a mí, sus ojos brillan con malicia.

—Marco, Marco —comienza, su voz es suave como el terciopelo, pero con un filo que corta el aire cargado—. Siempre terminas así, ¿no es cierto? Sumiso ante mí, a pesar de tus intentos de rebeldía.

Intento mantener la compostura, a pesar de la ira y el miedo que se agitan dentro de mí. —Estás loco, ¿qué quieres de mí, Alfonso? —mi voz es firme, aunque mi mente gira, buscando algún plan de escape.

Alfonso se ríe, un sonido que resuena en el espacio confinado y me hace estremecer.

—Quiero asegurarme de que entiendas tu lugar, Marco. Quiero que entiendas que no importa lo que hagas, siempre estarás bajo mi control.

La provocación es clara, y cada palabra suya está diseñada para minar mi espíritu. Pero en lugar de dejarme caer en la desesperación, sus palabras avivan una llama de resistencia dentro de mí.

—Nunca estaré bajo tu control —respondo con voz cargada de desafío—. No importa lo que hagas, no me romperás.

Alfonso se inclina. Su rostro queda a pocos centímetros del mío.

—Veremos, Marco. Veremos.

Se endereza y hace un gesto hacia la puerta. Uno de los matones se acerca, llevando algo en la mano que no logro distinguir hasta que es demasiado tarde.

Antes de que pueda reaccionar, siento un pinchazo agudo en mi brazo. El efecto del sedante es casi inmediato, y mi cabeza comienza a sentirse pesada, mis pensamientos nublados. Luchando contra la oscuridad que se cierne sobre mí, trato de mantenerme alerta, pero es inútil.

A medida que la conciencia me abandona, la última imagen que tengo es la de Alfonso, de pie sobre mí, su risa retumbando en el sótano como el eco de una promesa malévola. A pesar de la oscuridad que me envuelve, una parte de mí se aferra a la esperanza, a la determinación de luchar, de encontrar una manera de regresar a Clara. Pero por ahora, la oscuridad gana, y me dejo llevar por su abrazo frío, esperando la oportunidad de despertar y luchar de nuevo.

La conciencia regresa a mí con una claridad cruel, cada sensación se siente amplificadas: el frío del sótano que cala hasta los huesos, el dolor agudo de las cuerdas que me atan a la silla, y la presencia ominosa de Alfonso frente a mí. Parpadeo intentando enfocar mi visión, y entonces lo veo: una televisión antigua colocada justo frente a mí, la pantalla iluminada mostrando imágenes que ningún ser debería ver, mucho menos revivir.

Son imágenes de mi pasado, un pasado que he luchado por enterrar. En ellas, soy solo un niño, vulnerable y aterrorizado, sometido a los abusos de Alfonso en la oscuridad de la sacristía. La grabación es un tormento diseñado no solo para recordarme mi dolor, sino para quebrarme, para hacerme sentir indefenso y solo una vez más.

Pero algo dentro de mí se niega a ceder ante esta crueldad. Miro a Alfonso, que observa con una sonrisa grotesca, esperando ver las señales de mi derrota. Sin embargo, en lugar de la desesperación que él anticipa, algo más emerge de lo más profundo de mi ser: una furia pura y ardiente.

—¡Nunca me quebrarás, Alfonso! —grito, mi voz resuena en las paredes del sótano—. ¡Puedes mostrarme lo que quieras, puedes intentar herirme como lo hiciste antes, pero ya no soy ese niño indefenso!

Alfonso frunce el ceño, claramente sorprendido por mi resistencia. Se acerca y deja su rostro a centímetros del mío.

—Eres débil, Marco. Siempre lo has sido. Y estas imágenes son la prueba —su voz es venenosa, sus palabras intentan ser como dagas que desgarran cualquier vestigio de fortaleza.

Pero mi furia no disminuye; se fortalece con cada insulto que él lanza.

—¡Soy más fuerte de lo que jamás entenderás! —continúo, las palabras salen de mí con un poder que no sabía que poseía—. ¡Y lucharé contra ti, no importa lo que me hagas!"

Alfonso retrocede, su expresión se torna más oscura, más peligrosa.

—Veremos cuánto tiempo durará esa determinación —dice antes de salir del cuarto, dejando la puerta abierta a más horrores que seguramente planea usar contra mí.

Mientras la puerta se cierra con un eco sombrío, respiro hondo, tratando de calmar el torbellino de emociones dentro de mí. Las imágenes aún juegan en la pantalla, un recordatorio constante de los horrores que he enfrentado. Pero ahora, en lugar de debilitarme, me dan una razón más para luchar, para resistir, para sobrevivir.

Me concentro en cada respiración, cada latido de mi corazón que grita por justicia y libertad. No sé cuándo tendré la oportunidad de escapar o si Clara está a salvo, pero una cosa es segura: no dejaré que Alfonso gane. Por cada persona que ha sufrido como yo, por cada momento que Clara y yo merecemos tener, lucharé. Y no descansaré hasta que Alfonso pague por todo el mal que ha hecho.

Capítulo 25: Jugos de poder.

Marco.

El tiempo en el sótano se arrastra con una lentitud tortuosa, cada minuto es una prueba de resistencia. El frío se hace más intenso, y el hambre comienza a mordirme las entrañas con dientes afilados. La única compañía en esta espera desesperante son las imágenes que siguen pasando en la pantalla, un ciclo constante de recuerdos dolorosos.

Finalmente, la puerta se abre de nuevo y Alfonso entra, trayendo consigo un aire de suficiencia y crueldad renovadas. Trae consigo una bandeja con comida y una botella de vino, los coloca con descuido en el suelo a su lado y se sienta, comenzando a comer con exagerada lentitud, saboreando cada bocado frente a mí.

Sus ojos nunca me dejan mientras come, y su sonrisa cruel se amplía con cada mirada que lanzo hacia la comida.

—¿Tienes hambre, Marco? —pregunta, como si fuera una conversación casual entre viejos amigos.

Asiento, pues el hambre me quema más que mi orgullo en este momento. Alfonso toma un pedazo de pan y lo sostiene frente a él, como si fuera un cebo.

—Todo esto puede ser tuyo, Marco. Solo tienes que admitir una pequeña cosa —su voz es melosa, venenosa.

—¿Qué cosa? —pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

Alfonso rompe un pedazo del pan, masticándolo lentamente antes de continuar.

—Admite que eres mío. Que siempre has sido mío y que nunca podrás escapar de mi control. Al final, tu virginidad fue mía.

La propuesta retumba en el espacio reducido, cada palabra es un golpe más en esta tortura psicológica que él disfruta. Mi estómago se retuerce tanto de hambre como de repulsión. Parte de mí, la parte débil y hambrienta, quiere gritar que sí, que admitiré lo que sea con tal de calmar el dolor que me consume.

Pero entonces, pienso en Clara, en su fuerza y determinación, en todo lo que hemos compartido y luchado juntos. Ella no cedería, no permitiría que alguien la redujera a nada. Respiro hondo, encontrando en su recuerdo la fuerza que necesito para enfrentar a Alfonso.

—No —digo con firmeza, mi voz es más fuerte de lo que me siento—. No soy tuyo, nunca lo he sido y nunca lo seré. Puedes dejarme morir de hambre aquí, pero eso no cambiará. ¿Cómo se

siente que le pertenezca a tu hija y no a ti?

Alfonso frunce el ceño, claramente no esperaba mi resistencia. Lanza el pedazo de pan al suelo con desprecio y se levanta, su figura imponente tratando de intimidarme.

—Eso es lo que crees, Marco. Pero te romperé, tarde o temprano.

Entonces, en un acto que no veo venir, Alfonso se inclina y me besa. Mis labios, reseco y partidos, no están preparados para este contacto. Es un gesto que me sacude hasta el núcleo, un intento claro de dominación, de romper mi voluntad de una manera que no esperaba. En un primer momento, cada fibra de mi ser quiere rechazarlo, escupirle en la cara y gritar mi repudio, pero algo dentro de mí se quiebra. Un pequeño resquicio que Alfonso busca explorar.

Mi respuesta al beso no es lo que él espera, ni lo que yo espero de mí mismo. En un destello de confusión y agotamiento, le sigo el beso. No en un gesto de sumisión sino de rebelión, un acto desenfadado por controlar algo, cualquier cosa, en este juego retorcido que él maneja.

Su lengua rodea la mía y la recibo. El sabor amargo en mi boca no es solo por el beso, sino por la desesperación que siento al actuar contra mis principios. Alfonso se aleja unos centímetros y sonrío, creyendo que ha ganado alguna clase de victoria, pero no entiende el caos que ha desatado dentro de mí.

—¿Crees que con eso me tienes? —le espeto, mi voz se rasga por la rabia—.

¿Crees que un beso cambiará lo que soy, lo que siento, o lo que estoy dispuesto a hacer para matarte?

Su sonrisa se desvanece en una línea dura.

—Ya veremos, Marco. Ya veremos cuánto puedes soportar.

Alfonso se aleja, dejándome solo con mis pensamientos de venganza y el eco de su risa que se desvanece en la distancia.

Ya no sé cuántas horas pasan, solo sé que intento mantener los ojos cerrados para no ver las imágenes que siguen pasando tortuosas en el televisor. Escucho los pasos de Alfonso y abro los ojos. Se acerca de nuevo. Intento encogerme en la silla a la que estoy atado, buscando cualquier resquicio de espacio que me permita mantener la distancia. Pero estoy fijado, inmóvil, vulnerable a sus acciones.

Alfonso me levanta la camisa y empieza a tocarme, sus manos frías y firmes rememoran un pasado que he luchado por enterrar en lo más profundo de mi mente. Cada caricia es un eco de esos tiempos oscuros y cada roce, una violación a mi ser. Intento contener la rabia y la angustia que brotan furiosas.

A medida que mi ropa se vuelve menos, un profundo escalofrío de horror me recorre. Me desnuda por completo y abre mis piernas. Las imágenes de abusos pasados se agolpan en mi

mente, cada una más vivida y tortuosa que la anterior. Me veo a mí mismo, más joven, más indefenso, sometido a la misma humillación y dolor. El deseo de cerrar los ojos y desaparecer, de alguna manera escapar de esta realidad, es abrumador.

Sin embargo, a pesar del miedo y la desesperación, algo dentro de mí se rebela contra la sumisión. No quiero ser más esa víctima. No puedo permitirme desmoronarme, no ahora. Lucho por mantenerme mentalmente presente, por no dejar que Alfonso vea el efecto que tiene sobre mí.

—¿Por qué haces esto? —consigo decir, mi voz tiembla—. ¿Qué ganas con mi sufrimiento?

Alfonso detiene las caricias que están estimulando mi intimidad hasta endurecerla. Sus ojos oscuros y vacíos se fijan en mí. Por un momento, parece sorprendido por mi pregunta, como si la idea de que yo pudiera cuestionar sus motivos fuera algo que nunca consideró. Y es que nunca fui capaz de hablar cuando me hacía algo así.

—Es simple, Marco. Es una cuestión de poder. De mostrarte que no importa cuánto tiempo pase, siempre podré controlarte, siempre podré hacerte daño si lo deseo. Que eres mío, solo mío en cuerpo y alma, aunque intentes negarte.

La crudeza de sus palabras intenta desgarrarme, pero en lugar de dejarme caer en la desesperación, mi ceño se frunce. No voy a dejar que este hombre rompa mi espíritu. No otra vez.

A medida que Alfonso continúa su abuso, cada toque se siente como un asalto a mi ser, un intento de degradar y dominar que trasciende la mera física.

Aunque mi cuerpo reacciona de manera que no puedo controlar, mi mente se llena de repulsión y rabia hacia el hombre que me infringe este tormento lleno de un placer que me niego a sentir.

—¿Ves, Marco? —habla, pasando los dedos por la punta de mi miembro para observar como me mojo—. Sigues siendo un ser oscuro para calentarte así.

Interpreta mi reacción física involuntaria como una señal de mi debilidad o complicidad. Aprieto los dientes entre sí, con rabia.

Se agacha y abre levemente la boca.

—¡Espera! —lo detengo. Recuerdo lo que es capaz de hacer con la boca. Trago saliva. Él esboza una sonrisa más plena.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —Se ríe—. Cuando mis manos no eran suficientes, mi boca lograba siempre llevarte al éxtasis.

En este momento de humillación absoluta, encuentro un atisbo de claridad a través del dolor y la vergüenza. No soy yo quien es oscuro; es él, con su capacidad para infligir tal sufrimiento y disfrutarlo. No importa cómo reaccione mi cuerpo bajo este estrés extremo; no refleja mi valor ni mi esencia.

Respiro profundamente, tratando de apartar el miedo.

—No me defines, Alfonso. No importa lo que hagas, no cambiará quién soy y el hecho de que no te pertenezco.

Aunque estoy físicamente confinado y en una situación de extrema vulnerabilidad, mentalmente empiezo a liberarme de las cadenas del miedo que Alfonso intenta forjar alrededor mío. Sí, él puede controlar las circunstancias actuales, puede controlar mi cuerpo, pero no a mí.

Alfonso se agacha y finalmente su boca rodea mi miembro. Gimo, no de placer, sino de pura agonía interna, una protesta contra la violación de mi ser. Su risa, burlona y vil, llena el aire, perforando mi consciencia como si fuera sal sobre una herida abierta.

Con una absorción intensa, me hace gruñir y suelta el miembro.

—¿Ves cómo respondes? —se burla, disfrutando de mi tormento. Me recuerda así su perversión, su dominio sobre mi cuerpo.

Gruño con furia cuando vuelve a ejercerme placer. Tiro de las cuerdas que se aprietan a mis manos hasta cortar la circulación. Él, lejos de detenerse, aumenta la intensidad de sus acciones. Lo escucho lamer, sorber, jadear.

—La tienes mucho más grande de lo que recordaba.

—Pienso matarte —gruño, él se ríe como si le estuviera contando algún chiste—. Solo espera que pueda soltarme.

—Si no eres mío queriendo, será contra tu voluntad. Tu madre estará de acuerdo y no llamará a las autoridades, lo sabes, ¿verdad?

Encerrado en esta batalla desigual, una furia crece dentro de mí. Es un fuego ardiente y puro, alimentado por cada risa y cada palabra de Alfonso.

Aunque mi cuerpo traicione mis deseos más profundos de resistir, mi mente se mantiene estable. Es algo que no conseguí con anterioridad. No me está rompiendo como él quiere.

—No seré tu víctima, Alfonso. No por mucho tiempo —murmuro, siendo apenas audible bajo los sonidos de su diversión depravada.

Aprieto las manos en puño y cierro los ojos, empiezo a correrme y él lo disfruta.

No sé cómo ni cuándo, pero juro que encontraré una manera de escapar. Juro que haré que Alfonso pague por todo el dolor que ha causado. Y cuando finalmente me libere de estas ataduras, será para enfrentarlo como el hombre que soy, no como el niño que alguna vez abusó.

La risa malévola de Alfonso resuena en mis oídos mientras él se acerca para besarme. En un acto desesperado de resistencia, intento utilizar su propio juego en su contra. Mis labios se mueven no por deseo, sino como un intento calculado de ganar algún control sobre la situación, buscando un punto débil en su armadura de crueldad.

Mientras nuestros labios se encuentran, siento una mezcla tóxica de repugnancia y necesidad

de sobrevivir. El contacto es una mezcla de poder y desesperación, y en ese momento, mi mente se divide entre el asco profundo por lo que estoy obligado a hacer y el impulso urgente de encontrar una salida a este infierno. Termino mordiéndolo y le saco sangre. Gruñe, pero no se aleja de mí, se queda quieto mientras sangra.

—¿Crees que me has quebrado? —murmuro contra sus labios, mis palabras se tiñen de una furia fría y calculadora—. Esto no es más que otra de tus ilusiones, Alfonso. ¿Sabes con cuánta gente me acosté en estos años sin sentir absolutamente nada? Los orgasmos ya no suponen para mí un trauma. No me importa cuántos me saques. No importa lo que hagas, nunca seré parte de tu oscuridad.

Alfonso se aparta, su mirada mezcla sorpresa y algo oscuro que no puedo descifrar. Por un segundo, veo algo más que la simple maldad en sus ojos; un destello de duda, quizás, una grieta en su confianza. Es un pequeño triunfo, pero en mi situación, cualquier señal de que puedo afectarlo me da un atisbo de esperanza.

Se va, con esa expresión indescifrable.

Aprovecho este momento para recoger mis pensamientos. A pesar de la humillación y el dolor, dentro de mí sigue ardiendo un fuego de resistencia. No permitiré que esta noche defina quién soy. No dejaré que Alfonso me destruya desde dentro.

Cierro los ojos, reuniendo cada fragmento de fuerza que queda en mi ser. Clara, la recuerdo, su rostro, su fortaleza. Ella es mi faro en esta tormenta de oscuridad. Por ella, no me rendiré. Por nosotros, y por todo lo que aún podemos tener juntos, encontraré la manera de liberarme de las garras de este monstruo.

Capítulo 26: Presagio y rescate.

Clara.

Despierto bruscamente, el corazón golpeando con fuerza contra mi pecho y un sudor frío cubriendo mi frente. La oscuridad de la habitación en casa de mi hermana Claudia se siente opresiva, como si estuviera tratando de tragarme entera. Me esfuerzo por recuperar el aliento, intentando convencerme de que solo ha sido un sueño, una pesadilla, pero el malestar persiste, pegajoso y real.

En mi sueño, Marco estaba en peligro. Lo vi claro, tan vívido como si hubiera estado allí con él. Alfonso lo tenía, lo estaba lastimando. Las imágenes eran tan detalladas, tan llenas de dolor y desesperación que mi mente se rehúsa a creer que no era real. Podía ver la expresión de Marco, torcida en agonía, sus ojos buscando ayuda que no llegaba.

Mi respiración se acelera de nuevo al recordar esa mirada. Me levanto de la cama, necesito moverme, necesito hacer algo. Camino de un lado a otro por la habitación, mis pensamientos girando en caos. ¿Y si no fuera solo un sueño? ¿Y si fuera una advertencia? La intuición me grita que Marco está en problemas, que necesita ayuda.

No puedo quedarme sentada, esperando noticias, esperando que mi pesadilla se convierta en realidad. Tengo que actuar. Rápidamente, busco mi teléfono sobre la mesilla de noche y marco el número de Marco, pero salta el buzón de voz después de varios tonos. Mi corazón se hunde.

—Marco, soy yo, Clara. Por favor, si recibes esto, llámame de inmediato. Necesito saber que estás bien.

Cuelgo el teléfono, me siento en el borde de la cama, las manos me tiemblan. La impotencia me invade, pero no puedo permitirme sucumbir a ella. Tengo que pensar. Tengo que encontrar una manera de asegurarme de que Marco está seguro.

Decido llamar a Claudia, que duerme en la habitación de al lado. Al escuchar mi voz temblorosa al otro lado de la línea, ella entra en mi habitación en segundos.

—Clara, ¿qué pasa? Estás pálida.

Le cuento sobre mi sueño, sobre cómo vi a Marco siendo lastimado por Alfonso. Claudia me escucha atentamente, su rostro refleja la gravedad de mis palabras.

—Esto podría ser más que un simple sueño, Clara. Sabes lo peligroso que es Alfonso. Tal vez deberíamos considerar hablar con la policía.

Asiento, sintiéndome un poco más centrada gracias a la presencia de Claudia.

—Sí, tienes razón. Vamos a hacer eso. No puedo... No puedo simplemente esperar y no hacer nada.

Marco me necesita, y no descansaré hasta saber que está a salvo, hasta arrancarlo de las garras de Alfonso, sea cual sea el costo.

El frío metal de la cruz se desliza entre mis dedos cuando se cae al suelo, golpeando la madera con un tintineo que resuena en el silencio de la habitación. Me agacho lentamente para recoger el collar, y en el momento en que mis dedos rozan el frío metal, las visiones vuelven a mí con una fuerza abrumadora.

Es Marco otra vez, pero esta vez las imágenes son más claras, más precisas, como si estuviera viendo a través de los ojos de alguien más, alguien que presencia el tormento en primera fila. Veo a Alfonso inclinado sobre él, su rostro distorsionado por una sonrisa cruel y maliciosa mientras sus manos... No puedo completar el pensamiento; es demasiado.

Las imágenes me golpean como ráfagas de un viento helado, cada una más dolorosa que la anterior. Marco está atado, impotente, su rostro es un mapa de dolor y resistencia. Alfonso murmura palabras que no puedo oír, pero el tono es suficiente para enviar escalofríos por mi espina dorsal. Es un tono de triunfo, de dominación completa.

Aprieto la cruz en mi mano hasta que los bordes se clavan en mi palma, el dolor físico es un leve eco del tormento emocional que estas visiones me infligen. Mis rodillas se debilitan, y caigo sentada en el suelo, todavía aferrando la cruz.

—¡Clara! —Claudia está a mi lado en un instante, su voz se llena de preocupación y me sujeta de los brazos—. ¿Estás bien?!

No puedo formar palabras al principio; mi mente aún está atrapada en el horror de las visiones.

—Marco —consigo decir finalmente, mi voz tiembla—. Alfonso... Lo está torturando. Vi... Vi todo.

Claudia me abraza, sus brazos son un consuelo sólido en un mundo que se siente de repente demasiado frágil.

—Vamos a encontrarlo, Clara. Lo prometo. Vamos a salvarlo.

Sé que Claudia tiene razón, pero las visiones han sembrado una semilla de miedo que echa raíces profundas en mi corazón. Aun así, me levanto, determinada a actuar. Si estas visiones son alguna forma de advertencia, o si simplemente son el reflejo de mis propios temores e intuición, no importa. Lo único que importa ahora es encontrar a Marco antes de que sea demasiado tarde.

Con la cruz firmemente en mi mano, me dirijo hacia la puerta.

—Vamos a la policía ahora. No hay tiempo que perder.

Claudia asiente, y juntas salimos al amanecer gris, armadas con determinación y el amor que

siento por Marco, ese amor que ahora es mi baluarte contra la oscuridad que intenta consumirnos.

En la estación de policía, el aire es frío y los pasillos resuenan con el eco de voces distantes y pasos apresurados. Me acerco al mostrador, donde un oficial mira papeles con expresión cansada.

—Disculpe, necesito reportar una emergencia. Es sobre Marco Silva; creo que está en peligro grave —informo, intentando mantener la voz firme a pesar del miedo que me corroe.

El oficial levanta la vista, sus ojos escudriñando mi rostro antes de volver a sus papeles. —Marco Silva, ¿el boxeador? Escucha, señorita, conocemos a Marco. Si esto es sobre alguna pelea o...

—No, no entiende —interrumpo, mi frustración se hace evidente—. Esto no es sobre peleas. Él está siendo retenido contra su voluntad, está siendo torturado.

El policía suspira, mostrando abierta incredulidad.

—¿Tiene alguna prueba de esto? Porque con el historial de Silva, podría ser cualquier cosa. Problemas con drogas, deudas...

—¡Esto no tiene nada que ver con su pasado delictivo! —exclamo, sintiendo cómo la desesperación se apodera de mí—. Alfonso, el que lo tiene, es un hombre peligroso. Por favor, deben hacer algo.

El oficial me mira con una mezcla de impaciencia y simpatía forzada.

—Mire, sin pruebas o una dirección específica, no podemos hacer mucho. Si tiene más información, quizás podríamos...

—¡No tengo una jodida dirección! —grito, golpeando el mostrador con la mano—. Marco podría estar muriendo en este momento, y ustedes...

—Cálmese o tendré que pedirle que se retire de la comisaría —dice el policía.

Respiro hondo, conteniendo las lágrimas de frustración y miedo. Mirando al oficial, sacudo la cabeza.

—Está bien. ¡Veo que es un completo inútil! —golpeo el mostrador con las dos manos.

—¡Clara! —se sorprende mi hermana. Me sujeta de la cintura.

—¡Si algo le pasa a Marco, les quemo la comisaría!

—¡Clara, por Dios! —Mi hermana me saca pataleando y se disculpa con los agentes—. Perdonad, está muy alterada.

Me doy la vuelta para irme, notando a Claudia a mi lado.

—Creo que se te pegó la impulsividad de Marco.

—Voy a encontrarlo yo misma —sentencio—. No puedo esperar a que ellos decidan tomarlo en serio.

Claudia intenta seguirme, pero la detengo con una mano en su brazo.

—No, quédate aquí por si hay noticias o les da la gana hacer algo. Yo iré a buscarlo.

—Pero, Clara...

—¡He dicho que me voy ya!

Antes de que pueda protestar, salgo de la estación. No importa lo que tenga que hacer o a dónde tenga que ir, encontraré a Marco y lo traeré de vuelta, sin importar el costo. Con el corazón pesado pero decidido, me adentro en la ciudad que comienza a despertar, preparada para enfrentar lo que sea necesario para salvar al hombre que amo.

Mientras conduzco por las calles apenas iluminadas de la ciudad, la desesperación me ahoga. No tengo un destino claro en mente, solo el impulso urgente de moverme, de hacer algo, cualquier cosa, para encontrar a Marco. El silencio del coche es opresivo, roto solo por el suave zumbido del motor y el ruido ocasional de otros vehículos pasando.

De repente, un murmullo apenas audible me saca de mis pensamientos. Es como un rezo, suave y desesperado, una súplica por ayuda. Sé que es mi mente jugándome una mala pasada, el estrés y la preocupación por Marco manifestándose de esta manera, pero no puedo evitar sentir que es él, llamándome.

"*Por favor, Dios, ayúdame...*" escucho la voz de Marco en mi cabeza, clara y dolorosa. El sonido es tan real que me hace estremecer, y sin darme cuenta, mi mano se va a mi pecho, donde el collar con la cruz cuelga. A través de la tela de mi camisa, siento el metal frío contra mi piel, casi como si estuviera vibrando con una energía propia.

Instintivamente, bajo la velocidad y me enfoco en esa sensación, en ese rezo imaginario. Las palabras de Marco llenan el coche, rodeándome, guiándome. Dejo que mi intuición tome el control, que me lleve por calles que normalmente no tomaría, siguiendo un camino dictado más por el corazón que por la razón.

Las luces del coche iluminan la carretera delante de mí, y de repente, las visiones regresan. Veo imágenes fugaces de Marco, atado, sufriendo. Cada visión es un golpe a mi corazón, pero también un impulso para seguir adelante. El collar parece brillar con cada nueva imagen, cada susurro de Marco en mi mente, guiándome más allá de la lógica hacia algo desconocido.

Continúo conduciendo, cada movimiento del coche una respuesta a la voz en mi cabeza. "*Sigue adelante, Clara. Encuéntrame,*" parece decir la voz de Marco, y obedezco, mi corazón latiendo al ritmo de esa súplica silenciosa.

No sé a dónde me lleva este camino, pero algo dentro de mí sabe que estoy en el camino correcto. Con cada kilómetro que pasa, siento que me acerco más a Marco, a la posibilidad de salvarlo, de traerlo de vuelta. La esperanza, tenue pero persistente, crece dentro de mí a medida que sigo las visiones y la voz que solo yo puedo escuchar, decidida a no detenerme hasta que lo

haya encontrado y liberado del mal que lo consume.

Al acercarme a una casa abandonada, el entorno se vuelve cada vez más solitario y remoto. Los campos estériles y la bruma temprana le dan al lugar una atmósfera espeluznante, casi como si el mundo exterior estuviera tratando de advertirme de los peligros que me esperan. El edificio se yergue desolado en medio de la nada, sus ventanas rotas son como ojos vacíos observando la nada.

Entonces lo veo: un coche que reconozco instantáneamente, el de Alfonso. Está aparcado descuidadamente frente a la casa, como si su dueño no temiera visitas inesperadas o no tuviera la intención de quedarse mucho tiempo. Mi corazón se acelera, palpitando. Esto es lo que he estado buscando, lo que he temido encontrar.

Conduzco un poco más allá de la casa, asegurándome de que el coche de Alfonso esté bien a la vista antes de girar discretamente hacia un grupo de matorrales. Aparco mi coche de manera que quede oculto a la vista casual, apagando el motor y tomando un momento para calmar mi respiración y centrar mis pensamientos.

Sé que lo que estoy a punto de hacer es peligroso, posiblemente temerario, pero la idea de dejar a Marco en manos de Alfonso es inconcebible. Recuerdo el rezo que creí escuchar, las visiones guiándome aquí, y siento que no es solo coincidencia. Es un llamado que no puedo ignorar.

Con mano temblorosa, reviso mi teléfono por última vez, considerando llamar a la policía nuevamente, pero sé que el tiempo es esencial y no puedo arriesgarme a más demoras. En cambio, envío un mensaje rápido a Claudia con mi ubicación y un breve mensaje: *"Encontré algo. Avisa a la policía si no tienes noticias más en una hora."* Espero que sea suficiente.

Respiro hondo, agarro la cruz que llevo colgada al cuello, sintiendo el frío metal presionar contra mi piel, y salgo del coche. Me muevo rápidamente, pero con cautela, utilizando los matorrales y la escasa luz para ocultar mi aproximación a la casa.

Cada paso hacia adelante aumenta la tensión en mi cuerpo, pero mi fe no flaquea. Estoy aquí por Marco, por todo lo que hemos pasado, por todo lo que aún podemos tener. No importa lo que me espere adentro, estoy lista para enfrentarlo. Con ese pensamiento, alcanzo la puerta de la casa abandonada.

La puerta cruje levemente al abrirse, y me detengo, conteniendo la respiración, escuchando cualquier sonido que pueda delatar mi presencia.

Dentro, la casa es un laberinto de sombras y silencios prolongados, cada habitación es un testimonio de años de abandono.

Me muevo en silencio, mis pasos ligeros sobre los pisos desgastados evitan los escombros y el polvo que cuentan la historia de un lugar olvidado por el tiempo. El aire está impregnado de un olor a moho, pero también percibo algo más: un ligero olor a antiséptico y algo metálico que no puedo identificar de inmediato.

Al acercarme al salón, los sonidos se vuelven más claros. Una voz, canturreando felizmente, rompe el silencio. Es Alfonso. Me paro justo al borde de la entrada, asomando la cabeza con precaución para verlo sin ser visto. Ahí está él, de espaldas a mí, limpiándose las manos con lo que parece un trapo sucio. Su canto es espeluznante, una melodía que no tiene cabida en este escenario de pesadilla.

"...sigue siendo mío," murmura con deleite entre estrofas, satisfecho y posesivo. Un escalofrío me recorre la espina dorsal al escuchar sus palabras. Marco, mi Marco, está en alguna parte de esta casa, sufriendo a manos de este hombre.

No veo a Marco en el salón, y por un momento, mi corazón se hunde. Pero no tengo tiempo para el pánico. Necesito un plan. Observo a Alfonso, notando que parece estar solo, lo cual es una ventaja y un riesgo al mismo tiempo. No sé si está armado, ni hasta dónde está dispuesto a llegar para mantener su control sobre Marco. Su obsesión lo vuelve imprevisible.

Respiro hondo, tratando de calmar el torbellino de emociones que amenaza con desbordarme.

Decido que la confrontación directa es demasiado peligrosa. Retrocedo silenciosamente, planeando buscar a Marco primero, para asegurarme de que esté a salvo antes de enfrentarme a Alfonso. Necesito saber que Marco está bien antes de tomar cualquier otra acción.

Con el corazón latiendo desbocado, me alejo del salón, buscando señales o sonidos que me lleven a Marco. Cada rincón de esta casa parece susurrar con voces del pasado, pero me concentro en el presente, en la misión que tengo.

Capítulo 27: Controlar al Dios del Caos.

Clara.

Movida por el sonido que proviene del sótano, avanzo lentamente por el pasillo oscuro, cada paso marcado por un silencio que casi se puede tocar. Mi corazón late con fuerza, impulsándome hacia adelante mientras trato de hacer el menor ruido posible. Los débiles murmullos de Alfonso canturreando en el salón me acompañan, una banda sonora grotesca para esta misión de rescate.

El sonido de un televisor aumenta a medida que me aproximo a la puerta del sótano. Mi mano tiembla ligeramente al alcanzar el pomo frío de la puerta; respiro hondo, me preparo para lo que pueda encontrar, y abro con cautela.

La escalera hacia el sótano está apenas iluminada por la luz que se filtra desde arriba, creando sombras que bailan en las paredes mientras bajo. El sonido de un video emitiéndose se hace más claro, más agudo, y mi corazón se hunde con cada paso que me acerca más a Marco.

Al llegar al fondo, la escena ante mis ojos es una imagen de desolación y tormento. Marco está ahí, atado a una silla, su cabeza inclinada hacia adelante, los ojos firmemente cerrados. La televisión frente a él muestra imágenes que mi mente instintivamente rechaza, escenas de horror que explican su necesidad de cerrar los ojos.

—Marco —susurro, mi voz se quiebra por el miedo y el alivio de encontrarlo, aunque sea en estas circunstancias. Me acerco rápidamente, evitando mirar la pantalla, y me pongo de rodillas frente a él—. Marco, soy yo, Clara. Vamos a sacarte de aquí.

Él reacciona al sonido de mi voz, sus ojos se abren lentamente, llenos de confusión y dolor.

—Clara —murmura, su voz es ronca por el desuso y la deshidratación—. Pensé... Pensé que era otro truco de él...

—No, no es un truco. Estoy aquí —le aseguro, buscando algo con qué cortar sus ataduras. Encuentro unas tijeras en una mesa cercana y vuelvo a su lado. Corto las cuerdas que lo sujetan—. Vamos a sacarte de aquí ahora.

Recojo la ropa y lo ayudo a ponérsela se ve ido. Se tambalea al ponerse de pie, debilitado por la experiencia, pero su alivio es palpable al estar libre de las ataduras. Apago la televisión con un gesto brusco, silenciando las imágenes tortuosas, y lo sostengo, dándole todo mi apoyo.

—Tenemos que irnos antes de que Alfonso se dé cuenta —le digo, mirando hacia la escalera, esperando que no aparezca su silueta en cualquier momento.

Marco no habla, está, pero no está. Imagino que se debate por lo que le propongo y lo que él

realmente quiere hacer.

Lentamente, comenzamos el ascenso. Cada paso nos lleva más cerca de la libertad, pero soy dolorosamente consciente de que no estamos seguros aún. Al llegar al piso superior, echo un vistazo al salón, asegurándome de que Alfonso sigue distraído.

Con Marco a mi lado, finalmente salimos de la casa.

Al llegar al aire frío de la noche, Marco se detiene bruscamente, su mirada está perdida en la oscuridad que nos rodea. Siento su mano tensarse en la mía, un gesto que me alerta de la tormenta interna que debe estar atravesando.

—Marco, por favor...

Me preocupa esa pausa repentina.

Él suspira, y cuando habla, su voz es un susurro cargado de rabia.

—Clara, no puedo dejarlo así. Alfonso... Él ha hecho demasiado daño. No puedo simplemente irme.

En sus ojos con heterocromía veo una oscuridad que antes no vi y un miedo profundo me recorre.

—Marco, si vuelves allí, podría acabar muy mal para ti. Podrías terminar en prisión, o peor — explico, intentando que comprenda la gravedad de la situación.

Marco asiente lentamente, consciente de los riesgos.

—Lo sé, Clara, pero durante todo este tiempo, cuando estaba ahí abajo, rezaba. Rezaba por una señal, por ayuda. Y entonces llegaste tú. Comprendí algo muy importante. No es Dios quien ha permitido esto, es Alfonso el responsable. Y si no hacemos algo ahora, ¿quién dice que no continuará haciendo daño?

Sus palabras me hacen temblar. Sé que tiene razón en cierto modo, pero el miedo a perderlo de nuevo, esta vez a manos del sistema judicial o a un destino aún más oscuro, me paraliza.

—Pero hay otras maneras, Marco. Podemos ir a la policía, podemos buscar justicia sin que tengas que sacrificar tu libertad.

Él me mira, su expresión se suaviza un poco.

—Crees que realmente harán algo? Sigues siendo muy inocente, amor.

No tengo una respuesta para eso, porque en mi corazón, también dudo de la eficacia de la policía dada mi experiencia.

—Entonces, ¿qué propones? —le pregunto con la voz temblorosa.

Marco toma una profunda respiración.

—Quiero matarlo.

—Marco, por favor. —Estoy por rogarle cuando él me sujeta las manos e impide que me arrodele.

—Clara, no tienes idea de lo que me ha hecho ahí abajo.

—Sí la tengo, yo... —Suspiro, con temor a que me vea como una loca—. Lo vi todo, Marco. Pero justo por tu inocencia es que no quiero que termines mal.

Lejos de ver en su rostro atisbo de duda, Marco asiente.

—Déjame hablar con él, solo una vez más. Necesito que entienda que no puede seguir lastimando a la gente. No voy a hacer nada estúpido, Clara, lo prometo. Por ti. Solo... Necesito cerrar este capítulo de mi vida.

Observo su rostro, buscando signos de la impetuosidad que a menudo lo ha caracterizado, pero lo que veo es calma. Finalmente, asiento, la decisión me pesa como una piedra en el pecho.

—Está bien, pero no estarás solo. Estaré contigo.

Con manos entrelazadas, volvemos hacia la casa, preparados para enfrentar lo que sea necesario para poner fin al ciclo de dolor que Alfonso ha perpetuado.

Al volver a entrar en la casa, el ambiente se siente aún más opresivo que antes. Sin embargo, Marco camina con un paso decidido y seguro hacia el salón, donde Alfonso está sentado. La sorpresa se dibuja claramente en el rostro de Alfonso al vernos. Se levanta rápidamente del sofá.

—¿Cómo...? —comienza Alfonso, pero Marco no le da tiempo a terminar.

—No eres nadie sin tus matones, ¿verdad, Alfonso? —dice Marco con una sonrisa burlona, interrumpiéndolo. Su voz es firme, y hay un brillo de desafío en sus ojos que no había visto antes—. Mira qué fácil fue liberarme de tus garras.

Alfonso retrocede un paso, claramente desestabilizado por la confianza de Marco. Por un momento, el miedo cruza su rostro, un destello de la comprensión de que ha perdido el control de la situación.

—Marco, seamos razonables —intenta Alfonso, tratando de recuperar su compostura—. Puedo asegurarte de que esto fue un malentendido, podemos...

—¿Malentendido? —Marco lo interrumpe, su voz se endurece—. Nada de lo que hiciste fue un malentendido. Me secuestraste, me torturaste. Y no solo a mí, Alfonso. ¿Cuántos más?

—Solo a ti —confiesa. Me hiela la sangre—. No puedes imaginar el por qué de lo que hice.

—Inténtalo.

—Solo me siento complacido cuando eres mío.

Me un escalofrío de asco.

Sigo de cerca, observando la escena, lista para intervenir si es necesario. A pesar de mi miedo, siento un profundo orgullo por la fortaleza que Marco está mostrando.

—Vas a pudrirte en una cárcel, Alfonso —contesta Marco.

Alfonso parece darse cuenta de que sus intentos de manipulación son inútiles.

—No tienes pruebas de nada, Marco. Nadie te creará.

Marco sonríe, una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—No necesito que me crean todos, solo las personas correctas. Y, además, no vine aquí para negociar contigo.

Alfonso frunce el ceño, confundido.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que entiendas algo muy claro —dice Marco, acercándose un paso más a Alfonso, quien instintivamente retrocede—. Nunca más vas a lastimar a nadie. Voy a asegurarme de que la policía conozca cada detalle de lo que haces. Y si la ley no puede detenerte, haré lo que sea necesario para proteger a los inocentes de ti. No te mato por Clara, pero te aseguro que no te daré una segunda oportunidad.

Alfonso mira a Marco, luego a mí, evaluando sus opciones. Por un momento, el silencio es total, solo roto por la respiración tensa de los tres. Finalmente, Alfonso asiente lentamente, su derrota es evidente.

—Está bien —dice con la voz apenas audible—. No me quedan muchas opciones, ¿verdad?

Marco no responde. En lugar de eso, se gira hacia mí. Sin decir más, tomamos juntos el camino de salida, dejando a Alfonso atrás.

En el instante en que vamos a subir al coche, siento una mano firme que se cierra sobre mi brazo. Alfonso, con una rapidez que no esperaba, me sujeta y me jala hacia él, rompiendo el frágil sentido de seguridad que había empezado a formarse.

—Si no puedes ser mío, Marco, tampoco será tuyo —escupe Alfonso, su aliento caliente se siente sobre mi rostro. El miedo me paraliza, y por un momento, todo lo que puedo hacer es mirarlo, sintiendo cómo el pánico se apodera de mí.

Entonces, miro a Marco, cuya expresión ha cambiado drásticamente. La oscuridad en sus ojos es algo que nunca había visto antes, un abismo de rabia y dolor que parece consumirlo todo. Marco da un paso adelante, su cuerpo tenso como si estuviera a punto de explotar.

—¡Suéltala, Alfonso! —gruñe Marco, su voz baja pero peligrosamente clara—. Esto termina ahora.

Alfonso me aprieta más fuerte, quizás sintiendo que su control se desvanece, que su última jugada podría estar fallando.

—¿Qué vas a hacer, Marco? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?"

Marco no responde con palabras. En su lugar, avanza rápidamente hacia nosotros. No hay duda en su mirada, solo la idea de poner fin a esto, de protegerme, de protegernos.

—¡Basta! —grito, encontrando mi voz en medio del terror—. ¡No le hagas daño, Marco! ¡Esto no es lo que somos!

Marco se detiene, su mirada cruza de Alfonso a mí. La tensión es palpable, cada segundo se

estira hasta lo insoportable. Finalmente, Alfonso me suelta, quizás dándose cuenta de que ha perdido cualquier ventaja que pensó tener. Retrocede, levantando las manos en un gesto de rendición forzada.

—Esto no ha terminado —murmura Alfonso, pero su voz ha perdido mucho de su fuerza anterior.

Marco se acerca a mí, sus manos examinan rápidamente mi brazo, donde Alfonso me sujetó.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—Sí, pero tenemos que irnos de aquí. Ahora.

Me da miedo no poder seguir controlando a Marco.

Capítulo 28: Muerte y libertad.

Marco.

Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa, cada fibra de mi ser vibrando con una mezcla de ira y repulsión. Alfonso se queda atrás, riendo de esa manera que siempre me ha helado la sangre.

—¡Eres mío hasta que me muera! —provoca, con un tono que destila satisfacción. Sus palabras retumban en mi cabeza, una provocación que despierta todos los recuerdos oscuros que he tratado de contener por Clara.

Clara aprieta mi mano, su contacto es un ancla, un recordatorio de todo lo que está en juego aquí. Ella quiere que esto termine sin más violencia, sin acciones que podrían arrastrarme a una celda y alejarme de ella, posiblemente para siempre. Pero las palabras de Alfonso encienden algo primario dentro de mí, una furia que he contenido durante demasiado tiempo.

Me detengo en seco, y Clara, sintiendo el cambio en mi postura, se vuelve hacia mí con preocupación.

—Marco, por favor —dice, su voz es un susurro urgente—. No dejes que te arrastre de nuevo a eso.

Ella tiene razón, lo sé. Pero las palabras de Alfonso son como un eco de mi pasado que no puedo dejar de escuchar. Puedo sentir la oscuridad que me rodea, tentándome a dar un paso atrás hacia la violencia, hacia la ira, hacia la retribución.

A pesar de mis intentos por mantener la calma y alejarme, la imagen de Alfonso riendo, como si aún me poseyera, como si aún pudiera manipularme a su antojo, enciende un fuego que no puedo sofocar. Las palabras de Clara retumban en mi cabeza, pero el eco del pasado y el dolor acumulado me empujan más allá del punto de no retorno.

Giro sobre mis talones y, con un rápido movimiento, me encuentro de nuevo frente a Alfonso. La sorpresa apenas tiene tiempo de aparecer en su rostro antes de que mi puño se conecte con su mandíbula. La fuerza del golpe lo tumba al suelo, y de repente, todo el dolor, toda la ira y toda la impotencia que he acumulado durante años se liberan en un torrente incontrolable.

Me lanzo sobre él, mis puños no encuentran descanso. Cada golpe es un grito, un recuerdo, una herida que nunca cerró completamente. Las lágrimas comienzan a fluir, mezclándose con el

sudor y la sangre. No soy solo yo quien llora, es también el niño que fui, el hombre en el que me convertí, todos los fragmentos de mi ser que Alfonso intentó destruir.

—¡Dime ahora qué tan cerca estoy de Dios, hijo de puta! ¡Dime!

—¡Marco, detente! ¡Por favor! —Clara está a mi lado ahora, sus manos tiran de mi brazo.

—¡Vuelve a decir que soy yo quién tiene la maldad adentro! —Los gritos de Alfonso empiezan a ser menos audibles a medida que su rostro se desfigura y la sangre empapa la arena del camino.

—¡Marco, lo estás matando! ¡Para, para!

La voz de Clara es un ancla que intenta traerme de vuelta a la razón. Poco a poco, su súplica atraviesa la neblina de mi furia, y comienzo a ver más claramente. Alfonso yace debajo de mí, inmóvil, sin vida. Lo maté.

De repente, el horror de lo que estoy haciendo me golpea con toda su fuerza. Me detengo, mis manos todavía levantadas, tiemblan con cada sollozo que lucha por escapar. Me arrastro hacia atrás, alejándome de Alfonso, de lo que hice, de lo que me convertí.

Clara me envuelve en sus brazos, y me dejo caer contra ella, mis lágrimas manchan su camisa.

—Lo siento, lo siento tanto —murmuro, las palabras son casi ininteligibles entre sollozos. Ella me sostiene.

—Tranquilo, lo comprendo, Marco. Fue demasiado. Tranquilo.

La presencia de Clara me recuerda que aún hay bondad, aún hay esperanza cerca de mí.

Después de unos momentos, me ayudo a levantar, apoyándome en Clara. Me acaricia el rostro, limpia la sangre que salpicó de Alfonso y también mis lágrimas. Termina dándome un suave beso en los labios, para calmarme. Para que vea que sigo siendo el hombre que ama después de esto.

Las sirenas de la policía rompen el silencio de la noche, una perturbación que trae consigo la realidad abrupta y fría de las consecuencias de mis acciones. Clara y yo nos volvemos hacia el sonido, viendo cómo los coches de policía se detienen con brusquedad frente al cadáver. Los oficiales se apresuran hacia nosotros, con rostros severos y las manos sujetando las pistolas.

Uno de los policías ve a Alfonso en el suelo, inmóvil, y sin dudarlo, se dirigen hacia mí. — ¡Manos donde pueda verlas! —grita con autoridad. Hago lo que me pide, levanto las manos lentamente, con las lágrimas frescas en mi rostro, tanto como la sangre que me cubre el cuerpo.

Clara intenta intervenir.

—Por favor, él estaba defendiéndose. Alfonso lo secuestró primero, Marco solo...

—¡Silencio! —interrumpe otro oficial. Se acercan a mí con las esposas. Siento el frío metal contra mis muñecas, recordándome la gravedad de la situación. A pesar de los intentos de Clara

por explicar, por hacerles ver la verdad, los policías no están interesados en escuchar. Mis antecedentes, mi historia con Alfonso, todo parece jugar en mi contra en este momento.

—Tenemos derechos —insisto—. Él me secuestró, me torturó. Solo estaba tratando de que dejara de acosar...

—Guárdalo para el juez —dice el oficial que me esposó, empujándome hacia uno de los coches patrulla. La impotencia de la situación me envuelve, asfixiante, mientras me guían fuera de la escena, dejando atrás a Clara, quien sigue hablando frenéticamente, tratando de alcanzar a los oficiales que se alejan.

Me meten en el coche, y a través de la ventana, veo a Clara corriendo hacia nosotros, su rostro está marcado por el pánico. Otro policía la detiene, impidiéndole seguirme. Nuestros ojos se encuentran un momento, y el dolor y la promesa en su mirada me golpean más fuerte que cualquier puño que haya lanzado hoy.

—¡Haré que te escuchen, Marco! ¡Haré que todos sepan la verdad! —grita, sus palabras atraviesan el espacio entre nosotros, llevando consigo mi única esperanza.

Mientras el coche patrulla se aleja, llevándome hacia un destino incierto, me aferro a la promesa de Clara. La lucha no ha terminado, no mientras ella esté ahí, luchando por mí. En ese momento, a pesar de las esposas, a pesar de la oscuridad que me rodea, siento una chispa de algo que se parece a la esperanza. Con Clara de mi lado, quizás, solo quizás, todavía hay una posibilidad de justicia.

En la estrechez fría de la celda, me siento en el banco de metal, sintiendo el aire frío rozar mi piel. A pesar del entorno desolador, una sensación de paz, inesperada y profunda, se asienta en mi interior. Mis manos descansan en mi regazo, los nudillos todavía ensangrentados y doloridos, son recuerdos físicos de la confrontación con Alfonso. Miro mis manos, pero esta vez, el acto no evoca el tormento habitual ni las cadenas del pasado que tanto me han atormentado.

Por primera vez en mucho tiempo, el fantasma de Alfonso no oscurece mis pensamientos. La carga que he llevado, el peso de su influencia y tortura parece haberse aligerado. La violencia de esta noche no fue algo de lo que me enorgullezca, pero fue el cierre de una pesadilla que necesitaba terminar, de una manera u otra.

En la quietud de la celda, reflexiono sobre los eventos que llevaron a este momento. La aparición de Clara, su valentía al enfrentarse a Alfonso, su determinación para salvarme, todo esto me recuerda que hay más en la vida que mi pasado. Clara luchó por mí, creyó en mí cuando yo mismo no podía, y ahora, aunque separados por muros y barrotes, siento su fuerza como un faro en la oscuridad.

Cierro los ojos, dejando que la calma me envuelva. Escucho los sonidos distantes de la

estación de policía: el murmullo de voces, el ocasional chirrido de zapatos sobre el piso pulido. Pienso en Clara, esperando que esté a salvo, esperando que esté luchando no solo por mi libertad, sino también por la verdad.

Mi paz no es ignorancia ni resignación, sino aceptación de que he hecho lo que creí necesario. Ahora, el camino a seguir implica enfrentar las consecuencias de esos actos, sea cual sea el resultado. Me siento preparado para enfrentar lo que venga, sabiendo que, al menos en un aspecto crucial, he superado a Alfonso. Él ya no tiene poder sobre mí, y aunque el futuro sea incierto, lo enfrentaré con la cabeza en alto.

Abro los ojos, los nudillos todavía pulsan con un dolor sordo, pero es un dolor que puedo soportar. Ahora, más que nunca, estoy listo para luchar por un mañana donde los fantasmas del pasado no dicten mi camino ni limiten mi potencial. Con cada respiración en esta fría celda, me siento más fuerte, más libre. Y aunque las barras puedan contener mi cuerpo, mi espíritu, al fin, se siente liberado.

Capítulo 29: La verdad libera.

Clara.

Los días se convierten en una cuenta regresiva hacia un desenlace que me aterra. Desde que Marco fue detenido, he hecho todo lo humanamente posible para cambiar el curso de los eventos, para probar su inocencia y justificar sus acciones. Pero cada intento choca con un muro de silencio y secretismo que parece infranqueable.

Trato de encontrar testigos dispuestos a hablar sobre Alfonso y sus atrocidades, esperando que al menos uno de ellos pueda ayudar a esclarecer las motivaciones de Marco, mostrar que lo que hizo fue en defensa propia, un acto desesperado de un hombre empujado al límite. Sin embargo, el miedo que Alfonso ha infundado en sus víctimas persiste incluso después de su muerte. Nadie quiere hablar; nadie quiere ser el próximo en la lista, aunque Alfonso ya no esté aquí para hacerles daño.

Me siento impotente, frustrada. Paso horas en la comisaría, en los tribunales, hablando con abogados, con cualquier persona que pueda tener la autoridad y la voluntad de cambiar algo. Pero es como si Marco ya estuviera condenado desde el momento en que Alfonso cayó.

Cuando finalmente llega el día del juicio, la atmósfera en la corte es sombría. Marco está allí, más delgado, pálido, sus ojos todavía se ven con ese brillo de esperanza, pero hay una sombra de resignación que no estaba antes. Me duele verlo así, saber que a pesar de todo lo que hemos intentado, el sistema parece dispuesto a fallarle.

El veredicto llega como un golpe brutal: culpable. Las pruebas en su contra, principalmente el testimonio de la policía que llegó a la escena y lo encontró lleno de sangre de Alfonso, pesan más que mis súplicas y los intentos de explicar el contexto, el historial de abuso que Marco sufrió. No hay consideración para el trauma, para la desesperación que lo llevó a actuar como lo hizo.

Marco es llevado de regreso a prisión, y la despedida es rápida, casi impersonal. Nos permiten unos breves momentos juntos, y sus manos toman las mías con una firmeza que intenta ser reconfortante.

—No te preocupes por mí, amor —me dice con una voz que intenta ser fuerte—. Esto... Esto no es el fin. No para nosotros.

Asiento, luchando contra las lágrimas, contra el desgarró en mi pecho.

—Voy a seguir luchando, Marco. No importa lo que tome, encontraré una manera de sacarte de ahí.

Él sonríe tristemente, y luego es escoltado de vuelta. Me quedo allí, viéndolo alejarse, sintiendo un dolor punzante. Aunque el mundo parece haberse vuelto en su contra, no estoy dispuesta a rendirme. Marco luchó por liberarse de las sombras de su pasado, y ahora, yo lucharé por él, por nuestra futura vida juntos, sin importar los obstáculos que deba enfrentar.

Con el paso de las semanas, la imagen de Marco en prisión se convierte en una constante en mis pensamientos, una imagen que me despierta por las noches y me impulsa durante el día. La desesperación y la frustración son mis compañeras constantes, pero también lo es una firmeza inquebrantable de encontrar algo, cualquier cosa, que pueda cambiar su situación.

Mientras repaso los eventos una y otra vez en mi mente, recuerdo la grabación. Alfonso había estado mostrando a Marco imágenes terribles, grabaciones de los abusos que había sufrido. En el caos y el horror de aquella noche, y con la rápida intervención de la policía, nadie había pensado en buscar más pruebas en la casa. Si esa grabación todavía existe, si puedo encontrarla, podría ser la evidencia crucial que necesitamos para demostrar que Marco actuó bajo una presión y un miedo extremos.

Con un propósito, planeo mi regreso a la casa abandonada donde Alfonso llevó a cabo sus actos más oscuros. Esta vez, voy preparada, con una cámara para documentar todo y una linterna más potente. El viaje hacia allí parece más largo que antes, cada kilómetro hace realidad los miedos que encierros después de ese día.

Al llegar, la casa se ve aún más siniestra bajo el cielo nublado de un atardecer prematuro. Respiro hondo antes de entrar, recordando cada detalle de aquella última visita. El silencio dentro de la casa es abrumador, pero me fuerzo a moverme, guiada por la luz de la linterna que corta a través de la oscuridad.

Desciendo al sótano con cautela, el lugar donde encontré a Marco y donde vimos la televisión por última vez. Mi corazón late con fuerza cuando reconozco el viejo aparato aún allí, cubierto de polvo y telarañas. Me acerco y empiezo a buscar alrededor. Busco cualquier tipo de dispositivo de grabación o almacenamiento que Alfonso pudiera haber utilizado.

Después de varios minutos que se sienten como horas, encuentro un viejo reproductor de DVD y varios discos dispersos en un cajón cercano. Los recojo, examinándolos a la luz de mi linterna. No hay garantía de que contengan lo que necesito, pero son la mejor pista que tengo.

Regreso a mi coche y conduzco directamente a la estación de policía. Esta vez, no me dejaré disuadir ni ignorar. Marco merece justicia, y yo haré todo lo que esté en mi mano para

asegurarme de que la reciba.

Al llegar, exijo hablar con alguien a cargo, alguien que pueda entender la importancia de lo que he encontrado. Despliego los discos sobre el mostrador, explicando su origen y por qué creo que contienen pruebas críticas.

—Esto podría cambiar todo —insisto, mirando al oficial a los ojos—. Por favor, solo mírenlos. Si hay algo allí que pueda ayudar a Marco, necesitamos saberlo.

El oficial me observa, finalmente asintiendo con cautela.

—Vamos a ver qué hay aquí —acepta, aunque reservado, se marcha con urgencia.

Mientras los discos son llevados para ser examinados, me siento en la fría banca de la estación, esperando. Cada minuto se siente eterno, pero ahora hay una chispa de esperanza, tenue pero persistente, ardiendo en el centro de mi agotamiento. Por Marco, por la verdad, espero.

En la tensa espera en la comisaría, cada segundo se siente como una hora. Mis manos están entrelazadas con fuerza en mi regazo, y mi mirada se fija en la puerta detrás de la cual los oficiales están revisando los discos que he traído. La ansiedad me corroee, pero me aferro a la esperanza de que lo que contienen sea suficiente para cambiar el destino de Marco.

Finalmente, el policía que tomó los discos sale de la sala. Su expresión es seria, transformada, y en sus ojos veo un destello de algo que no había visto antes en nuestras interacciones: preocupación. Se acerca a mí y se sienta, buscando mis ojos.

—Lo que hay en esos vídeos... Es perturbador —confiesa—. Lo hemos visto todo. Es evidente que Marco estuvo sujeto a un nivel de crueldad y manipulación que... Justifica reconsiderar su situación.

Siento un nudo en mi garganta al escuchar sus palabras, siento alivio ante la validación oficial de lo que Marco y yo ya sabíamos.

—¿Qué significa esto para Marco? ¿Qué pasará ahora? —pregunto, ansiosa por entender los próximos pasos.

—He llamado a los compañeros que trabajan en la prisión. Les he informado sobre el nuevo hallazgo y están iniciando el proceso para revisar el caso de Marco. Con esta evidencia, es muy probable que la pena de cárcel de Marco sea rebajada, o incluso que pueda ser exonerado completamente, dado el contexto de su acción.

No puedo evitar que las lágrimas empiecen a formarse en mis ojos y se conviertan en un torrente de emociones desbordándose.

—Gracias —mi voz tiembla—. Gracias por tomar esto en serio.

—Es nuestro trabajo —responde el policía, pero hay un tono de empatía en su voz que no había estado allí antes—. Vamos a hacer todo lo posible por rectificar esta situación. Marco no

debería estar en prisión una vez que se consideren todas las circunstancias.

Asintiendo, me levanto, sintiendo un peso levantarse de mis hombros, aunque consciente de que aún queda camino por recorrer.

—Voy a decirle a Marco. Necesita saber que las cosas están cambiando.

Con permiso del oficial, me dirijo a la prisión para ver a Marco, para compartir las noticias que, espero, sean el comienzo de su camino hacia la libertad.

Cuando entro en la sala de visitas de la prisión, el aire parece vibrar con una tensión palpable, impregnado de incontables reuniones cargadas de emociones. Marco está allí, esperándome. Su uniforme de recluso no logra esconder las marcas visibles de su tiempo aquí, pequeñas magulladuras y un aire de fatiga que no puede disfrazar. Pero cuando nuestros ojos se encuentran, hay un cambio instantáneo en su expresión, un alivio y una chispa de algo que se parece mucho a la esperanza.

No puedo evitar sonreír, un gesto que brota desde lo más profundo de mí ante la vista de él, de pie, todavía fuerte a pesar de todo lo que ha pasado. Él también sonríe, y es como si en ese momento, todo el peso del mundo se aliviara un poco sobre nuestros hombros.

Nos acercamos rápidamente el uno al otro y nos envolvemos en un abrazo. Es un abrazo apretado, lleno de todas las palabras que no necesitamos decir, de todos los miedos y esperanzas que compartimos. Marco me aprieta fuerte, y puedo sentir el temblor en sus brazos, la intensidad de sus emociones.

—Te extrañé tanto, Clara —murmura él, su voz es amortiguada contra mi hombro.

—Yo también te extrañé, Marco —respondo, sosteniéndolo con fuerza—. Tengo buenas noticias. La policía... Vieron las grabaciones. Están reconsiderando tu caso. Todo esto podría terminar pronto.

Marco se aparta un poco para mirarme, sus ojos buscan en mi rostro la confirmación de mis palabras.

—¿En serio?

—Así es. —Asiento vehementemente—. Ellos entendieron, Marco. Entendieron lo que pasaste, lo que te hizo hacer eso. Están hablando de reducir tu pena, tal vez incluso de dejarte salir.

Una sonrisa lenta se forma en sus labios, y es como si en ese instante, pudiéramos respirar por primera vez en mucho tiempo.

—Eso... eso sería más de lo que me atreví a esperar —admite, y puedo ver la emoción brillando en sus ojos bicolors.

Nos sentamos juntos, hablando de todo y de nada, simplemente disfrutando de la presencia del otro. Por un momento, la prisión, las barras, y el uniforme gris se desvanecen, y solo somos nosotros dos, unidos y fuertes juntos.

Mis dedos trazan suavemente las magulladuras que salpican su piel, cada una contando una historia silenciosa de los días que ha enfrentado sin mí.

—Parece que siempre acabas malherido cuando no estoy cerca para cuidarte —le digo, como lo hacía al estar fuera de prisión, intentando infundir un poco de ligereza a la situación.

Marco sonríe levemente, captando la intención detrás de mis palabras.

—Bueno, deberías ver a los otros hombres —responde con un toque de humor sombrío.

Su mano se levanta para acariciar mi mejilla, un gesto tierno que me hace cerrar los ojos por un momento, apreciando la calidez de su toque.

—Estoy bien, Clara —continúa—. Y ahora que sé que las cosas podrían estar cambiando... todo parece más soportable.

Abro los ojos para mirarlo directamente, buscando en su mirada cualquier señal de la dureza que ha tenido que adoptar para sobrevivir aquí dentro. Pero en su lugar, encuentro solo una calma resignada y una fuerza que siempre he admirado.

—Solo quiero que esto termine, Marco. Quiero que vuelvas a casa conmigo.

Él asiente con su mano todavía en mi mejilla, como si pudiera transmitirme toda la esperanza que siente a través de ese simple contacto.

—Y volveré, Clara. Con todo lo que está pasando, tengo que creer que volveré.

Cuando finalmente llega el momento de despedirnos, el peso de la despedida es palpable, pero también lo es la renovada sensación de esperanza. Nos abrazamos fuerte, prometiéndonos mutuamente que este es solo un hasta luego, no un adiós.

—Cuídate —murmuro, con un último apretón.

—Por ti —responde él, y con una última sonrisa, se aleja de regreso a su celda.

Mientras Marco se aleja lentamente, algo en mi interior me impulsa a llamarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¡Marco! —mi voz lo detiene en seco.

Me mira con todos los sentimientos que hemos compartido durante estos tiempos turbulentos.

En unos pocos pasos rápidos, está de nuevo frente a mí, y por un momento, el mundo exterior desaparece. Solo somos nosotros dos, en nuestra pequeña burbuja de realidad dentro de las paredes grises y frías de la sala de visitas.

—Te amo —le digo con toda la fuerza y sinceridad que puedo reunir.

Marco sonríe, y en su sonrisa veo reflejado todo el amor que siente por mí.

—Te amo, Clara. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Entonces, nos acercamos el uno al otro, y nos besamos. Es un beso tierno pero lleno de

pasión, un beso que sella nuestras palabras, que refuerza nuestra conexión a pesar de las barreras físicas y emocionales que enfrentamos. Es un beso que dice todo lo que a veces las palabras no pueden, un beso que lleva consigo la promesa de futuros días juntos, de luchas compartidas y de victorias por celebrar.

Cuando finalmente nos separamos, hay lágrimas en mis ojos, pero también una sonrisa en mi rostro.

—Voy a esperarte —susurro, tocando su mano por última vez antes de que los guardias indiquen que es hora de irse.

Marco asiente, sus ojos brillan con la misma promesa.

—Y yo volveré —contesta, y en su voz, hay una inquebrantable certeza.

Nos damos un último vistazo, memorizando cada detalle del otro, antes de que Marco se dé la vuelta y regrese con los guardias. Yo me quedo allí, viéndolo alejarse, sosteniendo en mi corazón las palabras y el beso que compartimos, el combustible que necesito para continuar la lucha hasta que estemos juntos de nuevo, libres de todas las sombras del pasado.

Unas semanas después de nuestra última visita en prisión, recibo una llamada que había estado esperando con una mezcla de esperanza y ansiedad. El abogado de Marco suena más optimista de lo que lo he escuchado en mucho tiempo.

—Clara, tenemos buenas noticias —comienza, y puedo escuchar el alivio en su voz—. La sentencia de Marco ha sido revisada. Han considerado las circunstancias y la evidencia que presentamos. Su pena será significativamente reducida.

Siento cómo mi corazón se acelera, la emoción brota incontenible.

—¿Cuándo sale de prisión? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Reconocieron que Marco actuó en defensa propia, dada la situación con Alfonso —explica el abogado—. Han decidido reducir su sentencia a solo unos meses más en prisión. Con buena conducta, podría estar en casa mucho antes de lo previsto.

—¿Buena conducta? ¿Marco?

Ya estoy preocupada.

—Tengo entendido que se está portando bien.

—¿Seguro que es la misma persona? —El hombre tras el teléfono se ríe.

—Créelo, Clara. Pronto lo tendrás contigo.

Las lágrimas brotan de mis ojos, lágrimas de alivio y alegría esta vez. Al fin reacciono ante la noticia.

—Eso es increíble —logro decir entre sollozos—. ¿Cómo... cómo le han tomado la noticia?"

—Está aliviado, por supuesto. Dijo que lo primero que quiere hacer al salir es verte.

Después de colgar, me siento un momento para absorber la noticia, dejando que la realidad de la situación se asiente. Marco va a volver. Después de todo el miedo, la incertidumbre, y la lucha, finalmente hay un rayo de luz al final del túnel.

Las semanas siguientes pasan en un torbellino de preparativos. Planifico cómo vamos a celebrar su regreso, y sobre todo, cómo vamos a reconstruir nuestras vidas juntos. La sombra de Alfonso todavía se cierne en algún rincón de nuestras memorias, pero ahora hay una promesa de nuevos comienzos, de sanación y de un futuro que ambos estamos ansiosos por construir.

Cuando finalmente llega el día de la liberación de Marco, estoy allí esperándolo, fuera de los muros grises que lo habían contenido injustamente. Cuando él sale, la imagen de su libertad es más dulce de lo que había imaginado. Corremos el uno hacia el otro, y nuestro abrazo es un cierre a los capítulos oscuros detrás de nosotros.

—Estamos juntos ahora —susurra, aferrándome con fuerza—. Y nada nos va a separar de nuevo.

Caminamos juntos hacia el coche, hacia casa, hacia nuestra vida juntos. Esta vez, Marco está a mi lado, libre no solo de la prisión, sino de las cadenas de su pasado. Juntos, miramos hacia adelante, listos para enfrentar cualquier desafío, con la certeza de que mientras estemos juntos, podemos superar cualquier cosa.

Capítulo 30: El caos del ángel.

Marco.

Estar en prisión fue una de las experiencias más desafiantes de mi vida. Desde el primer día, sentí el peso de la desconfianza y la hostilidad de los otros internos. Algunos de ellos, sabiendo que había sido boxeador, querían probarse contra mí, ver si el nuevo tenía la fuerza que rumoreaban. No tardé en darme cuenta de que, si quería sobrevivir, tendría que usar mis puños no solo para defenderme, sino también para establecer algún tipo de respeto.

Al principio, luché por mantenerme al margen, esperando evitar conflictos. Sin embargo, en un lugar donde cada día podía convertirse en una batalla por tu dignidad, pronto quedó claro que no podía permitirme parecer débil. La primera pelea llegó rápido, impulsada por un comentario pasado de tono sobre mi caso, insinuando cosas que me hicieron hervir la sangre. No quería pelear, pero tampoco podía dejar que ese comentario se quedara sin respuesta.

Cuando mis nudillos conectaron con la mandíbula del otro hombre, las alabanzas se alzaron a mi alrededor. No me enorgullece admitir que el alivio fue por demostrar que no iba a ser fácil presa de nadie. Aquel golpe fue el primero de muchos. Con cada pelea, mi reputación crecía; los otros internos comenzaron a darse cuenta de que enfrentarse a mí no valía la pena. No porque yo buscara problemas, sino porque no me dejaba intimidar.

Mis días en prisión se volvieron menos sobre sobrevivir y más sobre mantenerme firme. Me gané un respeto reticente, pero pesado, que cargaba como una armadura invisible. Aunque esa armadura me protegía de más confrontaciones, también me aislaba. Los días eran largos y solitarios, llenos de reflexiones sobre cómo había llegado hasta ahí y sobre Clara, cuya imagen era mi faro en la oscuridad.

Recuerdo que cada noche, antes de dormir en esa celda fría y austera, pensaba en ella y en lo que estaba haciendo por mí en el exterior. Saber que Clara luchaba incansablemente por mi libertad me daba fuerzas para seguir adelante, para no dejarme consumir por el ambiente opresivo de la prisión.

Ahora, libre y de vuelta en casa, esos días parecen un recuerdo distante, pero uno que sigue siendo vívido en mi mente. A veces, cuando cierro los ojos, aún puedo sentir la dureza del concreto bajo mis pies, el murmullo constante de los otros presos, la tensión en el aire. Pero luego abro los ojos, y allí está Clara, su presencia es un recordatorio palpable de que esos días

quedaron atrás. Estoy en casa, con ella, y aunque el camino hacia aquí haya sido más duro de lo que cualquiera podría imaginar, cada paso valió la pena. Porque al final, no sólo recuperé mi libertad, sino también la posibilidad de comenzar de nuevo, junto a la persona que nunca dejó de creer en mí.

Tras mi liberación, encontrar un sentido de propósito fue crucial para no volver a caer en viejos hábitos o permitir que las sombras del pasado definieran mi futuro. Afortunadamente, encontré ese propósito en el gimnasio donde solía entrenar antes de que todo se descontrolara. Mi antiguo entrenador, quien siempre había visto potencial en mí más allá de las peleas, me ofreció una oportunidad de oro: convertirme en entrenador.

Los primeros días fueron difíciles, adaptándome al otro lado del ring, no como luchador, sino como guía. Pero cada día, mientras trabajaba con jóvenes aspirantes a boxeadores, encontraba más de mí mismo, pedazos que creía perdidos para siempre en la prisión o bajo los puños en peleas clandestinas. Mi entrenador fue fundamental en este proceso. Su confianza en mi habilidad para dejar atrás las peleas clandestinas y utilizar mi experiencia de una manera positiva me ayudó a ver que podía ser más que mi pasado.

—Usa lo que sabes para enseñar, no para destruir —me decía frecuentemente. Y así lo hice.

Mis lecciones no solo se centraban en las técnicas de boxeo, sino también en la disciplina, el respeto por uno mismo y por los demás, valores que había tardado en apreciar y adoptar plenamente en mi vida.

Con el tiempo, el gimnasio se convirtió en más que un lugar de trabajo; se transformó en una comunidad, un lugar donde podía contribuir y sentirme útil, respetado por lo que aportaba de manera positiva. Y mientras yo reconstruía mi vida, Clara estaba a mi lado, mi compañera incondicional.

Gracias a la estabilidad del trabajo en el gimnasio, finalmente pudimos dar un paso más como pareja. Alquilamos una casa juntos, un pequeño pero significativo espacio que llamamos nuestro hogar. Decorar cada habitación, decidir qué cuadros colgar, y hasta discutir sobre el color de las cortinas fue un proceso lleno de alegría y complicidad. Cada pequeño detalle de nuestro hogar era un símbolo de nuestro nuevo comienzo, lejos de los problemas que una vez parecían insuperables.

Vivir juntos nos permitió tejer una rutina diaria llena de momentos simples pero profundos. Las cenas después de un largo día, las charlas nocturnas en el sofá, incluso las tareas domésticas, se convirtieron en los cimientos de una vida compartida basada en el amor, el respeto y el apoyo mutuo.

Por ahí me dijeron que un pajarito se chivó de las andanzas de Tony y terminó en prisión. Pude despedirme de él moviendo los dedos con una sonrisa burlesca en el momento que lo subieron al coche patrulla.

Mirando hacia atrás, desde los oscuros días en prisión hasta ahora, apenas puedo creer cuánto ha cambiado mi vida. Gracias a la oportunidad de trabajar haciendo algo que amo y a tener a Clara a mi lado, he encontrado una paz y una felicidad que nunca pensé posible. Ella también está renovándose, pero siguiendo su pasión de ayudar a los demás. Trabaja como voluntaria en La Cruz Roja y en las tardes estudia para enfermera.

Estoy agradecido por cada día por esta segunda oportunidad, y estoy decidido a aprovechar cada momento, viviendo una vida que vale la pena, no solo por mí, sino también por Clara y por todos aquellos que me ayudaron a llegar hasta aquí.

La llamada del hospital llega en una tarde tranquila, rompiendo la paz de nuestro hogar recién establecido. Mi teléfono vibra sobre la mesa, y al ver el número del hospital en la pantalla, un nudo se forma en mi estómago. No por la sorpresa, sino por la inevitable confrontación de sentimientos complicados hacia la mujer que me dio la vida.

—Mi madre está en el hospital —informo a Clara después de colgar, mi voz es inexpresivamente plana. Ella me mira con preocupación, sus ojos buscan en los míos cómo estoy tomando realmente la noticia.

—¿Cómo te sientes al respecto? —pregunta suavemente, siempre atenta a mis reacciones, especialmente cuando se trata de mi familia.

—Indiferente —respondo honestamente, y aunque la palabra cuelga pesadamente en el aire entre nosotros, Clara no muestra sorpresa.

Ella conoce bien la historia, sabe de la lealtad inquebrantable de mi madre hacia Alfonso, cómo ella lo defendió incluso cuando las verdades de sus acciones se revelaron, cómo esa defensa creó una brecha insalvable entre nosotros.

Mi madre nunca aceptó las verdades que yo le conté sobre Alfonso, eligiendo en su lugar permanecer fiel a su amante y confesor hasta el final. Esa lealtad erosionó cualquier lazo afectivo que pudiera haber sobrevivido a los desafíos de mi adolescencia y a mi vida adulta temprana, marcada por decisiones difíciles y la sombra de Alfonso.

Clara se acerca y toma mi mano, su tacto es cálido, un anclaje en el remolino de emociones contradictorias que siento.

—Es complicado —añado—. pero no puedo fingir que hay un vínculo donde no lo hay. Ella eligió su camino hace mucho tiempo.

—Sí, lo hizo, ¿quieres ir a verla?

La pregunta es válida, necesaria, y toma un momento para considerarla seriamente.

—No —decido finalmente—. Ir allí no cambiaría nada entre nosotros. No ayudaría a ninguno de los dos. Ella tiene gente que la cuida, gente que comparte sus creencias y decisiones. Estará bien.

Clara aprieta mi mano en señal de apoyo, entendiendo y aceptando mi decisión.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Decidir mantenerme alejado de la situación de mi madre es doloroso a su manera, un recordatorio de las fracturas irreparables en muchas relaciones familiares. Sin embargo, también es una afirmación de mi propio camino de sanación, de elegir no reabrir viejas heridas que nunca tuvieron la oportunidad de sanar completamente. Con Clara a mi lado, sé que he hecho la elección correcta, no solo para mi paz mental, sino también para nuestra vida juntos, construida sobre la honestidad y la comprensión mutua.

Días después de la noticia de su hospitalización, recibo otra llamada informándome de que mi madre ha fallecido. Aunque había aceptado la distancia entre nosotros, la finalidad de su muerte trae consigo un dolor sordo y complicado. Un dolor que no esperaba sentir tan profundamente, a pesar de todo, ella era mi madre.

Decido no asistir al entierro. Sé que estar rodeado de caras que comparten sus creencias, que nunca entendieron ni aceptaron mi versión de la historia, solo haría más difícil el proceso de duelo. Sin embargo, el peso de la situación y el cierre definitivo de cualquier posibilidad de reconciliación, aunque lejana, me pesan.

Me encuentro sentado en el borde de nuestra cama con la cabeza entre las manos. Las emociones me superan. Las lágrimas comienzan a caer, cada una liberando un poco del pasado que he llevado conmigo durante tanto tiempo. Es un llanto por lo que nunca fue y por lo que nunca será, por las heridas que nunca tuvieron la oportunidad de sanar adecuadamente.

Clara entra en la habitación en ese momento y, al verme así, no duda. Se acerca y me envuelve en sus brazos, un gesto que trasciende el consuelo superficial. Ella me sostiene con una fuerza que habla de su amor y compromiso, un refugio seguro en el tumulto de mis emociones.

Sus besos caen suavemente sobre mi rostro, cada uno un susurro de empatía y amor. —Está bien llorar, Marco —me susurra entre los besos—. Está bien sentir todo esto. No eres de piedra.

Sus palabras, su presencia, me permiten dejar ir un poco más del peso que he llevado. En su abrazo, me permito sentir plenamente la tristeza, la pérdida, y sí, incluso el amor complicado que aún siento por mi madre. Clara no me juzga ni me apura a superarlo; simplemente está allí,

siendo un soporte constante y amoroso.

Gradualmente, las lágrimas comienzan a cesar, y me siento un poco más ligero. La muerte de mi madre es un cierre a un momento de mi vida que siempre fue doloroso y conflictivo, pero tener a Clara conmigo me recuerda que tengo la oportunidad de construir algo nuevo, algo mejor.

—Gracias, amor. —Sujeto su mano y entrelazo nuestros dedos—. No sé qué haría sin ti.

—Aparecer herido de nuevo —bromea.

—Clara...

—Estarás bien —me interrumpe—. Me hubiera preocupado más que no lloraras. Significaría que necesitas más meses de terapia.

—¿Más? Estoy yendo al psicólogo desde que salí de prisión.

—Y, por lo que veo, te está ayudando. —Me limpia las mejillas con caricias—. Ya sacas lo que sientes y es el proceso más importante para sanar.

Después de dos días de llamadas persistentes del abogado, decido finalmente encontrarme con él. Mi curiosidad y la necesidad de poner un punto final a cualquier asunto pendiente con mi madre superan mi reticencia inicial. Clara me acompaña al encuentro, brindándome su apoyo silencioso que tanto valoro.

El abogado, un hombre de mediana edad con una mirada seria y comprensiva, me extiende una carta al vernos.

—Tu madre escribió esto antes de su muerte —explica con una voz neutra—. Pensó que debía decirte algo importante.

Tomo la carta. La presencia del sobre pesa más de lo que esperaba. Sin embargo, decido no abrirla allí mismo. Necesito estar en un lugar donde me sienta seguro y apoyado para enfrentar lo que mi madre haya decidido decirme en sus últimas palabras. Clara aprieta mi mano, su contacto reconfortante me recuerda que no estoy solo en esto, y con un breve asentimiento al abogado, nos vamos. Llevamos con nosotros el sobre y la escritura de la casa de mi madre que, finalmente, heredé.

De regreso en casa, con el sobre todavía cerrado sobre la mesa del salón, siento la ansiedad crecer dentro de mí. Clara, notando mi contradicción interna, se acerca.

—Si no lo abres ya, me voy a volver loca.

—Impaciente.

—Mucho.

Inspirado hondo, tomo el sobre y lo abro lentamente, extrayendo la carta escrita con la familiar pero distante letra de mi madre. Clara se sienta a mi lado, su presencia es un faro de calma mientras comienzo a leer las palabras que mi madre dejó para mí.

Las palabras de la carta son sorprendentemente tiernas, una desviación del tono que solía emplear conmigo durante toda mi vida. Ella habla de su amor por mí, un amor que reconoce haber expresado de formas a menudo dolorosas y equivocadas. Explica sus luchas internas, su lealtad a Alfonso, y cómo, hacia el final, comenzó a ver las grietas en la imagen que había construido de él. No sé en qué final se refiere, supongo que a las puertas de la muerte.

Con cada palabra que leo, el mundo parece girar un poco más despacio. Mi madre habla de sus errores, de su arrepentimiento, de cómo la soledad y la reflexión en el hospital le hicieron ver la verdad sobre muchas cosas. Clara, sentada a mi lado, sostiene mi mano, apretándola en los momentos en que siento que la emoción podría sobrepasarme.

Luego, llego a una parte de la carta que me hace pausar, mis ojos recorren las palabras una y otra vez para asegurarme de que las estoy leyendo correctamente. Mi madre escribe:

"Mi querido Marco, Clara, la mujer que amas, no es tu hermana por parte de madre como os hicimos pensar. Sin embargo, comparten el mismo padre. La madre de Clara es la madre superiora de su convento. Sé que esto puede ser sorprendente y quizás difícil de procesar, pero es la verdad. Alfonso pensó que debía decirnos que erais fruto de un mismo embarazo para manteneros más alejados. Nacisteis el mismo día, pero no de mi vientre. Alfonso siempre aseguro que tú tenías la maldad y que habías venido al mundo para absorber la bondad de Clara. Lo mantuvo hasta el final. Siempre hubo preferencias por ella. Dijo que esa niña limpiaría todos sus pecados si seguía en la iglesia."

—¿A cuántas monjas se tiró nuestro padre? —pregunto.

—¡Marco!

—Ya van tres.

—Definitivamente ya sabemos de quién heredaste ese fetiche. —La miro de reajo—. Perdón, perdón. No es el momento, lo sé. Respecto a la carta, ahora comprendo por qué la madre superiora me ha tratado siempre con tanto cuidado.

La carta continúa: *"No hay día en este hospital en el que no me arrepienta de mis decisiones y de no haber sido la madre que merecías. Espero que, con esta verdad, puedan encontrar un camino hacia la felicidad juntos, libres de las sombras del pasado."*

La carta termina con una despedida llena de un amor y un arrepentimiento que nunca escuché en la voz de mi madre cuando estaba viva. Dejo la carta sobre la mesa, sintiendo una mezcla de

alivio y tristeza.

—Ya no sé qué creer. Deberíamos hacernos una prueba de ADN, igual sale que somos reptilianos.

—Ay, Marco —Clara se empieza a reír—. La verdad, ni siquiera importa a este punto.

—Así que, de todos modos, ¿somos medio hermanos, eh? —digo, levantando una ceja en gesto cómplice.

Clara ríe, sacudiendo la cabeza ante mi comentario.

—Sí, algo así, que malos —responde, siguiéndome el juego.

—¿Eso nos hace menos pecadores?

—No, definitivamente no.

Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente mirándonos. El aire entre nosotros se carga de una familiaridad y un entendimiento que siempre ha sido parte de nuestra relación.

—Entonces, ¿quieres dejar de pecar conmigo? Nos portamos bien.

Hago pucheros. Clara se inclina hacia mí, su mano alcanza mi mejilla en un gesto tierno.

—No, ya estoy acostumbrada a tu caos.

—Y yo a tu cielo.

Nos acercamos el uno al otro, y lo que comienza como una risa compartida se transforma en un beso profundo y apasionado. Es un beso que sella nuestro compromiso el uno con el otro, un recordatorio de que, sin importar lo que diga el mundo o cuán enredadas puedan ser nuestras historias, nuestro amor es algo que hemos elegido conscientemente, libre y plenamente.

Mientras nos besamos, el peso del pasado y la incertidumbre del futuro se desvanecen, dejándonos vivir plenamente el momento, enredados el uno con el otro, decididos a enfrentar juntos lo que venga. Con Clara a mi lado, siento que podemos manejar cualquier verdad, cualquier desafío. Porque al final, lo que realmente importa no es cómo empezamos, sino cómo elegimos vivir ahora, juntos y enamorados.

Mientras reímos y nos abrazamos, saco mi móvil del bolsillo del pantalón, deslizo la pantalla para encontrar un vídeo particular que hemos guardado como un recuerdo muy privado y especial de nuestra intimidad. Al ver lo que estoy haciendo, Clara se sonroja profundamente, un adorable matiz de rojo tiñendo sus mejillas.

—¡Marco! ¿Qué estás haciendo? ¡Bórralo! —exclama, medio en serio, medio en juego, mientras intenta taparse la cara con las manos, con vergüenza y diversión en su expresión.

—No voy a borrarlo —respondo con una sonrisa pícar, guardando el móvil rápidamente—. Estás muy sexy y tus gemidos son perfectos.

Antes de que pueda reaccionar, comienzo a hacerle cosquillas, sabiendo que es una manera

segura de distraerla y transformar su afán por borrar el video en risas.

Clara se retuerce y ríe bajo el asalto de mis dedos, tratando de escapar, pero sin querer realmente alejarse.

—¡Marco, para! ¡Por favor! —grita entre risas, pero hay alegría en su voz, y sus ojos brillan con una luz que me encanta ver.

La lucha juguetona nos lleva a rodar por la cama, donde finalmente nos quedamos acostados juntos, respirando pesadamente después de nuestras risas. El ambiente se vuelve más tranquilo, más tierno. Nos miramos a los ojos, y en ese momento, todo lo demás parece desvanecerse. No hay más secretos ni juegos, solo nosotros dos y la conexión profunda que compartimos.

Con el vídeo olvidado a un lado, me acerco a ella y la envuelvo en mis brazos. Clara se acurruca contra mí con su cabeza en mi pecho.

—Para mí esto es el cielo —susurro.

—Está bien si para mí también lo es porque me acostumbré a tu infierno.

Así, en la quietud de nuestro hogar, con las complicaciones del mundo exterior lejanas, nos permitimos simplemente estar juntos. El amor que sentimos el uno por el otro es un faro que guía nuestro camino, un recordatorio constante de que, pase lo que pase, tenemos un refugio seguro el uno con el otro. Y con ese conocimiento, nos permitimos relajarnos completamente, encontrando paz en la simple presencia del otro, sabiendo que juntos, podemos enfrentar cualquier cosa que la vida nos depare.

Fin.

Sobre el autor.

Desmond Park es un pseudónimo de un autor de habla hispana cuyo rostro permanece y permanecerá anónimo. Con su primera novela “Hábito y pecado” pretende introducirse en el Dark romance y las novelas controversiales. Prefiere no hablar de su vida ni añadir datos personales.

Redes sociales:

Instagram: desmondparkwriter

Facebook: Desmond Parker

Threads: desmondparkwriter